10(969-1)

UNIVERSIDAD DE CHILE

HISTORIA DE CHILE

CHILE PREHISPANO

TOMO I

POR

TOMAS GUEVARA

SANTIAGO DE CHILE
Establecimientos Gráficos BALCELLS & Co.
CASILLA 1077 1929 FONTECILLA 268

UNIVERSIDAD DE CHILE

HISTORIA DE CHILE

CHILE PREHISPANO

POR

TOMAS GUEVARA

BALCELLS & Co.
Bandera 195 - Fontecilla 268
SANTIAGO DE CHILE
1925



ADVERTENCIA

En el año del centenario del Brasil, se reunió en Río de Janeiro un Congreso de Historia, al que asistió el autor de este libro como delegado de la Universidad de Chile. Tenía por objeto esta reunión de historiógrafos de todas las naciones del continente, acordar el plan de una historia general de América. Para la redacción de esta magna obra, se pidió la cooperación de los gobiernos. El nuestro solicitó de la Universidad que se encargara de este asunto i el Consejo de Instrucción designó a varias personas para que redactasen por parte la Historia de Chile. Al que esto escribe le correspondió la indíjena.

Este fin informativo ha sido, pues, el principal del libro.

No es, por lo tanto, un tratado especial de arqueolojía chilena, que requiere pormenores de largas dimensiones i que habrían sido estraños al objetivo antedicho. No obstante, contiene referencias de conjunto sobre esa materia, que pueden servir para estimular esta actividad científica tan descuidada en el país, en contraste con los otros de América, que atienden con afán las dedicaciones

de prehistoria, en cátedras, museos, comisiones de esploradores i publicaciones.

Además de esto, es un continjente a la lectura científica, relegada a límites estrechos entre nosotros i aplastada por las producciones de imajinación.

Prestará también algún provecho a profesores i estudiantes, sobre todo de historia, como fuente de consulta o por lo menos como indicador para estudios más detenidos o especiales de las materias que encierra.

Dejo además constancia de que la parte relativa a los araucanos está compuesta de resúmenes i reproducciones de los diez tomos ya publicados acerca de la raza, actualmente casi desapercibidos de la circulación, con agregados de muchos datos nuevos.

El Autor.

Primera Parte

LOS ABORÍJENES DEL NORTE DE CHILE

cia con los habitantes diluvianos más antiguos de Europa (período de Chelles i en parte también de Moustier). La igualdad del material arqueolójico, que casi llega a lo idéntico, ha servido para establecer un paralelismo de antigüedad (1).

En lo que hai un problema insoluto aún, es en la procedencia segura del hombre americano. Se sabe ya que no ha sido autóctono sino que emigró de algunos de los otros continentes. ¿Cuándo i cómo? He ahí lo que tratan de indagar eminentes americanistas.

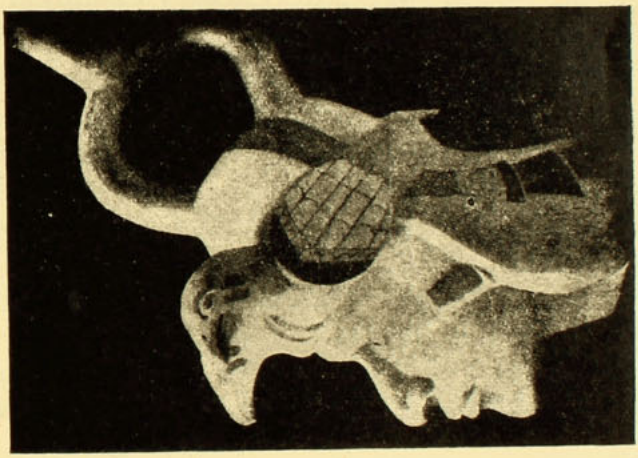
Actualmente está bien determinado el tipo de los pescadores primitivos de la costa sur del Pacífico, entre ellos, los de la prolongada faja chilena. Pero, antes de entrar al estudio de sus caracteres distintivos, conviene conocer algunos datos de cronolojía i distribución jeográfica relativos a estos moradores primarios, i de las civilizaciones peruanas que les siguieron o se conectaron con ellos.

Esploraciones arqueolójicas de los últimos tiempos, metódica i científicamente practicadas, han permitido clasificar de esta manera las civilizaciones peruanas:

1.ª La protonazca, anterior a Nazca, cuyos restos se encuentran desde Supe a Ancach, i en los valles de Chincha, Pisco, Ica i Nazca. A ella pertenece el templo de Chavín, al este de Ancach, que se ha considerado como una maravilla del arte americano antiguo. Sobresalientes son también la

(1) La denominación de Cheliano se da en arqueolojía al primero i más antiguo período industrial de la edad de piedra, en el que predominaban los instrumentos de cuarzo. Se ha dado el nombre de Moustier a la segunda fase del cuaternario.





Tipo de vasijas Protochimú (De Trujillo)

cerámica, los tejidos i las esculturas de esta civilización. Floreció desde los cincuenta años antes de Cristo hasta los 650 de nuestra era, más o menos.

2.° La protochimú, desde 650 de nuestra era hasta 1100, anterior a las chimús siguientes. Se deriva de la anterior i se caracteriza por sus vasos figurativos de variadas formas, antropomorfas, zoomorfas i de vejetales. Su área se estendía des-Samanco a Trujillo.

3.° La de Tiahuanaco, que surjió desde el año 600 de nuestra era hasta 900. Provenía de la protonazca, i el estilo de sus obras llevan el sello de los monumentos del mismo nombre en la altiplanicie boliviana. Esta civilización abarcaba un área inmensa, la cual se dilató, fuera de las rejiones de su asiento orijinal, hasta el interior del Ecuador, el salar de Atacama i los territorios arjentinos.

4.° Las civilizaciones rejionales que surjieron de la precedente. Tales fueron: la de los chimús más antiguos en la costa del norte i período epigonal, la continuación de los chimús más antiguos i los chimús posteriores, cuya existencia se marca desde el año 650 hasta 1400. La chincha, entre Ica, Tacna i el río Apurimac, desde 900 hasta 1300. La atacameño-diaguita, que se dilató desde Tacna hasta la provincia arjentina de Catamarca i que duró más o menos, desde 1000 a 1400.

5.° La del imperio de los incas, desde 1300 a 1500 (1).

---

(1) En esta cronolojía de las antiguas civilizaciones hemos seguido los cálculos de los señores Max Uhle en *Los aborijenes de Arica* i M. González de la R. en sus *Ensayos de cronolojía incana*.

Las civilizaciones del Perú se han considerado en los últimos estudios sobre los oríjenes de los pueblos americanos como venidas de Méjico i Centro América. Se ha llegado a esta conclusión mediante comparaciones minuciosas i profundas de los artefactos, monumentos como las pirámides, sistema de construcción, forma de las huacas i tipos de ornamentación.

Opiniones autorizadas lo afirman: «Fueron ellas evidentemente el punto de partida de un mayor desarrollo de la civilización de toda la América, tanto en el sur del continente Norte, como en el Meridional, en Colombia i el lado del Pacífico, más hacia el sur.

«Comparo el estilo protonazca, por el tiempo i el orijen, como el arcaico mejicano, mencionado arriba: el protochimú igualmente con el estilo arcaico maya de los primeros siglos de nuestra era. Ambos estilos peruanos los tengo como directamente derivados de los estilos mejicanos, por colonizaciones respectivas» (1).

«Todas las manifestaciones de civilizaciones en el continente americano son dependientes, en su raíz, de la evolución que tuvo lugar en rejiones centroamericanas.

Se presentaron en el continente sudamericano en tres formas:

1. Influencias directas de las grandes civilizaciones (mejicanas i centroamericanas).

---

(1) Max Uhle, *Los principios de la civilización peruana*. Quito, 1920, i Silvanus Greswold Morley, *The Rise and Fall of the Maya Civilization in the light of the Monuments and Native Cronicles*.



Cerámica preincaica.—Trujillo (Chimú)

2. Civilizaciones de tipo Chibcha (de Costa Rica al Ecuador i sus emanaciones a una parte del sur i al este del continente).

3. Civilizaciones de tipo peruano, estendidas al sur de todo el continente.

Al tipo primero pertenecen las primeras civilizaciones peruanas (protonazca i protochimú). Pero, además, cada día aparecen más claras influencias de las civilizaciones mayas en la rejión del río Esmeralda (costa norte del Ecuador) i como parece también en la costa este de Colombia (cerca de Buenaventura).

Parece que para las colonizaciones en la costa pacífica, no hubo diferencia para los antiguos mejicanos entre un continente centro i otro sudamericano, divisiones establecidas sólo por la jeografía moderna» (1).

El radio de influencias de estas civilizaciones se espandió por el norte a la costa de la América del sur i las Antillas i por el este se estendió por las Guayanas, costas amazónicas del Brasil, Santa Catalina, Río Grande i llegó hasta el Paraguai i otras rejiones del este andino. Proviene de aquí la semejanza que se ha comprobado en muchos detalles del arte alfarero i de los instrumentos prehistóricos de estos países (2).

La vasta área jeográfica que se avanza desde Tacna al sur, comprendiendo los territorios de Arica, Tarapacá i Atacama, «fueron el escenario, dice

---

(1) Max Uhle, *Los principios de la civilización peruana.*

(2) Antonio C. Simoens da Silva, *Pontos de contacto das civilizacoes prehisticas da Brazil e da Arjentina com os países da costa do Pacífico,* 1919.

el sabio arqueólogo citado, de una historia que se puede dividir en los períodos siguientes:

I. Período del hombre primordial (hasta el fin de la era pasada).

II. De los aboríjenes de Arica (primeros siglos de la era de Cristo).

III. Período contemporáneo con los monumentos de Chavin (cerca de 400 a 600 de nuestra era. De esta época no se han hecho hallazgos en Arica i Tacna, pero sí numerosos en Pisagua).

IV. Período de Tiahuanaco i el subsiguiente epigonal (cerca de 600 a 900 de nuestra era).

V. Período de una civilización atacameña-chincha (cerca de 1100 a 1350).

VII. Período de los Incas (hasta el fin del período prehistórico)».

Entre los tipos de las poblaciones primordiales se han clasificado los habitantes más antiguos de la costa de Arica, de Taltal i otras zonas riberanas. La dedicación única de estos pobladores orijinales fué la pesca i la rebusca de mariscos i frutos silvestres, como la de todos los ocupantes de las playas septentrionales.

De las capas superpuestas que forman las estaciones prehistóricas de esos lugares, la inferior o la del fondo es la que contiene los instrumentos de piedra que usó el hombre primordial. De las de Arica se han estraído hachas de mano de cuarzo blanco mui duro i otros de silicato negro; puntas talladas adaptables para puñal; raspadores de varias facetas.

El hombre tallaba el trozo de silex valiéndose de otro como de martillo i ejecutando en seguida algu-

nas manipulaciones que completaban el instrumento.

El período del hombre primordial que abarca tantos centenares de siglos, parece haber concluído al fin de la era antigua.

Nada cierto se sabe del habitante primo de las costas en que se han escudriñado sus restos, en cuanto a sus caracteres somatolójicos, organización familiar, concepciones míticas, etc.

Sólo por inferencia se pueden determinar algunas particularidades que corresponden a la edad de piedra que sus restos atestiguan. Pero, la circunstancia de haber sobrevivido en esas mismas rejiones otros núcleos de pescadores, inflídos por culturas más avanzadas, ha facilitado la tarea de llegar por un método retrospectivo al conocimiento de sus caracteres físicos i modalidades de existencia.

Las sepulturas mejor equipadas que siguen hacia arriba de la de fondo, son las que encierran los restos de las civilizaciones menos rudimentarias que la del hombre primordial. A ellas pertenecen las estaciones prehistóricas de Arica, Tacna, Pisagua i Taltal. Estas nuevas manifestaciones de cultura se debieron a la influencia de otras tribus vecinas que ya reflejaban los primeros albores de las civilizaciones peruanas contemporáneas.

Fué así como desapareció totalmente el período del hombre orijinal para dar lugar al aborijen del segundo, típico de los yacimientos de Arica.

Estos núcleos del segundo período no cambiaron de golpe el bajo nivel; siguieron siendo primitivos en grado menor, aunque en sus métodos de vida se manifestaba un relativo adelanto.

Los instrumentos de piedra, sin perder la forma de las épocas precedentes, habían evolucionado a tipos mejor labrados. El uso de la totora, de tan remota aplicación en la economía de los aborijenes, iba recibiendo poco a poco el aporte de la lana de vicuña, auchenia, que fué objeto de las primeras cacerías, antes de la del huanaco.

La vestimenta por esto se aumentó con prendas nuevas i más bien confeccionadas. Aprendieron a tejer, coser con agujas de quisco i trenzar cordones de lana.

La alimentación, pobre i reducida antes a frutas, plantas silvestres i productos del mar, se ensanchó con las semillas importadas, como la de quínoa i diversas especies de raíces tuberculosas i quizás otros vejetales no clasificados que han aparecido en las tumbas.

Mejoraron sus métodos de pesca con instrumentos que no se usaron en las edades arcaicas.

Tenían procedimientos complicados de momificación, los cuales es de suponer que no conocieron tampoco los hombres del período primo.

Los costeños de este segundo período incrementaron los instrumentos usuales en las actividades ordinarias de los primitivos. De las sepulturas se han desenterrado bolsas en tejido de red, de juncos; mantas de plumas de aves marítimas, cuchillos mediolunares, tallados en cuarzo; arcos de madera, estólicas (instrumentos para lanzar flechas de junco), que precedieron al arco; partes delanteras movedizas de lanzas i flechas, unas i otras con puntas de piedra.

Entre los anzuelos estraídos llaman la atención algunos para peces de rapiña, formados por una

piedra elíptica i redondeada, con una ranura en la parte superior para amarrarla en un cordel i en la inferior con un gancho de hueso atado oblicuamente. El pez la toma por un pescado pequeño i la traga. Otros instrumentos de pesca: cordeles con varios anzuelos de espinas de quiscos, piedras para pesos de anzuelos, con ranura circular.

A esta enumeración de objetos, hai que agregar todavía los chuzos de costillas de animales, con un mango de fibras de totora amarradas, que se empleaban para desprender mariscos de las rocas, 24 ctms. de largo; flautas de la canilla de aves; instrumentos de música hechos de la tibia de un hombre i con una sonaja adherida de cola blanca que llevaba piedrecillas en el interior para que sonara como cascabel; morteros pequeños de piedra, jéneros de hilo de lana en textura de red.

Los yacimientos de la punta de Pichalo, en la bahía de Pisagua, pertenecen también a este período segundo, típico de Arica i Taltal. De ahí se han estraído ovillos de totora, manojos macerados i delanteros de esteras de la misma planta. Entre los muchos objetos de piedra similares a los de yacimientos de más al norte, figuran talismanes de tres guijarros unidos por un agujero central, envueltos en una tripa y destinados tal vez para asegurar el rendimiento de la pesca (1).

Vino después un tercer período, en el que se dejó sentir la influencia de las culturas de Protonazca i Chavín, que surjieron en los primeros años i duraron hasta los 400 de la misma.

---

(1) Numerosos utensilios de pesca recojió en este lugar don Vicente Dagnino, el que los hace figurar en su libro *El correjimiento de Arica*.

A este período tercero pertenece el material desenterrado en Pisagua. Otros cementerios de más al sur i los de Tacna, corresponden al período posterior de Tiahuanaco.

Las jentes de Pisagua manifestaban mayor grado de adelanto en el uso de piezas de lana para el vestuario, que reemplazaron a los de totora i pieles. Aunque en textura muy tosca, hacían pedazos rectangulares de jénero para abrigarse i turbantes para el tocado; confeccionaban cinturones con madeja de hilos teñidos, gorros de cuatro puntas en la parte superior.

Habían alcanzado igualmente a la adquisición en cierto grado preliminar del arte de ataviarse, pues empleaban collares de cuentas cilíndricas de hueso para el tobillo, que producían sonidos como de cascabeles.

Mayor adelanto habían conquistado en la confección de canastas de diversos tamaños, que embreaban por dentro i fuera i que adaptaban a la preparación de los alimentos. En canastas grandes echadas a la espalda, practicaban el acarreo. No conocían aún las vasijas de barro.

Habían asimilado algunas nociones del arte ornamental, imitando varios detalles del estilo de Chavín: en el tejido de las bolsas i en el embreado esterior de las canastas trazaban figuras humanas, serpientes i meandros.

Llegaron estos pescadores a un desenvolvimiento mejor bajo la influencia del estilo de Tiahuanaco, posterior al precedente i cuarto en el orden de las civilizaciones peruanas. Aumentaron sus útiles de pesca que les facilitaban hasta el atrapamiento de tortugas. Su indumentaria se mejoró con la

adopción de una pieza a modo de camisa, sus armas ofensivas recibieron el aporte del arco de flecha, i, por último, comenzaron a dedicarse a los trabajos iniciales de vasijas de barro.

Se han desenterrado en los cementerios de Tacna, Arica, Pisagua i otras localidades ejemplares de vasos con figuras zoomorfas estilizadas, en colores blanco, amarillo i negro; tazas, platos, copas i cántaros con lineamientos i técnica derivados de los tipos del período de Tiahuanaco i el subsiguiente epigonal.

Entre los objetos de madera han aparecido cucharas con figuración de aves en el mango, hallazgo que marca un grado cierto de adelanto en los hábitos domésticos de estas jentes. Otras son de barro cocido.

Se ha insinuado la opinión de que los pescadores de Pisagua fueron una ramificación de los atacameños, parecer que se basa en las relaciones que mantuvieron ambos i en la identidad de algunos utensilios i costumbres, como la de absorber rapé.

En pos del influjo tiahuaqueño, continuaron reflejando estas poblaciones de pescadores los tipos de otras culturas posteriores, como la atacameña indíjena (de 900 a 1100 de nuestra era) i la chincha atacameña (de 1100 a 1350). La alfarería del primero de estos períodos aparece mucho mejor en técnica, formas i grabados, los que se ejecutaban sobre un fondo de color dado y en ornamentos de puntos triangulares i con más frecuencia de líneas escaleradas.

El arte de hilar i tejer había adquirido asímismo un notable desenvolvimiento, al juzgar por el va-

riado número de instrumentos exhumados de las sepulturas. Tejían camisas de lana i paños rayados de blanco, negro i rojo. Las fajas largas i gruesas, trenzadas con hilo de diferentes colores, eran características de este ciclo.

El material arqueolójico de la etapa chincha atacameña marca un desarrollo más alto aún que el precedente. Algunos cementerios de Arica i muchos de Tacna i otros de Para, aldea del valle de Caplina, mui cerca hacia el oeste de esta ciudad, han dado a los esploradores i aficionados ricas colecciones que permiten examinar el influjo de aquella civilización en uno de los últimos estractos étnicos de la costa.

La agricultura alcanzaba un desarrollo sin precedentes. Instrumentos de cultivo son los palos en punta, que se han estraído abundantemente, i los que están labrados en la parte inferior en forma de paleta.

El arte de tejer e hilar aparece enriquecido con prendas de vestir no comunes en los períodos anteriores. Se han sacado gorros hemisféricos de lana en disposición de red, con cimera de plumas amarillas entretejidas; otros esquinados, de lana negra i hechura cuadrada arriba, adornados con relieve de colores, tipo mui común en las antiguas civilizaciones peruanas, como en Nazca i Tiahuanaco. Fragmentos de chamales con bandas rojas i blancas en fondo negro, demuestran cuánto habían progresado estos pescadores en la confección de sus vestidos.

No menos habían avanzado en los trabajos de cestería, como canastos i platos con dibujos de llamas.

El adelanto alfarero había sobrepasado en mucho a los tiempos precedentes. Vasijas de todo jénero, como cántaros, platos, botellas, jarros, ollas, han aparecido con decorados de ganchos, dientes serrados i puntas triangulares, meandros, rosarios, rombos, zig-zag, grecas, volutas, líneas en Z, figuras antropomorfas i zoomorfas i adornos plásticos. La ornamentación en colores blanco, negro i rojo va de ordinario en una capa de otro matiz. Conocían i combinaban todos los colores fundamentales. En los motivos de líneas finas i variadas no se ven los dibujos escalerados i lineales que predominaban en el ciclo anterior. Sin embargo, quedan mezclados con los tipos distintivos chincha atacameños algunos caracteres de los precedentes, como supervivencias que perduran en la renovación ornamental de estas civilizaciones.

En las sepulturas de Arica de este mismo período el material recojido ha superado al de Tacna i Para i da mejor indicios acerca del grado de adelanto que habían conquistado los pescadores de esta rejión. Piezas en tejidos, numerosas i variadas, se han sacado de esos enterratorios, como gorros con cuatro puntas, fajas i cordones, bolsas con lineaciones jeométricas, figuras de hombres i animales, especialmente de jibias, que comían con predilección. En otro orden de objetos se han exhumado de esas necrópolis prehistóricas sandalias, modelos de balsas, flechas, arcos e instrumentos de tejer i de agricultura.

Este período no había perdido por completo el carácter de más antiguo, del atacameño indíjena. No sólo en la alfarería quedaban detalles semejantes, sino en muchos otros utensilios, tales como en

los tejidos, en la cestería i la construcción de tiestos de madera.

En las inmediaciones de Taltal se han levantado cementerios que contienen material chincha atacameño semejante en todo a los de la misma procedencia de Tacna i Para. La alfarería presenta ornamentaciones iguales. Tampoco se diferencian las sepulturas, escavadas como pozos redondos u ovales, de dos metros de profundidad; en el fondo se encuentran las momias, dobladas i en postura inclinada. Antes había sido usual la disposición horizontal i arqueada. La posición en cuclillas se jeneralizó en el período de los incas.

El estilo chincha atacameño se cimentó hondamente en un área bastante dilatada, como que era impuesto por una raza superior i conquistadora, que había recorrido las varias rejiones que la formaban. Por la costa se estendió hacia el sur hasta Pisagua i Taltal, i según nuevas observaciones, alcanzó a llegar a las apartadas tribus araucanas; por el este ocupó la parte propiamente atacameña de Calama i la provincia de Jujui, la hoya del lago Titicaca i valle de Tiahuanaco; por el norte llegó hasta el Cuzco.

Atendiendo a la índole de información histórica de este libro, más que de pormenores arqueolójicos, se omite en él la descripción detallada de los objetos de cada uno de los períodos mencionados, pues al hacerlo se traspasarían considerablemente los límites que se han fijado a su composición (1).

---

(1) Han servido de guía para la redacción de este capítulo las publicaciones últimas del señor Máximo Uhle acerca de la arqueolojía de las poblaciones prehispanas del norte de Chile, i se han consultado, además, otros autores i la colección completa de la *Revista Histórica del Perú*.

APÉNDICE

sobre la vida de los aborijenes de Arica que siguieron al habitante primordial

De los "Fundamentos étnicos i arqueolojía de Arica i Tacna" por el arqueólogo alemán Max Uhle

VESTIDOS

Su modo de vestir representaba una mezcla de las maneras de tiempos muy diferentes. El hombre primitivo, por ejemplo, el diluviano, reemplazaba, en gran parte, el vestido con la pintura del cuerpo. La misma costumbre habrá sido la del hombre primordial de la Costa pacífica. En todas las sepulturas de los aboríjenes de Arica se encuentran sustancias colorantes, tales como: pedazos de ocre, de diferentes matices, fierro mineral, empleado para obtener un color oscuro, tizne, etc., destinadas, sin duda alguna, para los mismos fines. Ciertas momias estaban pintadas de rojo todo el cuerpo; o de negro, rojo, blanco, amarillo, la cara. Para tapar el sexo usaban, ya bolsitas de cuero, ya delantales, ya taparrabos; pudiéndose suponer que el uso de los primeros por los hombres representan uno de orijen más antiguo que el de los segundos. Entre los delantales, los confeccionados con fibras de totora, sumamente comunes en los cementerios, representan, a su vez, un tipo más antiguo que los hechos de cordeles i lana de vicuña mal torcidos i a veces teñidos de colores minerales.

Como abrigo, usaban pieles de lobos marinos, de vicuñas, i mantas de numerosos pellejos de aves marinas, colados con brea. Sólo una de estas mantas parecía perforada cerca del cuello, a manera de poncho. Erland Nordenskiold da una lista de las tribus trasandinas del Gran Chaco a Patagonia, en el Sur, que usan hasta el día mantas confeccionadas de pieles.

Hombres i mujeres usaban el cabello corto, i, exceptuando la momia de una muchacha, cuya cabellera corta estaba amarrada en trenzas, el uso de trenzas i *chimbas* sólo principia

en la Costa pacífica en el período III, teniendo un desarrollo estraordinario en períodos posteriores, como en el de Tiahuanaco i los subsiguientes, para perdurar, en diferentes partes de Bolivia, tanto entre los hombres como entre las mujeres, hasta el día de hoy.

Orijinalmente contenían su cabellera con un pedazo de totora, como huincha, que se encuentra, a veces, en uso, bajo tocados de hilo. A veces, cubrían la coronilla con una red o con un capuchón, formado por una estera.

Para peinarse, usaban brochas, en lugar de los peines cuyo uso se propagó durante el período de Tiahuanaco, como se observa en las sepulturas de este tiempo, quedando hoy restrinjido el de las brochas a unas pocas tribus del Sur, tales como Araucanos, Patagones i algunas parcialidades del altiplano de Bolivia. Brochas de la misma forma se usaban en Pisagua, en el período III, para ser reemplazadas por peines de tipo de los de Tiahuanaco, en el período IV.

Como otras tribus, llevaban los artículos necesarios para sus ocupaciones diarias en redes y bolsas; pero, siendo éstas de tribus más adelantadas, i todas las de los períodos peruanos posteriores, de proporciones normales, las usadas por estos aboríjenes son todas tan pequeñas, que indican que el arte de construírlas era aún mui rudimentario; son, por esto, unos de los indicios de la primitividad de estas jentes. La técnica de las redes es siempre mui sencilla, la doble torcedura de los hilos, en los bordes superiores, donde la red está suspendida de otro hilo horizontal, es tan sólo una variación del mismo tipo, lo mismo que la técnica de una red que servía de cama a una de las momias, i que estaba tejida de esta manera.

Además, estos aboríjenes parecen haber conocido solamente el nudo dicho de pescadores, que se usa en malla de red. Se distinguían, pues, estos aboríjenes de las tribus posteriores más adelantadas, no sólo por las proporciones mezquinas de las redes que les servían para el uso diario, sino también por la mayor sencillez de las técnicas con que estaban hechas. Se ve una bolsa de proporciones más grandes i normales, pero tales bolsas, formadas con pedazos de esteras i no jéneros tejidos, sólo son imitaciones de las usadas por tribus más ade-

lantadas; prueba de esto es que la provisión de semilla quínoa, enncontrada en una de las sepulturas de Chinchorro, estaba distribuída en un saquito, tejido de lana, de orijen serrano.

El tipo físico

La estatura de estos aboríjenes variaba de 1.32 a 1.60 cm., siendo 1.50 cm. el término medio; pero el esqueleto era robusto i grueso, i el cráneo tenía, en muchos individuos, un espesor de 1 cm. i más. Visto el cráneo de perfil se marca distintamente una gran depresión en la raíz de la nariz; al examinar de frente la cara llama la atención la pequeñez de las órbitas, lo saliente i fuerte de los huesos molares i la relativa pequeñez de la mandíbula inferior, cuyas ramas pequeñas son casi cuadradas, siendo por otra parte, en muchos casos, los arcos dentarios estrechos i provistos de dientes, de superficie jeneralmente grandes; pero con sus raíces, que, comparadas con las de las otras razas, son relativamente cortas. Los arcos dentarios forman, a menudo, un arco notable en la inserción de los caninos. Las raíces dentarias están frecuentemente unidas, por ejemplo: m2 i m3 superior i m2 inferior; pero se necesitan, a este respecto, todavía investigaciones más minuciosas. El corte de las tibias de algunos individuos es redondo; el de otros afecta la forma triangular, i, a veces, mui pronunciada.

Por su carácter distinto, pudieran separarse algunos individuos de estatura estraordinaria, hasta 1.75 cm. de alto, con esqueletos i cráneos mejor formados i más proporcionados, que representan, probablemente, individuos procedentes de otras tribus i que habían unido su suerte con la que poblaba el lugar.

Un rasgo de cultura más adelantada se presenta en la mayor parte de los cráneos, por la deformación frontal occipital. El tipo de esta deformación tiene semejanza con la de cráneos más antiguos, encontrados en sepulturas de orijen protonazca, en los valles de Chincha, Ica i otros; i, no conociendo, por lo jeneral, el hombre primitivo el arte de las

deformaciones, se puede suponer fué introducida esta usanza de tribus más adelantadas.

Habitaciones

No se conocen en esta Costa habitaciones firmes anteriores al período atacameño: sus restos, por ejemplo, en Pisagua, tienen la forma de fundamentos de piedra, que cercaban cuartos redondos o cuadriláteros, con una puerta en un lado. Cuanto más antiguo el período, tanto más primitiva había sido la forma de las habitaciones usadas por los indíjenas de esta Costa.

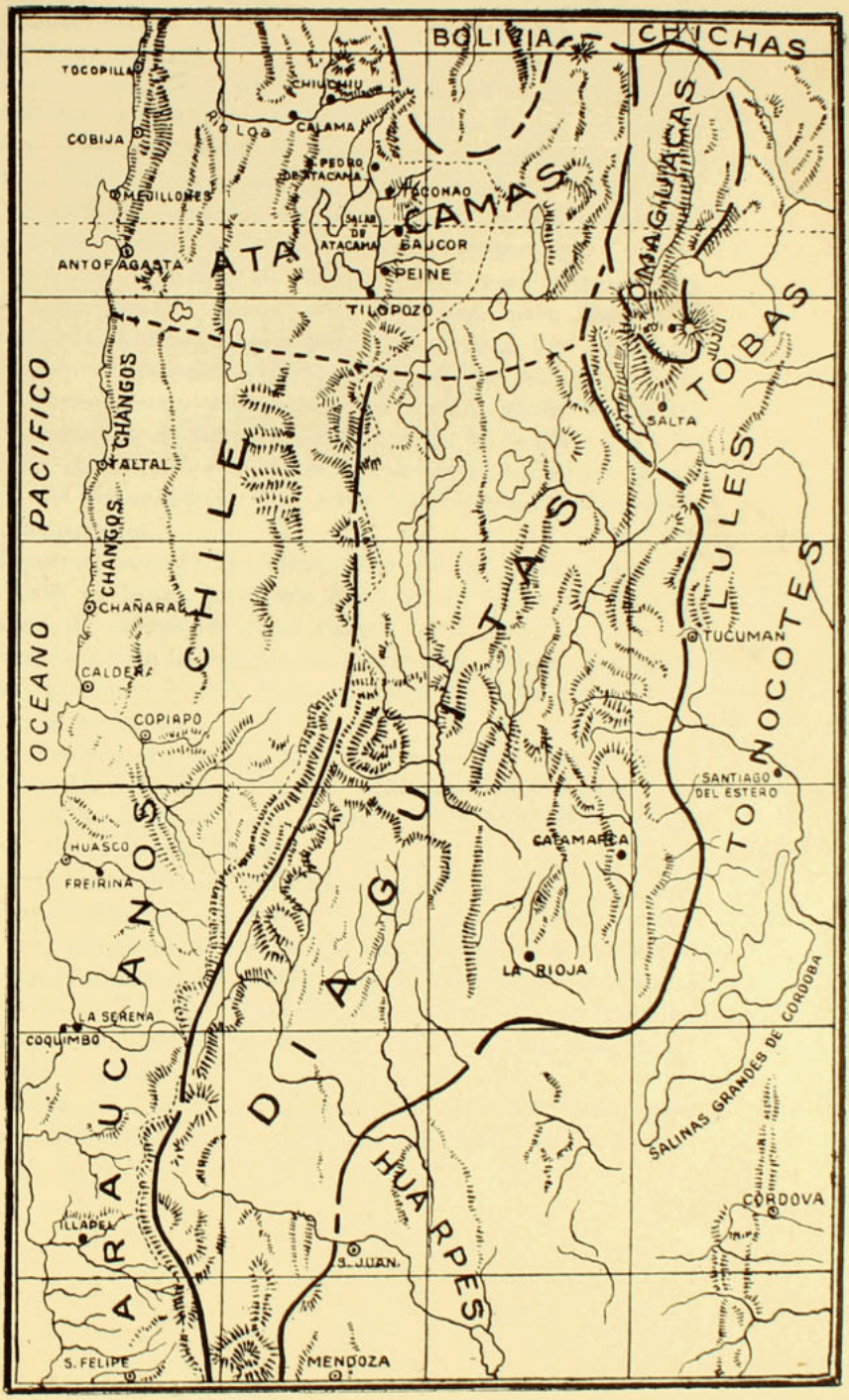
En varias sepulturas se han encontrado de una a tres pértigas delgadas, de la altura, más o menos, de un hombre. La cabeza de la momia estaba protejida en una de las sepulturas por una pértiga doblada, que servía de apoyo a una estera como techo. Es mui probable que estas pértigas i la estera indiquen la forma de sus habitaciones lijeras i movibles, correspondientes perfectamente al grado jeneral de su primitiva cultura.

Alimentación

Se mantenían, principalmente, con pescado fresco, pescado artificialmente disecado i varias clases de mariscos: todos estos alimentos se han encontrado en sus sepulturas. Una vez se observó en el cementerio, un pedazo de cochayuyo. Mui escepcional fué el hallazgo de más o menos 5 kilos de semilla de quínoa, producto de la agricultura serrana, en una de las sepulturas contemporáneas de Chinchorro.

Los últimos restos de plantas que se han encontrado, además, en las sepulturas son: unas pocas flores de unas plantas silvestres i una planta como un junco que se ha hallado repetidamente en esas sepulturas, sin que haya sido posible determinar su carácter botánico ni su uso.

Los vejetales con que, eventualmente, se mantenían eran por eso, en su mayor parte, importados.



Carta étnica

Materiales y técnicas

Los materiales principales usados en sus artefactos eran la totora, piedras del río i pieles de animales. En proporción más pequeña usaban, además, la madera, espinas de quisco, huesos; i, con fines especiales, tales como la confección de cascabeles, la cola-pez. Fabricaban bolsitas de los pellejos de aves; tenían dos clases de cuero, uno mui duro, i otro que parece curtido, aunque su uso, por lo jeneral es escaso. Metal de fierro se usaba en estado nativo, ya en pesas, para anzuelos pequeños, o ya como substancia colorante.

La totora se usaba en estado fresco: para esteras, para huinchas, cordeles, sogas, etc., macerada, para delantales, mangos de chuzos, i para rellenar las momias. Las esteras les eran mui útiles para la construcción de sus habitaciones, la preparación i sepultura de los cadáveres, la confección de las embarcaciones, de bolsas i también en la de vestidos. La confección de esteras es todavía, la industria principal de los Uros del Desaguadero, de quienes las adquieren las poblaciones comarcanas.

Enormes totorales se encuentran en las partes inferiores del valle de Lluta, formando hasta el día la base de una industria de esteras en aquel valle.

Aprovechaban las espinas de quiscos para alfileres, agujas de coser, punzones i para la fabricación, en gran cantidad, de anzuelos pequeños.

La madera era escasa, al menos no se han encontrado en sus sepulturas ningún tronco de madera o palos gruesos.

Servíanse de ellas para construir sus habitaciones, sus armas i varios instrumentos.

De los animales que cazaban obtenían las pieles para confeccionar abrigos, i pedazos de cuero para diferentes usos. En las sepulturas se han encontrado sólo pocos instrumentos de hueso, aunque los había; además, fabricaban de canillas de aves sus flautas, de costillas de animales más grandes, chuzos i de hueso, en jeneral, las barbas de sus harpones i anzuelos grandes.

Usaban poco las conchas, aunque se han encontrado cuentitas de este material en un collar pequeño i en la decoración de la estólica.

El material que el hombre primitivo usa más espontáneamente en la confección de sus instrumentos es la piedra. Molían en baldosas de piedra arenisca sus sustancias colorantes; también tenían otras piedras pequeñas de moler, de superficie cóncava, usando como moledor un guijarro natural rollizo. En una de las sepulturas de Chinchorro se encontró, además, un rollo de lava porosa, 20 a 25 cm. de largo, que también había servido para moler.

Piedras naturales, más o menos, redondas i provistas sólo de una ranura superficial, les servían de pesas para sus anzuelos pequeños. En ninguno de estos casos hai motivo para creer se usasen estas piedras como bolas.

Entre sus otros instrumentos de piedra hai tallados por golpes directos, a manera de los primeros paleolíticos; otros tallados por golpes directos e indirectos como las puntas de flechas, i también varios pulidos pueden tenerse como importados. Son igualmente productos de importación, probablemente, los anzuelos de gran tamaño que se diferencian por su confección de los instrumentos locales, siendo el uso de anzuelos de este tipo común a la tribus adelantadas del litoral i a las más primitivas. El hombre más primitivo de las capas inferiores del conchal de Taltal confeccionaba anzuelos de forma idéntica, empleando con este fin, hueso. Fácil era, pues, la introducción de anzuelos de forma igual, fabricados en piedras por tribus más adelantadas.

Parece que no hai razón para dudar, que los aboríjenes de Arica confeccionaban puntas de flechas de piedra si bien es necesario advertir que la gran variedad de formas que se encuentran contradice, hasta cierto punto, esta opinión.

En ninguna parte se han encontrado restos de talleres para la fabricación de puntas de flechas.

Los instrumentos jenuinos de la localidad son todos trabajados con golpes directos, a manera de los paleolíticos más antiguos, i presentan, fuera de formas distintas, otras mui irregulares, cuyo uso es seguro por las condiciones en que se encuentran en las sepulturas.

Los habitantes más antiguos de esta Costa labraban la piedra con ciertos guijarros, pequeños rollizos, que se pueden recojer todavía por cientos en los antiguos talleres de piedra,

situados en la pampa salitrera, a 15 leguas al Este de Paposo i Taltal. Varios de estos guijarros se encontraron en las capas inferiores del conchal mencionado de Taltal, i otro igual se halló en uno de los cementerios del Morro de Arica. La costumbre de afilar se ha observado sólo una vez, lo que no basta para esplicar el uso de las piedras rayadas, dos de las cuales se han encontrado en las capas superiores del mencionado conchal de Taltal, existiendo otras parecidas en varias partes de la Costa del Brasil, i uno nuevo de A. C. Simoens da Silva en los Proceeding del 2.o Congreso Científico Pan Americano de Wáshington.

La forma del almirez es un tipo de alfarería más adelantado, de donde fué importado. Nordenskiold observa, con perfecta razón, cuán rara son ahora las tribus trasandinas que no conocen la alfarería; lo mismo se podría decir de las tribus de la Costa del Oeste; la diferencia de la situación en el Continente Americano, a este respecto, unos dos mil años atrás, se reconoce por la falta de alfarería en aquellos siglos entre muchas tribus del Oeste. Faltaban nociones de alfarería en el período II entre los aboríjenes de Arica, reemplazándose sus productos, en parte, como parece, con calabazas, una de las cuales se encontró en el Morro, i de otras maneras desconocidas. Los pescadores de Pisagua, del período III, desconocían aún, completamente la alfarería i empleaban, en su lugar, canastas embreadas para el uso de la cocina; i los del período IV no dejaron en sus cementerios sino ollas de cocina mui ordinarias, con fondos apuntados, sin asas, en que enterraban los cadáveres de los párvulos. De la misma manera faltan los vestijios de alfarería casi en todo el conchal de Taltal. Se podría considerar la alfarería como una adquisición del Continente, relativamente moderna, i como mui dudosa la llegada de los primeros emigrantes con el conocimiento de este arte. Otra industria civilizada, la de hilar i la de tejer, estaba a punto de introducirse en la rejión de Arica al tiempo de estos aboríjenes. Los que sí usaban pieles de vicuña, como abrigo, desconocían al principio el uso de su lana para cordeles i tejidos, como lo prueba la rareza de este material en muchas sepulturas, la falta jeneral de husos para hilar i la torcedura insuficiente de los cordeles de lana,

producidos en el lugar, i empleados, algunas veces, en la fabricación de sus delantales; no fabricaban tejidos, habiéndose encontrado, en todos los cementerios, tan solamente uno: la bolsa proveniente de Chinchorro i que contenía quínoa; reemplazaban las telas, en muy pequeña escala, con jéneros confeccionados a manera de red; tampoco conocían los aborijenes el modo de usar sustancias vejetales para teñir, teniendo orijen estranjero los pocos objetos en que se las ha empleado, siendo el ocre la única tintura usada en los de fabricación local, tales como los delantales.

Aparatos de pesca y caza

El uso de flechas i arpones para pescar era común en toda esta Costa, hacia el Sur. Puntas de flechas aunque raras, se encuentran hasta en la ínfima capa del conchal antiguo de Taltal. El uso de flechas i arpones duró en esta Costa hasta el fin del período Precolombino; por esto, puntas de flechas son sumamente comunes en toda esta Costa hasta el centro de Chile. Faltaba el uso de flechas en la Costa del Norte; pero hasta el día se usan arpones en el puerto de Lomas. Dos puntas de flechas, de piedra, se encontraron también en sepulturas cerca de Tambo de Mora.

Las flechas i arpones de esta Costa, de tipo más antiguo, correspondían en sus proporciones, aproximadamente, a los usados en la rejión transandina. Las flechas de guerra de Calama i Chiuchiu eran mucho más pequeñas, parecidas a las de Tiahuanaco, como se puede juzgar por las proporciones pequeñas de las puntas de flechas encontradas en estas últimas ruinas.

El uso arpones i flechas para la pesca era el mismo en la rejión trasandina, que en la Costa, desde Arica al Sur; al contrario, el uso de anzuelos es poco frecuente en la rejión trasandina, siendo común en esta Costa el empleo de ambos tipos de anzuelos, el sencillo i el compuesto. Este se estendió hacia el Norte, por lo menos, hasta la rejión del Callao.

El tipo de las embarcaciones usadas por los aborijenes de esta Costa era probablemente, parecido a las balsas de totora de los Uros del Desaguadero i de los Aymarás de lago,

usadas, a veces, con vela. En tiempos posteriores, se usaban en esta Costa balsas de palo, modelos de los cuales son comunes en los últimos cementerios de Arica. Otro tipo empleado hasta los últimos años en la Costa, entre Arica y La Serena, era formado por balsas de cuero de lobos marinos, ejemplares de los cuales existen todavía en varios puntos de la Costa.

En uno de los cementerios, se descubrió un curioso talismán de tres guijarros, uno sobre el otro; entre el segundo i tercero se había metido la pata de un ave marina, formando la cima un paquete de tres chinas, envueltas separadamente en una tripa. Un talismán de esta clase estaba destinado a asegurar la caza de aves marinas. Existiendo hasta el día entre los Uros del Desaguadero la costumbre de aproximarse a los patos, nadando, la cabeza cubierta de una calabaza, para apresarlos por las patas, no puede parecer del todo improbable que igual método primitivo de caza existía también entre estos aboríjenes.

Instrumentos de música

Estos aboríjenes eran aficionados a la música, porque, fuera de la sonaja, de la flauta, se han encontrado, en diferentes sepulturas, cascabeles del tipo del amarrado en la canilla, cerca del tobillo, de un hombre. Los tres instrumentos es probable que existieran simultáneamente para excitar la animación durante sus bailes relijiosos. La sonaja, de construcción indíjena, como lo demuestra el mango fabricado de totora, es de carácter festivo, como está manifiesto por la decoración con hilos i cordeles mui finos. Manejábanla, probablemente, el shamán que capitaneaba el baile; en la flauta se reconoce, igualmente, su destino para las fiestas; indicando el cascabel, por su misma colocación en la canilla, su destino para el baile.

En un vaso protochimú, de Moche, se ven pintados dos sacerdotes, uno de los cuales maneja una sonaja, bailando alrededor de un loro. Maracas de barro se han encontrado también, como votivas, al pie del templo de la Luna en Moche.

Religión

Su relijión era un animismo parecido al de la tribus trasandinas, que se manifestaba en la conjuración de los espíritus por sus bailes, en su temor a los muertos, que les instigó a inutilizar todas las armas de los muertos antes de sepultarlos, i en el uso de talismanes curiosos, como el mencionado en el capítulo anterior i las cuentas de concha en la estólica.

Ornamentación

Usaban poco adorno en sus objetos, faltaban para la ornamentación, en gran parte, en que aplicarlos, pues era jente sencilla de costumbres, que aún en sus cuerpos no solían ornarse, fuera del uso de la pintura.

Las únicas decoraciones que se encuentran son: Puntos grabados en la estólica. Líneas paralelas en la pintura de caras, líneas paralelas oblicuas en la flauta. Un dibujo a modo de escaleras, pintado con rojo i negro en la estera, que sirvió a una de las momias de capuchón. Rombos concéntricos en el pedazo de un cuero.

Un dibujo, ahora algo confuso, de ganchos, en la pintura de la cara de una momia.

Todos estos dibujos tienen un carácter primitivo, indicando de esta manera que las influencias de los estilos peruanos más adelantados no los habían alcanzado. Más bien, los puntos grabados en la estólica, tienen semejanza con la ornamentación grabada en las ollas de los pescadores más antiguos de Supe i Ancón, en el Norte.

Es, por eso, probable que los estilos de Protonazca i de Chavín, en el tiempo de estos aborijenes, no habían tomado todavía posesión ni de las rejiones inmediatas al Norte.

Sepultura

Inhumaban los cadáveres en posición tendida, igual a la manera de enterrar del hombre diluviano más antiguo i a otras tribus de carácter mui primitivo. Los sepultaban en-

vueltos en esteras o sólo en pieles, i en muchos casos, también completamente desnudos. Todas las momias parecen tener alguna preparación, aunque sea solamente estirpando los intestinos; pero una gran parte ostentan una preparación mui complicada, que, por lo jeneral, varía de un individuo a otro. Por lo jeneral se puede distinguir tres clases de momias diferentes: 1.º Momias tipo sencillo; 2.º Momias de preparación complicada; 3.º Momias revestidas en todo el cuerpo con una capa de barro, de un centímetro de espesor.

La primera se puede tener por el tipo orijinal, la segunda como un desarrollo de la primera, producido con el contacto con las civilizaciones peruanas, siendo la tercera un retroceso hacia los procedimientos sencillos.

Los procedimientos principales empleados en la preparación de las momias de la clase 2.a, consisten en:

a) Abertura del vientre i destripamiento completo, no respetando ninguna parte de los intestinos, pulmón, corazón, útero, etc.

b) Disecación de la caverna del cuerpo con fuego, i su rellenamiento con otras substancias menos alterables, manojo de totora, escobitas de paja, pelo humano, lana i pedazos de cuero de animales, etc.

En muchos casos, se reemplazaron los sesos del cráneo con iguales substancias.

La introducción de palos en diferentes partes del cuerpo, servía para enderezar i entiesar el cadáver, para su mejor conservación esterior. Al último se cosía el tegumento natural.

c) Reconstrucción del esterior de los muertos, para hacerlos aparecer tales como habían sido en vida: con este fin, se abultaba el tronco i las estremidades con totora, amarrándolos en seguida con cordeles i paja. En varias ocasiones, amarraban las estremidades, con el simple fin de detener el decaimiento, por la putrefacción ya adelantada.

Tapaban, frecuentemente, la cara con otra artificial de barro, pintada de diferentes maneras, según sus costumbres relijiosas; en otros casos se contentaban con la pintura uniforme de la cara con blanco, amarillo, negro o rojo. Mui común en las momias de criaturas, una cabellera postiza.

Se encuentran criaturas en mantillas, correspondiente a la forma en que se les cuidaba en vida, i otras cosidas de diferentes maneras, en cuero.

La preparación era, por lo demás, igual para los adultos i los fetos, estirpados del útero de las mujeres destripadas.

En varias momias se nota un indumento delgado de barro, motivado al parecer por la esperiencia que con él se retardaba la putrefacción. De la estensión de este procedimiento parece haberse desarrollado el tipo de momificación que forma la clase 3.a. La mayor parte de estas momias, están en posición recostada, como para dormir, pareciéndose de esta manera, a numerosas momias de Pisagua, del período III, sepultadas en igual posición.

Las momias de los aboríjenes de Arica dan por eso a conocer la combinación de la forma de sepultura usada por el hombre primitivo, en posición tendida, con la más adelantada en plataforma, presentada en Sud-América por la momia peruana, que principia a aparecer en momias en cuclillas en el Norte, en el período protochimu, i se jeneraliza, en seguida, por todo el Perú.

En sus fundamentos, los procedimientos de momificación usados por los peruanos eran iguales a los observados en las momias de la clase 2.a de Arica.

A la exhibición para el culto, también característica de la momia peruana, correspondía entre los aboríjenes de Arica una exhibición parecida, que, por numerosos actos de violencia, usados en este caso, i por la demora de la inhumación, sin respetar la putrefacción, ha dejado, en una gran parte de las momias, las señales de su destrucción parcial, precedente a la sepultura definitiva.

La técnica de la sepultura misma era sencilla: inhumaban los cadáveres, jeneralmente, a poca hondura, 30 a 40 cm., debajo de la superficie del suelo, en la arena. En algunos cementerios, las momias estaban sepultadas a troche i moche, tendidas en varias direcciones, unas sobre otras. Hai también cementerios con sepulturas acumuladas hasta la profundidad de 1.50 cm. debajo de la superficie.

Los cementerios son, por lo jeneral, poco estensos, de 10-20 metros de diámetro. En esta distribución se encuentran va-

rios en la falda Norte del Morro de Arica, i otros en la pampa de Chinchorro, fuera de la ciudad, hasta unos 3 km. del centro siguiendo las líneas de los barrancos, que dan al mar i que son el lugar de numerosos manantiales.

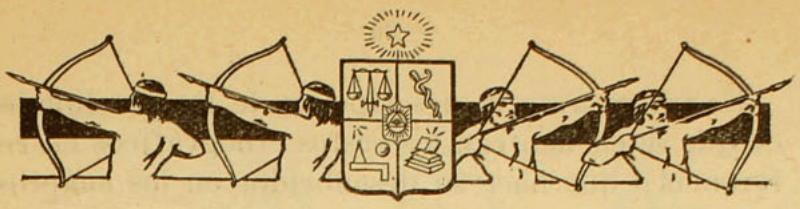
Conclusión:

Estos aboríjenes, sin artes ni industrias adelantadas i con una forma de vivir todavía mui parecida a la que se puede suponer en el hombre primordial de estas rejiones, estaban rodeados en diferentes partes por tribus de carácter más desarrollado i ya en posesión de grandes progresos en la agricultura, en el arte de alfarería, de la tejeduría, de hilar, de teñir i de un uso estenso de la lana. La momia en cuclillas había principiado a introducirse en el suelo peruano, i los aboríjenes estaban a punto de aprovechar estos progresos de la civilización en el Norte, permaneciendo en otro lado todavía en el nivel bajo la cultura tradicional de sus predecesores.

Se les puede considerar por eso de cierta manera, como un resto errático de poblaciones más antiguas en medio de las peruanas más adelantadas. Por su diferencia somática i en el tipo de su cultura, es posible que se pareciesen más a los Uros, que a tribus que existieron en siglos posteriores en la Costa, tales como los atacameños.

No hai señas de la aparición de los estilos peruanos entre las tribus vecinas, en los artículos obtenidos a trueque por estos aboríjenes. Por otra parte, su inclusión en el área de las civilizaciones peruanas estaba cercana, por lo cual parece que la civilización que tenían debe corresponder a la que, es lójico suponer, existía antes de la llegada al Sur de las culturas de protonazca i de Chavín, o sea a los primeros siglos de nuestra era, hasta los 300 i 400.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA



CAPITULO II

Los pescadores primitivos de Taltal

Los conchales de Taltal.—Las capas arqueolójicas de los conchales.—El material hallado.—Civilización chinchaatacameña hallada en los conchales.—Civilizaciones de otro origen en la zona de Taltal.—El período de los incas.—Otras estaciones de pescadores primitivos en las costas del sur.

En la costa chilena del sur se han removido conchales del período primordial que han suministrado un considerable número de objetos paleolíticos i neolíticos.

Un poco al norte del puerto de Taltal se descubrió en el mes de Enero de 1925, un yacimiento paleolítico, el cual, fuera de su valor para la ciencia etnográfica de este país, ha servido para aclarar el problema del orijen del hombre americano (1).

(1) Este hallazgo se debe a la intelijencia i actividad del señor Augusto Capdeville, i como éste, otros de que se hablará en las pájinas siguientes, todos los cuales ha dado a conocer en valiosas publicaciones que han enriquecido la escasa literatura arqueolójica de Chile.

Es interesante la descripción de las localidades en que se encuentran los restos etnográficos en referencia i que hace su descubridor en los acápites que siguen:

«Al norte de Taltal, a dos i media millas, se encuentra la Punta del Hueso Parado.

En esta Punta, a 100 metros de la playa, a 24 de altura sobre el nivel del mar, en la marjen sur del lecho antiguo de la quebrada del Hueso, seca en la actualidad, es donde se halla la industria paleolítica, en una especie de gran montículo que tendrá como 50 metros de diámetro, i tres metros i medio de espesor máximo.

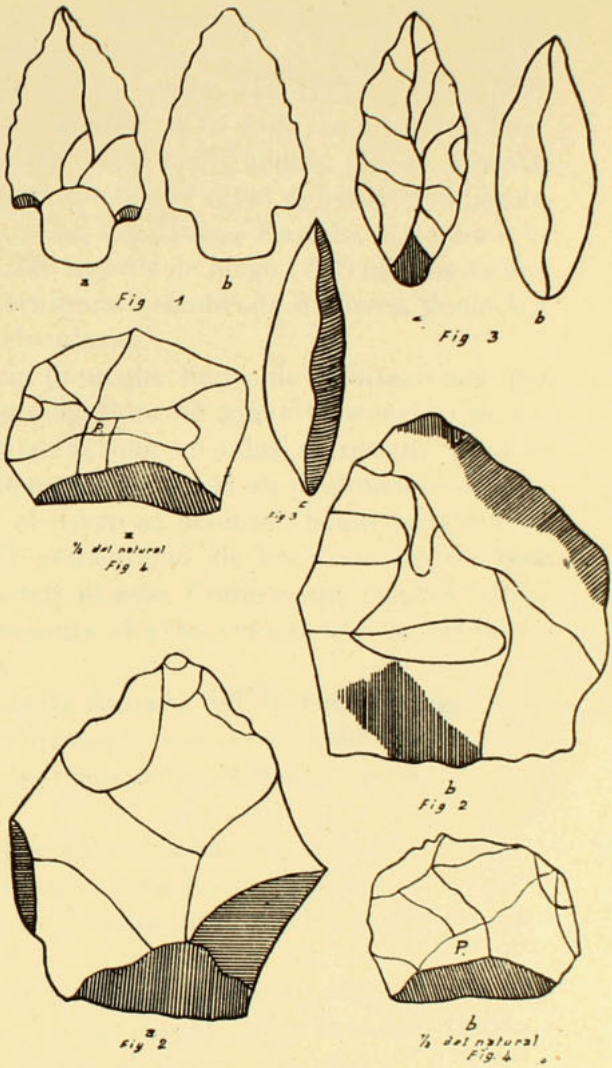
La quebrada del Hueso, en este sitio, tendrá como 30 metros de ancho por ocho metros de profundidad.

En este lecho antiguo de la Quebrada, se encuentra el muelle de Piedra. Este es una plataforma rocosa, de color rojizo, que se interna en el mar. Sobresale, por encima del agua, como uno i medio metros. Tendrá como 30 metros de largo por 10 de ancho.

Sesenta metros más al norte, se encuentra el actual lecho seco de la Quebrada del Hueso.

Entre el lado norte de la punta del Hueso, que se prolonga más de 100 metros dentro del mar, i al lado sur del muelle de Piedra, se abre una playita de conchilla blanca, donde mueren suavemente las olas.

Esta playita es un lugar adecuado para todo tráfico de embarcación menor, sirviendo al lado sur del Muelle de Piedra, como una especie de malecón de piedra sólido i seguro para el embarque i desembarque de personas i bultos.



1 y 3 puntas de flecha.—2, raspador.—3 y 4 raspadores Capdeville.—Arqueología de Taltal

La larga Punta de Hueso Parado, proteje por el sur a esta playita escondida, de los temporales del oeste, i de los vientos reinantes del S. O. que soplan durante el día.

Al norte de la Quebrada del Hueso, cerca del mar, siguiendo la línea de la costa, se abre una hermosa llanura completamente plana, que se levanta como diez metros sobre el nivel del mar, formando la playa la Caleta del Hueso Parado. Esta meseta tiene como 1,200 metros de largo i 500 metros de ancho. Está literalmente sembrada de leves, pequeñas hendiduras circulares.

Parece más bien que han sido habitaciones que sepulturas, por la falta de ajuar funerario i de esqueletos humanos, que en ellas se notan. Todo el lado norte de esta llanura es un prolongado cementerio, desde el cerro al oriente, hasta la playa al poniente. El cementerio de los vasos negros está cercano al cerro, al este. Como a una cuadra, al poniente, se presenta el gran cementerio de los túmulos de tierra.

Al norte de la llanura del Hueso Parado, se levanta la gran meseta sur de la Quebrada de San Ramón, que se eleva como seis metros encima de la llanura.

La meseta está formada por una tierra amarillenta, con gruesos rodados de piedra.

El terreno de la llanura del Hueso es de color negruzco.

Todas las ballenas que flotaban muertas, del norte, en el mar, en las cercanías de la costa, venían a parar a la Caleta del Hueso Parado.

Todos los años en verano, i a veces en otoño, se presentan ante la bahía de Taltal, como a distancia

de media a una milla de la costa, por centenares, formando cerros, persiguiendo a la sardina o a la anchoa chica.

En otoño también abundan los pez espadas (albacoras). Este pez se alimenta principalmente de jibias. El mayor enemigo de este pez es el tiburón. Se citan casos de haberse encontrado flotando, muertos, en el mar, a un tiburón i a un pez espada, unidos ambos, atravesado el tiburón por la espada del pez.

El mayor enemigo de la ballena es una especie de tiburón, más chico, llamado chanchito, con hocico i cola de chancho. Estos chanchitos andan por miles; de modo que, en un momento, destrozan a una ballena. No sería raro suponer que esa mitad de ballena que se varó cerca del Muelle de Piedra, haya sido restos de la voracidad de los tiburones chanchitos.

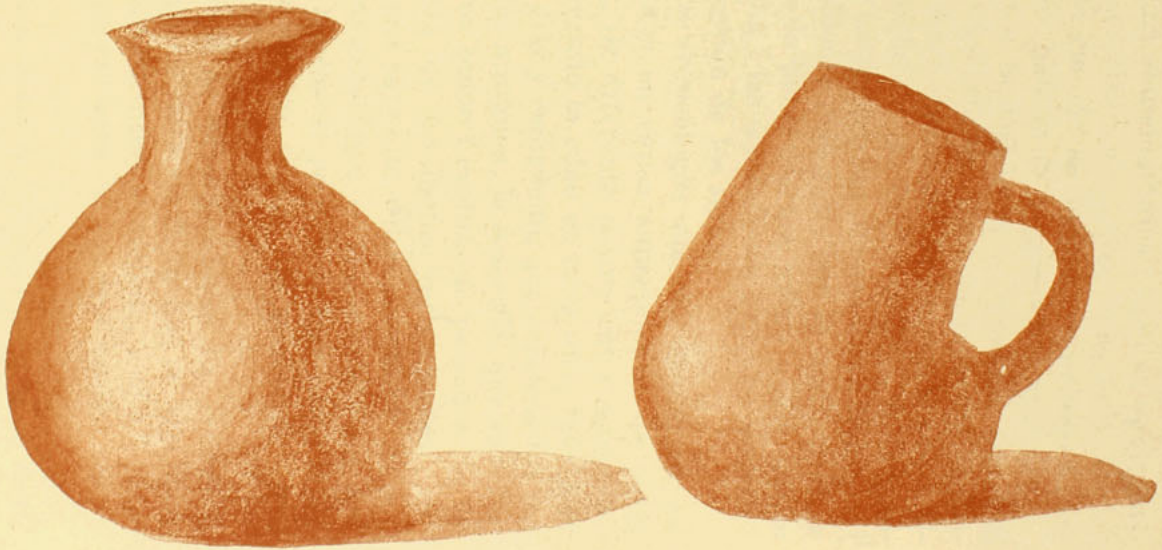
Todo este conjunto de hechos: un buen muelle natural de piedra, un manso refujio, las corrientes marítimas favorables, etc., etc., hacían de esta playita blanca un lugar mui privilejiado para un pueblo netamente pescador.

En la actualidad, la rejión de la costa de Taltal es un verdadero desierto» (1).

El autor a quien pertenecen estas citas informa todavía, como mui conocedor de esas localidades, que todos los años en verano, a la caída de la tarde, aparecen en las costas de Taltal inmensas bandadas del pescado conocido con el nombre de *furel*, que viene en persecución de los peces pequeños, de

---

(1) Augusto Capdeville, *Acerca de la arqueolojía de Taltal*, 1, 2.



Cantaritos de la Chimba de Antofagasta. (Changos).

la anchoa en particular. En la actualidad hacen los pescadores una abundantísima i fácil recogida. Mirando retrospectivamente, cree que esto mismo debió suceder cuando los moradores primos de estos parajes los habitaron en pretéritos milenios.

Como tantos esplorādores i jeógrafos que han estudiado el desierto de Atacama, sustenta el descubridor de estos conchales i de los restos que ocultaban, la opinión de que la climatolojía de esta zona debió ser antiguamente diversa de la de ahora i el medio ambiente más apto, por lo tanto, para la existencia de la población que afluía a ella, por la flora, la fauna i las condiciones fluviales estinguidas en la sucesión de los siglos.

Dividen los arqueólogos que han examinado estos yacimientos en capas superpuestas de abajo hacia arriba, de diferente naturaleza i contenido, que van marcando la edad de cada una; tales son: la de *fondo*, gris y cenicienta, que contiene los instrumentos más antiguos; la *amarilla*, que está formada de arena tenue i espinas de pescados; la *negra*, compuesta de productos carbonizados, residuos de cocina i rayas de ceniza; la *blanca*, de más espesor que las anteriores, en la que existe una acumulación de huesos de peces i de ballenas, i la *superficial* o de encima, que es una mezcla de tierra con objetos (1).

La renovación de estos conchales ha permitido didivir la capa inferior en fajas que se han denominado paleolítica inferior antigua, media i superior. Esta capa encierra en sus tres bandas raspa-

(1) Max Uhle, *Sobre la estación paleolítica de Taltal.* —Augusto Capdeville, *Acerca de la arqueolojía de Taltal.*

dores de sílices negros labrados i fragmentos de calcedonia, puntas de flechas i lanzas de silex, cuchillos, arpones i anzuelos de hueso, puntas de anzuelos de conchas i piedras de uso desconocido.

Se supone que el hombre primitivo de esta zona fué formando la capa inferior mediante los procedimientos que siguen:

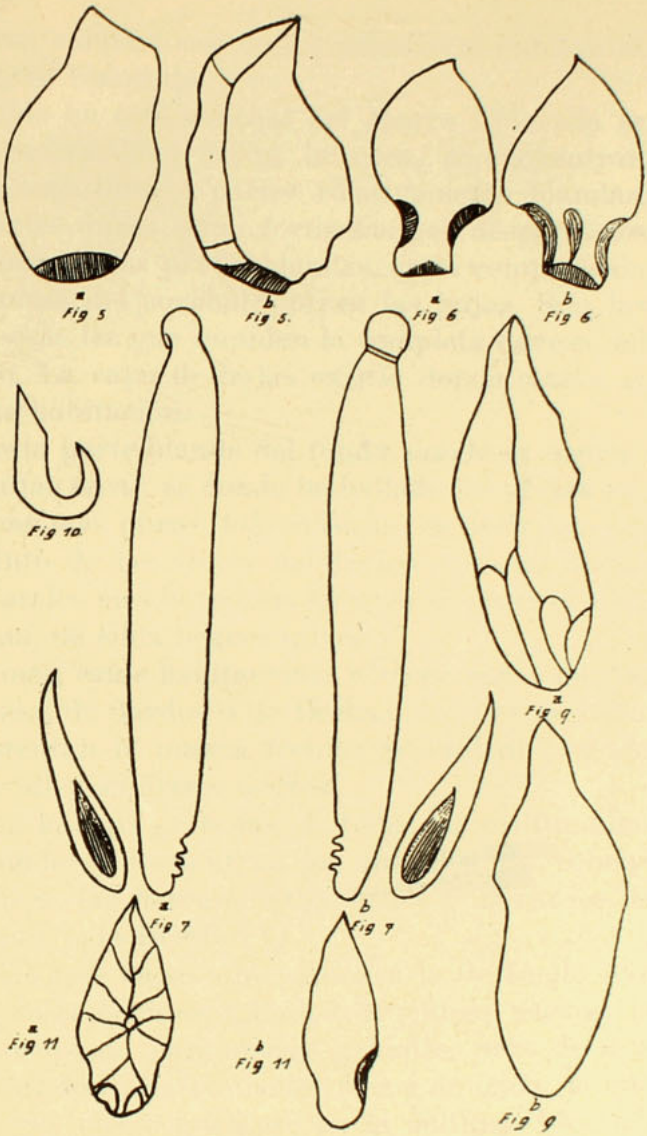
«1) Cojieron peces i caracoles para su alimento. Entre los caracoles preferidos, figuran en inmensa cantidad los hélix, que abundan aún entre las piedras de las playas; entre los peces, se notan en gran número los *fureles*, que se conocen por el hueso especial que tienen detrás de la cabeza.

Estos caracoles están amontonados por largas capas, que a veces son de más de 20 ctms. de espesor, ocupando un gran óvalo en toda la parte central del conchal, de esta manera se formó la capa de concha de hélix. (El Tronchus Ater).

2) Antes que todo armaron su tienda i prepararon su lecho de dormir, con cama de hojas; así se formó la estensa capa de hojas que se estiende por gran parte del centro del conchal, a distintas profundidades. Hai gruesas capas de hojas secas molidas, de color café oscuro. Se presentan capas secas de hojas compactas, algo sueltas, que se ven casi enteras.

3) Encendieron sus fuegos, comieron sus caracoles, peces, etc., i botaron sus desperdicios de cocina; de este modo se formó la capa de cenizas. Con los desperdicios de cocina se formó la capa morada, capa compacta, dura, de gran espesor.

Con estos elementos, ya podremos hablar de la época paleolítica antigua de Taltal; es decir, de las



5) Cuchillos.—6) puntas de arpón.—7) anzuelo de hueso.—8) puntas de flecha.—9) id.—10) anzuelo de concha.—
11) punta de flecha

Capdeville.—Arqueología deTaltal

primeras habitaciones de los primitivos habitantes del Morro Colorado.

Cuando en este conchal del Morro Colorado se hacen escavaciones hasta la roca, se encuentran partes mui duras i partes relativamente blandas. Las partes duras están formadas por desperdicios de cocina; en las partes blandas, en la composición de la masa del conchal, entran las hojas. Son las hojas secas las que impiden la completa dureza del terreno. La capa de hojas existía donde estaba la antigua habitación.

En esta parte blanda del fondo, donde se encuentran hojas secas, es donde he hallado las piezas paleolíticas más puras, más clásicas; es decir, que en el recinto de las viejas habitaciones, es en donde se hallan los más hermosos ejemplares de la técnica cheleana, de silex negros tallados.

Además, estas habitaciones ofrecen raras puntas de lanzas, de dardos o de flechas, de silex de color que ostentan la misma técnica jeneral de trabajo que los silex similares negros.

Es en la capa de hojas, de todas las profundidades, donde se encuentran los anzuelos de concha circulares, las herramientas, útiles i utensilios de la técnica paleolítica» (1).

De las tres capas que siguen a la de fondo han salido instrumentos tallados de sílices negros, el más apropiado para piezas grandes, pero de una conformación relativamente fina i cuidada, lo que demuestra cierto adelanto en la cultura. Los instrumentos consisten en hachas, puñales, discos, raspadores, etc., puntas de flechas en escaso número,

(1) Capdeville, libro citado.

de hueso de aves i de huanacos. En la superficial aparecen las puntas de lanzas i de flechas para la pesca i anzuelos enteros o en fragmentos de conchas circulares, todos mui bien trabajados. Aunque en el período que corresponde a estas capas disminuyen los instrumentos paleolíticos i neolíticos de las intermedias, su uso se conservó hasta los tiempos de la civilización atacameña inca, es decir, hasta poco antes de la conquista española.

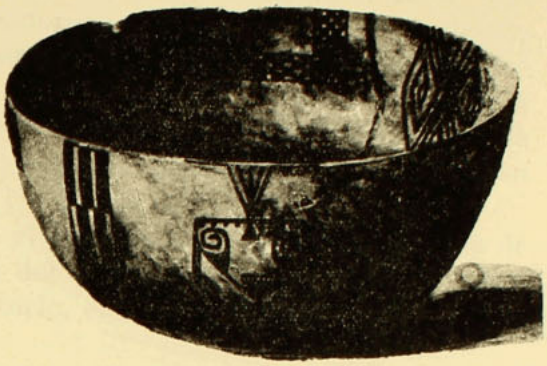
Hai arqueólogos que consideran todo el conchal como del período neolítico, por el empleo del cuarzo en la confección de algunos instrumentos i la identidad de la punta de flechas i arpones de ballena usados en otras localidades, como en Pisagua, en los primeros siglos de nuestra era. Han llegado a la conclusión de que la edad de las tres capas inferiores se remonta a 1,000 años antes de Cristo.

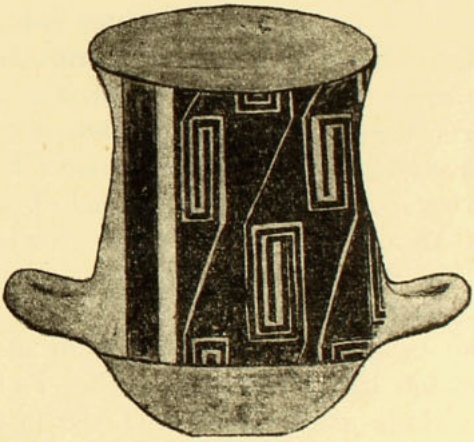
En este conchal no han aparecido vestijios de alfarería. Solamente en la capa superior se han encontrado demostraciones de este arte, que comenzó a introducirse en el período atacameño, 800 años después de Cristo.

Al oeste de Taltal, a 200 metros de altura, quedan huellas de talleres adonde se conducían trozos de cuarzo para fabricar los instrumentos. Ahí se transportaba la comida i se resguardaban los artesanos tras de murallas de piedra en forma de herradura.

Las condiciones de clima i la situación de altitud sobre las aguas del mar, han favorecido la conservación de los restos de este conchal, como los del norte de la costa chilena (1).

(1) Max Uhle, *Sobre la estación paleolítica de Taltal.* —Aureliano Oyarzún, *Estación paleolítica de Taltal.*—





Taltal.—Chincha atacameña

Capdeville.

Contiguos al depósito paleolítico de Taltal, se han exhumado otros cementerios que encierran un material de civilizaciones menos rudimentarias que la de los pescadores primitivos. El dilijente descubridor de estos yacimientos de poblaciones que sucedieron a la primera, halló un cementerio chincha atacameño en Punta Grande, 17 millas al norte de la de Taltal, i otro del mismo tipo en la del Hueso Parado.

Consultado el americanista señor Uhle acerca de la derivación del material arqueolójico exhumado en tal cementerio, emitió la opinión que va en seguida:

«Anticipo la observación jeneral que todo lo que veo, por sus dibujos, de la alfarería pintada, encontrada por Ud. en un cementerio indíjena de Taltal, cerca del Muelle de Piedra, en la Caleta del Hueso Parado, que está a 2½ millas, al norte del puerto de Taltal, forma caracteres esenciales i mui claros del estilo atacameño segundo, tal como lo pude determinar en escavaciones hechas entre Tacna i en el lado del mar (Para). Este estilo resultó por la estensión de las conquistas Chinchas, en dirección al Sur (años 1000 a 1300, período de las conquistas Chinchas, en el sur).

Saliendo de Chincha i de Ica, comprendieron, al fin, toda la costa intermedia hasta Tacna al Sur, parte de Bolivia i toda la rejión cercana del Sur del Perú, hasta el río Apurimac. Hasta ahora me

---

Ricardo Latcham, *Una estación paleolítica de Taltal*, conferencia publicada en la *Revista de Historia* i que el señor Uhle calificó de prematura, tanto con respecto a los datos orijinales existentes como a sus conclusiones, por lo que no pudo surtir el efecto apetecido.

parecía su estensión, finiquitada en Tacna, pero, por los dibujos de esta alfarería, veo que estos Chinchas atacameños se estendieron, también, más al Sur, al menos hasta Taltal.

Por lo demás, Ud. puede estar seguro de que los que usaron tales vasos fueron una raza conquistadora, como Ud. los denomina; porque, si los vasos fueran fabricados por jentes de otro orijen i sólo bajo influencias Chincha-atacameñas, los dibujos de los vasos no presentarían tal carácter jenuino, como los mismos vasos de los cementerios contemporáneos en el Norte.»

Puedo decir que los cementerios de sus vasos pintados contienen tipos de la cultura atacameña, influenciados en su segundo período por los de los Chinchas del Norte» (1).

El afortunado investigador que ha sacado del olvido estos tesoros arqueolójicos, agrega en la esposición que hace de sus particularidades:

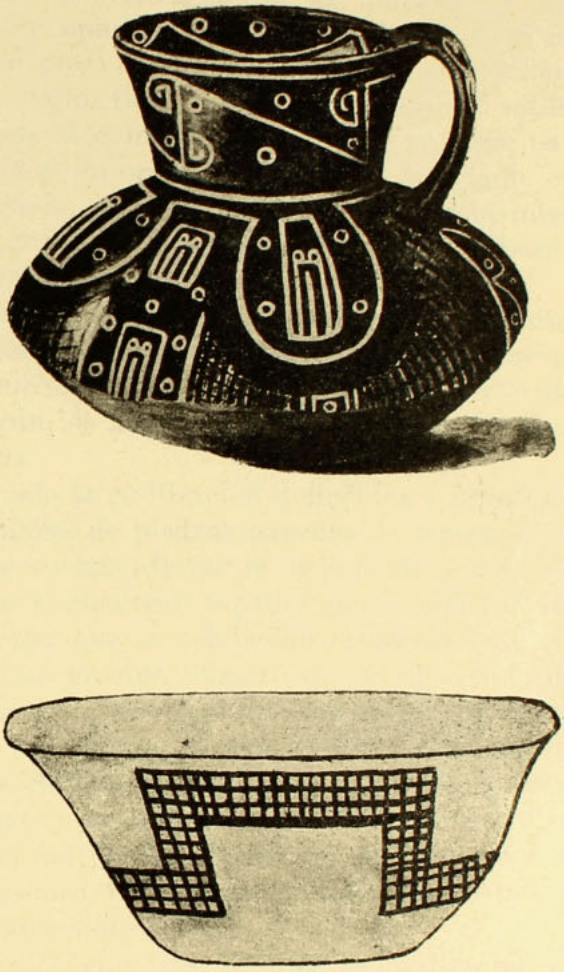
«Desde 1918 hasta ahora, en estas rejiones, he descubierto nuevos cementerios de alfarería pintada Chincha-atacameña segunda, con su industria característica.

Ahora deseo describir, aún cuando sea someramente, el cementerio Chincha-atacameño de la Caleta Norte de Punta Grande, típico, por su alfarería pintada, sus puntas de flechas, sus objetos de oro, plata i cobre, sus bronces (manoplas, cuchillos, etc.) i sus útiles de hueso grabados, etc.

El tipo de esta civilización Chincha-atacameña de Taltal, está compuesto de elementos importados

---

(1) *Un cementerio chincha-atacameño* por don A. Capdeville, páj. 2.



Taltal.—Chincha atacameña

A. Capdevillle.

del Norte (cerámica en todo su carácter idéntica a la de Arica i Tacna), i elementos característicos para el tipo de civilización de los atacameños del Sur (por ejemplo, instrumentos de hueso para el uso de rapé, etc. i bronces). Las figuras en el bronce ornamentado, tienen más semejanza al estilo diaguita que al chincha-atacameño, i, por eso, parece más bien un orijen austral. Por otro lado, es la procedencia, de los vasos pintados de esta interesante forma de cultura, absolutamente inseparable del Norte» (1).

En conexión con estos yacimientos de tipo chincha-atacameño, han aparecido otros, que su descubridor menciona con el nombre que los caracteriza mejor, según los instrumentos i alfarería exhumados en ellos.

Ha llamado la civilización dolménica a unos trechos tumulares de piedras paradas de tamaños diversos, que apenas afloran de la superficie del suelo o que se encuentran tapados por completo. De esos espacios, que se eslabonan estrechamente, se ha sacado un crecido número de herramientas de piedra, huesos i conchas que supera al conjunto primitivo i lo aventaja en la técnica i variedad de los objetos. Se han exhumado, además, muchos restos humanos i cadáveres tendidos. Se atribuye su edad al fin del período neolítico, que precede a la edad del bronce, i cierta continuidad con el paleolítico que antecedió.

En conexión con ésta, se halla la civilización de las jentes de los vasos pintados. En un vasto espa-

(1) A. Capdeville, *Un cementerio chincha-atacameño en Punta Grande*, páj. 2. Quito, 1923.

cio de terreno están las sepulturas que encierran los objetos de esta cultura. Su remoción dió un copioso material arqueolójico, que se componía de lanzas i flechas, espátulas i anzuelos de hueso, esqueletos sepultados en posición medio tendida i doblada a la vez, con la cabeza hacia el oriente, i una gran cantidad de objetos de cobre, como cinceles, cuchillos, anillos que resguardaban la mano en el uso de la cuerda del arco, amuletos, manoplas, pinzas i adornos.

Sobresale la alfarería en el agregado de tantas herramientas i utensilios, por la confección bella i fina de las piezas i por la variada ornamentación de los vasos, escudillas, cántaros i otras vajillas.

Un análisis comparativo del material de esta civilización con el de las que le precedieron, ha permitido formular la conclusión de que no se encadenaba con ellas, sino que apareció repentinamente en esos lugares, por emigración i con mayor probabilidad, por conquista. Se le atribuye fundadamente un orijen chincha-atacameño.

De un cementerio de la misma zona arqueolójica se han estraído ejemplares de alfarería figurada; en otro, vasijas negras, i en ambos los elementos industriales respectivos; su descubridor sostiene la teoría que pertenecen a civilizaciones independientes unas de otras i de las demás.

De Copiapó hacia el sur, se han escavado también varios cementerios, que han dado abundante material prehistórico, tipo de esta civilización chincha-atacameña, sobre todo en la provincia de Coquimbo. En las inmediaciones de La Serena i en el departamento de Ovalle, se han levantado enterratorios con rica cerámica i otros objetos. En Qui-



Taltal.—Civilización Chincha-atacameña

A. Capdevillle.

lacán, en la marjen sur del río Elqui, a 2 kilómetros de la estación de Altovalsol, se descubrió un cementerio que dió una cerámica fina i elegante, cuyos grabados están hechos en colores blanco puro, rojo sangre i negro mate. Los cadáveres aparecen en esta sepultura de lajas, en posición horizontal, con la cabeza hacia el este, cerca de la cual van los objetos mortuorios. Sus descubridores denominan estos restos de «tipo coquimbano», con influencia incásica i sin conexión con la diaguita ni con la chincha peruana.

Como estas colecciones, por lo jeneral, en poder de particulares, no han sido examinadas por arqueólogos profesionales, no es posible avanzar datos positivos acerca de su clasificación o de la cultura de que se derivan. Tal vez algunos de sus poseedores al dar con esta cerámica, no han pretendido utilizarla con fines científicos, sino mercantiles (1).

Correspondió a los incas el último período de las emigraciones sucesivas de pueblos distintos a la costa. Los moradores de esta sección territorial recibieron paulatinamente de ellos nuevas modalidades de existencia. Sin embargo, no todos los adelantos de los siglos prehispanos deben atribuírseles, pues en el área de dominación de la costa norte i del interior, ya habían arraigado algunos de orijen atacameño primero i chincha-atacameño después.

(1) Una de estas colecciones fué ofrecida al autor por la suma de diez mil pesos. Es de lamentar que en nuestro país, donde no se da la menor importancia a estos estudios, los museos fiscales, sin fondos para tales adquisiciones, no vayan adquiriendo estas reliquias de nuestra prehistoria. De ordinario ingresan a los anaqueles estranjeros.

Entre tales progresos, la arqueolojía cuenta los cascos, hallados en la sepultura de Pisagua; las manoplas, en las de Taltal; las bolsas largas, modelos de balsas i tipos de flechas, la costumbre de absorber rapé, en el valle de Chincha i Copiapó. A los mismos habitantes del Cuzco les habían sido comunicados por los atacameños los métodos progresivos en el arte del hilado. La obra de los incas consistió en encauzar dentro de su sistema de actividades, la forma de los hábitos vijentes.

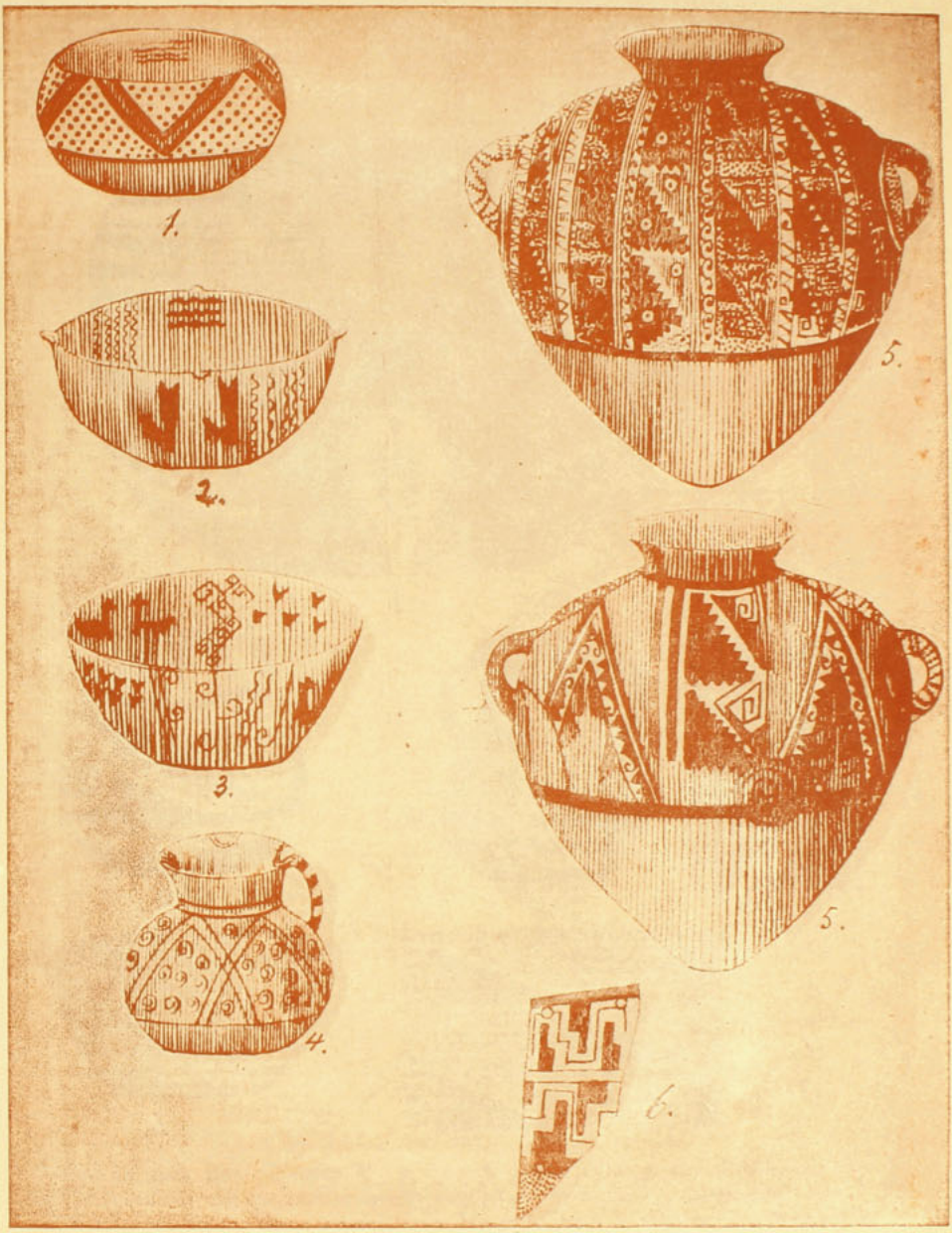
La alfarería de los invasores no suplantó a la del período anterior, que conservó la hechura i los ornamentos orijinales i sólo se transformó en otro tipo más sencillo de vasijas de color chocolate, con pequeños relieves en el cuello, como de narices. Ejemplares de facturas semejantes se estendieron hasta la bahía de Taltal (1). Unicamente se nota en el conjunto jeneral la presencia de ciertos rasgos incásicos.

En las sepulturas de Arica i otras localidades inmediatas, se han sacado fragmentos de platos incaicos que llevan dibujos de llamas en fondo rojo; cántaros enteros con ornamentaciones antropomorfas, con llamas, soles i líneas serpentinas incluídas en campos divididos por fajas verticales. De las costas del sur hasta las bahías de Taltal i Caldera, han aparecido asímismo en los cementerios chincha-atacameños vasijas semejantes a los aribales netamente peruanos, de asiento cónico; cántaros i escudillas. Pipas de piedra para fumar,

---

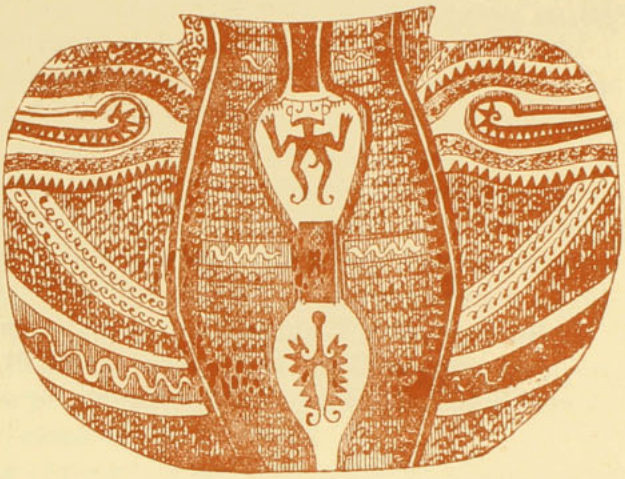
(1) Procedente de Tacna hai en la colección del autor un cantarito que tiene en el cuello nariz i ojos en relieve de pájaro, que se asemeja a la lechuza.

Taltal. Civilización de los vasos pintados, según Capdeville

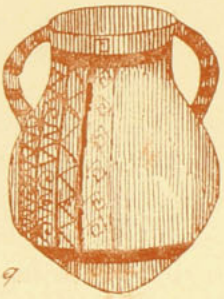


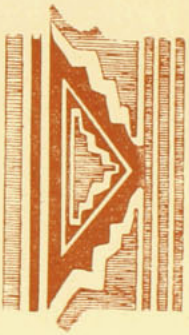
1. Escudilla con banda en zig-zag y campos de puntos, con cuatro serpientes en el interior, colores negro, rojo obscuro y blanco amarillento.—2. Escudilla color rojo obscuro con dibujos negros.—3. Escudilla con ornamentos parecidos a pictografías.—4. Cantarito rojo con dibujos negros.—5. Vaso arivalo por sus dos caras, técnica esmerada, decorado con negro, rojo obscuro y anaranjado.—6. Fragmento de vaso de tres colores, con dibujos escalerados

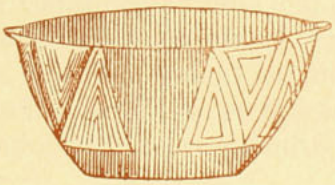
Taltal. Alfarería de la civilización de los vasos pintados, según Capdeville

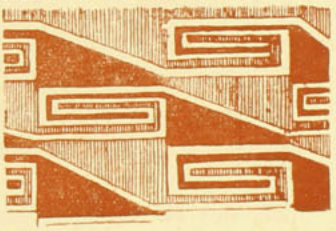












7. Vaso de pasta fina pulimentada, con dibujos negros, rojos y amarillentos.—8. Cántaro ornamentado con los mismos colores.—9.Cántaro color rojo y decoración negra.—10. Vaso negro, rojo y blanco adornado de triángulos rojos y negros.—11. Fragmentos con grecas y dibujos escalonados

esquinadas i tubulares, se han hallado también en las sepulturas de Taltal. Es un hecho comprobado que las pipas para tabaco se jeneralizaron en las costas durante el dominio de los incas (1).

Se transformó igualmente en este período de los incas la forma de sepulturas indíjenas. Eran antes celdas, planas en el suelo. Cambiáronse en las de estructura tumular, con celdas cuadradas o circulares, fabricadas en mejores condiciones de solidez i presentación. Adentro contenían algunas piedras grandes. Túmulos había que sobrepasaban a las dimensiones ordinarias; tenían 2 metros de altura i de 6 a 15 de diámetro. Esta conformación de sepulturas se presentaba en los cementerios de las costas del sur, como en las de Taltal.

Estas concordancias arqueolójicas demuestran con toda evidencia que entonces i antes hubo una comunicación continua entre los pobladores de las costas meridionales del Perú con los que ocupaban las de Chile hacia el sur.

Volviendo a los pescadores primitivos, no es teoría aventurada asegurar que se fueron corriendo hasta los confines de la costa pacífica del sur en el trascurso de más de un milenio. Vestijios de su permanencia se han hallado en varios lugares. En Catapilco (Ligua), inmediato a la caleta Maitencillo de Puchuncaví. En la quebrada de Curauma, 8 kilómetros al sur de Valparaíso, existió un conchal en el que se desenterraron restos pertenecientes al hombre primitivo. En la bahía del Alga-

(1) Hallada igualmente en Tacna, existe en la colección del autor una pipa de tierra cocida, la cual representa una figura, al parecer de perro, que lleva en el hocico la boquilla.

rrobo, entre Valparaíso i San Antonio, cerca del pueblo, como a 15 ó 20 metros sobre el mar, otro depósito de conchas enteras i quebradas, en el que abundaban, las de *fisurella i trochus oter*, residuo de las comidas del habitante orijinal (1). De ahí han salido a la superficie por remoción del suelo o por la acción de las aguas, algunos pedazos de instrumentos de piedra no pulida, como raspadores, hachas de mano, fragmentos de hueso puntiagudos; puntas de flechas para pescar, etc. Se han sacado de las capas de arriba fragmentos de loza pintada i muchas piedras horadadas.

En un conchal de Constitución, posterior a Tiahuanaco, se ha comprobado asímismo la presencia de instrumentos paleolíticos (2).

De Puchoco, bahía de Coronel, se han estraído piedras de peso para redes, otros instrumentos, como raspadores, punzones e innumerables puntas de flechas.

En Quidico i Tirúa, en plena costa araucana, se han practicado desentierros en depósitos de conchas de moluscos. A poca profundidad, en la capa superficial salieron numerosos fragmentos de groseras vasijas de barro, algunas llancas (silicato de cobre para adornos), puntas de flechas i en las de abajo, había algunos instrumentos de piedra sin pulir, mezclados con ceniza, uno como afilador, otros en fragmentos como raspadores (3).

---

(1) Alfredo Escuti Orrego, *Pre-historia americana.*

(2) Max. Uhle, *La estación paleolítica de Taltal.* Revista Chilena de Historia i Jeografía, 1916.

(3) Escavaciones hechas por el autor, en 1911. Antes había practicado otra, el injeniero de la colonización don Santiago Escuti Orrego, por encargo del mismo, en algunos parajes de esos lugares, con igual resultado.



Taltal.—Civilización Chincha-atacameña

A. Capdevillle.

En la costa de Chiloé se han hallado también instrumentos de labranza, como palas i hachas, puntas de flechas i otros, todos de piedra, que indican que en épocas remotas habitaron esas rejiones pescadores primitivos (1).

Opinan algunos arqueólogos que estos pescadores primordiales siguieron su curso de espansión hasta las islas Guaitecas i los Chonos i aún hasta la Tierra del Fuego, cuyos habitantes conservan hasta hoi una estraordinaria primitividad, similar a las de aquéllos en casi todas sus particularidades. Pero otros sostienen la teoría que algunas tribus fueguinas se orijinan de los patagones i que otras llevan muchas mezclas de ese elemento étnico, parecer que se basa en la similitud osteolójica i en las relaciones que han existido siempre, desde tiempos inmemoriales, entre los indíjenas de los dos territorios (2).

(1) Alfredo Weber S., *Chiloé, su colonización i porvenir.*
(2) Dr. R. Verneau, *Les Anciens Patagons.*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



CAPITULO III

Los tarapaqueños

Los collas o aymarás ocupan el territorio de Tarapacá i parte de Atacama.—Los puquinas i otros pueblos.—División jeográfica de Tarapacá.—Zonas en que los aymarás se establecieron.—La invasión de los incas.—Rasgos físicos de los tarapaqueños.—Sus industrias i habitaciones.—Los petroglifos.—Arribo de los españoles al desierto.—La travesía de Almagro.—Sistema administrativo español.—Las encomiendas de Tarapacá.—Ocupaciones de los indios.—Progresos agrícolas de los indios al lado de los españoles.—La población indíjena.—Los últimos restos.

El advenimiento i espansión de la raza colla o aymará de la altiplanicie boliviana, es otro acontecimiento de la pre-historia americana que entra en el campo de los hechos plenamente demostrados.

Esta poderosa confederación estaba organizada en *ayllos* o en linajes que practicaban una agricultura bastante adelantada i que conservaban cierta afinidad de parentesco i de cultura con la raza constructora de los jigantescos monumentos de

Tiahuanaco, que hasta hoi día han resistido a la acción destructora de los siglos.

Como era natural que sucediera, esta aglomeración de comunidades aliadas i afines, más fuerte i densa a medida que trascurría el tiempo, se desbordó fuera de su estrecha área del Titicaca, por casi toda la altiplanicie boliviana, el Perú hasta el valle de Lima, i dejó sentir su influencia hasta el norte de la Arjentina i por el lado suroeste de Los Andes desde Arequipa hasta el río Loa.

Así fué cómo, en el octavo o noveno siglo, los territorios del norte de Chile se encontraban aymarizados. En Tarapacá hubo no menos de doscientos ayllos, de los cuales aún al mediar el siglo pasado, quedaban hasta ochenta i seis. Los quillaguas del Loa procedieron del distrito de los collaguas de la altiplanicie; los de Sibaya procedieron de Ilabaya i los de Pica de Zepita.

En Tacna se contaron catorce ayllos. Trece de ellos procedieron de Acora i Juli. El de Collana procedió como los quillaguas del Loa, de Collaguas, del riñón de la comarca aymará.

«Los indios de Lluta, cuyo pago principal se llamó Ulibaya, procedieron del distrito de Ilabaya en la altiplanicie. Los de Tarata i Putina fueron de neta estirpe lupaca i procedieron del distrito de Pomata.

Igual cosa dígase de los indios de Ilabaya, en valle de Locumba, quienes tuvieron a gala proceder del pago de su procedencia en su nuevo asiento.

Los indios de Sama procedieron de Chicuito. Los del pago Cuilona i Yalata formaron parte del grupo de Tacna i procedieron de Acora.

Los cochunas del valle de Moquegua procedieron de las orillas del Titicaca.

Todo es perfectamente colla» (1).

En su avance en dirección al litoral se encontraron con los pescadores de estirpe *uro* o del Titicaca, los cuales desde un período lejano, se habían establecido en la costa desde Pisagua hasta Cobija i aún avanzado tierras adentro. Dejáronlos reducidos a las playas i a trozos de tierra de algunas leguas de anchura. Como manifestación de obediencia, pagaban a los caciques aymarás un tributo de pescados, contribución que se perpetuó hasta el dominio de los españoles.

Formáronse colonias collas verdaderas ramificaciones del árbol troncal, desde el declive suroeste de los Andes hasta las riberas del Pacífico. Un autor que ha estudiado mui a fondo el problema de la espansión de esta raza hacia la rejión que se indica, suministra este dato al respecto: «Aquel fué el momento, allá por los siglos octavo o noveno de nuestra era, en que los territorios de Arequipa, Moquegua, Tacna, Arica i Tarapacá, atraídos por la persuasión o dominados por las armas, pasaron a formar parte de la colectividad colla» (2).

En esta rejión habitaban unas tribus collas que se conocieron con el nombre especial de puquinas i ochozumas. Un arqueólogo, también conocedor minucioso de estos pueblos vecinos al océano, hace re-

---

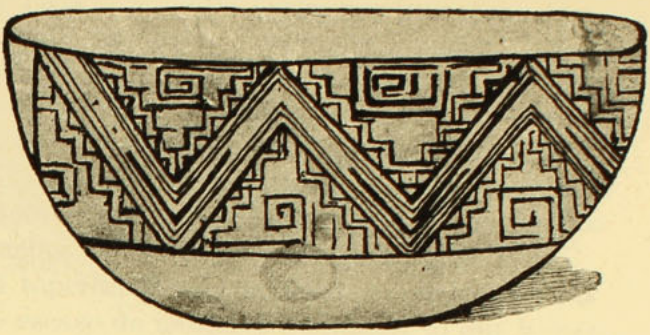
(1) R. Cúneo Vidal, *El Collasuyo de los Incas*. Revista chilena de historia y jeografía, año 1914. Ningún autor quizás de los que han escrito con base documental, iguala a éste en el conocimiento de la etnografía aymará i quichua de Tacna, Tarapacá i Atacama.

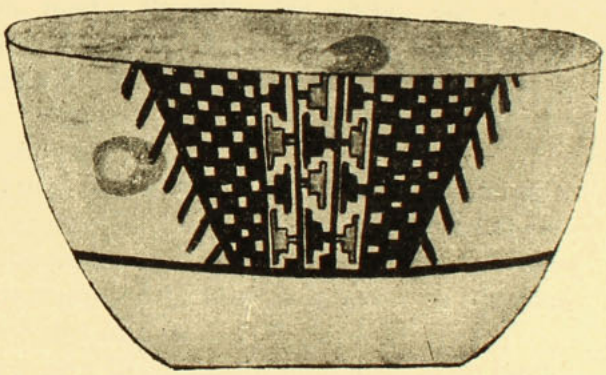
(2) R. Cúneo Vidal, *El Collasuyo de los Incas*.

ferencia a ellos en los términos que siguen: «Garcilaso de la Vega menciona en sus comentarios cuatro de las pequeñas tribus mui rudas de la rejión boliviana: Puquinas, Puquinillas, Ochozumas i Uros. Presenta dificultad su ubicación, porque no determina sus sedes. Pero se puede considerar como seguro que los puquinas vivían en la Costa, cerca de uno o de los dos lugares que llevan el nombre de Puquina, poco distante el uno de Arequipa i el otro de Moquegua, siendo así dudosa su estensión por las orillas del lago. Como indica su nombre, los Puquinillas habrán sido sus vecinos, i para la ubicación de los Ochozumas, se presenta el nombre del río Uchuzuma, en la rejión del nevado Tacora al oeste, como afluente del Maurí» (1).

Grupos de estos indios que residían en los valles i llanos cálidos de las faldas occidentales de la cordillera, al norte del territorio de Tarapacá, eran los que los cronistas i escritores arqueólogos modernos han designado con el nombre jenérico de *yungas* o *yuncas*, procedentes a no dudarlo de los indios que hablan aymará de la vertiente de los Andes, en las provincias bolivianas de Yungas, Muñecas y Larecaja, cercanas i en frente a Arequipa, Moquegua, Tarata i Tacna. «Estos indios son de estirpe diferente que los aymarás del altiplano. Son mucho mejor conformados, esbeltos; el color de la cara es más claro i puro. La espresión de la cara es también más seria, pero no tan agria ni tan estúpida. Son limpios i su hábito revela más gusto; consta de angostos calzones que bajan hasta la rodilla i de

(1) Max. Uhle, *Fundamentos étnicos i arqueolojía de Arica i Tacna*, páj. 7.





Taltal.—Chincha-atacameña

una camisa de lana; llevan sobre los hombros un pequeño tejido i sobre la cabeza un pequeño sombrero de paja sujeto a la barba por una cinta. Orijinariamente hablaron diferentes lenguas, i más tarde bajo el réjimen de los incas, quichua. *Yunca* es palabra quichua, significa valle ardiente, pero el quichua ha sido espulsado por el aymará» (1).

Los mismos rasgos fisonómicos i vestimenta son los que han señalado escritores antiguos i modernos para muchos de los habitantes de Tarapacá.

En la toponimia tarapaqueña se cuenta un número no escaso de nombres puquinas, lo que indica el avance de estas tribus hasta el territorio de más al sur.

Como pertenecientes a una raza agricultora, los collas tuvieron que elejir las comarcas cultivables al diseminarse por el desierto.

Lso esploradores i jeógrafos dividen el territorio en estas rejiones: 1.° Las de la costa, que mide por término medio 18 millas de ancho, con cerros que se elevan de 1,000 a 1,600 metros sobre el mar. Es la del guano i de las minas, que declina hacia el este i va a terminar en la zona de las pampas, de diversos nombres.

2.o La rejión del salitre, que comienza en la quebrada de Camarones i llega por el sur hasta el desierto de Atacama i confina por el este con la Pampa de Tamarugal, en la que se interna en algunos puntos una o dos millas.

Componen esta faja de salitre una serie de hoyadas o depresiones del terreno i llanos o pampas de

---

(1) Dr. E. W. Middendorf, *Introducción a la gramática aymará.*

poca dilatación, donde se encuentran ubicadas las oficinas de esplotación.

3.o La rejión de la Pampa de Tamarugal (de Tamarugo, *Prosopis tamarugo)*, que se dilata desde la quebrada de Retamilla o Pacota hasta el río Loa, con una estensión de 300 kilómetros i una anchura de 40 a 50; se eleva hasta 1,000 metros sobre el mar. Parece que ha sido una hoya profunda rellenada en épocas jeolójicas por los aluviones descendentes de la cordillera. En tiempos no lejanos de los actuales la cubrían bosques de algarrobo, tamarugos i molles en varios parajes. La cruzan corrientes subterráneas, subordinadas a la hidrografía de la altiplanicie; en virtud de la acción capilar i la capa impermeable de arcilla o de greda que se encuentra en distintas profundidades, el sistema hidrográfico subterráneo de Tarapacá ha dado orijen a los innumerables pozos abiertos en el Tamarugal.

4.° La rejión de los contrafuertes de la cordillera, que comienza en las márjenes orientales de la Pampa de Tamarugal i termina en la cordillera. Desde los Andes arranca una serie de serranías hacia el occidente que forman las quebradas que concluyen en el Tamarugal. Por los flancos de estas quebradas corren arroyos menores que van a engrosar el caudal de las matrices. El espacio de terreno alto comprendido entre una i otra quebrada es árido por completo. De este encadenamiento sucesivos de hoyadas, comprendidas entre el grado 19 al 21, sobresalen por el caudal de los arroyos que la recorren las de Camarones, Miñimine, Paga o Nama, Camiña, Saya o Pisagua, Retamilla, Zapte, Aroma, Chiapa, Sotoca, Zipiga, Huasquiña, Tarapacá, Noasa, Mamiña, Macaya, Quisma a un cuar-

to de legua del oasis de Pica; Chacarilla o el Salado, Huatacondo, Los Pintados i la de Quillagua, que da paso al río Loa. Algunas miden muchos kilómetros de largo, como la de Tarapacá, de 30 leguas aproximadamente, i de 4 a 12 cuadras de ancho. En la estación del deshielo o de las lluvias de la cordillera suelen avanzarse estos arroyos hasta mui adentro del desierto, como el de Tarapacá, que llega hasta Pozo Almonte. Estos fenómenos de las lluvias i deshielos de la cordillera, son periódicos i solamente se dejan sentir cada veinte años, más o menos. La historia del desierto rejistra la repetición de estos fenómenos fluviales en los años 1834, 1852, 59, 68, 78 i 84 del siglo pasado i los 1919, 23 i 25 del presente.

5.º La rejión de la Cordillera de los Andes. En las faldas orientales se encuentran los espacios de vejetación herbácea que se estiende hasta los límites con Bolivia, i que se han llamado pasteles o estancias (1).

Al marjen de los arroyos que recorren tanto las quebradas matrices como las de las afluentes, se encuetran las tierras cultivables, los árboles i los trechos con pastos.

A lo largo de las aguadas i en distintos sitios del Tamarugal, fijaron los aymarás sus asientos. En las quebradas grandes sobre todo se acumularon las comunidades principales. Pica era un asiento indíjena importante cuando los españoles de Almagro lo descubrieron en 1536.

---

(1) *Jeografía de Tarapacá*, por don Guillermo Billinghurst, industrial i conocedor minucioso de Tarapacá, ex-Presidente derrocado del Perú.

Las zonas del agua les facilitaba el riego para el maíz, que resiste a las sales de los arroyos, i un clima semejante al orijinario. Aquí no se descomponía la coca ni sufrían las llamas de enfermedades eruptivas a la piel (1). En el Tamarugal crecían pastizales i arbolados de tamarugos, chañares i arbustos, abundantes en aquella época i subsistentes bajo la arena hasta una fecha no distante de ahora. Los bosques tuvieron vida exuberante sobre todo en los parajes denominados Curaña, Iluga, Las Pillallas, La Tirana i la Soledad. En estos sitios hubo, sin que haya lugar a dudarlo, centros indíjenas, como se dejar ver por los vestijios de cultivos que hasta hace poco se notaban, particularmente en la pampa de Iluga. (2) En la costa sólo establecieron los collas cantones secundarios de parada. El móvil atribuído a la dilatación colla hacia las márjenes del océano fué la necesidad de proveerse de sal para su alimentación i de guano para sus siembras.

Por un largo espacio de tiempo, que no bajaría de cuatro siglos, duró el poderío de la nación colla, hasta que surjió a su frente la otra no menos poderosa de los incas. En el siglo XV Pachacútec emprendió la conquista de los collas de la altiplanice. Su hijo Túpac Yupanqui continuó la empresa invasora de su padre i logró avasallar primero, no sin encontrar a su paso una resistencia armada, a las porciones considerables del sureste del Titicaca has-

(1) R. Cúneo Vidal. «*El Collasuyo de los Incas*». Revista chilena de historia i jeografía, 1914.

(2) Entre los muchos autores que anotan la antigua vejetación del Tamarugal, basta citar el estudio de don Alfredo Escuti Orrego sobre *Pre-historia americana* que presentó al Primer Congreso Pan-Americano de Santiago de 1908-1909.

ta el grado 22, i después a las del lado del océano, desde Arequipa e Islay hasta los desiertos de Tarapacá i Atacama.

Los incas dejaron con su fisonomía nativa al territorio que sujetaron a su obediencia por el lado del Pacífico, en cuanto a instituciones i costumbres. Sólo impusieron el tributo del guano, la sal i el pescado, como asímismo sus especulaciones relijiosas que concordaban en detalles principales con las del altiplano. Las comarcas quedaron divididas en parcialidades que tenían el nombre quichua de *suyo* i formaban cacicazgos separados, todos sujetos al control de guarniciones i funcionarios del gobierno central.

La influencia incásica se dejó sentir en varios órdenes de adelanto, particularmente en agricultura: el sistema de riego se mejoró con acequias labradas en la roca viva para llevar el agua a las laderas, en las que había terrazas sucesivas de siembra con paredes de contención. Esto se hizo principalmente en los lugares que necesitaban este sistema de irrigación.

Influyó en mantener la modalidad de los collas sin radicales modificaciones, fuera de la tolerancia de los dominadores al respecto, el hecho de haberse trasplantado de la altiplanicie al occidente andino núcleos de colonos o *mitimaes*, en conformidad a la sabia política de sujeción de los emperadores del Cuzco. Estos transplantados quedaron radicados a firme en las rejiones conquistadas, lo que contribuyó a que la aymarización fuese más intensa.

A esto se agregó la conservación del idioma, pues el quichua no pudo arraigar en una población tan repartida. «Hacia el oeste, el aymará parece haber-

se estendido hasta la costa del mar, desde el grado 16 hasta el 23 de latitud sur abrazando rejiones que pertenecen a los departamentos peruanos de Arequipa i Moquegua, lo mismo que las provincias bolivianas i peruanas que a consecuencia de la guerra han pasado al dominio de Chile, esto es, Arica, Tarapacá i Cobija. Esto se ve del anuario estadístico editado en Lima «Guía del forastero» para 1795, en el cual se consignan como aymarás a todos los habitantes de las rejiones dichas. Esto se confirma todavía con que todos sus nombres jeográficos son aymarás» (1).

El indio del desierto tenía marcada semejanza física con sus ascendientes del altiplano. Se caracterizan los últimos por su estatura casi menor que la media ordinaria. Bajos son también los tarapaqueños, aunque su talla se levanta un poco en las proximidades de la costa.

Los habitantes de las alturas bolivianas se distinguen por el cuerpo regordote y una caja torácica amplia, los pulmones son grandes, como lo exijen las funciones respiratorias de los moradores de lugares mui altos. Bien poco difieren los del Tamarugal i de las quebradas de aquéllos en estos rasgos corporales; en unos i otros se notan las piernas más cortas que el tronco, carnosas, con el pie pequeño i grueso, talón redondo i nada salientes, dedos cortos. Son todos notables peatones i de estraordinario valor en los pies para resistir el frío intenso de los lugares del interior i de las alturas.

---

(1) *Introducción a la gramática aymará*, del doctor W. Middendorf.

La cara de los tarapaqueños conserva por atavismo un color moreno tirado a rojo i su forma rellena, con una boca grande, labios gruesos, nariz abultada. La cabeza es grande, el cuello corto i grueso.

Son de pelo liso i abundante; lampiños de barba i les falta el bello en la piel.

El continente de estos indíjenas, como el de los aymarás, esterioriza una indiferencia flemática, la reconcentración en sí mismos; el fatalismo conjénito de la raza.

Visten los indios bolivianos camisa de lona, manta con listas de color, calzones i calzoncillos hasta un poco abajo de la rodilla; usaron sandalias de cuero sin curtir i un gorro que descendía hasta el cuello i las mejillas, sobre el cual iba el sombrero ancho de paja.

El traje femenino se compone también de camisa de algodón; un mantón cuadrado de lana espesa listada con vivos colores i cruzado en el pecho con prendedor, a menudo con una cuchara con punta en el mango; de la cintura para abajo una pollera azul-oscuro, la cual se abulta desmedidamente con ropa interior para aumentar el ancho de las caderas, que es signo de belleza. Las mujeres no llevan sandalias; las del altiplano usaron sombrero alón, con pliegues de jénero que caían sobre la cara (1).

Tal vestimenta o por lo menos mui semejante fué la que usaron los indios tarapaqueños.

Comían carne i pescado seco (charqui), el maíz que constituía la base de su alimentación, la quínoa (chenopodium quínoa), la semilla i la fruta del

(1) Obras de E. Middendorf.

algarrobo i algunos tubérculos silvestres. Como poseían rebaños de llamas, acumulaban en sus viviendas la carne seca de este animal. Cuando escaseaba el pasto, llevaban sus manadas a las alturas del levante de los Andes, donde se disputaban a mano armada con los indios bolivianos los *pastales*, choques repetidos hasta los tiempos modernos.

Eran viciosos mascadores de coca, que obtenían por cambio de especies con los de Bolivia, i absorbedores de polvos embriagantes por medio de tubos de hueso o de cañas, que uno se adaptaba a la nariz i otro soplaba por el estremo opuesto.

Escaso es el material arqueolójico de Tarapacá, por no decir que falta por completo. En el territorio se han hecho pocas escavaciones con objetivo científico por especialistas esperimentados en esta clase de trabajos. Los objetos que han aparecido casualmente en las cortaduras del suelo, han sido ejemplares aislados que no han merecido ninguna atención a sus descubridores.

Sin embargo, conviene enumerar algunos de los que se han encontrado en los cantones agrícolas de las quebradas i en algunos paraderos de caza o de camino.

Se han recojido en bastantes cantidades puntas de flechas i de picas; uno que otro mortero de piedra; piedras de moler, de la mano, planas, para la harina de maíz i otras semillas.

No han aparecido piezas notables de alfarería aunque los aymarás de aquí podían haber recibido la influencia en este arte de la patria orijinal, de los chincha-atacameños i de los incas, con quienes vivieron en estrechas relaciones desde que se sometieron a ellos. Acaso la vida poco sedentaria i más

premiosa para otras necesidades, los obligó a descuidar la confección de vasijas grabadas i de técnica esmerada. Las calabazas reemplazaban en parte a las vasijas de barro.

Un hallazgo raro fué el que se hizo en Huara: al cavar un pozo salieron a los 45 metros de hondura fragmentos de vasijas barnizadas i un árbol tendido horizontalmente a muchos metros de profundidad. En un punto llamado Cumiñalla, en Tamarugal, se descubrieron, además, huesos fósiles de un megaterio, animal jigantesco del período diluviano Jeólogos conocedores de la formación del terreno i de la orografía del Tamarugal, opinan que esos despojos fósiles han sido arrastrados desde las alturas de la cordillera i cubiertos de gruesas capas salinas (1). El mismo orijen se atribuye a los fragmentos de alfarería de caracteres tal vez de Tiahuanaco i no de los que usaron después los indios tarapaqueños.

En el arte del hilado i del tejido en lana los habitantes del desierto estuvieron en el mismo grado que los aymarás de la altiplanice. Fragmentos de ponchos i prendas de vestir así lo dejan ver. Servíanse de husos de maderas para torcer los vellones de lana de vicuña. Usaban hondas tejidas con esmero i solidez i quipos o manojos de hilos con nudos que indicaban numeración.

Debieron ser hábiles en la fabricación de utensilios de cesteria i madera, como sus vecinos del desierto de Atacama. La totora i las fibras de juncos de las aguas estancadas i de los algarrobales,

(1) Billinghurst, *Jeografía de Tarapacá*.

abundantes en pasadas centurias, les proporcionaban a la mano la materia prima.

Quedaron atrasados en el arte de construir sus habitaciones. La razón es que vivían en un medio climatérico donde faltaban o escaseaban las lluvias. Sus viviendas carecían de comodidad i estética: estaban cerradas en el esterior i divididas en el interior por tapias o estacadas de totora verticales i amarradas con correas de cuero, o cañas horizontales; los techos eran también de totora embriadas o embarradas sobre vigas de algarrobo. En cambio, la agricultura constituía su dedicación preferente: sembraban en tablares o divisiones pequeñas de huertas, las cuales se regaban con el agua de un estanque construído cerca de las habitaciones i surtidas por tajos de poca hondura.

En las pocas escavaciones que se han hecho han aparecido palas de piedra i otras en forma de remos, como las encontradas en Pica i Tarapacá; cuchillones arqueados i palos puntiagudos que debieron servir de chuzos, instrumentos con que removían la tierra.

La dedicación asidua de estos indios a la agricultura se esplica por las condiciones fluviales i de selvicultura del desierto en la época en que lo ocupaban. Cubierta la rejión de Tamarugal de selvas i atravesada por corrientes que llegaban hasta la playa, abundan terrenos i vegas, bien que no dilatados, para cultivos i animales (1). Los indios del norte según el cronista Cieza de León, iban a buscar en balsas de totora i de lobos el guano que abundaba en la isla de Iquique, i los del interior lo sa-

(1) A. Plagemann, *Der Chilesalpeter.*

caban de las caletas, de las rocas i de las prominencias que orillaban el mar para conducirlo en llamas a las quebradas de Tarapacá, Mamiña, Chiapa, Huatacondo, Camiña i Quisca. Conocían los indíjenas este fertilizante desde tiempo inmemorial, pero se intensificó su aplicación durante la dominación incásica.

El hecho de haberse descubierto grandes cantidades de huesos de hormigueros en las quebradas i lugares bajos, comprueba, además, de lo espuesto sobre este particular que en una época el desierto de Tarapacá estuvo cubierto de bosques (1).

Por la disminución de las aguas de la cordillera i el consiguiente cambio de clima, se acortó el curso de esos arroyos i murieron las selvas, que al fin quedaron sepultadas semi-fósiles bajo la arena (2).

Atribúyese a los aymarás que ocuparon el territorio los petroglifos grabados en las rocas de varios parajes. Se les ha dado el nombre de *pintados*, por cuanto han sido hechos con materias colorantes tan firmes, que aún permanecen visibles en parte, a pesar de los siglos que tienen.

Estos petroglifos no abundan en el Perú, pero son igualmente mui comunes en toda la meseta boliviana; esto da marjen para aceptar aquella suposición, por lo menos en parte.

Los de Tarapacá son característicos por sus dimensiones i estilo. Hállanse en las sierras marítima i en las quebradas de los contrafuertes andinos. En la primera se encuentran los que siguen:

---

(1) T. A. Joice, *South American Archeology*.

(2) Esos bosques enterrados fueron los que buscaban los mineros i salitreros con el nombre de *minas de leña*.

El de Las Tizas, en la montaña que hai entre Huara i La Peña, al este de Iquique; es una serie como de una legua.

El de Las Rayas, en el camino de Iquique a La Noria. Son éstos de tamaño desmedido de largo i ancho, con figuras jeométricas, en las cuales predominan los rectángulos que forman cruces i otras combinaciones; círculos simples i concéntricos; hombres, llamas i pumas. El de Montevideo es otro petroglifo, entre Pozo-Almonte i la Noria por el ferrocarril.

El de Los Pintados, al sur del salar de este nombre, es una serie de 5 a 6 kilómetros con delineaciones que representan rectángulos simples i combinados, i escaleras i otros dibujos jeométricos; hombres i animales diversos.

En las quebradas del este de la pampa del Tamarugal se ven petroglifos de dimensiones ordinarias. Dos de ellos son el de La Piedra del León, en la quebrada de Macaya i el de Maní, en la del mismo nombre; el primero figura un hombre, llamas, círculos i serpientes; el segundo el sol, la luna, estrellas, indios i animales. Este motivo sideral, corresponde a una noción relijiosa común a los aymarás i a los quichuas.

Los de la quebrada de Chipana i Huatacondo, éste se diferencia de los demás por cuanto sus figuras están hechas en relieve, tipo único en su jénero en América meridional, al decir de los arqueólogos.

En Quillagua, orilla sur del río Loa, existe otro de estos petroglifos colosales. Sobre el flanco de una montaña convenientemente arreglada para

trazar figuras enormes, que se divisan a mucha distancia, aparecen indios, animales i círculos (1).

Seguramente que habrá en otras localidades petroglifos no mencionados por los esploradores del desierto, pero que se descubrirán con el mayor tráfico que se hace al presente por caminos i parajes desconocidos. Así entre las quebradas de Huatacondo i Maní existe otra actualmente seca que lleva el nombre de Pintados, por los numerosos grabados que aún quedan en las rocas de algunos cerros (21° 02').

¿Qué objeto tendrían estos trazados pre-históricos de Tarapacá? Aunque los autores no lo espresan, no sería aventurada la hipótesis de que han servido de indicaciones o guías para los viajeros. El hecho de que estuvieran situados en el camino que converje a Iquique, parece confirmar esta suposición. La etimolojía de este lugar, Ique-Ique, viene de guano-guano o guaneras, i a este cantón venían las parcialidades agricultoras en busca del fertilizante abono para sus sementeras. ¿O serían signo de propiedad i residencia de los ayllos? Lo que se nota en el examen de las fotografías i reproducciones de lápiz que se han sacado de ellos, es la semejanza de alguna de sus combinaciones lineales con los tejidos i alfarerías del sur de Tarapacá.

Esto se esplica porque el dibujante aborijen reproducía en todos los objetos los dibujos que le eran familiares i que contenían detalles de otras civilizaciones.

---

(1) El arqueólogo sueco Eric Boman, cita en su excelente obra *Antiquités de la rejión andina de la República Arjentina et du desert d'Atacama*, a los autores que han conocido estos petroglifos.

Así, en el lugar del Rosario, de la quebrada de Yuta, a 252 m. de altitud i 28 kilómetros de Arica, existe un petroglifo que tiene una cruz parecida a la de los pilares de Tiahuanaco. De estos pilares reproduce muchos rasgos el estilo chincha atacameño de la costa sur del Perú i norte de la de Chile.

Un sabio alemán, que ha estudiado mui a fondo i científicamente los petroglifos del Brasil, afirma que los grabados de esta clase no tienen la edad remota que se les atribuye i que han sido elaborados por los naturales por vía de pasatiempo (1). Pero la mayoría de los arqueólogos parece no asentir a esta opinión.

Tal era el estado político i cultural del territorio de Tarapacá al arribo de los españoles: los moradores del Tamarugal i de las quebradas anteandina, como rama étnica de los aymarás, mantenían su organización en ayllos o linajes i convivían al lado o próximos a los restos de curacazgos peruanos.

Los primeros españoles que pisaron el suelo de Tarapacá en 1536, fueron los que componían una columna de ciento diez soldados al mando del capitán aguerrido de la conquista de Guatemala, Ruiz Díaz, a quien acompañaba el hijo de Almagro. Iba esta tropa embarcada en uno de los tres buques equipados en el Perú para auxiliar a Diego de Almagro.

Por defectos de construcción de la nave, tuvo que recalar en Chincha. El tercio espedicionario siguió su marcha por tierra. Bordeando la costa, atravesó los desiertos de Tarapacá i Atacama i avanzó hacia el sur hasta el valle de Copiapó.

---

(1) Teodoro Koch-Grïmberg, *Petroglifos Sud-Americanos.*

Tres meses duró esta travesía por los desiertos. Los espedicionarios tuvieron que esperimentar en el trayecto cruentas penurias por la falta de víveres i forrajes, por las terribles condiciones climatolójicas de esos lugares i la agresión encarnizada de los indios, repetida a menudo a lo largo del camino. Doce hombres muertos i mayor número de caballos, fueron las bajas que esperimentaron los españoles en estos encuentros.

Por segunda vez penetraron españoles al desierto de Tarapacá en 1536: fueron las partidas de Almagro, que regresaban del descubrimiento de Chile. Partiendo el adelantado de Copiapó, se encaminó hacia el asiento poblado de indios del valle de Atacama (San Pedro de Atacama), donde había los recursos necesarios para reponerse de las fatigas de la marcha. Llegó como en la mitad del mes de octubre. Aquí lo esperaban dos de sus capitanes de confianza que se habían adelantado: uno, Francisco Noguerol de Ulloa, tomó la delantera por mar con 80 hombres, para desembarcar en una caleta.

Los españoles establecieron en el territorio su sistema administrativo de correjimientos o partidos.

Fué Arica el correjimiento más meridional del Perú, que comprendía los partidos o tenentazgos de Locumba, Tacna i Tarapacá, gobernados por un teniente de correjidor. Como cabecera del partido de Tarapacá, se reconoció el lugarejo de Pica. Las condiciones favorables del clima i la feracidad del suelo, atrajeron a este punto un buen número de familias españolas. Implantáronse los cultivos de árboles frutales i las viñas, que rendían hasta quin-

ce mil *botijas* de vino o cántaros de barro, así llamados por los españoles.

El virrei don Lope García de Castro, que había establecido tales oficios, nombró en 1565 primer corregidor de Arica a un caballero portugués llamado Francisco Rodríguez Almeida, que esplotaba unas minas de plata en Guantajaya, descubiertas por el indio Cucamate.

El virrei Amat i Juniet creó en abril de 1768, la provincia de Tarapacá, desmembrándola de la judisdicción de Arica, con cuatro repartimientos pertenecientes a la corona: el de San Andrés de Pica, con 135 indios hábiles, para pagar el tributo; el de San Lorenzo de Tarapacá, con 329 indios, no exentos de tributo, i los de Camiña i Sibaya, con menor número de indios tributarios.

El primer gobernador de la nueva provincia fué el ayudante mayor del Rejimiento de Caballería de la nobleza de Lima, don Antonio O'Brien. Este funcionario de la corona conocía a palmos el territorio que se le encargaba administrar, pues, en 1765, se le había comisionado para estudiar su irrigación artificial. En cumplimiento de este encargo, levantó algunos planos que contenían abundantísimos detalles topográficos, de buques, aguadas i asientos de indios. Incluíase en esas descripciones un diseño para regar las tierras estériles del valle o Pampa de Iluga, nombre que al correr de los años se cambió por el de Tamarugal, de tamarugo, jénero prosopis.

Al organizar los españoles su plan administrativo, dejaron subsistentes los ayllos o linajes de los indios en sus propias residencias, pero sometidos al

sistema jeneral de encomiendas o distribución de los indíjenas a favor de su concesionario.

La primera i única encomienda del territorio de Tarapacá, fué la que adjudicó Francisco Pizarro, en 1540, a Lucas Martínez Vegoso, que comprendía todo el espacio desde Camarones hasta el río Loa.

Tan vasta posesión cambió de dueño en 1616; se adjudicó en esta fecha con designación de Iquique, Loa i Tarapacá (nombre que se daba entonces a Ica), al conde de Monterrei. A principios del siglo XVII se fraccionó en dos partes: una se concedió al doctor Joseph de Valverde Contreras i Alarcón, i otra a don Francisco Manrique de Lara.

Segregóse el puerto de Iquique de estas encomiendas, «por haberlo librado el virrei para su majestad». Las autoridades lo daban en arriendo por el término de un año. Por este puerto se esportaban minerales, «brea para embadurnar las badanas del azogue i los odres, i pescado seco»; para el interior se acarreaba el guano que se estraía de la isla. Aunque los indios esplotaron el guano de esta isla desde tiempos inmemoriales, los depósitos del abono permanecían inagotables en la época de los españoles i suministraron hasta la mitad del siglo XIX, inmensas toneladas a la esportación estranjera i la agricultura de Arica i Moquegua.

La real cédula de Felipe III, de 1601, cambió las encomiendas por el servicio personal o de *mita*, palabra quichua que significa vez. Según este sistema, los *ayllos* concurrían en proporción al número de sus habitantes a los trabajos de la corona i a las faenas retribuídas de los antiguos encomenderos, «para dar de comer a los españoles que habitaban la tierra».

Había por esta época la mita de obrajes, establecimientos para la fabricación de paños, frazadas i sayales; la de chasques i correos; la de viñas i trabajos de chacras; la de montaña o corta i labranza de maderas. Por esta fecha, se habían suprimido las mitas de coca o recolección de este vejetal; las de huacas o removedores de sepulturas i la de *jamenes* o indios de carga, a falta de animales para este objeto. La Ordenanza de Tambos, dictada en Cuzco el año 1543, prohibió la costumbre introducida por los conquistadores «de andas o chamacas (hamacas), así de hombres como de mujeres». Antes de prohibirse la carga de indios, se les pagaba en coca, ají o chaquiras, que estimaban «más que el oro i la plata».

Existía otra clase de indios de trabajo libre, a los cuales les llamaban *mingados* i que concurrían a las faenas voluntariamente i mejor remunerados, i otros que tenían el apodo de *palladores* o rebuscadores de metales por cuenta propia (1).

Los yanaconas, natonas o corpas, eran los indios allegados a los señores de las propiedades rurales, quienes contribuían a sus necesidades de vestir i comer; asignábanles un pedazo de tierra para que la cultivasen por su cuenta. En cambio, ellos concurrían a las faenas de las chacras i continuaban arraigados al sulo de sus señores, de jeneración en jeneración, servidumbre que no difería del inquilinaje de otras partes.

A pesar de todas las ordenanzas dictadas en protección de los indios, quedaron durante la colonia como tributarios de los reyes de España. Pagaban

(1) *Memorias de los virreyes del Perú*, tomos I i II, 1859.

el tributo en dinero o en especies, a tanto por cabeza, los varones de 18 a 50 años. Las ordenanzas disponían: «Que los que pagaban en especies cumplan con pagarlas en sus pueblos a los caciques i éstos con entregar la gruesa en el pueblo principal de su repartimiento donde vivieran, sin ser obligados a llevarlas donde asisten los correjidores, como antes los obligaban» (1).

Suprimióse en 1808 este tributo de vasallaje al rei que se pagaba con el nombre de «contribución» i se restableció en 1815. San Martín reiteró su abolición en 1821 pero el gobierno del Perú la puso de nuevo en vijencia hasta el año 1854.

Por estinción de las familias o por abandono de sus hogares, las tierras vacas pasaban a ser realengas o de propiedad del rei i, como tales, los comisarios, empleados de hacienda, las ponían en venta, i en muchas ocasiones se adueñaban de las de indíjenas i de las baldías, ocupantes sin título i con la tolerancia de las autoridades.

Desde principios del siglo XVII, los documentos comienzan a mencionar a los funcionarios del orden eclesiástico, a los curas encargados de doctrinar indios. El estipendio que se les asignaba se cubría con los tributos de cada repartimiento. En 1620, se erijió el curato de Pica, bajo la advocación de San Andrés i las iglesias de Mantilla, Anatacondo i Quillagua. En el siglo siguiente había, además, las parroquias de San Lorenzo, de Tarapacá i Santo Tomás de Camiña.

En el personal administrativo figuraba también el protector jeneral de indios, «quien ejercía sus

(1) *Memorias de los virreyes del Perú*, tomo I.

funciones en beneficio i vijilancia de los doscientos ayllos, más o menos, que poblaban el territorio (1).

Estos indios recibieron al principio con manifiestas zozobras a los nuevos dominadores españoles; pero fueron acomodándose paulatinamente a las circunstancias que les imponía una fuerza mayor, i llegaron a ser en el trascurso de los años sus cooperadores eficaces en las faenas agrícolas, acarreo de animales i construcciones de casas. Sus trechos sembrables que antes les daban únicamente maíz i quínoa, ahora les producían alfalfa, ají i papas, i de esas tierras fecundas surjieron después los viñedos que llenaban de vino sus cántaros de greda o las *botijas* de los españoles, para ser esportadas a la costa i a Bolivia. Las producciones vinícolas de Mantilla i Pica, tuvieron fama, sobre todo durante la colonia española. Desde entonces datan las galerías bajo suelo o *socabones* que se construyeron para captar las aguas subterráneas que bajan de la cordillera.

Los de la costa siguieron en su ocupación de pescadores i los que habitaban los valles altos, dedicados a la agricultura así intensificada, con el caudal de nuevas herramientas i animales como el asno i las cabras. El caballo no se estimaba útil para serranías i desiertos.

Numerosa tuvo que ser la población indíjena en los tiempos pre-hispanos, a juzgar por la que existía a fines del siglo XVIII. El censo del Perú, mandado levantar por el virrei don Francisco Jil de Taboada i Lemos, el año 1796, asigna al pago de Tarapacá las siguientes cifras: 5,456 indios i 1,200

(1) Vicente Dagnino, *El correjimiento de Arica.*

mestizos. La población española llegaba sólo a 509 habitantes. Otros datos que consigna el cuadro de empadronamiento: castas libres, 528; esclavos, 253; pueblos, 12; doctrinas, 4; clérigos, 27 (1).

A principios del siglo actual habían disminuído mucho o se habían incorporado a la civilización que los rodeaba en costumbres, traje e idioma. Sin embargo, por informes dignos de creerse, quedaban todavía en 1910 aproximadamente 1,500 indios jenuinos, con sus modalidades tradicionales.

En todas las quebradas, de distancia en distancia, habitaban hasta principios del siglo que corre, indios lejítimos, que se dedicaban a sembrar sus pedazos de terrenos. En las hoyas de Camarones i Tarapacá, es donde residía el mayor número de estos sobrevivientes.

Al lado de las propiedades particulares se encuentran las viviendas de los indios, unas con escasos habitantes i otras en series continuadas de dos o tres casas, que no alcanzan a formar los antiguos distritos agrícolas llamados *pagos*.

Avalúan sus sementeras por *topos*, medida de superficie que en Camarones i las quebradas al sur de ésta, equivale a 10 mil varas cuadradas i en Tarapacá a 5 mil. Rara vez los pobres siembran más de un topo i las familias con mayor número de individuos, últimos restos de los cantones o comunidades de otros tiempos, suelen aprovechar espacios hasta de cinco topos.

A las tareas ordinarias de la agricultura agrega el indio las de arriero. Dedicábase antes a un acarreo activo a las salitreras de alfalfa i carbón

(1) *Memorias de los virreyes del Perú*, tomo IV.

de chilca, arbusto abundante en sus terruños, que en las oficinas se utilizaba en la fabricación de pólvora. Los de las quebradas altas, próximas a los Andes, pasan a las mesetas bolivianas con cargas de carbón, hortalizas i frutas, que transportan a lomo de asnos i llamas.



CAPITULO IV

Los atacameños

El desierto de Atacama.—El habitat de los atacamas o "lican-antai".—Orijen de la raza.—La lengua "cunza".—Organización social.—Las actividades de los atacamas: la agricultura, la caza.—La fauna.—La llama i el huanaco en la economía de los atacamas.—El perro.—Las viviendas.—Rasgos físicos.—Las sepulturas.—El traje.—El material arqueolójico.—El arte del tejido.—La alfarería i los cestos.—Otros objetos exhumados.—Los petroglifos.—La conquista de los incas.—El arribo i dominio de los españoles.—La población indíjena.—Los atacameños de la república.

Continúa al sur del desierto de Tarapacá el de Atacama, que se prolonga desde el río Loa por el norte hasta la ciudad de Copiapó en su cabecera sur (25°00'), i a lo ancho, desde el Pacífico a los Andes (70°00').

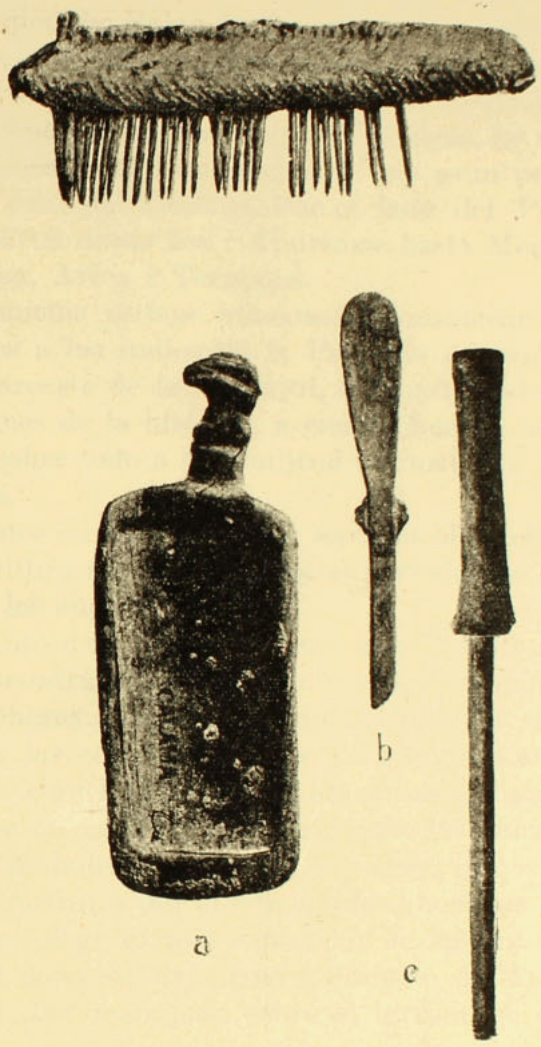
Estuvo antiguamente poblado de muchos parajes de selvas, en los que predominaba el algarrobo (Prosopis Silicuastrum). En el siglo XVIII todavía se ostentaba una arborescencia corpulen-

ta en sitios donde ahora crece únicamente la vejetación herbácea de las vegas. Se cita por los esploradores como uno de estos bosques estinguidos el que hubo en las cercanías de Calama. Hasta 1840 existían restos de estos arbolados prehispanos, los cuales han sido agotados por la industria minera, las sales, las dunas i seguramente que por el cambio de clima, que, como en Tarapacá, se ha operado por la disminución de las lluvias en las alturas andinas.

Hasta hace poco los mineros i conductores de ganado buscaban con afán los troncos escondidos bajo la arena que llamaban *minas de leña.*

Hoi el desierto de Atacama es una rejión inhospitalaria i cálida, donde existen los lugares de más baja nebulosidad del globo i donde el termómetro sube estraordinariamente en el día, i baja lo mismo en la noche, produciendo heladas i fríos intensos que se acrecientan en proporción a la altura de los parajes. Superficie llena de cerros i llanos pedregosos i monótonos; árida en estremo, hasta que la iniciativa oficial o particular emprendan las obras de captación de aguas i canales que a menudo se insinúan por los conocedores de su topografía.

Desde sus confines del norte hasta el grado 24 por el sur, más o menos, estuvo ocupado el desierto de Atacama desde tiempos prehistóricos por una raza de aboríjenes llamados antes *lican-antai* i también atacamas. Cargábanse principalmente sus asientos en dirección a las mesetas i lomas anteandinas, donde estaba el centro principal de aboríjenes llamado Atacama Alta, ahora San Pedro de Atacama i en la hoya del río Loa, en particular en Chiuchiu i Calama, que se llamó en un tiempo Ata-



d) Peine de madera; *a*) tableta figurada con cabeza de cóndor; *b*) topo o prendedor; *c*) tubo con espinas.— De Calama

cama Baja, en los alrededores del Salar de Atacama i la rejión del Salar de Arízaro, en el grado 25. Aún más, por las denominaciones jeográficas se cree seguro que estuvieron radicados en las provincias bolivianas de Chichas, Lípez, Carangas, los distritos del oeste del Desaguadero i una gran parte del norte i sur del Titicaca. Por el lado del Pacífico ocuparon desde Ica i Apurimac hasta Moquegua, Tacna, Arica i Tarapacá.

De la misma estirpe atacameña consideran los etnógrafos a los indios de la Puna de Atacama i los del noroeste de la de Jujui, en conformidad a los informes de la historia, a ciertas huellas de la lengua i sobre todo a la similitud del material desenterrado.

Los restos arqueolójicos de este pueblo indican que su cultura se desarrolló en el período que media entre los años 900 i 1300.

En cuanto a su origen, se han manifestado opiniones encontradas. El célebre esplorador francés Mr. D'Orbigny, que los conoció en 1830, los clasifica entre las cuatro ramas de las naciones andoperuanas: chinchas, aymarás, atacamas i changos. Basándose en un documento antiguo, los considera con afinidades étnicas con los *lipes*, indios bolivianos limítrofes por el este con los atacamas (1).

Un arqueólogo eximio conocedor de las antigüedades del noroeste arjentino i desierto de Atacama, por haber trabajado sobre el terreno en esas

(1) Ese documento fué una carta de 1581 del factor de Potosí Pedro Losano Machuca al virrei del Perú sobre la provincia de los Lipes.— D'Orbigny, *L'homme americain.*

rejiones, rebate tal parecer, i para esto se apoya en la afirmación del cronista inca Garcilaso de la Vega, quien hace distinción entre lipes i atacamas i agrega que a los primeros i los chinchas conquistó Yáguar-Huácac con posterioridad a los segundos. Recarga su argumento el mismo arqueólogo con los datos de que los lipes no hablan el atacameño sino el quichua, que visten i practican otras costumbres i parecen no tener relaciones étnicas con aquéllos (1).

Un escritor sobresaliente en lingüística americana atribuye a los atacamas procedencia diaguita o calchaquí, aboríjenes que moraban en el estremo noroeste de la Arjentina. Analizando las condiciones del idioma *kaká* de estos diaguitas i el cunza de los atacamas, llega a la conclusión que éstos provienen de aquéllos por sangre, habla i cultura; lo que induce a sentar esta precisa aserción:

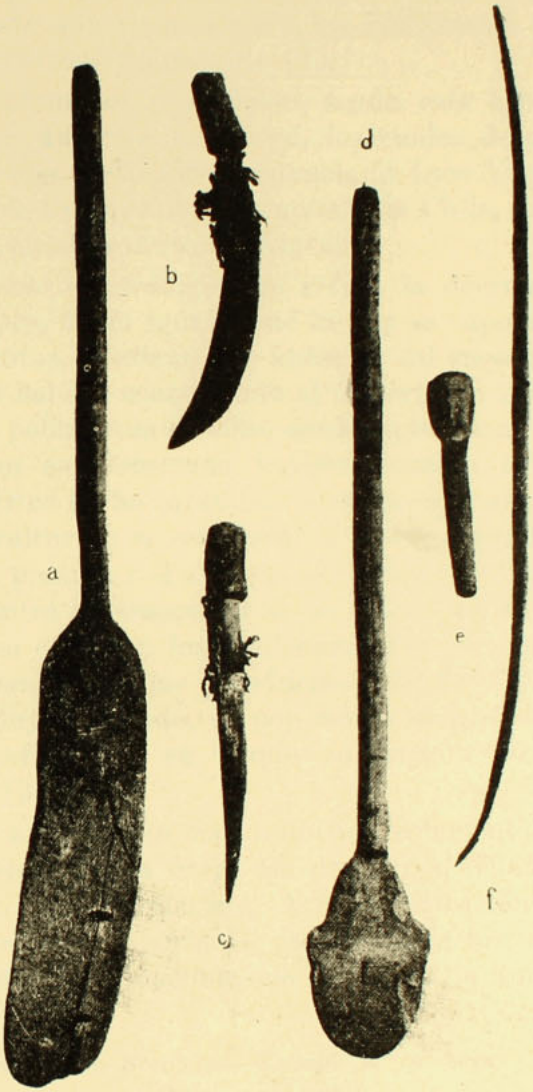
«Muchas son las teorías que hasta hoi se han establecido acerca del orijen i filiación lingüística de los indios atacamas o *lican-antai*. Unos quieren que su idioma sea dialecto del quichua; otros sostienen que es aymarás neto (2). I no faltan quienes digan que se trata de un idioma completamente aislado, sin vínculo alguno con las lenguas vecinas.

Nosotros, empero, nos adherimos sin vacilar a

---

(1) Eric Boman, *Antiquités de la region andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, tomo I, páj. 63.

(2) M. V. Ballivián, *La etnografía de la América del Sur*, La Paz, 1906.



a) Pala de madera; *b*) y *c*) cuchillos para la agricultura; *d*) pala de piedra con mangos de madera; *e*) bastón de algarrobo; *f*) arco de flechas.

la acertada hipótesis del sabio doctor Juan Diego de Tschudi, quien considera a los atacameños restos de las tribus Calchaquí» (1).

Los atacameños provedrían, según esta hipótesis, de los antiguos calchaquí, los cuales después de hacer una obstinada resistencia al Inca Yupanqui por los tiempos de la conquista de Chile, se refujiaron en el desierto de Atacama.

El mismo arqueólogo que refuta la derivación de los lipes, niega igualmente la que se supone de los diaguitas. Sostiene que antes de tal suceso, ya los incas habían conquistado el desierto de Atacama i sus pobladores existían desde siglos atrás formando un conglomerado indíjena con su lengua propia. Otro hecho capital que señala es la disparidad de culturas: la cerámica, el trabajo escultórico sobre piedras i el arte de los metales se encontraban entre los diaguitas en un estado de adelanto que no conocían los atacamas. «Por el costado de los *yuncas*, de las provincias litorales del Perú, concluye diciendo, es por donde se podría encontrar afinidades en lo que concierne a los atacamas» (2).

Otros arqueólogos han admitido solamente una penetración mutua entre las dos razas, debida al comercio que practicaban. A tal penetración han atribuído la semejanza de usos i artefactos, como las mismas deformaciones de la cabeza, la apunta-

---

(1) Rodolfo R. Schüller, *Estudio de la lengua de los indios lincai-antai, calchalquí*, páj. 56.

(2) Eric Boman, *Antiquités de région andine*, etc., tomo I, páj. 66, II, páj. 776.

da i la achatada; los mismos instrumentos para aspirar rapé; tipos i ornamentaciones iguales de alfarería, i la propensión a grabar petroglifos. No consideran los sabios que han profundizado el tema que esté resuelto este problema de etnografía americana.

Ha sido por ese lado de los yuncas por donde el arqueólogo señor Uhle, el más conocedor de las antigüedades americanas, ha encontrado las afinidades que se buscaban por otras partes.

En un estudio sobre estos indíjenas deja sentada esta afirmación: «Los atacamas estaban bajo la influencia de las civilizaciones bolivianas, como lo prueba el carácter de las deformaciones de todos los cráneos que se han encontrado i el carácter jeneral de los objetos en uso. Vestijios directos de las influencias bolivianas, como las de Tiahuanaco, mui visibles en las antigüedades de los distritos vecinos, faltan en los entierros de Calama, tal vez destruídos por los cultivos. Faltan también los vestijios de influencias directas de la civilización de los incas, la última que pasó por estas rejiones; éstas son mui visibles, cerca de San Pedro de Atacama i Chiuchiu, fuera de numerosos objetos incas i restos de construcciones» (1).

Con posterioridad a la influencia de la civilización de Tiahuanaco, se dejó sentir en Atacama la de los chinchas. El señorío Chincha se dilataba desde corta distancia al norte de las islas del mismo nombre hasta Ica, Tacna i el río Apurimac. For-

(1) *Los indios atacamas*, Revista chilena de historia i jeografía.

maba una de las civilizaciones rejionales derivadas de la de Tiahuanaco.

Los restos arqueolójicos hallados en la costa i en las islas demuestran que los habitantes de este país habían llegado antes de los incas a una cultura bastante adelantada: en la cerámica hai delicadeza de factura i elegancia de estilo; sabían trabajar esculturas en madera de chonta, el oro i la plata en láminas i figuras; tejían el algodón en gran cantidad i con arte en el decorado.

La remota antigüedad de esta raza se ha podido comprobar principalmente en el material que se ha descubierto en capas estratificadas de guano de la isla, cuyo espesor total era de 100 a 200 pies. Se supone que solamente los restos hallados a 3 ó 4 metros de hondura han necesitado varios siglos para cubrirse i que son anteriores al dominio de los incas.

Al decir de los comentadores de las antigüedades peruanas, estas islas fueron misteriosos cementerios, separados de la costa a unas 10 o 12 millas. Los cadáveres aparecen en cuclillas i muchos de ellos, adornados en el pecho i las costillas con láminas de oro; pertenecen a mujeres jóvenes. Eran las vírjenes que, como entre los collas, se elejían para los sacrificios, que prohibieron los incas (1).

Tal era la raza invasora que penetró en la cultura atacameña i formó su segundo período de influencias estranjeras.

Las esploraciones del arqueólogo señor Max Uhle habían fijado el área de penetración chin-

(1) M. González de la Rosa, *Estudio de las antigüedades peruanas;* «Revista Histórica del Perú», 1908.

cha-atacameña por el lado occidental de los Andes hasta el Río Caplina en Tacna, aunque los espertos de esta civilización pudieron estenderse hasta los araucanos. Pero esploraciones hechas en la zona de Taltal, de que se ha hecho mención en otro capítulo, han dilatado el radio de penetración hasta más al sur.

Estima la invasión de los Chinchas al sur el doctor Max Uhle cerca de los años 1000 a 1300 de nuestra éra.

Dice al respecto este arqueólogo: «Sólo Fernando Montesinos nos da algunas indicaciones acerca de las espediciones guerreras hechas por los Chinchas hasta el país de los Chiriguanos. Faltaban hasta ahora observaciones que corroboraran aseveraciones tan trascendentales; pero con los hallazgos hechos cerca de Tacna, no se puede dudar de la estensión lejana de los chinchas hacia el sur. El cementerio de Para en Tacna parece mostrarnos la civilización no alterada de los invasores Chinchas».

Agrega el doctor Uhle que «los efectos de la civilización Chincha-atacameña alcanzaron: parte de la costa (Pisagua, Taltal) hacia el sur de la rejión propiamente atacameña de Calama, a la provincia de Jujui i se estendieron remotamente hasta el país de los araucanos, etc.» (1).

Por lo que concierne a la lengua de los aboríjenes, conocida con el nombre de *cunza*, unos de los primeros i más ilustres conocedores del desierto da este informe sobre ella: «Es mui singular que los

(1) Uhle, *Arqueolojía de Tacna i Arica.* — Capdeville, *Un cementerio chincha-atacameño.*

atacameños hablen un idioma particular enteramente distinto del *quichua* i del *aymará* como del chileno. D'Orbigny ya lo ha notado, pero se equivoca cuando dice que se habla atacameño en Tarapacá; el idioma que se usa en esa provincia es el *aymará*» (1). Se habló el *cunza* particularmente en los lugares que rodean el Salar de Atacama, en los de la hoya del Río San Pedro, en Chiuchiu, Calama i hasta en algunos puntos de la playa. Hasta la mitad del siglo pasado se hablaba todavía en Chiuchiu, Calama i Antofagasta, pero paulatinamente fué suplantado por el castellano. En San Pedro de Atacama i en los lugares del oriente del Salar, quedaban en estos últimos años algunos naturales que no lo habían olvidado del todo.

Fuera de algunos autores que han esbozado solamente el tema de la lengua *cunza*, hai que citar el *Glosario Atacameño* del abogado de Antofagasta i americanista don Aníbal Echeverría i Reyes; el *Glosario de la lengua atacameña* publicado en 1896 por don Emilio F. Vaisse en colaboración de los señores Félix 2.o Hoyos y Aníbal Echeverría i Reyes. En este trabajo se incorpora una nómina de apellidos de indios de Chichiu i Calama, que anotó de los archivos parroquiales su erudito autor señor Vaisse i que ha sido mui encomiada por los especialistas. Posteriormente ha dado a la publicidad el señor Rodolfo S. Schüller, a quien tanto debe la lingüística americana, el libro que se titula *Estudio de la lengua de los indios licanantai* (atacameños), *calchaquí*, lleno de noticias

(1) Rodolfo Amando Philippi, *Viaje al desierto de Atacama*, páj. 56.— 1860.

filológicas i de vocabularios interesantes, que colocan esta monografía entre las fuentes de consulta más completas.

Antes de la conquista incásica vivieron los atacameños por varios siglos esparcidos en muchas comarcas del desierto, provistas entonces de agua i árboles que ahora no existen, i reconcentrados principalmente en los alrededores del Salar de Atacama i hoyas de los ríos de San Pedro i Loa.

Se daban el nombre de *Likan-antai*, que significa «jente del lugar o de la parcialidad». Con la palabra *leri* indicaban porciones territoriales donde residían otras jentes. Toda la rejión atacameña se llamaba *likana*.

Su organización social correspondía a las parcialidades independientes, compuestas de *ayllos* o jeneraciones derivadas de un antepasado no remoto, que vivían en el réjimen de la comunidad de bienes.

Los documentos españoles hablan de que las fatrías estaban compuestas de familias que obedecían a un jefe consanguíneo, cuya dignidad de tal recibía como primojénito por línea paterna. Era por lo tanto el estado social en que la comunidad se constituye con familias agnáticas i en la que el tótem no es adorado ya como ascendiente i tutelar, sino que lo representa un fundador, supuesto padre de los jentiles, que velaba por el bienestar de los suyos i se complacía en recibir ofrendas. Correspondía, por lo tanto, esta evolución al tótem del antepasado (1).

---

(1) Manuel Sales i Ferré, *Tratado de sociolojía*, tomo 3, páj. 76.

Dedicaban sus actividades en primer lugar a la agricultúra i practicaban la caza como ocupación complementaria.

El cereal clásico de los atacameños era el maíz. Utilizábanlo de diversas maneras en su alimentación: en harinas, guisos i en la fabricación de licor. Aprovechaban la caña en sus habitaciones i la mazorca despojada del grano (coronta), para el fuego. Seguían en importancia la quínoa, otras simientes i las calabazas.

El algarrobo *(Prosopis siliquastrum)* fué otro recurso de subsistencia i provecho industrial de los indios prehispanos i de sus descendientes de las épocas sucesivas: utilizaban el fruto como alimento i forraje i de las semillas hacían harina, chicha i miel, i daban a la madera múltiples aplicaciones en la construcción de sus viviendas, hechura de utensilios i como combustible.

La abundancia de este árbol les ponía a la mano un recurso de trascendencia tan vasta en la economía indíjena; pues los algarrobales crecían en las quebradas i en muchos sitios del desierto donde quedaron como vestijios de estas selvas primitivas los troncos enterrados bajo la arena i buscados por los viadantes modernos como *minas de leña.*

El chañar *(Gourliea decorticans)* era otra planta aprovechable para los indios: el fruto les servía de alimento i del hueso molido arreglaban una harina para forraje de sus llamas.

Su agricultura pertenecía al tipo de la que practicaban las naciones aboríjenes de las dos faldas andinas que enfrentaban a los desiertos de Tarapacá i Atacama. En las partes altas de las quebradas,

en las que los terrenos de cultivo están sobre un plano inclinado, se traía el agua por tajos abiertos a pala a un recipiente (puquio) cercano a las habitaciones; de aquí se repartía a tablares o bandas, largos i estrechos, con muros de retención, de *pircas*, en los que se labraban los surcos. En los suelos de una débil inclinación o planos, como varios del desierto i de las hoyas de los ríos Salado i Loa, el agua se traía también a los *tablones* con paredes de pircas, que regularizaban el riego i resguardaban los sembrados del viento i de la arena.

Como sus vecinos de Tarapacá, removían el suelo con azadones i palas de piedra i de madera para formar los surcos en que se esparcía la semilla.

De los cementerios de Calama, Chiuchiu i otros lugares se han estraído muchas de estas palas usadas en la agricultura: unas son todas de algarrobo en forma de remos i otras de hojas delgadas de piedra, atadas al ástil de madera, con tiras de cuero.

Se han desenterrado asímismo palos apuntados semejantes a cuchillos grandes i corvos, que se supone hayan sido de aplicación a la agricultura.

En las labores agrícolas se aplicaba únicamente el esfuerzo del hombre i nunca el de los animales.

Empleaban en la ocupación subsidiaria de la caza el tiempo sobrante de las faenas agrarias. Iban en busca de huanacos i otros animales del jénero auchenia a los sitios apartados de las estribaciones de la cordillera andina, donde estos rumiantes encontraban su alimento en las gramíneas (coirón) de los terrenos quebrados i en el ramoneo de los quiscos. Estos animales bajaban a las llanuras i

se internaban mui adentro del desierto cuando las nieves invernales cubrían el pasto i en los meses de verano cuando las quebradas i oasis les proporcionaban una profusa vejetación.

Los indios, que eran diestros cazadores, se ocultaban tras de montones de piedras en algunos sitios frecuentados por los huanacos. Desde estos *cazaderos* disparaban al rumiante sus flechas i las piedras de sus hondas. En los fragmentos recojidos en los cementerios se deja ver el trabajo esmerado de estas hondas hechas de torcidos multicolores de lana.

De los cementerios antiguos se han sacado asímismo numerosos arcos i flechas. Los primeros, de una madera resistente i firme, se ataban con cuerdas de fibras vejetales, las segundas constaban de dos piezas, una varilla gruesa que en el estremo inferior llevaba dos plumas i en el superior una perforación a modo de canutillo reforzado con ligaduras: a esta escavación se adaptaba otra varilla más corta aguzada en la punta; en ese hoyo se guardaba también invertida para evitar melladuras.

En sus escursiones de cacerías los indios solían subir en la cordillera para apoderarse de mayor número de alpacas, por preferir estos animales, como las vicuñas, las altas mesetas andinas. En las faldas del volcán apagado Licancaur, al este de San Pedro de Atacama, i en la línea divisoria con Bolivia, quedan todavía vestijios de construcciones prehistóricas de materiales, de combustibles, herramientas i utensilios. Era un cantón de residencia para cazadores. En el centro de esas ruinas hai una roca con escavaciones, como las de

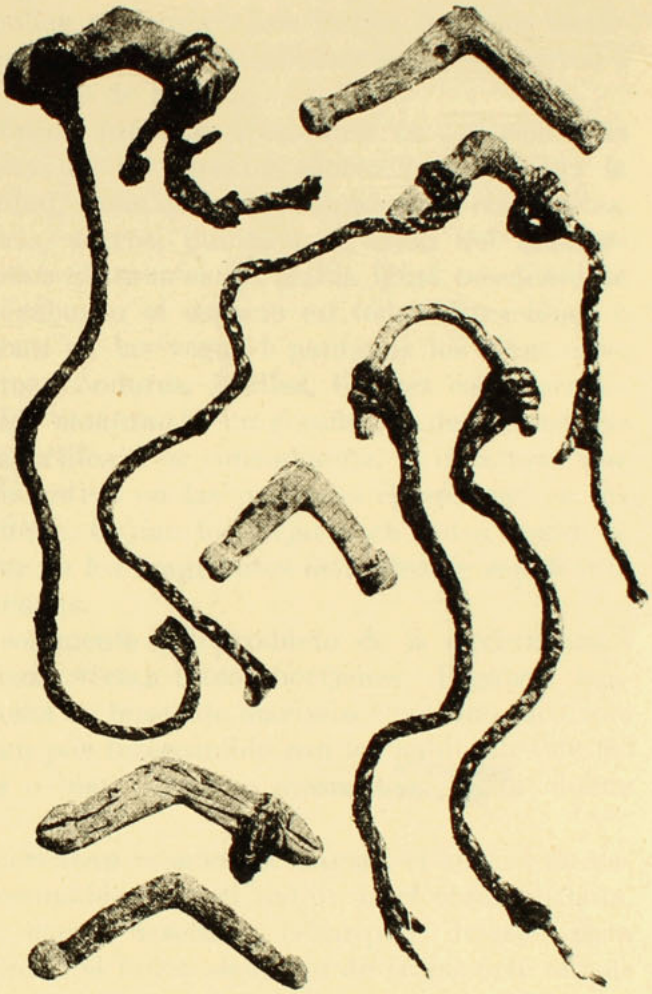
Araucanía i otros lugares de Chile, en la que se dejan como ofrenda coca i otras especies para obtener éxito en los viajes i cacerías. Llegaban hasta la puna, en la que perseguían además al avestruz. Fuera de sus instrumentos de caza, debieron usar aquí, como sus conjéneres de esa rejión, las boleadoras o sus *lihui*, compuestas de una soga con tres ramales que terminaban en piedras o huesos amarrados; la soga llevaba igualmente una piedra en la parte de arriba, de donde se tomaba para hacer jirar el instrumento.

Mientras los atacameños dispusieron de su libertad de pueblo independiente, cazaban a voluntad huanacos, alpacas i vicuñas; pero durante la dominación inca estuvo prohibida la caza i la domesticación del último auchenio. Las cacerías de vicuñas eran de privilejio real i nadie, fuera de los nobles, podía domesticarlas.

Durante la dominación española fué libre la persecución, i los atacameños cazaban vicuñas para ellos i los encomendadores en los *lipes* o corrales cercados con hilos de lana pendientes de estacas i con flecos de diversos colores. Acorralados los grupos en ese recinto, por su natural timidez, no se atrevían a romperlos i se dejaban atrapar, con *lihuis*, hondas i perros.

A este sistema de caza agregaron los españoles el de las armas de fuego i el del alcance a la carrera del caballo en terrenos descampados.

Interesaba a los españoles la posesión de los *auchénidos*, aparte de la utilidad económica, por el deseo de encontrar en ellos la piedra *besoar* o *bezar* (cálculos intestinales o de las vías urinarias), de socorrida aplicación en la terapéutica empírica de



Arneses para sujetar la carga de las llamas

ese tiempo como antídoto de envenenamientos o daños, preservativos de contajio i remedio para melancolías (psicosis). Los indios llevaban consigo estos cálculos como talismanes preservativos i para el éxito de la caza.

La fauna fué mui abundante en las centurias pretéricas de las especies sobrevivientes hasta la actualidad, como en los auchénidos, en chinchillas, vizcachas, zorros, pumas i el ratón del desierto *(Ctenomis atacamensis)*. Había igual escedente de aves: crubazan el espacio en todas direcciones o habitaban en las vegas i pantanos los flamencos, los patos, cóndores, águilas, tiúques cordilleranos *(Mivalgo montano)* i un sinnúmero de palomáceas i de pajarillos. Por consiguiente, la caza tuvo que ser más activa en las primeras épocas que en las posteriores. Cojían los pájaros en redes, según se deja ver en los fragmentos estraídos de sepulturas prehispanas.

No solamente del producto de la agricultura i de la caza vivían estos aboríjenes; llegaban hasta la costa en busca de mariscos i pescado seco, que obtenían por intercambio con los habitantes de las caletas o bien éstos se internaban hasta donde ellos.

Pastoreaban rebaños de llamas, el animal de valor inestimable para el indio; de él obtenían lana, pieles, carne desecada (charqui), huesos para utensilios i el único elemento de transporte en sus habituales viajes a la costa, Arica, la Puna, las mesetas bolivianas i por el sur hasta Copiapó. De este tráfico tan activo dan testimonio los numerosos arneses de madera para cargar llamas estraí-

dos de los cementerios, amarrados con cuerda de lana o de fibras.

Los cencerros de madera para dirijir las tropillas de llamas; son otros instrumentos que se hallan en los cementerios de edades pasadas i que prueban el continuo movimiento de estos indios al través de los desiertos i las montañas.

El huanaco seguía en importancia económica para los atacamas; aprovechaban la carne fresca i desecada, el cuero i el estiércol para combustible en los sitios donde no había leña, pues este camélido acostumbra defecar en puntos fijos, donde se formaban montones de bostas.

En algunas sepulturas de Calama i de otras localidades, han aparecido cerca de los restos humanos cráneos de ciertas espécies de perros. Según el parecer de americanistas que se han dedicado a estudiar estas osamentas, existían en esta parte del continente especies de perros indíjenas distintos de las razas europeas. En el Perú había el *Canis Ingaes* y el *Canis Caraibicus*: del primero se han clasificado tres variedades; el segundo, pequeño i de piel desprovista de pelos, se aclimataba en los lugares bajos i cálidos; los altos i fríos eran contrarios a su vitalidad. El *Canis Ingaes*, más adaptable al ambiente del desierto, descendía de algún projenitor salvaje, probablemente del lobo norteamericano, al estarse a la opinión de un especialista en este ramo de la zoolojía, que ha escrito un libro clásico sobre caninos domésticos del Perú (1).

---

(1) J. J. von Tschudi, *Untersuchungen über die Fauna Peruana.*— Alfred Nehring, *Über alt. peruanische Hausthiere.*

Los de Atacama eran una variedad diferente de los del Perú.

Las viviendas de los atacamas, que no esperimentaron variaciones en la técnica en el transcurso de los siglos, estaban hechas de empalizadas laterales cubiertas de barro, con techos inclinados de tijerales de algarrobo o chañar; sobre éstos iban cintas que se cubrían con brea *(Tessaria absinthiodes)* tapada con una capa de barro. Servía para trabajar las puertas la madera de quisco *(Cereus atacamensis)*, blanda i mui agujereada; labrábanla para este objeto a modo de tablas.

Entre los caracteres físicos de los atacamas hai que mencionar primero su estatura demasiado baja, 1m. 60, i en seguida el color obscuro, pero no cobrizo; «la frente aplastada, nariz chata i ancha, carrillos prominentes» (1).

Se deformaban artificialmente la cabeza. En los cementerios se han desenterrado cráneos con distintas deformaciones, como en el de Calama, ya la de cabeza alargada por medio de ligaduras, ya la de cabeza aplastada para dilatar la frente. Según las observaciones de los arqueólogos, en algunas localidades superaba una sobre la otra i en varias existía unidad en las desfiguraciones craneales.

Estos indíjenas enterraban los muertos en cuclillas, como aparecen en la remoción de los cementerios de Calama i otros lugares, encojidos i atadas las piernas cerca del pecho, los brazos cruzados en la parte anterior i la cabeza inclinada hacia abajo o a un lado. Ceñían la cabeza del cadáver con cintas de lana de varios colores, entre los

(1) Philippi, *Viaje al desierto de Atacama*, páj. 55.

que prevalecía el rojo. Una o dos bolsas rectangulares de lana i varios colores, con una soga de suspensión, colgaban hacia el pecho o la espalda. Así arreglado el cuerpo, se envolvía en una manta que se ataba con soga de lana.

Inmediatos a este fardo se colocaban arcos, palas, cuchillos de madera, utensilios diversos, vasijas de barro o de fibras i escudillas de calabaza. Dentro de ellos han aparecido restos de maíz, de frutas amasadas, muchas de algarrobo i otras no existentes ahora, aún residuos de las materias con que fabricaban la chicha.

Juntos con estos objetos había en el suelo vainas de algarrobo i tasajos de llama (charqui).

Las sepulturas eran individuales, para uno, o colectivas, para varios (1).

Los cronistas informan que los hombres vestían a la manera de los *yuncas* (2). En el Perú se daba el nombre de *yuncas* a los habitantes de valles i llanos calientes; *chaipiongas*, a los de tierras más altas i temples frescos i *serranos* a los nacidos i criados en comarcas frías i elevadas (3).

En la rebusca de las necrópolis antiguas han aparecido las camisetas largas o túnicas con abertura para entrar la cabeza, con mangas o sin ellas, semejantes a las del Perú, aunque más toscas. Lle-

---

(1) Estos cementerios han sido rejistrados por los arqueólogos G. de Créqui de Monfort, francés, Mr. Sénéchal de la Grange, de una misión científica francesa; Eric Boman, sueco, i Max Uhle, alemán. El barón Albert de Dietrich rejistró también algunas sepulturas de Chiuchiu, en 1894.

(2) Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia jeneral i natural de las Indias.*

(3) *Memorias de los virreyes del Perú*, tomo I.

vaban sobre esta túnica un poncho i en la costa una especie de coraza de cuero. Se han encontrado bonetes o gorros cuya parte superior cae hacia la espalda; aparecen también unos sombreros cónicos o cascos hechos de pequeños trozos de madera plana con muescas para emsamblarlos i con cimera de plumas de flamenco. La ornamentación del poncho consistía en rayas de colores i anchura variada; además, sandalias de cuero sin curtir (ojotas), que no calzaban las mujeres.

Las mujeres conservaron la indumentaria de sus antepasados prehispanos, si se atiende a los hallazgos de prendas de vestir que se han hecho en los cementerios del desierto de Atacama i de la Puna. Esa vestimenta consistía en una saya ancha i larga hasta el tobillo, de color castaño-oscuro; una especie de rebozo de medio cuerpo (el *acksu)* de lana, en el que se combinaban en rayas los colores amarillo, rojo, negro i verde; el chal o *lliclla* de lana frisuda roja o verde. La palabra *lliclla* i la pieza eran seguramente de procedencia quichua.

Icúlla se llama también en araucano la misma pieza.

Este adelanto relativo en el vestir se esplica con el antecedente que los atacameños eran diestros en el arte del hilado i del tejido.

Entre el abundante material etnográfico del desierto queda que enumerar aún otros objetos que dan a conocer las peculiaridades i las dedicaciones industriales de este pueblo. En este número entran las espátulas de madera con mango que termina en una figura de indio atacameño; los tu-

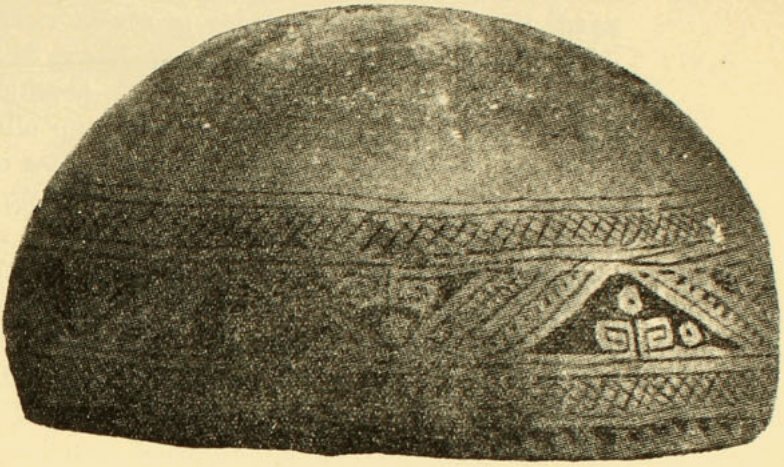
bos con figuras humanas de aspecto monstruoso destinados a guardar paquetes de espinas de cactus. Varias hipótesis se han espuesto sobre el objeto de estos manojos de espinas. La más aceptable es la que han servido para escarificar la piel i el tubo para recibir la sangre (1).

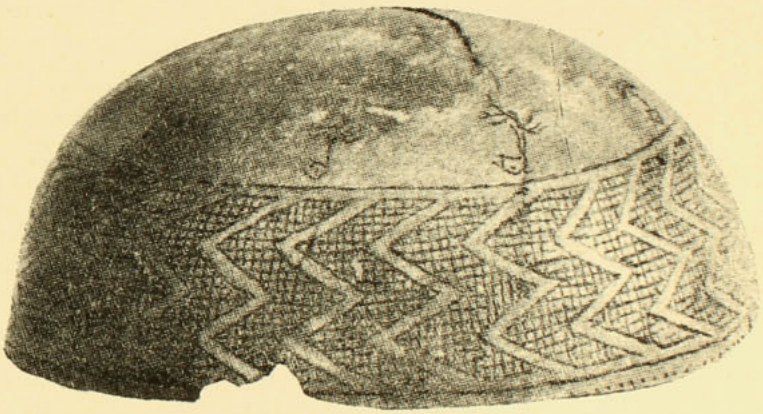
Son abundantes, además, las calabazas pirograbadas, partidas por la mitad para formar escudillas i tasas, que obtenían los indios de localidades arjentinas, donde se aplicaban a usos domésticos con mayor estensión; los bastones con empuñadura de cabezas humanas i los peines con dientes que van metidos en una caña partida i amarrados con hilos de color, que forman hermosas combinaciones lineales; las máscaras de madera, de aspecto monstruoso; posiblemente han servido para las fiestas, como en otras razas; los tubos estuches, de hueso, en los que se guardaban trozos o tejidos de pieles i otros de uso problemático; las agujas para coser, con ojo i punta mui aguzada, de una madera negra i dura.

El tejido constituía una ocupación activa entre los atacameños antiguos i adquirió mayor desarrollo en el período chincha-atacameño. En las escavaciones han aparecido un número considerable de torteras de hueso i piedra i husos de madera.

Las actividades de este arte corrían esclusivamente a cargo de las mujeres. Conocían el secreto de colorear la lana de llama con toda la sucesión de matices, por medio de plantas, insectos i segu-

(1) Dr. R. Lehmann-Nisschе, *Catálogo de las antigüedades de la provincia de Jujui, conservadas en el museo de la Plata.*





Tipos de calabazas pirograbadas.—*a*) y *b*) de Calama

ramente de tierras. Hasta el siglo XIX supervivían los procedimientos tradicionales. Un sabio esplorador de mediados de esa centuria consigna esta noticia: «Para el color azul sirve el añil, para el rojo la grana, para el amarillo una planta indíjena llamada *fique*. La grana es una especie de cochinilla que vive en los quiscos; pero los animalitos no se matan i secan como en Méjico; se muelen en piedras lisas hasta dar una pasta, de la cual forman tablillas para secarlas i venderlas» (1).

En las estaciones arqueolójicas se han estraído centenares de herramientas de tejer, todas de hueso, que en conjunto formaban un telar primitivo. Constaba de un pie de madera vertical en el que se ataban los hilos para tejerlos, un punzón para separarlos i una lanzadera o instrumento para pasar el hilo por entre los de la urdimbre. El telar atacameño no era, pues, un aparato de conjunto como el de los araucanos i otros indíjenas del continente meridional.

La industria de la alfarería no había alcanzado entre los atacameños el desarrollo que la del tejido. La pasta de sus cacharros se resentía de tosquedad: la cocción, aunque completa, dejaba a veces manchas negras en la superficie de las vasijas; el conjunto de las piezas da la impresión de que han sido trabajadas sin arte, por la ausencia de grabados i de formas elegantes. Una que otra vasija luce una capa de ocre rojo.

De esta factura ordinaria se ha exhumado una buena cantidad de ollas de diferentes tamaños, con asas o sin ellas; las que carecen de este apéndice

(1) Philippi, *Viaje al desierto de Atacama*, páj. 53.

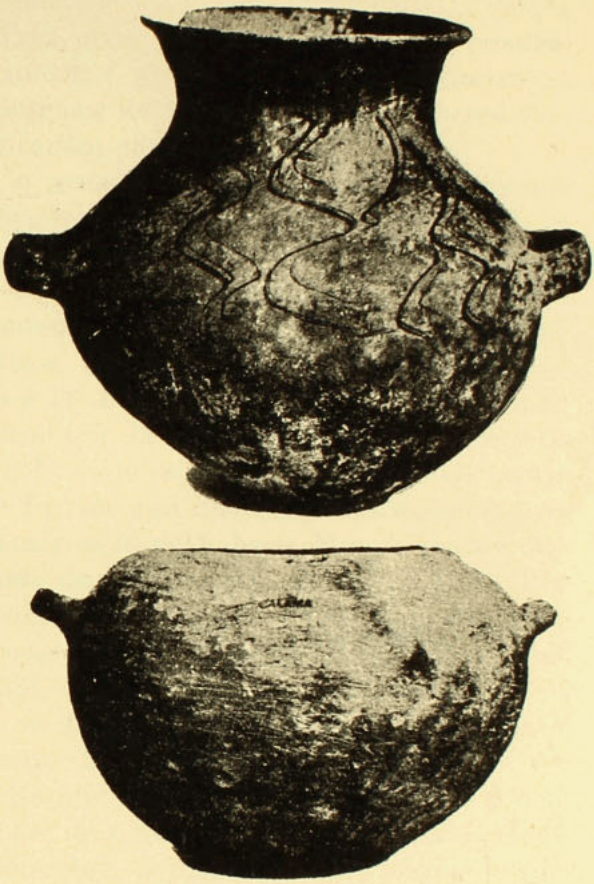
o tienen dos protuberancias, una a cada lado, estaban destinadas para ser colgadas con sogas de lana. Se han sacado, además, de los cementerios cántaros, escudillas, fuentes i platos.

Seguramente que en el período chincha-atacameño la calidad de la alfarería esperimentaría una favorable evolución.

Apenas llegan a unos cuantos ejemplares las ollas de un tipo superior que se han desenterrado de las sepulturas de Calama, por sus grabados negros de líneas curvas sobre una pasta roja; pero estos ejemplares no son orijinales sino importados de localidades de la altiplanicie de Potosí, con los cuales tenían estos indios desde tiempos anteincásicos una comunicación continua. Esta conclusión se ha deducido de la identidad de grabados, pasta i forma.

En el arte de la cestería manifestaron mejores aptitudes que en la alfarería. Trabajaban de juncos i fibras fuentes grandes i pequeñas, semejantes a los *llepus araucanos,* tal vez para la preparación del maíz destinado a la comida. Sogas mui bien trenzadas se envolvían en forma de voluta i se iban afianzando con fibras delgadas. Se nota en estos canastos de tamaños variados un parecido resaltante con los de igual clase de los araucanos.

Abundantísima cantidad de otros objetos ha aparecido en la remoción de los cementerios prehispanos de Atacama. Atraen la atención en primer lugar las tabletas esculpidas, que son unas piezas rectangulares semejantes a una artesa diminuta, de 0.125 de largo por 0.040 de ancho; llevan uno o dos mangos con figuras antropomorfas o zoomorfas. Unos arqueólogos les han atri-



a) Olla de Calama; *b*) olla de suspensión

buído aplicación relijiosa, para ofrendas en los sacrificios; otros creen que han servido para preparar un polvo vejetal que se absorbía por las narices. Parece que esta última aplicación fuese la más verosímil.

Han salido unos pequeños recipientes cuadrados de madera i divididos en compartimientos. Parecen estuches de toilette en que se guardaban pastas colorantes para la cara.

El topo o prendedor de hueso se ha exhumado en todas las remociones de cementerios.

Entre los utensilios estraídos de las estaciones prehistóricas ha figurado un número crecido de tubos de huesos para absorber por las narices polvos narcóticos. Había tubos sencillos i bifurcados. Adaptados a las narices de un hombre, otro soplaba para producir la absorción i luego el letargo o el éstaxis. El vicio de absorber polvos embriagantes, al que fueron mui dados los atacameños, precedió en América al del tabaco. Practicábanse desde el período de Protonazca, siguió con el de Tiahuanaco para llegar a los atacamas con anterioridad de pocos siglos a la dominación de los incas. Con las tabletas para preprar los polvos, que se orijinaban de las de Tiahuanaco, se completaba el procedimiento de la inhalación (1).

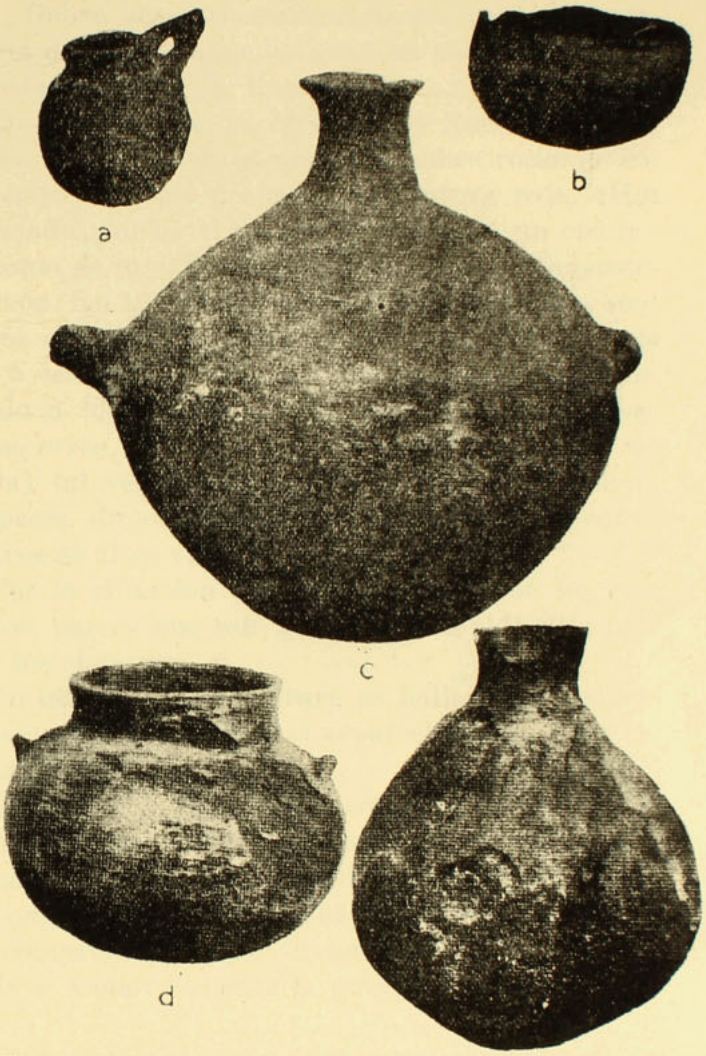
Los habitantes de algunas comarcas de Atacama, como los de Chuquicamata, conocieron la estracción del cobre, a juzgar por los mazos de piedra que se han hallado, con mayor probabilidad durante el período chincha-atacameño. Aunque mui raros, hubo entre los moradores del desierto

(1) Max Uhle, *Los tubos i tabletas de rapé en Chile.*

objetos de plata i oro, pero bien se comprende que venían de fuera.

Los petroglifos, bien que más raros que en Tarapacá, existen asímismo en Atacama, en las cercanías de Quillagua i al norte del río Atacama, en un cacerío de indíjenas que pastorean rebaños en los alrededores de esa localidad. Un esplorador que las visitó en la mitad del siglo pasado, consigna estos detalles acerca del petroglifo de Machuca. «Habiendo entrado en un sendero mui trillado que venía del pueblecito de Machuca, encontramos al lado occidental del camino en la traquita una pared perpendicular casi de 6 pies de alto, lisa, en parte trabajada artificialmente i enteramente cubierta en una estensión de 100 pasos, por lo menos, de figuras, por lo que el camino se llama *Camino de las pintadas*. No son otra cosa que las perfiladuras grabadas en la piedra, i representan principalmente guanacos de todos tamaños, uno encima i aún uno dentro; pero se distinguen también perros, zorros, serpientes i pájaros. Figuras de hombres son raras i no son bien dibujadas. A menudo los perfiles de una figura cruzan los de otra. Los huanacos son hechos mejor; se distinguen bien sus dos dedos. Algunas figuras me parecen jeroglíficos; dos figuras en forma de bastón.

Se cree jeneralmente que esas figuras son hechas en tiempos de los Incas antes de la llegada de los españoles, pero ¿con qué objeto? Los contornos a la distancia de varias leguas son un desierto horrible, sin un vestijio de vejetación, sin habitación humana. Nadie alisará una pared de peñasco i en tanta estensión i grabará en ella mu-



Tipo de alfarería atacameña.—*a*) cantarito; *b*) taza; *c*) cántaro grande; *d*) olla; *e*) cántaro tamaño medio

chos centenares de figuras sólo para pasar el tiempo. ¿Deben acaso trasmitir a la posteridad la memoria de una de aquellas grandes cazas de que habla Garcilaso de la Vega?» (1).

En la quebrada del Médano, al Norte de Paposo, se ve otro de estos *pintados*, sobre rocas de color bayo blanco i grabadas en pintura roja. «Hai dibujados: una red de pescar; tamaño: un cuadrito como de m. 0.20. Varias balsas, cuyas dimensiones son: 5 a 10 centímetros cada una. Llamas o huanacos en tropilla; varios grupos dimensiones: de 3 a 5 centímetros cada llama; varios indios apuntando a los huanacos con flechas, arrodillados unos, otros lanzando arpones a albacoras (pez espada) tal vez ballenas, otros recojiendo con lienza peces, dimensiones de los indios, 10 a 15 centímetros de alto» (2).

Por la situación i la representación de los grabados, parece que este petroglifo ha sido dibujado por los changos.

En este grado de cultura se hallaban los atacamas cuando se produjo el acontecimiento de su vasallaje a los incas.

Los cronistas fijan las postrimerías del siglo XIII como la fecha inicial de la subyugación de los atacamas. Correspondió a Mayta-Inca, tenientazgo del emperador Yáhuar-Huácac someter el territorio comprendido entre Arequipa i Atacama (3).

Si se toma en cuenta la poca densidad de la po-

---

(1) R. A. Philippi, *Viaje al desierto de Atacama*, páj. 64

(2) Augusto Capdeville, *Un cementerio Chincha-atacameño.*

(3) Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, 1.ª parte.

blación atacama, que no alcanzaba para organizar unidades armadas suficientes para resistir al formidable ejército inca, es de suponer que se sujetaron a los invasores, sino de voluntad, obligados por la presión de fuerza mayor.

Dado el sistema colonizador de los incas, de imposición institucional e industrial, los atacamas no perdieron su organización en ayllos; pero en cambio adoptaron muchas representaciones relijiosas de sus dominadores i algunos de sus adelantos en agricultura, construcciones i artes manuales.

En varias localidades quedaban hasta fines del siglo pasado, entre otras en Chiuchiu i Caspana, vestijios de cultivos en terrazas o *andenes* de lejítima construcción quichua.

Los supervijilaban los curacas i las guarniciones establecidas en puntos convenientes. En Chiuchiu i diez kilómetros más al norte, en Lasana, han descubierto los arqueólogos huellas de fortalezas rectangulares de arquitectura quichua, cercadas de muros de piedra canteada i protejidas por los accidentes topográficos del lugar.

Los incas trasplantaron a las zonas productoras de Atacama núcleos de linaje quichua o *mitimaes* de otros puntos del imperio. Mezcláronse con los atacamas estos elementos étnicos i los idiomas se completaron mutuamente en cierta proporción. Esplicaría esta mezcla la influencia incaica en el material arqueolójico i la diversidad de cráneos de una misma época que se han exhumado de los enterratorios. Esta mezcla se complicó más todavía con la presencia de los aymarás en la costa, donde los incas les dejaron abandonadas las zonas



a) Olla de suspensión; *b*) fuente; *c*) y d) ollas con decoraciones negras, importadas de la provincia boliviana de Porco

que ocupaban con anterioridad a este período de espansión.

Debieron quedar obligados al pago de tributo de caza i lana, de carguío, provisión de *tambos* o paraderos i conservación en cierta área del camino del Inca, el que partía desde el asiento de Atacama, continuaba por Peine, Tilopozo, Púquios, Río Frío, Agua Dulce, Pasto Cerrado, Chañaral Bajo i llegaba hasta Copiapó (1).

Los atacamas se mantuvieron constantemente en buenas relaciones con los incas i proveían de víveres al ejército cuando acampaba en sus comarcas. Sirvieron de guía al de Túpac Yupangui en su espedición a Chile. Tuvieron al corriente a las autoridades del Inca del paso por sus tierras de los españoles, a los que hostilizaron cada vez que la oportunidad se presentaba.

Cuando el imperio inca se derrumbó, los habitantes de los dos desiertos quedaron en cierto modo libres de toda presión estranjera. Fué entonces cuando comenzó el tráfico de los conquistadores españoles por uno i otro lado de los Andes.

Hizo la espedición de Valdivia la segunda entrada de peninsulares a los *ayllos* del valle i del Salar de Atacama en 1540. El primero en llegar a esos centros indíjenas fué el conquistador don Francisco de Aguirre. Después del fracaso de una espedición a los chiriguanos que dirijía Diego de Rojas, a la cual iba incorporado Aguirre como te-

(1) Entre los varios autores que tratan de este camino, se pueden consultar las publicaciones de Philippi, San Román i don Manuel M. Magallanes en su monografía *El Camino del Inca*.

niente jeneral, retrocedió por orden de su jefe a donde moraban los feroces indios chichas a cumplir su encargo. Supo que Diego de Rojas, desbaratado su tercio, había seguido con unos pocos hombres a Lima.

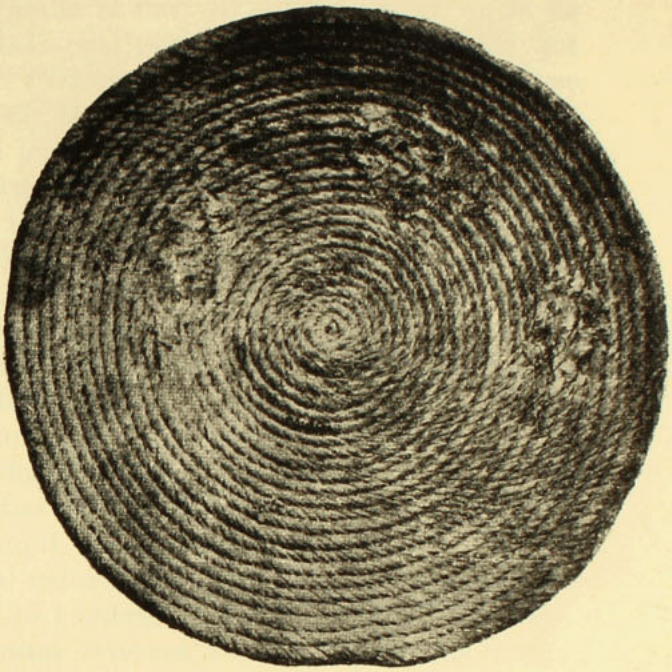
En esta emerjencia, Aguirre bajó a Atacama con los capitanes Rodrigo de Quiroga, Francisco de Riveros i una partida de soldados; después de una marcha peligrosa, se estacionó en el pueblo principal de indios para esperar ahí al capitán Pedro de Valdivia, que venía a la conquista de Chile. Agregándosele, creyeron él i sus compañeros que servían a su majestad.

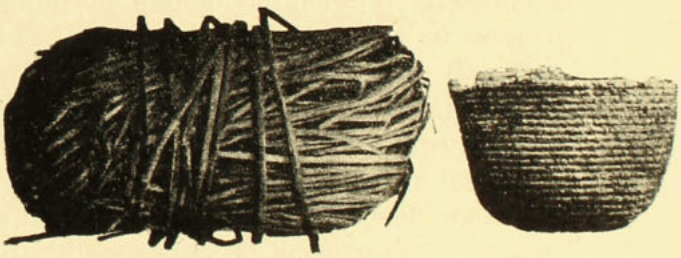
Dos meses estuvo aguardando el arribo de los espedicionarios a Chile. En este intervalo se levantaron en armas los indios comarcanos i durante más de un mes estuvieron presentándole encuentros parciales, hasta que salió con una partida i sorprendió una fuerza atrincherada en un reducto. Después de este escarmiento, se apaciguaron los indios i entraron en acomodo con Aguirre.

Siete kilómetros al norte de San Pedro de Atacama, en Catarpe, i más arriba todavía, quedan ruinas de fuertes de pircas i estraordinaria cantitud de puntas de flechas de obsidiana. En esos puntos fué seguramente donde se atrincheraron los aboríjenes alzados contra el audaz conquistador (1).

Valdivia entre tanto caminaba desde Arica i cargándose hacia el este, en dirección a las quebradas con agua i con los recursos de que dispo-

(1) José Toribio Medina, *Valdivia i sus compañeros*, III, páj. 5-199.





Cestería: *a*) fuente de junco; *b*) paquete de juncos; *c*) canasto

nían los indios que las habitaban, se detenía, cuando principiaba el mes de abril de 1540, en la de Tarapacá, la cual pertenecía a la encomienda que Francisco Pizarro había adjudicado en ese mismo año a Lucas Martínez Vegoso.

Ahí se le juntaron algunas partidas de soldados a cargo de Rodrigo de Araya, Francisco de Villagra i Juan Bohón. En la de este último venían Jerónimo de Alderete i el presbítero Rodrigo González, que iban a ser personas tan destacadas en la conquista de Chile.

Cuando su hueste contaba con 126 hombres, emprendió la marcha para Atacama en los primeros días de junio, con escala en Pica, Calama i Chiuchiu, de donde se adelantó para el valle i asientos de indíjenas del río Atacama.

Tuvo aquí la inesperada complacencia de encontrar al esforzado capitán Aguirre que lo esperaba con 15 hombres de caballería i 10 de arcabuces i ballestas; víveres, forraje i «colgadas muchas cabezas de indios de guerra en castigo que hizo en ellos» (1).

Supo Valdivia que a Chiuchiu o Atacama la Chica había llegado en actitud hostil su socio en la espedición a Chile, Pedro Sancho de Hoz, i regresó a ese cantón. Descontado este rival i ahogados algunos síntomas de rebelión, vuelve a Atacama la Grande con su jente a continuar los preparativos de la espedición. A mediados de agosto de 1540, Valdivia emprende la marcha con su columna a través del desierto para Copiapó. En Ataca-

(1) José Toribio Medina, *Valdivia i sus compañeros*, III, páj. 5-199.

ma la Chica dejó un destacamento para que le resguardase las espaldas, al mando del capitán Juan Gómez, quien regresaría a Copiapó a su llamado.

El aislamiento en que vivían estas tribus, la relativa población de los ayllos o jeneraciones, que no se contaban por miles como en otras secciones aboríjenes, i la escasa estensión de los suelos feraces, no despertaron la ambición de los conquistadores para pedir repartimientos por estos lados. No obstante, en 1581 se encomendaron a don Juan Vásquez de Altamirano, de Chuquisaca, los indios del valle de Atacama, en número de 2 mil; pero, como no le dieran de beneficio sino mil pesos anuales, tuvo que abandonar la concesión.

A raíz de la conquista, el desierto de Atacama, desde el océano a los Andes i desde el Loa a Copiapó, quedó incluído a la provincia de Potosí, que formaba parte de la audiencia de Charcas. En 1776 se agregó la audiencia de Charcas, segregándose del Perú, al virreinato de Buenos Aires, i la provincia de Potosí pasó a la categoría de *Intendencia* i Atacama a la de partido o correjimiento.

Durante la Colonia los indios quedaron con su secular organización en fatrias o bandos emparentados, sujetos a las ordenanzas jenerales. El cacicazgo se heredaba por la línea masculina. Cuando el heredero no llegaba a la mayor edad, el correjidor del partido proponía a la autoridad superior a tres individuos para que se elijiera a uno, i mientras se tramitaba la propuesta, se hacía cargo de la dignidad el indio más antiguo.

Después de la conquista se multiplicaron los caciques; había uno para cada familia. El virrei don

Francisco de Toledo dispuso en una ordenanza sobre el particular que hubiese solamente uno principal, otro de «segunda persona» i dos más el *pachaca* para cien indios i el *piscapachaca* para quinientos. Como en Atacama eran de poca población los aglomerados, siguieron rejidas las parcialidades por un cacique principal, intermediario entre los indios i las autoridades i los jefes de familias como secundarios.

En contacto con sus nuevos dominadores, los españoles, nunca depusieron los atacamas su antigua fiereza, como lo asegura un cronista misionero del último tercio del siglo XVI: «Los indios de Atacama han estado hasta ahora medio en paz i medio en guerra; son mui belicosos i no sufren los malos tratamientos que algunos hacen a los de acá del Perú» (1). Sólo con la reducción de su número iría desapareciendo esa conjénita belicosidad.

En un censo que mandó levantar el virrei don José de Manso, en los promedios del siglo XVIII, de la población indíjena del Perú aparecen estos datos acerca de Atacama: 2 caciques principales, 490 indios tributarios, 83 reservados o exentos de tributo por haber cumplido 50 años; 673 menores, 381 mujeres», en total 1632 habitantes naturales, todos originarios del territorio atacameño; había además 2 curas doctrinarios (2).

La rápida despoblación indíjena se producía por el trabajo personal en las minas, haciendas,

---

(1) Frai Rejinaldo Lizárraga, *La descripción de las Indias.*

(2) *Memoria de los virreyes del Perú*, tomo IV.

que provocaba la deserción; por el exceso de bebidas embriagantes, propias i traídas de la costa, entre las cuales se contaba el aguardiente de caña, i finalmente por las pestes exóticas, en particular la viruela.

Desde el advenimiento de la República hasta la actualidad, los indios atacameños, descendientes de los atacamas, han seguido cultivando sus pequeñas heredades o trabajando en los fundos ajenos de las hoyas de los ríos Loa, Salado, San Pedro de Atacama i de las quebradas que afluyen al Salar de este nombre.

Desde principios del siglo XIX, la alimentación de los atacameños se había incrementado con la carne de cabra, animal que ya poseían en rebaños, como el asno para sus carguíos. Habían aprendido, además, algo de horticultura i del plantío de árboles frutales.

Su indumentaria había variado también con la adopción de algunas prendas del traje europeo, de ordinario, en estado andrajoso.

A sus plantaciones orijinarias han ido agregando las europeas del trigo, la cebada i la alfalfa, árboles frutales i hortalizas. Sin abandonar del todo el animal por excelencia de sus antepasados, obtienen por compra o reproducción, mulas, asnos i ovejas.

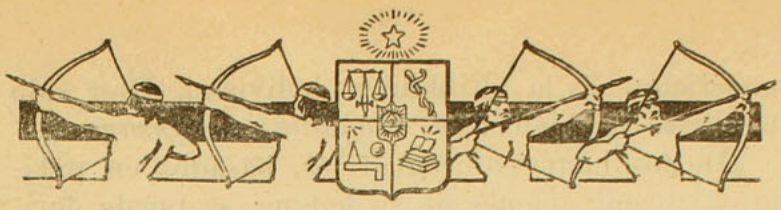
Siguen traficando con carguíos de cereales, frutas, hortalizas i leña a las poblaciones del desierto, a las de la altiplanicie de Bolivia, a la Puna de Atacama i otros lugares de la Arjentina. De allá traen la coca i de este país las mulas i el ganado vacuno. Sacan los atacameños el combustible, que

esportan, de los algarrobos i chañares de las quebradas orientales.

La población atacameña ha disminuído notablemente en los últimos años. En 1853 se calculaba en 4,000, pero posiblemente en esta cifra estarían incluídos los indios de otras estirpes. En 1884 se avaluaban en 2,000 (1). Al presente, apenas quedará la mitad de este número, disminución que se debe en mucha parte a la emigración hacia Bolivia i la Arjentina.

---

(1) A. Bertrand, *Anales de la Sociedad científica arjentina*, 1905.



CAPITULO V

Los Changos

Los uros de la altiplanicie boliviana.—Sus costumbres, su vasallaje a los aimarás en la costa.— Los uros sobrevivientes.—Somatolojía de los uros.—Uros nómadas i sujetos.—Su distribución en la costa.—Las tribus pescadoras se corren al sur con el nombre de camanchangos.—Noticias de los viajeros D'Orbigny i Frezier.—Informes del esplorador Philippi. — Los pescadores changos del sur de Guasco hasta Valparaíso. — En las costas de Santiago,—Los changos de más al sur.—El material arqueolójico. — La vida social i mental de estos indios.—La población de pescadores changos se amalgama a la clase popular chilena.

Cuatro ramas formaban el completo étnico andoperuano: los aimarás, los quechuas, atacamas i changos.

Los changos antiguos procedían de los uros, según el parecer de la mayoría de los arqueólogos. Formaban éstos una raza de pescadores que habitaban el interior i las orillas del lago Titicaca, i que, en concepto de algunos etnógrafos, eran los

aboríjenes de la altiplanicie boliviana. Han sido llamados también *uros, uroquillas i urinsayas.*

«De los nombres jeográficos, basados en palabras i terminaciones de su lengua, se puede derivar el área que ocuparon en tiempos más antiguos. Esta tenía antiguamente una estensión mucho mayor de la que aparece por las informaciones existentes i parece que aún en el siglo XVI, ellos se estendieron en algún tiempo remoto de la costa pacífica hasta el río de Cotagaita, i de la parte superior del río Loa, o todavía de la parte más al sur, hasta el norte del lago Titicaca. Tomando por norma la forma de sus nombres, se podría suponer su estensión en algún tiempo antiguo por la sierra hasta Nazca» (1).

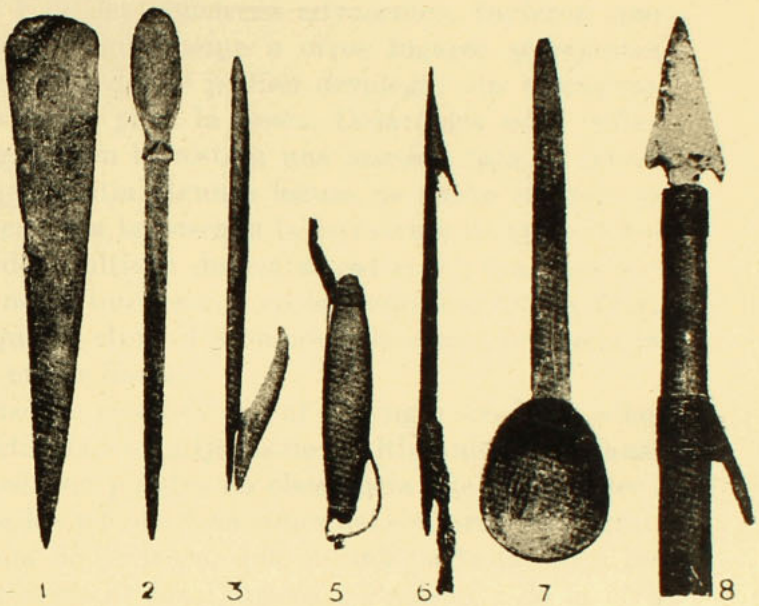
Permanecieron siempre en estado de primitivo atraso. Habitaban en balsas de totora (*Malacochaeta totora*) o en escavaciones que hacían en los cerros de las márjenes del lago, i que cubrían con esteras de esta misma planta.

Andaban medio desnudos i se ocupaban preferentemente en la pesca que constituía su alimento básico i en la caza de aves acuáticas, que lo completaba; agregaban a estos alimentos el jugo dulce de un bulbo de la totora. Esta planta figuraba como elemento primordial de bienestar en la economía de estas tribus. «Los indios uros, dice un cronista, hacen de ella casa, comida, barcos i cuanto han menester».

Servíales de lumbre, además, la flor de la totora, que han denominado *huaricolla.*

---

(1) Max. Uhle. *Fundamentos étnicos i arqueolojía de Arica i Tacna*, páj. 10.



1) Lesna de hueso, Guasco; 2) Cuchara de hueso, Guasco; 3) Anzuelo, Guasco; 5) Hundidor de hueso, Arica; 6 Arpón de cobre, Arica; 7) Cuchara de madera, Arica; 8) Arpón de madera con punta de piedra y púa de cobre, Arica

La ocupación de la pesca i el hábito de evitar el contacto con otras jentes, los obligaba a cambiar continuamente de residencia. Tenían marcada predilección por la vida en el agua, de ríos i lagunas.

Presionados por los collas desde épocas anteriores a la conquista incásica, algunos grupos del lago i de las comarcas adyacentes, tuvieron que emigrar seguramente a otros lugares semejantes al nativo i donde podían desplegar sus esclusivas actividades para la pesca. Dejáronlos estos collas relegados en la costa a una angosta faja de terreno que medía algunas leguas de ancho i donde se dedicaron a la pesca, a la estracción de guano i reducidos cultivos de maíz, papas i yuca. Los collas no se interesaron en la ocupación de esa faja, porque su clima descomponía la coca i producía la tiña en las llamas.

Dice un cronista que al subyugar los incas a las colectividades indíjenas de la altiplanicie boliviana, «Quedaron puestos en obediencia (de Pachacútec) todos los pueblos i naciones del contorno de la gran laguna de Titicaca, que de una parte la ciñen las provincias de los Lupacas i Pacasas, i de la otra las de Paucarcolla, Azángaro i Omasuyos, con las islas que tiene la dicha laguna, las cuales en aquel tiempo estaban mui pobladas» (1). En esta densa población de las islas i de los sitios costaneros del lago, se incluía la de los uros.

Los incas enviaron porciones de uros como *mitimaes* a las rejiones del río Desaguadero, del lago Aullagas o Poopó, Salar de Coipasa i de los Lipes.

---

(1) Padre Cobo, *Historia del nuevo mundo*, tomo III, páj. 165.

Lleváronse otras a los altos de los valles de Arequipa, Sama, Arica, Tarapacá i Atacama, de donde hubieron de segregarse algunas partidas para instalarse en la costa.

Quedaron divididos en uros de los altos i uros de la costa. A éstos les aplicaron los quichuas, la denominación de *chamanchacos*, que significa feos i repugnantes (1). En el trascurso del tiempo el término fué transformándose en *chamanchangos* i *changos*, tal es el orijen de este nombre (2).

Se aplicaba, además, a estos de la costa la denominación de *uros sujetos* por los españoles, porque vivían en locales fijos i pagaban tributo, i *uros nómadas*, que erraban por las caletas desocupadas i tal vez los que desde épocas precedentes se iban corriendo al sur.

Los uros contiguos al océano siguieron dedicados, como en el medio de donde provenían, a las ocupaciones de la pesquería. Sus primeras balsas fueron de totora, que reemplazaron después por las de cuero de lobos; las de madera son las últimas que adoptó el arte de la navegación indíjena en el Pacífico.

Los antiguos uros han ido estinguiéndose poco

(1) R. Cúneo Vidal, *El collasuyo de los incas*.

(2) Los autores chilenos desconocían el significado de la denominación *chango*. El señor Ricardo E. Latcham, dice en su monografía *Los changos:* «Respecto del orijen, o de la etimolojía de este término, quedamos en la más completa ignorancia. Cañas Pinochet dice que es palabra quechua, pero no da ninguna cita, ni razón en apoyo de esta aseveración, ni intenta esplicar su significado, etc. El término mismo parece ser de uso moderno. No lo hemos encontrado en ninguna de las antiguas crónicas».



Chimba de Antofasta.



Arpón. Chimba de Antofagasta.

a poco, desde las pasadas centurias hasta el presente; sobre todo durante la dominación española disminuyeron notablemente, agobiados por los tributos i los trabajos forzados de ordenanza. Entonces i ahora han influído, además, en la merma de esta raza lacustre, la rijidez del clima i la miseria en que ha vivido, pues nada, al través de los siglos, la ha inducido a cambiar sus costumbres agrestes, sus viviendas en hoyos cavados en los cerros que orillan el lago o en chozas lijeras de totora. La misma propensión de estas tribus al aislamiento, ha contribuído a perpetuar su estado de cultura primitiva, que no les permitía poseer la noción de contar más allá de cinco.

Quedan pequeños núcleos de uros en el lago Titicaca i en las costas peruanas i bolivianas que lo circundan, particularmente hacia el sur i suroeste.

Hasta hace pocos años, no habían desaparecido del todo en las márjenes del río Desaguadero, en el lago Aullagas o Poopó i en sus islas, en el norte i oeste del Salar de Coipasa, donde existe el mayor número de sobrevivientes.

En algunos lugares de estas rejiones conservan su idioma, en especial por el Desaguadero, Aullagas i Coipasa. En las demás localidades se ha difundido el aymará entre los uros.

Como queda dicho, antiguamente estos aboríjenes comían pescado fresco i seco, aves acuáticas i bulbos de totora. Los modernos agregaron a su alimentación el chuño, el maíz tostado, papas amargas i ocas.

Con el contacto de los aimarás, su vestimenta ha variado de la lejendaria. Los últimos restos han adoptado para los hombres el pantalón indíjena

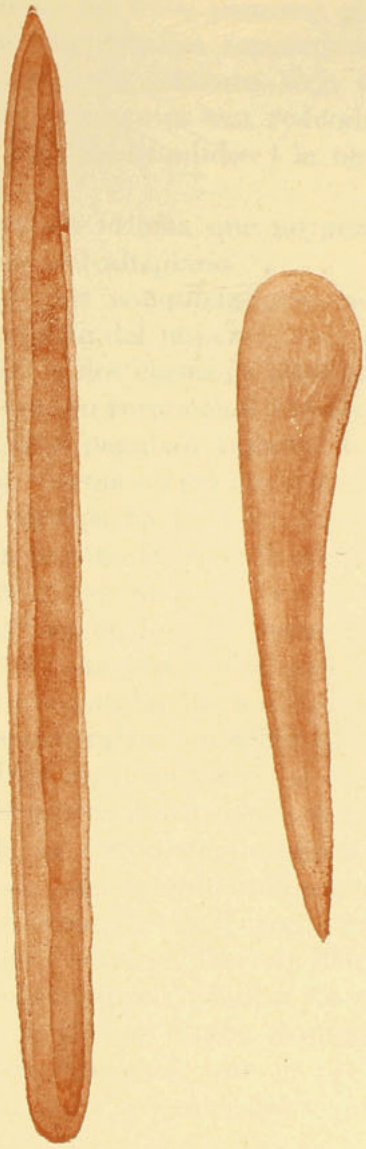
(*maktsí*), una especie semejante a camisa (*kulsi*), un saco (*chequeri*) i poncho (*cutse*), un gorro puntiagudo (*llucho*) o montera. Las mujeres han vestido el *anaco*, especie de saco que cubre el cuerpo desde las caderas hasta el tobillo (*urco*), un rebozo (*lliclla*) i sombrero alón estravagantemente adornado. Andan de ordinario, sin calzado ni ojotas. Trabajaban antes sus tejidos burdos con lana de llama i ahora con la de oveja, que obtienen por cambio de pescado seco, plumas, sal, etc.

Conviene anotar los caracteres físicos de los uros últimos i sin mezcla, conservados por atavismo, iguales a los de sus ascendientes de pretéritas centurias, para confrontarlos en seguida con la somatolojía de los changos de las costas chilenas.

Un autor que ha escrito acerca de ellos, los describe en estas líneas: «Los uros, en su mayor parte son de mediana estatura, más bien bajos que altos, pues tienen de un metro cuarenta a un metro cincuenta centímetros: son cargados de espaldas i regordotes los más, con brazos i piernas mui desarrollados i musculosos; frente estrecha i pómulos salientes; su color osco, más obscuro i tostado que el de los otros indios, por efecto, sin duda, del clima fríjido de esa rejión. Son sanos i vigorosos de cuerpo, con un semblante sin vida, que revela su escasez de sentimientos e ideas: indolentes, pasan los días en sus balsas o entre los totorales i malezas del lago, o en las orillas o en los islotes, hasta que las lluvias de las tempestades los obligan a guarecerse en sus cuevas o chozas» (1).

Otro americanista que los ha observado perso-

(1) José Toribio Polo, *Indios Uros del Perú i Bolivia.*



1. Hueso acanalado.—2 Pieza acanalada en forma de cuchara.—Chimba.



1. Tubo de hueso.—Punzón de hueso. Chimba.

nalmente en los tipos jenuinos que aún quedan, los describe con detalles concordantes con los anteriores: «Son de estatura baja i de proporciones pequeñas; su cara es casi redonda, los pómulos salientes, los ojos hundidos i la nariz corta i pequeña» (1).

Hablan un idioma que no guarda afinidad con los demás del altiplano.

Cuando los conquistadores españoles comenzaron el reparto del imperio inca por el lado del Pacífico, había dos clases de estos indios: los *uros nómadas,* que no reconocían residencia fija i los *uros sujetos,* que pagaban tributo. Los primeros recorrían las caletas en grupos diminutos desde la costa de Arequipa hacia el sur; los segundos se radicaban en puntos fijos de la costa, que se estendían a los valles cercanos al litoral para disfrutar en esa posición, de los dos recursos primordiales de subsistencia, la pesca i el maíz. Pero esa internación nunca pasaba de muchas leguas al interior, donde encontraban un ambiente inadaptable i estraño al de sus hogares de las orillas marítimas.

Los cronistas informan que en este primer período de la conquista, habitaban en la costa de Arequipa, más de mil indios *uros.*

Las encomiendas de Tacna i Arica, que adjudicó Francisco Pizarro a Hernán Torres i a Pedro Pizarro, contenían otro millar de *uros.* Mui poblada de estos indíjenas estaba asímismo la vasta encomienda de Tarapacá, que en 1540 el marqués conquistador del Perú concedió a Lucas Martínez Vegoso.

---

(1) Max Uhle, libro citado, páj. 9.

Acumulábanse principalmente desde la Caleta de Cuya, en la desembocadura del río Camarones, hasta Pisagua Vieja i Huaina Pisagua o Pisagua Nueva, el puerto actual; i desde aquí hasta Ique Ique (Iquique), huanera en la lengua de los camanchacos, i las caletas de más al sur. Posiblemente que en esta sección de la costa, los pescadores uros mantenían con los aboríjenes de aquí i de otras estirpes relaciones de tráfico i comercio más que consanguíneo.

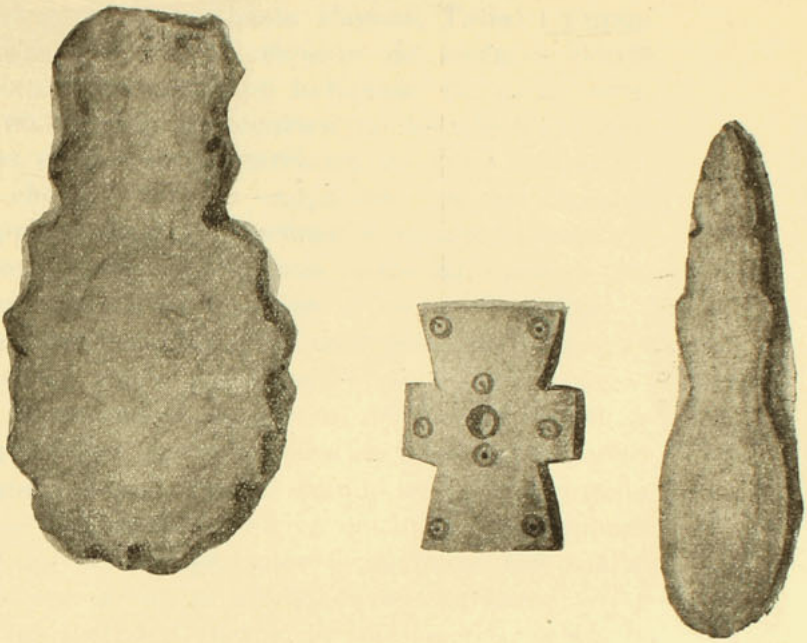
Se habían estendido también por la costa de Atacama. Un ajente oficial del virreinato estampaba en un documento de 1581 varias noticias acerca de los uros de esta área riberana. Dice que en la ensenada de Atacama, ahora Cobija, residían 400 *uros* que no eran bautizados ni reducidos i que se encontraban en el más bajo nivel de cultura.

El mismo informa que en varios trechos del litoral se veían muchas ruinas en asientos indíjenas abandonados (1).

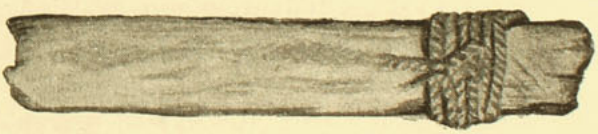
Los uros o camanchangos de esta sección costeña, entregaban todavía un tributo de pescado seco a los caciques de Atacama, supervivencia de un reconocimiento de sumisión de otras épocas i en el siglo XVI, quizá como derecho de tráfico para practicar el intercambio de productos; contribución semejante ha sido usual en otras razas, como entre los araucanos.

En el último tercio del siglo XVI, ya se daba la

(1) Juan Losano Machuca, factor de Potosí, *Carta al virrei del Perú, en donde se describe la provincia de los lipes.*



1. Pieza de madera uso desconocido.—2. Pieza de hueso, uso desconocido.—3. Cuchara o tupu de hueso
Chimba de Antofagasta



Tubo de hueso. Chimba de Antofagasta

designación jenérica de *camanchacos* a las tribus de pescadores de las incontables caletas con aguadas que se estienden a lo largo de la costa, desde Antofagasta al sur hasta Paposo, Taltal i Copiapó. Era a este largo espacio de costa a donde afluían temporalmente, indíjenas de otras estirpes, en busca de los recursos que les ofrecía el mar. Estas emigraciones parciales, de grupos, orijinaban choques con los ocupantes, que no asumían las proporciones de guerras de conquista, como lo creen algunos autores, que requerían cuadros numerosos de invasores, sino refriegas de tribus.

De esos costeños ictiófagos decía un cronista i misionero que se habían «recojido i huído, pobres i casi desnudos» a esa sección del océano, i noticiaba que se vestían con pieles de lobos i que bebían la sangre de este animal cuando les faltaba el agua. No se dedicaban al cultivo del maíz i su alimento habitual era de pescados i mariscos. Conocíanse estos indios con el apodo de *camanchacas*, «porque los rostros i cueros de sus cuerpos, se les ha vuelto como una costra colorada, durísima. Dicen les proviene de la sangre que beben de los lobos marinos i por este color son conocidísimos» (1).

¿No sería porque se pintaban la cara i una parte del cuerpo?

Este mismo cronista amplía sus informes: «Los indios pocos que habitan las caletillas destas costas, desde Arica hasta Copiapó, salen a pescar en

---

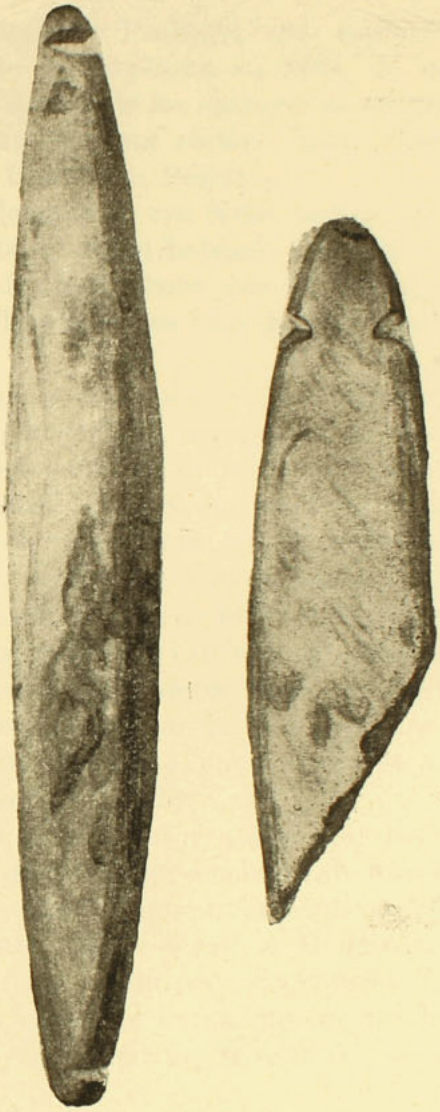
(1) Frai Rejinaldo de Lizárraga, *Descripción i población de las Indias*, capítulo LIV. Frai Rejinaldo, que fué más tarde obispo de la Imperial, conocía a palmos las colonias españolas del Perú, Bolivia, Chile i Paraguai.

balsas de cueros marinos llenas de viento. Cósenlas tan fuertemente que no les puede entrar una gota de agua; la costura está para arriba i el ombligo en medio de la balsilla, en el cual cojen una tripilla de dos palmos de largo, por donde la trinchan (cortan) i luego la revuelven o tuercen i enroscan. Cuando sienten que la balsilla está floja, desenroscan la tripilla i tornan a trinchar su balsa».

Seguramente que desde tiempos inmemoriales, por lo menos desde el último período de la ocupación inca, venían corriéndose a lo largo de la costa los *chamanchangos* del norte.

El esplorador francés Frezier, que estuvo en 1712, en el puerto de Cobija, anota el dato de que en esta fecha se contaba un medio centenar de casas de indios changos en esta localidad, habitaciones construídas con tres o cuatro palos enterrados en el suelo i techados con cueros de lobos i algas marinas. Estos indíjenas, como sus antepasados, se alimentaban de pescados i mariscos i secundariamente de escasas cantidades de maíz i papas silvestres, que cambiaban con los atacameños por los inagotables recursos del mar.

Por estos mismos lugares anduvo en 1830 otro esplorador francés, el célebre D'Orbigny, e informa igualmente que aún quedaban ahí cerca de mil changos con sus mismas viviendas tradicionales, con sus idénticas costumbres de pescadores i sus balsas de dos cueros de lobos soplados; con su mismo i pobre mobiliario de conchas, cacharros e instrumentos de tejer. Las mujeres trasportaban pesados fardos en cestos cónicos formados de seis varas, que sostenían con una cinta ancha en la



Pesos de redes. Changos de la Chimba

frente, medio de transporte que usan las araucanas.

El sabio naturalista Philippi, que esploró la costa del desierto de Atacama en 1853, da noticias interesantes acerca de los changos de ese tiempo, que habitaban la costa chilena desde Guasco hasta el antiguo límite con Bolivia.

Informa de ellos que en esa fecha tenían la sangre mui mezclada i habían hablado antes el araucano, reemplazado totalmente por el castellano. Calculaba la población de esa faja de litoral en 500 changos.

Aportaba estas noticias sobre sus costumbres: «Hombres i mujeres viven separados la mayor parte del año, dedicados los primeros a la pesca o los trabajos de minas, i ocupadas las otras en apacentar sus cabras, moviéndose continuamente de un lugar a otro, según encuentran pasto i agua. En invierno, cuando la mar embravecida, no permite la pesca, los hombres van a cazar huanacos. No hai matrimonios verdaderos entre esta jente. Los hijos quedan con las madres hasta que los varones tienen suficiente edad para asociarse a los trabajos de los hombres» (1).

Entra en seguida este autor a describir las balsas «compuestas de dos odres de cueros de lobo hinchados con aire, que terminan en cada estremidad en una punta algo relevadas. Medían como diez pies de largo i eran un poco más anchas en la parte posterior». «Estaban unidas por medio de un techo de palito, en el cual los pescadores se sien-

(1) R. A. Philippi, *Viaje al desierto de Atacama*, pájina 36.

tan. Esta clase de botes, por su lijereza y elasticidad, son mui aptos para esta costa peñascosa, donde los botes de madera no pueden atracar sin esponerse a romperse. Se tiñen de rojo con ocre».

El pez que de preferencia buscaban los changos era el congrio, que cojían atando a un cordel o una varilla varios anzuelos para hacer la pesca más abundante i espedita.

El alcatraz o pelícano, era el ave marítima preferida por los changos de estas costas en sus cazas: él les suministraba huesos para sus utensilios i plumas de adorno i para escribir, que cambiaban a los viajeros i comerciantes.

Cuando el año se presentaba en estremo seco, las mujeres que pastoreaban el ganado, reducían a forraje los chaguares i quiscos, despojándolos de las espinas por medio del fuego. Entonces los habitantes de tierra adentro, se corrían a la costa en busca de los recursos del mar. Este éxodo debió verificarse, asímismo, en épocas pretéritas, y así se esplicaría la presencia de tribus de distinta civilización, conviviendo en las mismas comarcas de los changos.

Los indios de Paposo formaban en 1820 una aldea gobernada por un cacique i sometida a un subdelegado; el primero servía a éste de intérprete. Dedicábanse a la pesca de congrio, que se esportaba para Chile i el Perú. Otra caza que hacían de ordinario era la de lobos, que mataban dándoles garrotazos en el hocico. De las piernas hacían jamones i del cuero vestidos. Comían pescado fresco i seco, maíz i papas (1).

---

(1) Julián Mellet, *Viajes por el interior de la América Meridional.*

Al sur de Caldera hasta las bahías de Guasco i Tongoi, todavía las riberas del Pacífico se hallaban habitadas por estas tribus en el siglo XIX.

A fines del siglo anterior, los cronistas se referían a ellas con datos más concretos, acerca de las estaciones que ocupaban i sus costumbres (1). No diferían éstas de las que caracterizaban a los changos de las costas setentrionales, sino en las modificaciones locales que en sus métodos de vida establecían un clima mejor, la sobrada cantidad de agua i el mayor espacio de terreno cultivable que orillaba sus cantones.

Los changos de la costa de Guasco, cuenta un viajero que estuvo por esas comarcas en 1820, se ocupaban en la pesca, en ayudar a los cazadores de ballenas i en sacar hermosas conchas que vendían para la esportación (2).

El Padre Ovalle, que escribía su historia por el año 1644, menciona a los indios pescadores de la costa de Coquimbo, sin darles un nombre determinado. Refiere que pescaban el atún i albacoras (pez espada), en balsas de cueros de lobos marinos, «soplados como pelotas de viento», con arpones de tres dientes, que iban atados a un cordel grueso; clavados en la presa, alargaban la soga a medida que huía, hasta que salía a flote (3).

Un cosmógrafo-cronista noticia que a principios del último tercio del siglo XVI quedaban por

---

(1) Carvallo i Goyeneche, *Descripción Jeográfica e histórica*

(2) Julián Mellet, *Viajes por el interior de la América Meridional.*

3) Ovalle, *Histórica Relación*, páj. 68.

Guasco-Bajo pocos indios, «aunque antiguamente hubo muchos»; i de la costa de La Serena dice también que «junto a la mar, en el valle de Coquimbo, tendrá como cien vecinos encomenderos i como ochocientos indios tributarios, aunque antiguamente hubo mucho más» (1).

Las tribus pescadoras de la sección costeña que corre desde Guasco hasta Coquimbo, han sido estudiadas con gran acopio de datos i con criterio científico por algunos autores modernos. Hai que hacerles con todo, algunos reparos que sujieren las investigaciones posteriores a sus trabajos. Entre estas enmiendas, prima la esencial del orijen, en el que no se manifiestan de acuerdo o niegan la descendencia de los changos de sus predecesores, los uros. Uno de estos investigadores, los distingue de los aymarás, i «no les reconoce afinidad étnica con los uros, de quienes dice, tenemos noticias históricas, que no nos permite confundirlos con los changos» (2).

El problema de los oríjenes, tan complicado en el territorio del norte de Chile, se ha prestado como los de igual índole en América, a teorizaciones mui variadas. En ellas ha desempeñado un papel mui importante la craneolojía. En los nuevos rumbos que toma la investigación sobre las razas, se considera que ha hecho crisis para clasificarlas por este solo factor étnico, si se atiende a las in-

---

(1) Juan López de Velasco, *Jeografía i descripción de las Indias*, desde 1571 a 1574.

(2) Latcham, *Los Changos*.

numerables mezclas que se han verificado en América desde antes de nuestra éra.

Por suerte, los trabajos de los sabios arqueólogos en este último tiempo han determinado nuevas civilizaciones, como la del hombre primordial de las costas del Pacífico, los aborijenes que le siguieron i la chincha atacameña, que han aclarado bastante el problema. Estos estudios han sido posteriores a las publicaciones de varios autores.

Tomando como base los descubrimientos de estos esploradores, que han trabajado en el terreno mismo, se puede sostener que los changos del norte no provenían de las tribus de los pescadores primordiales, ya casi estinguidos en esas latitudes al arribo de los uros i corridos seguramente hacia el sur; ni de los aimarás, que no eran un pueblo costino i que sólo alcanzaban hasta una zona próxima al litoral; ni de los atacameños, que formaban una raza de cazadores i agricultores que no encontraban en la costa un medio natural a sus actividades.

Los pescadores del sur de Chañaral tampoco se pueden considerar como tribus de orijen problemático, sin afinidades con los changos del norte. Las condiciones de las localidades ocupadas, las mezclas más activas con los núcleos del interior i tal vez con los restos de pescadores precedentes habían formado, si se quiere, una sub-raza de changos. El material arqueolójico era el mismo i también el carácter de las agrupaciones, que es un signo inequívoco de unidad étnica.

Continuando para el sur de Coquimbo, estos indios pescadores habían ocupado las caletas que les

prestaban mayores facilidades para la pesca i su existencia precaria.

Desde antes del arribo de los españoles tuvieron que estar ocupadas las caletas i bahías en Huentelauquén, Chigualoco, Los Vilos, Pichidangui, La Ligua, Papudo, Horcón, Quintero i Concón. En los documentos antiguos se encuentran a menudo referencias acerca de estos asientos de pescadores (1). Desde Taltal hasta Los Vilos existen parajes que conservan la designación de Changos, como quebradas que afluyen al mar, islotes, puntillas, etc.

Las partidas de pescadores de Los Vilos i el Algarrobo son descendientes de los changos de esas localidades, aunque no conservan las costumbres de sus antepasados, según el testimonio de antiguos vecinos. Queda aún latente por ahí mucho del folklore chango.

Hasta años mui avanzados del siglo XIX, no habían desaparecido los vestijios de esa población de changos ni en las peculiaridades de la raza ni en los rasgos somáticos, que aún persisten por atavismo en muchos habitantes de esas localidades.

Las estaciones pesqueras continuaban escalonándose desde Valparaíso hasta el río Rapel, en Quintai, Cartajena, San Antonio i Navidad.

Han sido esploradas principalmente las costas de Santiago. En las playas de Cartajena se han encontrado puntas de flechas, restos de alfarería tosca, utensilios de hueso, como arpones i anzuelos, piedras fracturadas para las ceremonias de due-

(1) Actas de los Cabildos, escrituras i juicios del archivo de la Real Audiencia.

lo, las horadadas para la estracción de tubérculos silvestres i rotura de la tierra i las rocas con escavaciones como tazas, para mortero, según algunas opiniones o para ofrendas, según otras (1).

Todo este material guarda una completa uniformidad con el desenterrado en las colonias pescadoras setentrionales.

Hasta ahora mismo no es difícil recojer algunos fragmentos de artefactos en las arenas de las playas. En el Tabo, al norte de Cartajena, se han recojido puntas de flechas, restos de cacharros, piedras horadadas, anzuelos i arpones de fierro, que han sido hechos, por cierto, en reemplazo de los de hueso en tiempos recientes.

Pescaban en esta zona preferentemente la corvina; esperaban que el pez fuera arrastrado por la ola hacia afuera i al recojerse ésta le lanzaban el arpón. Nunca entraban al agua para arponear, pues creían que el pez les tomaba el olor. Eran diestros mariscadores más que pescadores: se proveían de los moluscos adheridos a las rocas i de los que la marea dejaba enterrados en la arena, los que buscaban hombres i mujeres con los pies. Atrapaban en los pantanos i pozos el huillín i el coipo.

Las piedras perforadas han servido, según informes de los descendientes de los pescadores, para estraer papas silvestres, en particular del liuto, que entraba en parte no insignificante en su alimentación. Muchas se han hallado en las lomas circunvecinas.

---

(1) Esploraciones hechas por los señores José Toribio Medina i Aureliano Oyarzún.

Cavaban el suelo para sus pequeños trechos de siembras de maíz, quínoa, calabazas i zapallos con sus herramientas tradicionales, como las palas de madera, los palos punteagudos i las piedras horadadas, por el hábito heredado i por la creencia de mayor rendimiento.

En las playas de Llolleo se recojen todavía vestijios de estos asientos pesqueros, en las remociones agrícolas del suelo o en las escavaciones para canales i casas. Se han sacado ollas, jarros i platos de greda, enteros o en fragmentos, análogos a los del Tabo i Cartajena.

El folklore de estas zonas guarda una semejanza completa con el de las costas del norte: supersticiones, majia, brujería, amuletos con virtudes ocultas; todo manifiesta una mentalidad primitiva allá como aquí. En estas zonas de la costa de Santiago se hallaba mui esparcida la creencia del mito del cuero, que los araucanos llaman *trelquehuecufe*, especie de pulpo que arrastra al fondo del agua al hombre i a los animales. En los muchos pantanos o lagunillas que se formaban en estas localidades por las filtraciones, existían sedimentos de barro i arenas movedizas, *tembladeras* que llaman los campesinos, en las que se pegaban i sumerjían los animales: de ahí la estensión del mito cuero (1).

Los restos sobrevivientes de los changos de la zona costeña de Santiago son tipos bajos, de espaldas anchas, aunque un poco menor que la de los

(1) Datos recojidos por el autor en esos lugares; algunos de los mismos descendientes de esos pescadores.

araucanos; color moreno, cabeza redonda, barba lampiña.

Estos rasgos físicos conservan la característica troncal, a pesar de las mezclas de algunas centurias.

Durante la dominación española, algunas colonias de estos pescadores quedaron incluídas en los repartimientos i otras conservaron cierta independencia. Las primeras pasaron a formar con el tiempo el gremio conocido en nuestra constitución social con la denominación de *inquilinaje;* éstos i los otros quedaron formando después de la independencia esa clase libre de campesinos que hasta estos últimos años han permanecido arraigados al terruño orijinario.

No se interrumpía hacia el sur de la costa de Santiago este estracto de grupos pesqueros, como en Rapel, Tumán, Topocalma i Pichilemu, de la provincia de Colchagua. Los de las dos últimas radas traficaban al interior, corriéndose por las orillas de los ríos de Rapel i Tinguiririca para llevar a los asientos indíjenas de Lihueimo, Peralillo, Huique, Colchagua i otros lugares los productos marítimos i traer de por ahí los que ellos no tenían. Toda esa zona, cuyo centro principal debió ser Lihueimo, estuvieron bajo el dominio de los incas, a juzgar por el material arqueolójico de ese tipo que se ha desenterrado en varios cementerios. En el estuario de Cáhuil residió un grupo diestro en la confección de balsas i velas de totora. Cuando esta materia prima escaseaba en los alrededores, traían la del interior por cambio de mariscos.

Más al sur, en Vichuquén, en Lora, Huenchu-

llami i Quivolgo, en el de Curepto, en donde quiera que el mar presentaba caletas i radas abrigadas para el reparo de las balsas i trechos de terrenos contiguos adecuados para sus siembras i ganados, había un aduar completo de una o varias chozas que albergaba un pequeño cuadro familiar. Las playas comprendidas entre los ríos de Mataquito i Maule, hoi cubiertas por las dunas, fueron hasta fecha reciente fértiles campiñas i antes de las adjudicaciones de los españoles no estuvieron exentas de la presencia de indios pescadores (1).

Se iban reproduciendo por aquí los rasgos que dominaban en las moradas de los de más al norte, en lo físico i en las actividades ordinarias i principalmente en el carácter, que es el signo más marcado de toda raza (2).

No resistieron con tenacidad la mezcla, bien que mui limitada con los indíjenas de otras estirpes, i al correr de tres centurias, no fué raro que se amalgamaran en algunas localidades con la población de los campesinos.

Los costinos de Curicó traficaban al interior de la actual provincia de este nombre hacia el curso superior del río Mataquito i por el sur alcanzaban hasta la costa de Arauco, i en más de una ocasión llegaron familias de allá a radicarse entre ellos (3).

---

(1) Publicaciones de los diarios locales i de «*El Mercurio*», hechas últimamente.

(2) Informes recojidos por el autor de vecinos antiguos i respetables de la costa de Curicó, que alcanzaron a conocer las supersticiones, mitos, fiestas, procedimientos de pesca i comercio de estos indios.

(3) *Historia de Curicó*, por el autor.

Coadyuvaron a los patriotas durante la revolución de la independencia, i hostilizaron con algunos vecinos de esos lugares a los realistas derrotados en Maipo.

Los habitantes con sangre de changos que todavía quedan en la costa de Vichuquén adheridos al suelo de sus ascendientes, conservan por persistencia atávica el hábito de la pesca i de los trabajos manuales en tejidos de fibras i juncos de cáñamo, como redes i bolsas.

No faltan publicistas chilenos que estiendan el área jeográfica de los changos hasta las costas de Cauquenes i aún hasta la desembocadura del Bío-Bío; i quizás sería aceptable incluir en estos trozos de indíjenas pescadores las islas Quiriquina, Santa María i la Mocha.

El cronista Pérez García al informar de las indiadas que cerraron el paso a los incas en la marjen sur del Maule, menciona a los cauquenes, los perquilauquenes i los costeños. En este número de los costeños entraban evidentemente las tribus pescadoras que por ese lado habitaban las orillas del mar.

Es de suponer que las fértiles quebradas ofrecieron a los indíjenas pescadores zonas menos inclementes que las del norte, deshabitadas i con recursos de sobra donde establecerse i prosperar con toda independencia.

Nada concreto se puede establecer sobre el término de la habitación de los changos, mientras que no se haga en Chile una revisión arqueolójica metódica en las secciones de la costa que se prolongan al sur del Maule, revisión que falta, por lo demás, en todo el territorio chileno.

Las sepulturas de la costa del Pacífico han suministrado un material arqueolójico que permite establecer las habituales ocupaciones i el estado de ínfima cultura de los changos.

En las ensenadas de Tarapacá i Antofagasta, se han exhumado numerosos objetos de piedra, madera i hueso, entre los cuales sobresalen las puntas de flechas de rocas silicosas i de diversos tamaños i formas, que se reproducen en toda la costa chilena; una especie de puñal, con mango grueso i corto que conserva su punta de roca silicosa i de forma lanceada, tubos de cúbitos i radios de alcatraz; tabletas rectangulares de madera, de mangos simples i sin figuras esculpidas; innumerables piezas de ensartar o chaquiras, algunas de boratos i la mayor parte de turquesas.

El autor de este libro posee una colección numerosa de objetos de la Chimba, de la bahía de Antofagasta. Entre ellos sobresalen las puntas de flechas, en número de más de 500, de todas las formas i dimensiones: de hoja de árbol, de corazón, de pedúnculo i sin él, de bordes lisos i dentados, etc.; las astas de lanzas i de los puñales a que hacen referencia los arqueólogos, i como 100 mui pequeñas que deben haber servido, como entre los antiguos araucanos, de instrumentos quirúrjicos para sangrar, para la caza de aves i tal vez para otros fines no averiguados.

Aparecen otros objetos de piedra de uso desconocido.

Supera al material de piedra el de hueso; hai varios tubos de radios i cúbitos de aves, de 24 cm. de largo, destinados seguramente para la absorción de rapé. Llevan en el estremo más delgado un

corte en lengüeta, como instrumento de música. Otros más cortos i delgados no tienen ese corte.

Dos tubos de hueso de llama, de 8 cm. de largo i 1 de diámetro, conservan en una estremidad una envoltura de hilos. Diez piezas a manera de cucharas, terminadas en punta; parece que se utilizaban en la estracción de mariscos adheridos a las rocas o en la preparación de los colores, pues todas conservan demostraciones de tinte rojo.

Muchos huesos de llamas i aves marítimas aparecen partidos por la mitad, formando una canaleta que termina en punta, como destinada para hacer escurrir algún líquido. Las más largas tienen 25 cm. i las cortas 15.

Hai un crecido número de arpones en esta colección, llevan mangos de hueso mui pocos i los más de madera; todos tienen la púa de hueso i algunos terminan en una punta de flecha.

Entre los instrumentos de pesca aparecen varios anzuelos de hueso semejante a un N.° 6, abierto; media docena son de cobre, completamente oxidados, i de seguro procedentes de fuera.

Se cuentan más de medio ciento en esta colección de unos instrumentos como punzones, de todos tamaños, mui pocos redondos i la mayor parte con un corte tableado a lo largo por dos lados paralelos, alisamiento que debe haber servido para tomarlo con facilidad. Todos terminan en la punta con un sacado como lengüetilla. Algunos conservan en la estremidad posterior una envoltura de hilos blancos i negros mui bien combinados. Hai muchos de madera negra i dura. Los de hueso conservan un vestijio del color rojo, lo que prueque tal vez han sido pintados.

No cabe duda que han sido instrumentos aplicables al tejido, para pasar el hilo por la urdimbre; algunos habrían servido para agujerear los cueros de lobos. Los araucanos tuvieron antes el mismo instrumento de hueso para sus tejidos de lana, hallados en sepulturas antiguas. Ahora lo usan solo de madera con el nombre de *dipillhue*.

En este abundante material óseo solo se ve un ejemplar de aguja.

Un instrumento para estraer mariscos parece que ha sido una pieza de 21 cm., plano por una cara, aguzado en lengüetilla en una punta i en la otra en forma de cono.

Una pequeña pieza en forma de cuchara parece haber servido para medir polvos de color o rapé i quizás un topo o prendedor. Otra pieza de hueso en hechura de cruz i con los grabados de círculos diminutos esmeradamente hechos; de uso desconocido, bien que parece una tortera de huso para torcer hilo mui delgado.

El material de madera contiene dos tabletas de un mango simple i sin figuras esculpidas, con una ranura en el centro. Como se ha dicho antes, tales instrumentos han sido clasificados como tabletas de ofrendas por algunos arqueólogos, pero lo más seguro es que han servido para la preparación de los líquidos de color.

Tabletas pequeñas i angostas, con filos en los dos lados, se cuentan 4 en esta colección, que habrán servido quizás para apretar el hilo de los tejidos; algunos son de hueso.

Se ven otras piezas curiosas de madera de uso desconocido.

— La alfarería de los changos de la Chimba pre-

senta caracteres distintos de la que poseían los pueblos superiores que los rodeaban: las vasijas son de paredes gruesas, de factura tosca i sin ornamentación de ninguna clase, aunque mui bien cosidas. Unas llevan una capa de pintura roja i figuran como dos aves acuáticas, que en el fondo conservan un sedimento como el que deja un licor.

En esta colección se cuenta una botella negra, regular tamaño, con seis franjas de relieve que bajan del cuello a la cintura i forman trapezoides llenos de escalerillas de líneas. también salientes del plano. Se nota al primer examen de la pieza que ha sido traída de fuera.

Entre los tiestos de barro hai varias ollas i cantarillos diminutos, que pueden haber servido para guardar líquidos de color, ají molido u otras substancias, semejantes a los que usan los araucanos para depositar *merquen* o pasta de ají, sal i ajo, i también las machis para llevar materias supersticiosas.

De orijen importado habría sido igualmente un collar de turquesas con un disco de oro que se desenterró en la Chimba.

Muchas torteras se ven en esta colección, de piedra, hueso, madera i barro cocido, de todos tamaños. Los husos aparecen bien pulimentados i son de una madera liviana.

Un pequeño cilindro calizo que mide 4 cm. de largo, lleva en cada estremidad una perforación de un centímetro de profundidad; de uso indeterminado.

Quedan en la colección sin enumerar muchos objetos de piedra, hueso i madera, de aplicación problemática i de los cuales no es posible hacer en los

límites de estas pájinas una descripción detallada.

Desde Paposo i Taltal hasta la bahía de Copiapó, el material arqueolójico guarda una igualdad casi completa con el de la costa de Atacama. Se han juntado los mismos artefactos de piedra, hueso i madera. Han sido numerosos los arpones con garfios de madera, hueso i cobre i hasta con dientes de peces grandes; los utensilios para la agricultura, como las palas de hechura de remos, los cuchillos corvos de algarrobo i los palos arqueados; las tabletas para la confección de colores; las figuras humanas toscas, especialmente del sexo femenino; los punzones de hueso i otras piezas destinadas al tejido i las costuras de pieles. No hai depósito de objetos changos que no haya dado una cantidad crecida de husos de hueso i madera, torteras de lo mismo i tierra cocida, cucharas i conchas para cortar i adornos. Entre el material de piedra se cuentan hundidoras de red i anzuelos i sobre todo las puntas de flechas de todos tamaños i confección, como las de corazón, de hoja, media luna, etc. (1).

No difieren tampoco de los anteriores los objetos estraídos en la costa de Coquimbo. La rebusca por esos lados ha conseguido dar con una variedad de puntas de flechas, tabletas de ofrendas, cajas para guardar colores, ídolos toscos de madera, hachas pequeñas de piedra, arpones i anzuelos,

(1) Esta colección fué adquirida por el autor de la sucesión del injeniero señor N. Pro-Román, quien había practicado escavaciones en esa rada i había reunido además por donaciones i compras un conjunto abundante de objetos de changos.

alfarería de clase ordinaria i otra fina i pintada de procedencia estranjera, morteros de tipos diversos, piedras horadadas, raspadores, cuchillos punzones i martillos de piedra, objetos de metal i adornos, como *llancas*, collares i brazaletes de conchas (1).

Este material arqueolójico disminuye en las costas centrales, pero se mantienen en número los instrumentos de pesca i agricultura; algunos aumentan, como las piedras horadadas para la estracción de raíces i tubérculos. Se viene repitiendo, asímismo, para el sur la calidad i hechura de la alfarería, tosca i variada en piezas.

Existe diseminado este material chango en museos nacionales i estranjeros, en colecciones particulares i grabados de publicaciones.

Las indagaciones practicadas en algunas familias de estirpe changa i las tradiciones recojidas en los últimos años del siglo pasado, han permitido formar un cuadro relativamente comprensivo de las peculiaridades de estos indios costeños de Chile.

Los grupos, en jeneral pequeños, que ocupaban las caletas con algún retazo de terreno contiguo para las siembras, eran conjuntos emparentados que tenían el nombre del lugar de residencia i que vivían bajo la obediencia de un jefe fundador de la familia. Cuando la pesca escaseaba, lo que rara vez sucedía, i el año no era favorable a los cultivos diminutos i sin riego i principalmente cuando el número de los miembros del grupo se

---

(1) El señor Latcham enumera prolijamente en su monografía *Los Changos de la costa de Chile* el material levantado en la provincia de Coquimbo.

dilataba o se producía alguna disensión entre ellos, se fraccionaba i una familia completa buscaba albergue en una localidad cercana o distante.

Los moradores de las caletas que orillan el desierto de Atacama, traficaban poco hacia las comarcas mediterráneas por la falta o dificultad de las vías de comunicación. Los indíjenas de otras estirpes venían más bien hasta las playas en busca de los recursos alimenticios que le proporcionaba el mar. Los aduares changos del centro mantenían una amistad más activa con los habitantes del interior para el trueque de especies. En jeneral la existencia de los changos trascurría en el aislamiento con estraños i afines. Cuando se comunicaban entre sí, hacíanlo de ordinario por mar.

Las tribus del sur no poseían naturalmente la coca, pero mascaban tabaco de plantas orijinarias i fumaban demasiado en pipas. Enterraban los muertos con el ajuar correspondiente al sexo. Bebían el licor del maíz (1).

Si se atiende a la poca densidad de la población de los cantones changos, que no era propicia para la pluridad de mujeres en las uniones, el que estudia estos indios se inclina a suponerlos afectos a la monogamia. No existen noticias que den la clave sobre este particular.

La vida mental de estos indios correspondía a su primitiva incultura. Se desarrollaba constantemente preocupada de las fuerzas ocultas i misteriosas que animan a los seres i objetos materiales, como los ríos, el mar, las montañas, las cosas fa-

(1) Noticias anotadas por el autor en las costas de Santiago, Colchagua i Curicó.

bricadas, etc. En esta mentalidad especializada obraban como elementos directivos de sus acciones el terror a los muertos, los encantos, la majia maleficiaria, la intervención de los brujos, la influencia de los espíritus de antepasados i de los sueños en la vida cotidiana, los presajios, las prácticas adivinatorias. De todo esto el folklore de las costas chilenas conserva huellas manifiestas.

Los mitos changos no escaseaban i tenían mucha analojía entre los araucanos: figuraban entre ellos el cuero (trelquehuecufe de los araucanos), el chonchón, las candelillas (anchimallen) i muchos del mar.

La población derivada de los changos, ha quedado definitivamente refundida en esa clase de cargadores de los puertos i de campesinos que habitan en los lugares de las costas i en los valles que converjen a ellas.

Los descendientes de changos de Tarapacá i Atacama han pasado a ser arrieros que fletan metales a las costas o llevan al interior donde no hai ferrorril mercaderías i otras cargas, o trabajan al día en las minas i salitreras, sin que se les distinga por sus caracteres esternos como descendientes indíjenas sino simplemente como de la clase popular chilena.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



CAPITULO VI

Influencia del período inca en Chile

La conquista de los incas en Chile.—Influencias anteriores a los incas.—La infiltración diaguita a Chile.—Circunstancias que favorecieron la implantación de la cultura incaica.—Huellas de idioma quichua en el lenguaje chileno.—Los curacazgos incas, — Nombres quichuas en la toponimia de la rejión subyugada.—Los fuertes incas.—La agricultura peruana. — Obras de riego.—Cultivo del maíz i de la papa.—El "hueque".—La metalurjia.—Los ídolos i adornos.—La alfarería incaica en Chile.—La influencia en los caminos i el arte de tejer.—Las habitaciones, las armas. —El licor de maíz, la vajilla de madera, la cestería.—Los petroglifos.—Influencias en el orden intelectual.—Especulaciones relijiosas i de supersticiones.—Causas de la penetración incásica en un corto período.—Efectos posteriores de la influencia.

Demasiado conocida es la historia de la conquista de Chile por los incas. Los cronistas antiguos la narran con abundancia de pormenores, i entre ellos descuella Garcilaso, por la prolijidad de episodios que acopia en sus *Comentarios Reales*.

El resumen de este acontecimiento se puede condensar en pocas líneas. La cronolojía de los monarcas del Cuzco fija el año 1398 como fecha del nacimiento del Sinchi Túpac Yupangui i la de su fa-

llecimiento en 1478, a los 80 años de edad. En el promedio de su vida, más o menos, emprendió con un ejército numeroso una espedición al sur del lago Titicaca a reducir a los collas que se habían sublevado. Envanecido con el éxito de esta empresa, siguió su marcha triunfal de conquistador hasta Tucma o Tucumán (diaguitas). Obtuvo aquí noticias de que al lado occidental de los Andes existía un país rico i poblado. Se propuso agregarlo al área de su inmenso imperio.

En efecto, marchó por los desiertos del poniente de Tucumán, cruzó la cordillera i llegó al lado de Chile, seguramente a la altura de Copiapó. Los indíjenas diseminados en agrupaciones sin cohesión, se dejaron subyugar con facilidad hasta el valle de Chile o de Aconcagua. Yupangui pulseó la importancia i ventajas del país invadido, tomó todas las medidas del sistema colonizador de los incas, distribuyó cuerpos de guarnición i a los seis años regresó a la capital del imperio (1).

El hijo de Yupanqui, Huaina Cápac, se propuso dilatar la conquista. Se le supone nacido en 1470 i fallecido en 1525, a los 55 años de edad. Gobernó 23 años. Durante su gobierno preparó la espedición; siguió el camino de su padre i arribó a Chile. Organizó los servicios del sistema inca: tributos, trabajos de minas i agricultura, caminos, colonias de mitimaes, distribución de curacas o gobernadores. Concretó su actividad especialmente a la construcción de fortalezas i defensas, que pusieron a cubierto al territorio subyugado por el límí-

(1) Entre los escritores peruanos y chilenos se emplea indistintamente el nombre Yupangui o Yupanqui, siendo más corriente en aquéllos el segundo.

te austral de las embestidas de los indios no sometidos. Por último, dió la vuelta al Cuzco.

Muéstranse disconformes las opiniones de los antiguos escritores españoles acerca de los límites de la conquista de los incas. El cuadro que sigue deja ver esa diversidad de pareceres:

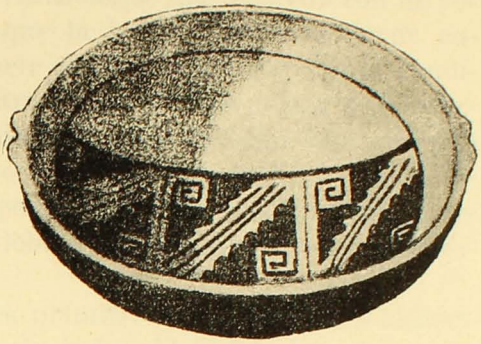
Cronistas	Incas	Hasta donde llegaron
Vaca de Castro	Topa Inga Yupangui	Chile
	Huaina Cápac	Chile
Las Casas	Topa Inga	Chile
Santillana	Topa Inga Yupangui	Río Cachapoal
Cieza	Topa Inga Yupangui	Río Maule
	Huaina Cápac	Río Maule
Sarmiento de Gamboa	Topa Inga Yupangui	Río Maule
	Huaina Cápac	Patagonia
Ercilla		Río Maule
Cabello Balboa	Tupac Inca Yupangui.	Chile
Herrera	Topa Inga Yupangui	Chile
	Huaina Cápac	Chile
Gutiérrez de Santa Clara	Huaina Cápac	Chile
Garcilaso de la Vega	Inca Yupangui	Más al Sur del Río Maule
Reginaldo de Lizárraga		Doce leguas más adelante de Santiago de Chile
Santa Cruz de Pachacutti	Topa Inga Yupangui.	Más al S. de Chile
Anello Oliva	Huiracocha	Valle de Arauco
	Huaina Cápac	Al S. de Chile
Montesinos	Yáhuar Huácac	El Estrecho
Rosales	Huáscar	La Imperial, Coquimbo i Copiapó
Bernabé Cobo	Tupa Inca Yupangui.	Valle de Arauco Río Maule.
Miguel de Olavarría		Río Bío-Bío, Río Maule.
Molina	Huaina Cápac	Cachapoal
Pérez García		Maule

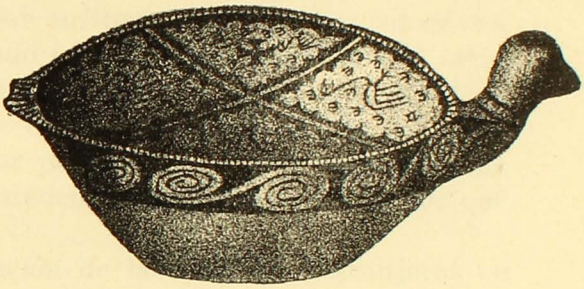
A la muerte de Huaina Cápac, acaecida en 1525, sobrevino en el imperio la guerra civil entre los hermanos Huáscar i Atahualpa. El primero ordenó retirar gran parte de las guarniciones de Chile. El resto que permaneció en el país, insuficiente para resistir a los indios del sur del Bío-Bío, se replegó al Maule. Envalentonados los de las rejiones meridionales, llamados por los incas *purum auca* — enemigos no sometidos— persiguieron a los peruanos. Pusiéronse en contacto los dos ejércitos en las llanuras del sur del río Maule, donde se trabó una recia batalla que, al decir de los cronistas, duró tres días. Aunque la victoria pareció inclinarse a los indios *promaucaes,* como los llamaron los españoles, los incas alcanzaron a repasar el río.

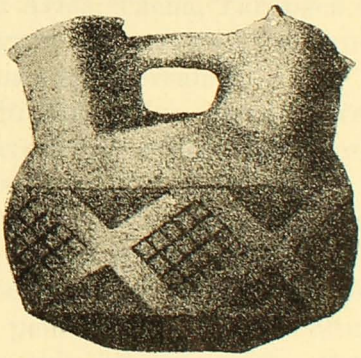
Efectiva o nominal, la línea del Maule fué el límite del territorio dominado por los incas. Al arribo de los españoles a Chile, ya había cesado el dominio de los incas por el retiro de las guarniciones; tal vez quedó diseminada alguna población con afinidades quichuas que no constituía grupos organizados.

La conquista inca dejó huellas profundas en el país subyugado de la civilización peruana. Se ha puesto en duda la intensidad i dilatación jeográfica de esta influencia en un plazo tan breve de dominación, sesenta años como máximum. La opinión que se reproduce en seguida va a servir de base a la discusión de este problema.

«La cultura peruana alcanzó a penetrar hasta el fondo de Arauco, en todas las manifestaciones de la vida indíjena i con mayor intensidad de lo que hasta hoi se ha creído. O esta influencia fué mui anterior a la conquista de Topa Inca Yupangui,







Incáicos indígenas.—1) Blanco Encalada; 2) Freirina; 3) pre-incaico mixto; Valdivia

esto es, de las civilizaciones que precedieron al período incaico i que la investigación moderna comienza a descubrir en sus pormenores, o la comunicación de los araucanos con los incas, por intermedio de las tribus del norte del Bío-Bío, más que por directa, llegó a ser efectiva i eficaz por el intercambio de especies i por el frecuente estado de guerra en que debieron vivir invasores e invadidos» (1).

Los pobladores primitivos del territorio chileno tuvieron que sentir indudablemente los efectos de las civilizaciones peruanas, sea por relaciones de tráfico, sea por infiltraciones lentas i sucesivas. No han quedado comprobantes históricos de otras maneras de influencias, como la de conquista o emigración de masas considerables que hubieran venido a tomar posesión de rejiones que ofrecían medios de existencia iguales o mejores de los que dejaban.

La intervención de las culturas estranjeras en el norte de Chile, en Arica, Tacna, Tarapacá i Atacama, ha debido seguir su trayecto al centro i sur por las vías marítima i mediterránea.

El mar con sus innumerables caletas, ofrecía a las poblaciones surcadoras, otras tantas estaciones temporarias o permanentes para traficar o para radicarse en ellas. Por tierra existía también una comunicación efectiva con los pueblos del norte, como los atacameños, i por el este con los diaguitas (Tucumán), penetrados ya de la cultura de Tiahuanaco i de la chincha atacameña. Esta comunicación, particularmente con los diaguitas, perduró hastá la colonia española. Una real cédu-

(1) Tomás Guevara, *El folklore araucano*, 219.

la de 1622 sobre el servicio personal de los indios de Chile dice: «Item ordeno i mando que los indios forasteros que hubiere en el reino de Chile, venidos del Perú o Tucumán o de otra provincia, de edad de tributar, sean numerados para lo que en adelante conviniere» (1).

Una porción bastante apreciable de la alfarería preincaica de la rejión que abarcan las provincias de Atacama, Coquimbo i Aconcagua, contiene caracteres bien marcados de las civilizaciones precedentes, como líneas escalonadas o dientes de sierra combinadas con meandros, el ojo típico de Tiahuanaco, etc. En Copiapó se desenterró un vaso de oro semejante a los de barro de Tiahuanaco, cilíndrico i con tres caras humanas; de Freirina, Vallenar, Tongoi i Petorca se han sacado tazas, vasos, cántaros i fuentes con líneas en gradas i meandros, ornamentos típicos de varias zonas arqueolójicas del Perú.

De los cementerios de Petorca se han estraído vasos figurados, semejantes a los que en número crecido se han hallado en el norte i centro del Perú, en el período siguiente al de Tiahuanaco.

En Tongoi e Illapel han salido en las remociones de tumbas cántaros i vasos que se distinguen, fuera de los ornamentos comunes, por el de los ojos, en líneas verticales i paralelas de menor a mayor, signo distintivo en la cerámica preincaica del Perú i parecido al de los vasos de barro de Tiahuanaco (2).

---

(1) Documentos históricos del Arzobispado de Santiago, tomo II, páj. 489.

(2) Museo Nacional de Santiago i reproducciones de *Los aborijenes de Chile* de don José Toribio Medina.

Esploraciones arqueolójicas de Quilpué han dado restos de dos civilizaciones diferentes: una más antigua con piedra de moler, morteros, rocas con perforaciones superficiales o de tacitas i alfarería tosca i variada, i otra más avanzada con objetos de cobre i alfafería pintada. El descubridor de tales restos los relaciona con la civilización de Tiahuanaco, por la semejanza de algunos objetos i por la costumbre idéntica de quebrar el material funerario que se acompañaba al muerto (1).

Por el este tuvo que venir, además, una suma no insignificante de la civilización chincha-atacameña, a juzgar por los caracteres de la alfarería hallada en las provincias chilenas que continúan al sur del desierto.

Encontraron, pues, los incas al norte de la Arjentina i de Chile aglomeraciones indíjenas con elementos de las civilizaciones preincaicas del norte. El primer país sobre todo recibió con anticipación a las tribus de Chile el aporte de aquellas culturas, por estar en relación de continuidad con las zonas de orijen. Las tribus del sur se hallaban en estado de completa barbarie.

Se ha llegado a determinar, mediante las indagaciones arqueolójicas de este último tiempo, que la civilización incaica se había infiltrado en proporción apreciable en la diaguita, que abarcaba el área de las provincias de Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, San Juan i La Rioja, sino en su totalidad, al menos en mucha parte.

Existió cierta afinidad étnica i bastante comu-

(1) Dr. Francisco Fonck, *La rejión prehistórica de Quilpué i su relación con la de Tiahuanaco.*

nicación entre los diaguitas i las poblaciones chilenas que enfrentaban a ellas, al sur de Atacama; pues los diaguitas, sometidos antes a los incas, les sirvieron de guías para conducirlos a Chile. Tenían que serles los caminos mui conocidos por el tráfico que hacían a este lado de la cordillera. Este acercamiento de raza influyó, sin duda, fuera de la unidad administrativa, para que los españoles considerasen el antiguo territorio de Tucumán como una misma sección jeográfica con Chile hasta 1563.

Esta comunicación activa por el este se esplica teniendo presente que el desierto de Atacama era una barrera que dificultaba el tráfico por los caminos occidentales.

La imposición de la cultura incaica vino a efectuarse por esto en terreno relativamente preparado para recibirla. Se esplica así, por otra parte, el corto espacio de tiempo que duró esta traslación de progreso a pueblos bárbaros, que sin influencias previas requieren muchas jeneraciones para sentir los efectos de una civilización mejor. Sobre estas circunstancias había otros factores que apresuraron la acción civilizadora de los incas: su admirable sistema colonizador, con el trasplante de grupos sometidos de un lugar a otro, en los que había agricultores, talladores, mineros, alfareros i todo un cuerpo de artesanos aptos para propagar los oficios propios de las industrias i las artes quichuas.

Constituía otro estímulo de adelanto la administración pública, centro, alma mater, de una sociedad comunista.

La intelectualidad de la raza, fruto de la acu-



Incásico combinado con indígenas.—Tongoy

mulación de las civilizaciones precedentes mezcladas con nuevas i propias manifestaciones, ejercía un poder irresistible en los pueblos conquistados, por sus obras de arquitectura; sus puentes e inmensos caminos, de 4 a 5 metros de ancho, cercados de picas, al través de la costa i de las sierras, conectados con otros laterales, casi todos trabajados en línea recta i con escalas para repechar las alturas.

Los arquitectos quichuas eran los más hábiles constructores de los pueblos de América del Sur. De los diversos estilos de habitaciones, templos i palacios que se cuentan de las culturas del Perú, el de los incas aventajaba a los anteriores en muchas particularidades.

La arquitectura militar mereció una atención preferente a este pueblo guerrero. Los cuarteles estaban hábilmente construídos para alojamiento de las guarniciones; las fortalezas i campamentos construídos en las rejiones conquistadas para sujetar a los pueblos sometidos, tenían todos los detalles de solidez i distribución que requerían las construcciones militares de ese tiempo. Los quichuas fortificaban también las ciudades i atendían con esmero el organismo transportador y de comunicación del arte moderno de la guerra.

La arquitectura agrícola sorprende por sus canales de irrigación i los *andenes* o terrazas en gradas en los flancos de las colinas donde distribuían el agua para las siembras. Siendo un país donde escaseaba el agua, el arte agrícola tenía que obrar prodijios para hacer productivas las rejiones áridas, sobre todo las que se corrían de las faldas occidentales de los Andes al mar. Pueblo agrícola, la

caza y la pesca entraban como complemento de los productos de la tierra; fomentábanla en todas sus posesiones i las reglamentaban con escrupulosidad. Para incrementar la feracidad del suelo usaban el huano de las islas Chinchas i de Tarapacá.

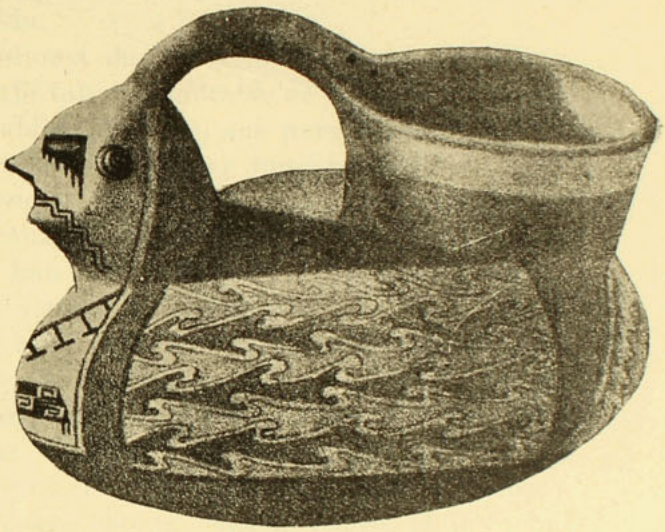
Entre sus artes industriales, tejidos, trabajos de piedra i madera, metalurjia, etc., descollaba la cerámica, en la que se ven obras maestras. Aunque no se distingue por el primoroso colorido de la de Nazca, ni por la variedad de figuración de la Chimú, nótanse en ella ejemplares abundantes que se califican entre los más hermosos que ha producido el arte americano, por la finura de sus líneas jeométricas en rombos i en cuadros, por lo singular de sus formas antropomorfas, zoomorfas i fitomorfas (calabazas, melones, frutas diversas).

Conservaba esta alfarería, con todas sus ventajas orijinales, influencias de las pasadas civilizaciones peruanas (1).

Es ley histórica que una raza militar i conquis-

(1) Larga tarea sería anotar en estas pájinas los pormenores de forma i ornamentación de la cerámica de las antiguas civilizaciones peruanas, inclusive la incaica, lo que corresponde más bien a un tratado especial. Datos sobre tal materia puede consultar el lector en las siguientes publicaciones:

P. Berthou, *Etude sur le precolombien du Bas-Perú.*
Rivero i Tschudi, *Antigüedades peruanas.*
Reiss und Stübel, *Das Todtenfeld von Ancón.*
Ch. Wiener, *Perú et Bolivie.*
Thomas A. Joyce, *South American Archaelogie.*
Adolfo F. Bandelier, *The Islands of Titicaca and Roati.*
Arthur Posnansky, *El signo escalonado en Tiahuanaco.*
H. Benchat, *Manuel d'archeologie americain.*
Max Uhle, sus numerosas publicaciones.



Tipo de alfarería preincaica parecido al de los vasos de Tiahuanaco.—De Tongoy

tadora, como era la de los incas, destruye o por lo menos penetra honda i rápidamente en la de los pueblos conquistados cuando éstos pertenecen a una cultura inferior.

La influencia incaica se infiltró, además, en la lengua i en las costumbres de la población conquistada. El araucano tomó del quichua una porción no escasa de términos, con alteraciones fonéticas, que correspondían a objetos i usos de nuevas formas de vida.

En el idioma de los conquistadores castellanos se introdujo tan considerable el número de modismos i vocablos quichuas, que para enumerarlos todos sería necesario llenar muchas carillas. Basta con la mención de los que, como más comunes, se han perpetuado en el idioma nacional, algunos de los cuales han sido incorporados ya al léxico de la Academia Española. Tales son:

Alpaca, apir (aymará), apa, apancora. Cancha, cacharpas, capi, callampa, coronta, curco, curcuncho, cóndor, callana, carpa, cochayuyo, coto, challa, cutama, champa, cuy, chacra, charqui, chigua, chimba, china, chingana, chupe, chupo, (divieso), cheuto, chasca, chonta, choclo, choro, chuño, chupalla, champa, chilca, echona, cumpa. — Huacho, huahua, huanaco, huano, huayaca, huaraca, huasca, huaso, (*huasu*, hombre tosco), huaco, huayaco, huira, huincha.—Locro, llama, (*Auchenia llama*); macama, mate, (*mati*, calabaza), morocho, (una clase de maíz) ñato. — Ojota, paco (*llama alpaca*) pachacho, pampa, pirca, puna, paico, palta, pallar, papaya, poruña, puma, puquio, porongo, pahua, poncho. — Quisco, quincha, quínoa, quipu, sauco, sanco, soroche, suncho, suche, sirca, socucho. —

Tambo, taita, totora, tanda, vicuña, vizcacha, yugo, yapa, zapallo, topo (medida lineal i prendedor) (1).

Se concibe que la introducción de tales términos correspondería a ciertos objetos, actividades i alimentos de importación quichua.

Las partidas de soldados traídas del Perú para la guerra de Arauco, en las que venía jente con afinidades quichuas, contribuyeron en los primeros siglos a propagar la terminolojía de la lengua de los incas. En el siglo XVIII siguió el idioma nacional lleno de vocablos quichuas i algunos aymarás, tanto en el lenguaje popular como en el de la clase criolla acomodada, en la cual mantenía la persistencia léxica la servidumbre descendiente de indíjenas peruanos.

Como en Chile, el quichua ha proporcionado al habla popular de la Arjentina un número crecido de palabras que tienen uso corriente en algunas provincias (2).

Los mitimaes de los curacazgos i los conas al servicio de los curacas, únicos funcionarios que podían disponer de un número dado de éstos, tenían que ir dejando una porción de su lengua entre los naturales. Esta institución de los mitimaes o tras-

(1) Para el estudio de la introducción de palabras quichuas i aymarás en el idioma nacional chileno, conviene consultar el *Vocabulario de la lengua aymarás del padre* Ludovico Bertonio, *La Gramática Aymará i Diccionario del* Dr. E. W. Middendorf, i la obra majistral *Los elementos indios del castellano de Chile* del Dr. Rodolfo Lenz, sabio erudito, a quien tanto deben la ciencia filolójica i la enseñanza en Chile.

(2) *Idioma nacional de los arjentinos* por Luciano Aibelle.

plantados ejercía, aparte de su labor material, funciones de espionaje, para lo cual se obligaba a los individuos en contacto con los nativos a practicar la lengua de la tierra. Recíproca se hacía así la comunicación de idiomas.

Según lo que afirma el cronista padre Rosales, fué en la sección territorial comprendida entre Copiapó i Coquimbo donde los indíjenas chilenos practicaron más el idioma quichua, como que era la más estrechamente sujeta al dominio de los conquistadores.

Muchos eran estos curacazgos de incas i naturales en el país, desde el norte al río Maipo, cuando arribaron los españoles. De ellos suelen hacer referencias los cronistas i las actas de cabildos. Han quedado recuerdo de los de Huasco, Vallenar, Samo, Huana, Paitanasa, Huamalata, Cotún, Tongoi, Ovalle, Illapel, Cuzcuz, Chalinga en las provincias de Atacama i Coquimbo. — Toquihue, Purutún, Choapa, Ligua, Catemu, Llapen, Curimón, Panquehue, Llayllay en la provincia de Aconcagua. — Quintero, Margamarga, Quilpué en la provincia de Valparaíso. — Maipo, Talagante, Vitacura, Apoquindo, Lampa, Macul, Colina, Renca, Conchalí, Pomaire, Pico, Cudahuita, Terao, Chada, Aculeo, Copequén, Curamapu, Putupur, Llopén, Chiñihue, Melipilla en la provincia de Santiago. Cuando se retiraron los incas del territorio chileno, estos centros indíjenas siguieron a cargo de curacas del país. Otras tierras vacantes que dejaron aquéllos, fueron ocupadas por los descendientes de los caciques que las habían poseído.

Algunas de estas colonias llevan nombres modernos que han reemplazado a los que antiguamen-

te tuvieron como Vallenar, Ovalle, Melipilla, etc.

Un etnógrafo chileno, esplorador asiduo de las provincias del norte, afirma que en la rejión de Taltal, en los valles de Copiapó, Guasco, Elqui, Ovalle, Limarí, Combarbalá, Pama i Cogotí, quedaban al finalizar el siglo pasado restos de una población de quichuas e indíjenas chilenos que convivieron en varios sitios de la hoya de los ríos i conservaban en esa fecha sangre i apellidos peruanos (1).

Disminuía al sur del río Maipo el número de agrupaciones indíjenas que estaban administrativamente bajo la dirección de los ajentes del Inca, pero hasta el río Maule no se interrumpía la continuidad de la influencia del pueblo conquistador. En tal condición se encontraban estos centros indíjenas de Colchagua: Copequén, Pilcún, Nancagua, Manquehue, Apaltas, Rapel, Taguatagua, Huique, Lihueimo, Colchagua, Malloa, i los de más al sur que se conocieron con los nombres de Rancagua, Vichuquén, Lora, Mataquito, Lontué, Duao, Pocoa, Huenchullami, Peteroa.

Además, hubo asientos esclusivos de mitimaes en Margamarga, Maipo i Talagante. Posiblemente no faltaron otros en el norte que las crónicas no mencionan. En los gremios mitimaes había plateros, dibujantes, canteros, alfareros, etc.

Ultimamente se ha dado en los estudios de etnografía mucha importancia a los nombres jeográficos para determinar el área de dilatación de un pueblo. Un americanista peruano asigna a la toponimia chilena nombres en cuya etimolojía encuen-

(1) Alejandro Cañas Pinochet, *Un punto de la prehistoria de Chile.*

tra relaciones en palabras quichuas o aymarás, desde el norte hasta Chiloé. Es uno de los medios probatorios de su tesis de la influencia del dominio peruano en Chile (1). Aunque esto de las etimolojías de los nombres jeográficos se presta a veces a interpretaciones dudosas, que convienen a dos idiomas, se anotan aquí los del norte hasta la provincia de Santiago, de segura procedencia quichua, para dar a conocer otros lugares ocupados o traficados por los incas.

—Andacollo, de Coquimbo; Apoquindo, de Santiago; Antivillac, de Copiapó; Alcohua, de Combarbalá.

—Cachí, de Los Andes; Cachina, de Petorca; Cachinal, de la costa de Taltal; Cailloma, de Caupolicán, inmediato a Guacarhue; Conay, riachuelo corto de la sierra oriental del departamento de Vallenar; Condoroma, de Los Andes; Copiapó, es corrupción de copayapu, que viene de quechua, *copa,* color azul claro, como el de cierto óxido de cobre, i *yapu,* tierra arada. Coquimbo, de Coquimyu, tal vez alterada de Culliquitampu, que en quechua significa «tambo o estación de plata»; Curauma, cerro de Valparaíso; Cutún de La Serena.

—Chally, llanuras de Carrizal Alto; Chapilca, de Elqui; Chimba, de Ovalle, el nombre viene de la palabra quechua Chimpa, que significa del otro lado; Churumata, de Copiapó, Churqui, de Copiapó.

—Guamalata, de Ovalle; Guamanga, de Chañaral; Guana, de Ovalle; Guancara, de Elqui; Guanchicay, de Valparaíso; Guanta, de Elqui;

(1) Pablo Patrón, *Influencia del dominio peruano en Chile.*

Guasco, puerto situado en el departamento de Freirina.

—Lampa, villa del departamento de Santiago. Lampa proviene de la voz *llampa* del quechua, equivale a una especie de azadón; Lilipampa, paraje de minas de cobre en la parte norte del departamento de Combarbalá.

—Llampos, de Copiapó; Llompi, de Taltal.

—Macul, de Santiago.

—Nantoco, aldea del departamento de Copiapó.

—Pachacama, de Quillota; Pachingo, de Ovalle; Paipote de Copiapó; Punitaqui, de Ovalle; Purutún, de Quillota.

—Renca, aldea del departamento de Santiago; Roco, de Ligua.

—Soco, de Ovalle.

—Talpoc, cerro mediano vecino al poniente del barrio de la chimba de la ciudad de Copiapó; Tambo, de Elqui; Tatara, de Freirina; Tavali, de Ovalle; Tololopampa, de Vallenar; Tongoy, de Ovalle; Torca, de Ovalle; Tumán, de San Fernando; Turqui, de Ovalle.

—Uchumi, de Elqui; Ururo, de Ovalle; Uspallata, de Los Andes.

—Ichimu, de Elqui, designa un lugar pastoso.

Fué en la agricultura en lo que se dejó sentir primero la acción de los conquistadores, tanto por la dedicación inveterada de la raza al cultivo de la tierra como por el instinto de la propia conservación: las guarniciones, los tambos o estaciones del gran camino del Inca i los cuadros que trabajaban en los lavaderos i las minas, exijían un abastecimiento rápido i abundante.

Atestiguan el desarrollo agrario de las zonas

ocupadas, las obras de irrigación que ejecutaron los incas. No tenían, por cierto, los detalles admirables de injeniería agrícola de la tierra nativa, de otra configuración topográfica i de otras condiciones fluviales; pero las acequias, cuyos restos no habían desaparecido hasta el siglo pasado, se multiplicaron desde Copiapó hasta el Río Maipo (1).

En las provincias de Atacama, Coquimbo i Aconcagua aprovecharon los españoles para el riego de sus reparticiones los trozos de antiguas acequias peruanas, que han servido como derroteros en varias localidades para los trabajos de irrigación moderna (2).

En el espacio que ahora es la provincia de Santiago abundaron igualmente las obras de canalización, de las cuales, según lo afirma el cronista Molina, se veían aún en el siglo XVIII demostraciones en varios parajes.

Las actas del Cabildo de Santiago suelen hacer referencias a las acequias existentes desde la época de los incas i que durante la colonia fueron objeto de litijios i reclamos ante la corporación, como una de Talagante i otro de Huelenhuala, que fueron del uso de los mitimaes del Inca; la de Charamahuida, que salía del Maipo, i la que se llamó del Inca Gorongo, cacique de Apochame (3).

Restos de acueductos subterráneos se han hallado en varios sitios de las zonas que ocupaban algunos centros de colonización. Se menciona a este

(1) Gay, *Historia de Chile. Agricultura*, tomo I, páj. 2.

(2) Dato de un respetable vecino de Ovalle dado al autor de estas pájinas.

(3) Medina, *Actas del Cabildo*. De las dos citadas hace referencia este autor en *Los aborijenes*, pájs. 353 i 354.

respecto una cañería de greda con tubos como de un decímetro de diámetro que se descubrió donde ahora están los baños de Colina, destinada a captar el agua de las alturas durante el verano. Bien puede ser que esta obra de hidráulica incaica se hubiera relacionado con el aprovechamiento de las aguas termales que brotan de un sitio de 909 metros de elevación en la quebrada del mismo nombre. Los peruanos conocían los efectos medicinales de las termas i las utilizaban cuando las encontraban en sus posesiones.

Entre los acueductos construídos por los incas descuella el que traía las aguas de un distante contrafuerte de la cordillera a Vitacura (4 kilómetros al noroeste de Santiago), para el riego de la zona que se estendía al norte del Río Mapocho (1).

Los incas tuvieron muchos asientos agrícolas en la marjen norte del Maipo, desde San José del mismo nombre hasta Melipilla, i en las dos del Mapocho. Hasta el siglo XVIII quedaban huellas de acequias en algunos lugares que los campesinos tomaban como zanjas naturales (2).

Para el gobierno de todos los cantones combinados de incas i orijinarios había, fuera de los curacas, dos gobernadores o cinchis principales, uno en Coquimbo i otro en Colina o en los mapuches.

Para la seguridad de estos cantones i sujetar a los indios comarcanos, los capitanes incas construían fortalezas en los puntos en que la estratejia los exijía. Un antiguo cronista dice a este respecto al contar que la jente de Tópac Yupangui

(1) Molina, *Historia de Chile*, tomo I, páj. 406.

(2) En los juicios del archivo de la Real Audiencia, se hace a veces referencia a estas acequias.

había llevado la conquista hasta el Río Cachapoal: «Descubrieron muchos asientos de minas sacaron mucha cantidad de oro dellas, hicieron caminos i sacaron acequias, i pusieron toda la policía que hoi hai en los indios de Chile» (1).

Esas fortificaciones se levantaron en Coquimbo, Aconcagua, Marga-Marga (departamento de Valparaíso), Quintero (en el valle del mismo nombre), Talagante (al este de Melipilla), Angostura (33°56'), Cachapoal, Taguatagua, Yáquil (al oeste de la ciudad de San Fernando), Maule (2). El padre Rosales menciona otros dos fuertes en Itata i uno en Quilacoya (en la marjen este del curso inferior del río Bío-Bío) (3). Se supone que hubo defensas menores en otros puntos del territorio sometido a los incas, i no es raro oír tradiciones al respecto entre la jente de las comarcas donde existieron lavaderos de oro, primero de los peruanos i después de los españoles.

Estas construcciones militares se erijían en cerros de cierta altura, que defendían la entrada de un valle i dominaban un sector territorial bastante estenso. Así la fortaleza de la Angostura tenía vista a todo el valle de Santiago i también a otros puntos de posible amago (4).

---

(1) *Relación del orijen, descendencia, política i gobierno de los incas*, por el licenciado Fernando de Santillán.

(2) Medina, *Los Aborijenes;* Molina, *Historia.*

(3) *Historia de Chile*, tomo I, páj. 338.

(4) El historiador chileno, don José Toribio Medina, comprobó la existencia de esta fortificación, de la cual da algunos detalles en su libro *Los Aborijenes*, páj. 343.

La conformación de estas obras defensivas consistía en un recinto cuadrado o circular, tapiado i con una sola entrada, que encerraba una vivienda para el destacamento, las armas i las provisiones; dentro del recinto se amontonaban piedras que en caso de ataque servían de proyectiles de mano.

El material empleado en los fuertes era la piedra de cerro o de río, por lo jeneral, i de adobes en algunas partes. Los vestijios de estas últimas defensas han tenido que desaparecer naturalmente en algunos parajes por la acción del tiempo, las lluvias i la demolición de las labores agrícolas.

Se comprende fácilmente que en tanto suelo regado por las lluvias i los canales, los cultivos subvendrían a las necesidades de la población sometida a los incas. Efectivamente, el maíz se cultivaba en abundancia desde Copiapó hasta el Maule i desde aquí penetró hasta los confines de las tierras araucanas. Los cronistas antiguos i los escritores modernos que han estudiado la influencia de los incas en Chile, coinciden en afirmar que el cereal clásico de los indios i la quínoa *(Chenepodium quínoa)* fueron importados por los peruanos. Bien puede ser que antes las civilizaciones aymarás i chincha-atacameña lo hubiesen introducido por el este i el norte; pero no cabe duda de que los incas incrementaron su cultivo con aplicaciones agrícolas desconocidas en tiempos anteriores, i que introdujeron alguna variedad mejor, como la de maíz grande que era al que daban los peruanos el nombre de *sara*. El hecho es que el araucano tenía una palabra propia para designar este cereal, *hua*, i que los españoles lo encontraron esparcido en to-

das partes de la América. Diéronle al principio el nombre de *trigo de la India*.

Entre los araucanos se conservan varios nombres de alimentos derivados del quichua, como *amca*, (maíz tostado); *muti*, *amchi*, (afrecho), *humita*, *chuchoca*, etc.

La piedra de moler maíz tostado del Perú, plana i con la de mano semicircular o de media luna, debió ser importada a los centros indíjenas de las provincias del norte, pues todavía se usaban ahí hasta hace poco.

Desarrollaron igualmente el cultivo de la papa (*Solanum tuberosum*), que se producía tanto en el Perú i la altiplanicie boliviana como en Chile; a este país introdujeron variedades nuevas, como la papa *chaucha* (amarilla) i otras. No se podría negar que aquí los indios sabían cosecharlas; mas, se sabe también por instrumentos desenterrados que estraían la silvestre, principalmente las tribus del sur. Está fuera de duda que con los procedimientos adelantados de los incas, la papa cultivada fué reemplazando a la silvestre.

En Chiloé es donde se conoce la más copiosa variedad de este bulbo, porque el clima i el terreno favorecen la producción; pero se puede comprobar que varios de sus nombres son modernos i por consiguiente las especies, algunas de las cuales han sido importadas por los colonos. En un terreno tan propicio, tuvo que multiplicarse la planta silvestre i quedar en todas partes al alcance de la mano del indíjena, sin darse el trabajo tan economizado por él de cultivarla. Darwin informa así acerca de este exuberante crecimiento: «la papa silvestre se da en abundancia en estas islas, en los te-

rrenos arenosos i llenos de conchas del mar». Un historiador de la provincia agrega: «Lo cierto es que aún se encuentran papas silvestres en rejiones solitarias de la cordillera donde jamás ha puesto su pie el hombre, fuera de los ambulantes indios patagónicos, a quienes seguramente no puede atribuírseles el haberlas aclimatado» (1). Evidentemente se infiere que los aboríjenes isleños aprendieron a cultivar el tubérculo de los que habitan al norte de sus tierras. Así se comprende que hasta el presente se hayan conservado mejoradas las variedades orijinarias, las cuales, con las traídas de fuera, pasan de 120.

Se menciona entre los cronistas e historiadores modernos otras plantas de importación peruana, como el poroto pallar, el zapallo, la calabaza.

Entre los beneficios de importancia capital que trajeron las culturas peruanas hai que contar la llama, la cual, aclimatada i reproducida en el país, formó un tipo indíjena nuevo, como se formó más tarde entre los araucanos el tipo de caballo indíjena. Llamáronla los indios *hueque* i *rehueque* (hueque puro) i los españoles *chilihueque* o carnero de la tierra para distinguirla del carnero de Castilla. No se sabe si antes de los incas existía este animal en Chile; nada dicen sobre este particular los cronistas antiguos. Lo absolutamente cierto es que los incas lo traían mientras duró su dominación, a manadas. Acompañaban al ejército i a los conductores de cargas. Se concibe que trataran de aclimatarlo i reproducirlo desde el norte hasta el

(1) Alfredo Weber S., *Chiloé, su estado actual i su porvenir.*

Maipo, de donde tuvo que seguir su rápida reproducción al sur hasta los araucanos, en limitadas proporciones.

Mejoró este animal con su lana el vestuario de pieles i fibras de los indíjenas. Desde el norte hasta los araucanos se jeneralizaron la camiseta, el poncho, las mantas, el calzón entre los hombres i las mujeres las prendas peruanas de su sexo. A la llegada de los españoles era el hueque patrimonio de los caciques, los cuales lo dedicaban, aparte del beneficio de su lana, para la alimentación estraordinaria i para las ceremonias relijiosas i de guerra. Hasta fines del siglo XVIII lo conservaron los indios del sur en lomas i corrales adecuados, algunos, como el de Huequén, en Angol, tuvieron fama entre ellos. Al fin lo reemplazaron por el carnero español (1).

Tampoco hai datos ciertos sobre si los peruanos trajeron el perro o si ya existía desde antes de la conquista.

Los incas eran infatigables buscadores de oro: la estracción del precioso metal, fuese de minas o lavaderos, constituía otro de los objetivos primordiales de la ocupación. Los ajentes del monarca cuzqueño buscaban minas de oro i de plata en todos los cerros de las rejiones de Copiapó, Coquimbo i Aconcagua. El cobre no quedaba escluído de esta actividad; se instalaban minas de este metal en el norte i en las serranías de la cordillera andi-

(1) El doctor don Rodolfo Lenz, hace acerca de este animal un estudio de resumen mui interesante en su libro *Diccionario etimolójico de las voces chilenas derivadas de las lenguas americanas.*

na del centro, hasta en sitios de mui al interior i a bastante altura. Vestijios de viviendas en estos parajes, que los escritores antiguos i modernos han vacilado en determinar su objeto, se cree que han sido estaciones mineras. Almagro i los conquistadores que vinieron después de él, otros incansables buscadores de oro i plata, hallaron en muchos sitios apartes del camino del Inca demostraciones de labores de minas. El adelantado español, refiere un cronista, envió desde Aconcagua a recorrer las tierras del interior a uno de sus capitanes, el cual iba acompañado de mineros; despachó éste a su vez cateadores por las quebradas que dieron con algunas minas trabajadas como si fuera de manos de españoles (1).

Son numerosas las noticias que dan los escritores antiguos de los asientos mineros establecidos por los peruanos; la anotación de todas ellas demandaría un espacio superior al disponible en estas pájinas.

Si las minas eran tantas, los lavaderos se esplotaban en no menor cantidad. En las lomas, en las orillas esplayadas de ríos i riachuelos establecían las faenas de lavar el metal, que ejecutaban los naturales bajo la dirección de caporales incas.

El afán de los incas de buscar el oro hasta en el último rincón de sus dominios de Chile, obedecía a juntar el que se necesitaba para completar la suma del tributo al monarca del Cuzco. Fundíase i se reducía a tejos que pesaban doscientos mil ducados castellanos, por lo menos. Conducíase en an-

---

(1) González Oviedo, *Historia moral i natural de las Indias*, tomo IV.

das i dentro de baúles a la capital del reino, bajo la custodia de un fuerte destacamento de soldados i la dirección de algunos dignatarios, con un ceremonial riguroso que indicaba que ahí iba el tesoro del Inca, caudal a que debía rendirse un acatamiento igual que a su persona.

Otro motivo era el consumo de oro i plata que se hacía en la confección de ídolos, figuras i adornos, todo lo cual exijía grandes cantidades del metal para los talleres.

Los indios oriundos de Chile, particularmente los del norte, que vivían en contacto con los incas, tuvieron que aprender la esplotación de los minerales de oro, plata i cobre antes de la llegada de los españoles. Las crónicas atestiguan el hecho i aseguran que hasta el siglo XVIII los indios de encomiendas i descendientes de aquéllos ocultaban el local en que habían sido trabajadas. Tanto los quichuas como los indios orijinarios preferían en la estracción del cobre el mineralizado, por su dureza para la fabricación de hachas, cinceles, combos, cuchillos i otros instrumentos.

El abate Molina incluye entre los metales que los primitivos chilenos estraían el estaño i el plomo, tal vez los del norte, i asegura que sabían hacer la separación de los componentes de las aleaciones.

Los peruanos fueron diestros en todos los trabajos de arte de los metales: sabían fundir, amalgamar, vaciar i pulir los objetos que fabricaban. No practicaban la fundición con fuelles sino con sopletes de cobre i más frecuentemente en hornillos que colocaban en los cerros espuestos a las corrientes fuertes de aire. «Era cosa hermosa, dice

Garcilaso, ver quince mil hornillos arder por aquellos cerros i alturas» (1). Completaban los detalles de la fundición en sus casas.

Los naturales del norte i centro de Chile no quedaron refractarios a esta enseñanza. Aprendieron este método i lo practicaban desde antes de la llegada de los españoles (2). Hasta los plateros araucanos verificaban la fundición en alturas o lomas donde soplaba con fuerza el viento a horas precisas de la noche. Este procedimiento duraba aún en la primera mitad del siglo XIX (3).

Manifestaban los artífices peruanos habilidades estremadas, que se esplican por el hábito de varias jeneraciones, en el arte de vaciar los metales, pulirlos i soldarlos, de tal manera que no se descubre en las piezas la intervención del martillo. De láminas delgadas confeccionaban figuras de hombres, mujeres i animales, huecas i perfectamente juntas i limadas donde la imitación exacta del objeto lo exijía.

Muchas de estas figuras se fabricaban en el país i otras, de técnica i estética perfeccionadas, venían directamente del Perú, porque los incas agraciaban con estos regalos, vasos i ropas a los jefes indíjenas de sus dominios que concurrían a la corte i a los que pactaban la paz.

Se han desenterrado ídolos de oro, plata i cobre en muchas localidades, por cierto que casi todos en las del norte. Escasean en el centro i no se han en-

(1) Comentarios reales, tomo I, páj. 70.

(2) Molina, *Compendio histórico*, páj. 362.

(3) Noticias dadas al autor en las reducciones de Purén, donde quedaban en 1899 plateros de edad mui avanzada.

contrado en el sur. Algunos de piedra provienen de las provincias intermedias, como los de Malloa, Valparaíso, Vichuquén i otros lugares. Los ídolos de greda han sido más numerosos en el centro i en el sur, sin que falten tampoco en el norte.

Los ídolos de plata han sido elaborados en Chile i traídos del Perú; éstos manifiestan un trabajo más esmerado que aquéllos. Representan los dos sexos con el órgano correspondiente, siendo de notar que las figuras masculinas aparecen trabajadas en mejores condiciones i mayor proporción que las que representan mujeres, de ordinario de cobre. Los indíjenas del país adquirieron al fin cierta habilidad en este arte por la fuerza de la repetición de verlos hacer i de trabajarlos ellos mismos.

El número crecido de ídolos en las poblaciones sometidas se relaciona con las ideas relijiosas de los incas, con las *huacas* reverenciadas por comunidades enteras i los penates de las familias, *conopa* o *chanca*, tal vez algún antepasado.

Estas figuras de plata i algunas de oro i cobre se han desenterrado principalmente en Copiapó, Vallenar, Coquimbo, Freirina, Elqui i otros lugares del norte. Ejemplares de todos tamaños i metales se conservan en los museos públicos i muchos repartidos en las colecciones particulares.

Anexo al arte de fabricar figuras de metal hai que colocar el de la confección de adornos de plata. Prescindiendo de los que son comunes a todos los pueblos indíjenas, no se puede dudar de la derivación peruana de los tupos o prendedores i de los aros, que usaron primero los curacas e indios principales, por lo que se les llamaba *orejones*. Los dos adornos pasaron a los araucanos, i hasta hace

poco los caciques usaban aros como distintivo de su rango. De las sepulturas del norte se han sacado estas piezas de adorno en cobre.

Tanto como en la metalurjia, se dejó sentir en Chile la influencia incásica en la alfarería. Las piezas del norte son las que presentan caracteres más semejantes a las jenuinamente peruanas, en la forma i en la técnica, es decir, en la cocción, en las finuras de las paredes, colores i ornamentos. Algunas piezas del norte presentan caracteres de las civilizaciones preincaicas, como la de Tiahuanaco i chincha-atacameña.

Desmejora la alfarería al sur del Maipo: al lado de los ejemplares abundantes de cacharros indíjenas, toscos, sin colores ni líneas ornamentales, se han sacado de los cementerios o *ancuviñas* vasijas completas o en fragmentos con caracteres peruanos mezclados con rasgos indíjenas, es decir, vasijas más sencillas en la forma, en los colores i dibujos orijinales. Estas combinaciones se esplican por el hecho de llegar a las agrupaciones locales alfarerías peruanas, que servían de modelo para fabricar otras que reproducían algunos detalles de las traídas con los caracteres propios e inferiores indicados.

En los lugares de Colchagua, que ahora llevan los nombres de Lihueimo, Peralillo, Huique i Colchagua, se han sacado piezas enteras i fragmentos que pertenecen al tipo inca-indíjena. Hubo en esa comarca un asiento de indios peruanos i orijinarios (1).

---

(1) Anselmo Bravo Pacheco, *Prehistoria i arte de Colchagua;* interesante memoria inédita para optar al grado de profesor de dibujo i caligrafía en el I. de E. Física.

De estas localidades, que formaban un cacicazgo cuya cabecera estaba en Lihueimo, se han sacado, aparte de los restos de alfarería combinada, otra tosca i orijinal, cruces de plomo, palas de madera, anzuelos, llancas, vértebras de hueques, conchas de mariscos, puntas de flechas, piedras orejeras, de insignias de mando, horadadas i de torteras. Los cadáveres han aparecido enterrados en posición horizontal i otros recojidos. No faltaban en la rejión las rocas votivas o de morteros con hoyos o tacitas. Toda esta mezcla de jente i de cosas esterioriza lo que eran los cacicazgos incas en el territorio chileno.

Más abundante en platos, tazas, cántaros i jarros ha sido la estracción de alfarería de Cauquenes, en Rancagua. Esta colección, que se exhibe en el Museo Nacional, manifiesta igualmente caracteres combinados.

Desde la hoya del Tinguiririca predomina únicamente la alfarería tosca de los indios, que se ha perpetuado hasta el presente; pero en Temuco, Valdivia i Río Bueno no aparece otra cerámica con ornamentaciones combinadas de rasgos indíjenas i peruanos. En capítulo de más adelante se verá que trabajaban estas piezas alfareros peruanos de las guarniciones de Valdivia, que contaban con obrajes, entre los que debía haber los trabajos de ollería. No es avanzar una teoría insostenible decir que la influencia incaica continuó reflejándose en las artes i las industrias durante el siglo XVI.

En la alfarería de procedencia peruana i en la de combinación indíjena, son raras las vasijas figuradas, sin escasear del todo; más que las con relieves de hombres se encuentran las ornitomorfas.

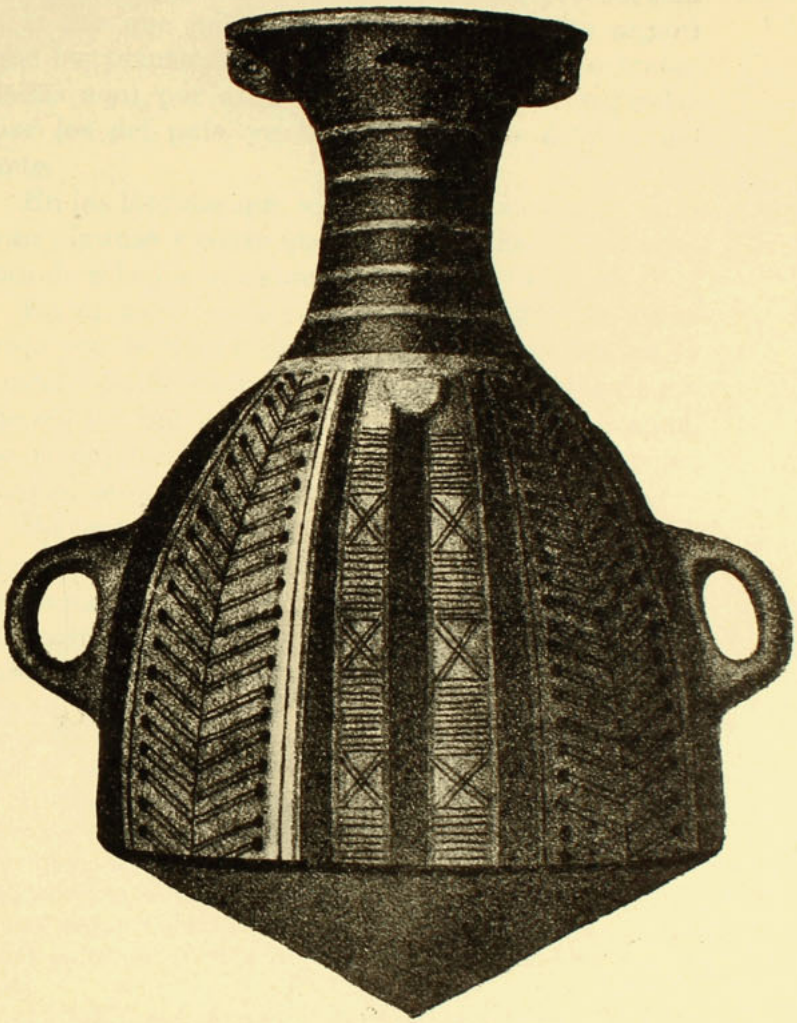
El tipo más jenuino de la cerámica peruana es el vaso llamado *aribalo* por los arqueólogos. Se compone de cuello largo, abierto circularmente i ensanchado en la boca; el recipiente que parte del cuello se ensancha hacia abajo hasta encontrarse con un tercer cuerpo cónico. En la mitad del recipiente lleva dos asas que se enfrentan i en toda su estensión, los ornamentos. Se usaba para guardar aceite, ungüentos o algún líquido especial, colgado o asentado en arena o en suelo blando. Su tamaño es variable.

Una de estas piezas del Museo es de color rojo, forma elegante i ornamentada en negro, a tres campos, dos laterales con líneas en ángulos o de ramazón i uno central con líneas en equis, separadas por series de otras horizontales.

Algunos de estos vasos provienen de Freirina, otros de Caldera i los demás de distintas localidades del norte. Pertenecen unos cuantos al Museo Nacional i varios se encuentran en colecciones particulares. Tipos exactos al que se reproduce han sido desenterrados en Trujillo (Chimú), lo que indica que éste fué traído a Chile.

Se han estraído tazas, platos, platillos, ollas, vasos, fuentes i cántaros de Vallenar, Copiapó, Freirina, Tongoi, Ovalle, Vicuña, Illapel, Casablanca, San Felipe, Quillota, Panquehue, Paine, Angostura, Isla de Maipo, Rancagua i de otras localidades. La ciudad de Santiago i sus alrededores han dado igualmente un número no escaso de vasijas del período incaico (1).

(1) Además de *Los Aborijenes* del señor Medina, contienen interesantes datos sobre la cerámica inca en Chile, la mo-



Tipo de aribalo peruano.—De Freirina.—¼ del tamaño natural

De las piezas halladas en Chile, unas tienen ornamentación jenuinamente peruanas i otras presentan dibujos con caracteres de esta procedencia a la vez que indíjenas. Es de todo punto seguro que las primeras habían sido importadas o trabajadas aquí por alfareros quichuas i las segundas por los del país, ya iniciados en los detalles del arte.

En las láminas que se acompañan a estas pájinas van algunas vasijas que dejan ver las combinaciones de dibujos peruanos e indíjenas (1).

En el norte se barnizaban las vasijas de color rojo con la tierra llamada *colo* que abunda en la costa, adonde venían a buscarla por cambio de especies los indíjenas del interior; diluída en agua, se remojaba en ella el pincel de pluma. El color blanco se obtenía de una disolución de cal viva.

No contándose los quichuas entre los pueblos navegantes, ni resistiendo su único animal de carga, la llama, el peso de un hombre, tuvieron que ser eminentemente pedestres. De ahí la atención que prestaban a las vías de comunicación, tanto a las

---

nografía del doctor Aureliano Oyarzún, *Contribución al estudio de la civilización peruana sobre los aboríjenes de Chile* i el libro inédito de la señorita Albertina Lafuente V., *De corazón aborigen*, escrito para optar al título de profesor de dibujo i caligrafía en el Instituto de Educación Física. El laborioso director de este plantel de enseñanza especial, don Joaquín Cabezas, con un criterio mui intelijente, ha sabido estimular estudios de esta clase, tan descuidados en el país.

(1) Nos hemos servido de las láminas del libro del señor Medina, *Los Aboríjenes* para hacer notar las ornamentaciones mezcladas. Esta obra i las otras publicadas en Chile, con estudios de alfarería, no mencionan esta particularidad.

colosales de la costa i de la cordillera como a las menores que se conectaban con ellas. Cruzaban de caminos las rejiones conquistadas i convertían las sendas de los indios en caminos espeditos. Constituía este sistema de viabilidad un medio de sujeción i enseñanza para los indios, a quienes se facilitaba así el tráfico para el cambio de especies i la asimilación de algunos usos de los dominadores.

La introducción de los animales de lana al norte, inició a los indíjenas en el arte del hilado i del tejido, o por lo menos perfeccionó los métodos que hubieran adoptado antes de procedencia aymará. Tuvieron, en consecuencia, que conocer los naturales algún artefacto de telar i los instrumentos de hilado, entre los cuales se cuenta la aguja. Antes del arribo de los incas los indios se valían de espinas o de punzones de hueso i piedra para agujerear i amarrar las pieles que les servían de vestidos. A medida que crecía la cantidad de lana que se esquilaba i se estraía de las pieles, la aplicación de los instrumentos se estendía al sur i penetraba a las mismas tierras de los araucanos.

La industria del tejido iba aparejada con la de teñir los hilos. Encontraron los incas del país una variedad de colores que no desmerecían en calidad i número de las del Perú. Aprovecháronlas para sus tejidos i enseñaron a usarlas a los indíjenas de todo el territorio, aplicación que alcanzó también hasta los araucanos. A la llegada de los españoles los indios del otro lado del Bío-Bío ya poseían el secreto de colorear la lana con tierras i raíces de varias plantas, conocimiento que se intensificó mui a lo lejos de la conquista hispana con la aplicación del añil i otras tinturas.



Inca-indígena
De Cauquenes de Rancagua



Inca-indígena del curacazgo de Lihueimo, Colchagua

Propagóse entre los indios chilenos el uso del tabaco en pipas de piedra, costumbre peruana posterior a la de los aimarás i uros de absorberlos por la nariz, que no alcanzó a fijarse en los asientos indíjenas de Chile.

La influencia de los incas se dejó sentir en otros órdenes de adelanto material, como en el de las habitaciones. Aunque algo habrían dejado al occidente de los Andes a este respecto las culturas preincaicas, particularmente la aimará, los indios seguían ocupando en su mayoría por la fuerza de la tradición, tan persistente en los agregados étnicos primitivos, chozas incipientes de ramas de árbol o escavaciones en el subsuelo, cubiertas con palos o cueros. Lo que no se puede poner en duda es que desde la ocupación de los incas, se jeneralizó en el territorio chileno la vivienda de postes, vigas amarradas i techo de juncos, de carrizos o de cortaderas *(Carrex chilensis)*, puesto que así las hallaron los conquistadores peninsulares. Bien que todos los pueblos bárbaros tienen prácticas májicas para construir sus moradas, llama la atención del que compara este detalle de etnolojía la semejanza entre el ceremonial araucano i el de los peruanos i los aboríjenes del altiplano andino (1).

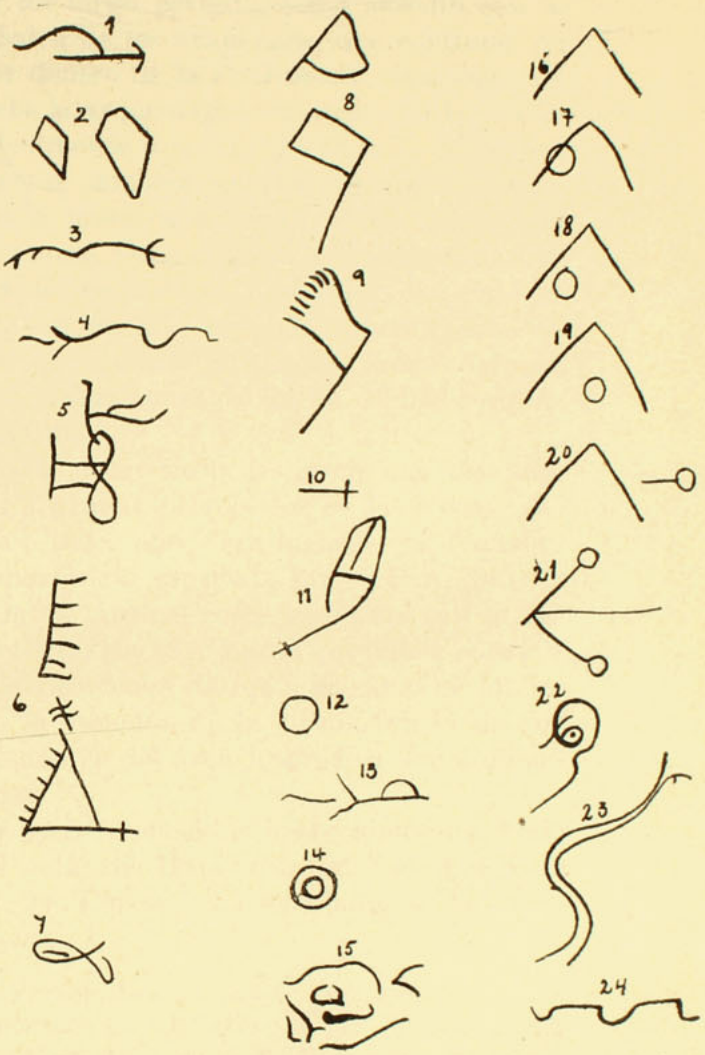
Adelantaron también en sus armas: perfeccionaron las flechas i la lanza; imitaron la maza i la honda. Los incas i los habitantes de la altiplanicie boliviana usaron las boleadoras que llamaron ayllo o livi. ¿Llegaron entónces a Chile del este arjentino, como se ha creído, o del norte peruano? Los aimarás, los atacamas del oeste i de la Puna

(1) Padre Pablo José Arriaza, páj. 37.

usaron este instrumento de caza antes que los quichuas, pero éstos los emplearon en mayor escala en sus grandes cacerías. También estas boleadoras entraron del este arjentino a las tierras araucanas en época relativamente moderna.

Los aimarás, los atacameños, los uros, todos los pueblos ando-peruanos fabricaban licores embriagantes con semillas i con el maíz. Los indios chilenos hacían sus chichas con frutas i semillas, tan abundantes en el centro i en el sur, pero con el incremento de las variedades traídas por los incas, agregaron el licor de este grano que hasta el presente han llamado *muday*. Como en aquellos pueblos, en Chile se masticaba el grano para producir la fermentación. Este procedimiento tan del agrado del indíjena i tan nauseabundo para el civilizado, indica un hecho de que en las observaciones etnográficas se ha dejado constancia a menudo: es la falta en el bárbaro de la cualidad que rechaza por desagradable el mal gusto, carencia que lo inhabilita para participar de las delicadezas i repugnancias del hombre culto.

Los incas poseían fuera de los objetos de alfarería, vasos, platos, fuentes i tazas de madera. Los indíjenas subyugados imitaron tales tiestos, i hasta a los araucanos llegaron las mismas vasijas que conservaban hasta hace pocos años. En épocas lejanas tuvieron una vasija de tronco de árbol, que con agua a medio hervir i con piedras caldeadas, servía para sancochar la carne, el pescado i las papas silvestres. Aunque las culturas preincaicas, envueltas en la penumbra de los tiempos, habían traído alguna alfarería, ésta no se había estendido hasta el punto de escluir por completo los tiestos de



Piedra de la batalla.—Valle del Cachapoal

troncos. En las sociedades no evolucionadas, una costumbre antigua sigue coexistiendo con otra nueva por un largo período, como sucedió con la edad de piedra de los araucanos, que continuó en pleno vigor dentro de la civilización española. Así lo comprueba la arqueolojía, que tiene por lo común fundamentos menos dudosos que el valor histórico.

Asimiláronse también los aboríjenes del territorio chileno la práctica de una cestería importada por los invasores, fina, elegante i de esmerada técnica, hecha de trenzado de junquillos, que pasó de la primera sección a la segunda. Aventajaba esta industria a no dudarlo a la que antes habrían traído las civilizaciones aimarás, chincha-atacameña i diaguita.

Los aimarás i los incas tuvieron una marcada propensión a grabar petroglifos en las rocas que se prestaban para ello i en lugares que tendrían alguna importancia especial. En el Perú hubo i quedan todavía muchas rocas grabadas con petroglifos i pictografías (1). Es un problema saber si los de Chile provienen de los aimarás o de los incas. Llama la atención sí, la circunstancia de que estén todos dentro del área jeográfica que dominaron los incas.

Los petroglifos conocidos hasta ahora en Chile son los del valle de Rapiantu, en Cauquenes de Rancagua (2). Por esos mismos lados se han des-

---

(1) Pablo Patrón, *La veracidad de Montesinos.*

(2) Interpretados por el escritor e injeniero chileno don Daniel Barros Grez, quien los ha dividido en dos grupos que llama «La batalla» i el «Olimpo».

cubierto piezas i fragmentos de alfarería con caracteres inca-indíjenas.

Los de Chalinga en el departamento de Illapel (1). Cercano al pueblo de Petorca, en dirección a la cordillera, existe la aldea de Chincolco, cerca de la cual i a mayor distancia hacia el oriente se han descubierto como 15 petroglifos, distribuídos en varias rocas de distintos parajes, que su descubridor enumera, interpreta i estudia en sus detalles de ubicación i dibujos (2).

En la provincia de Coquimbo se han descubierto petroglifos en distintos lugares: uno en el camino de la costa de Coquimbo a Tongoi, en un sitio llamado Panul; otro en Lagunillas, en el mismo camino, i dos más en el departamento de Ovalle, en los parajes denominados Rapel i Carén. Su descubridor describe minuciosamente los grabados aún visibles de estas rocas (3).

Se tienen noticias de que en la provincia de Atacama hai petroglifos, que todavía no han sido examinados por entendidos en este ramo de prehistoria americana o por personas interesadas en darlos a conocer.

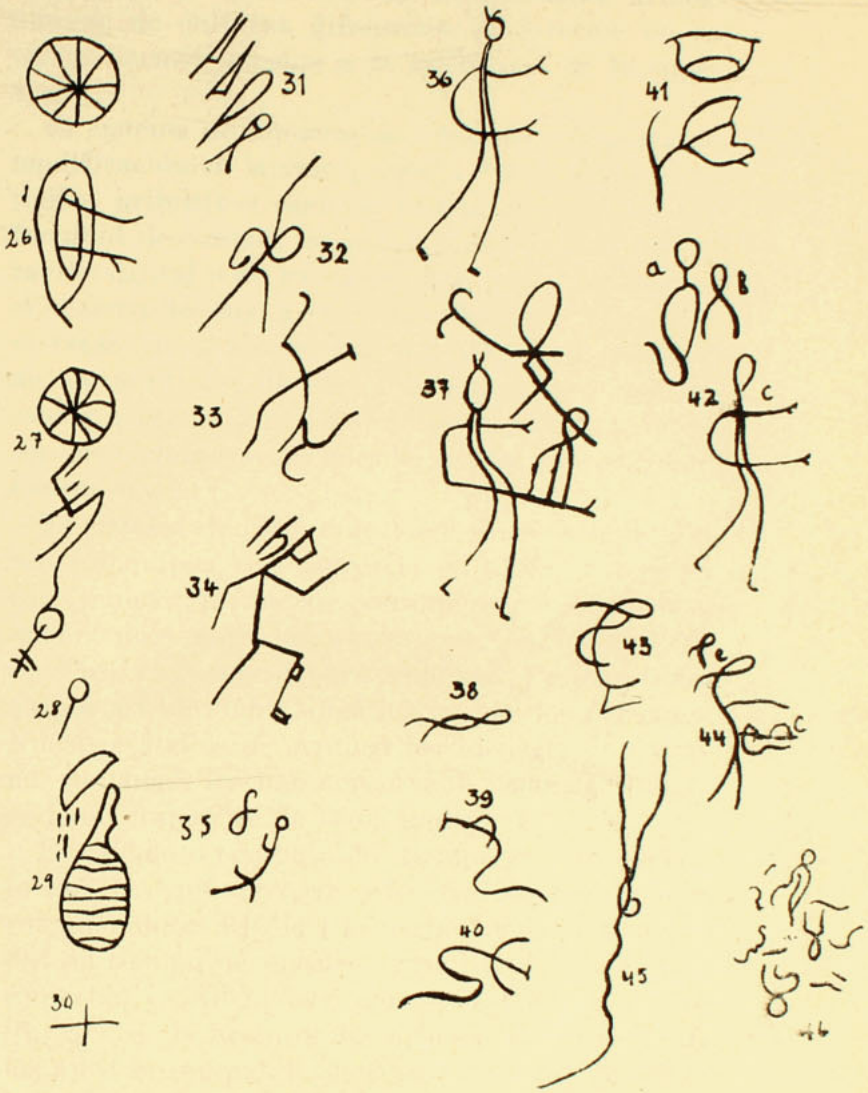
Bien que en menor escala que en lo material, también la influencia incaica ejerció su acción sobre la vida intelectual de los indíjenas. Esta infil-

---

(1) Descubiertos e interpretados por don Roberto Renjifo.

(2) Isidoro Cisternas Quintana, *Escritura aborijen americana*, libro inédito escrito por su autor para optar al título de profesor de dibujo i caligrafía en el Instituto de Educación Física. El señor Cisternas se ha revelado un entusiasta buscador de petroglifos.

(3) J. E. Peña Villalón, *Piedras escritas de la provincia de Coquimbo*, Revista de Historia i Jeografía, 1919.



Piedra del Olimpo

tración se verifica siempre con resistencia i lentitud; pero en el caso de dos mentalidades afines, aunque de culturas diferentes, la inferior no se cierra herméticamente a la influencia de la superior.

El sistema de numeración trajo una importante modificación en la vida psíquica del araucano. Los indios primitivos casi no habían desarrollado la facultad de contar; no salían todavía de la numeración dijital o de los dedos. Los incas impusieron el sistema decimal a los indios del norte i de éstos se trasmitió a los del sur. La abstracción mental de los múltiplos de diez i la espresión numérica consiguiente se jeneralizó a firme en todas, hasta con los términos especiales de ciento, *pataca*, i mil, *huaranca*.

El sistema de contar de los incas se completaba con los quipos, que consistía en algunos cordeles con nudos; formaban verdaderos instrumentos mnemónicos para los mensajeros, los cambios de especies, el tiempo i para totalizar. Pasaron estos quipos a Chile tales como los usaban los peruanos. Nuestros indios de Arauco los hicieron de cordones de lana i los han conservado hasta la actualidad con el nombre de *pron*, nudos.

El cálculo o cómputo del tiempo es otro adelanto que hai que agregar a los traídos por la raza conquistadora. El día i la noche fueron las unidades de tiempo de nuestros primitivos; las de más estensión se calculaban por las estaciones de las lluvias i de la brota de los árboles. La sucesión de los años se computaba por las estaciones lluviosas o de sequía estival. Los incas enseñaron el mes i el año solar sin la rectificación de las observacio-

nes que se practicaban en el Perú. Sin embargo, la cronolojía de los araucanos nunca tuvo la precisión de la científica. Era accidental, sin regularidad, como la de todos pueblos en estado de barbarie. Un mes se calculaba por la evolución lunar i un año, por un número dado de lunas. Para fijar un período cronolójico se valían de un suceso memorable en los recuerdos de la comunidad emparentada.

Aportó la cultura peruana hasta algunas nociones rudimentarias acerca de las medidas lineales i de capacidad: el topo equivalía a un cuarto de legua; se tomaban con el pie i el paso otras distancias del suelo; el jeme, la cuarta, el medio i el brazo entero i la brazada para la estensión de los objetos susceptibles de esta medida. Antes de adquirir estas nociones de computar la lonjitud de las cosas, servía para medir cualquier palo o trozo de trenzado de junco o corteza.

No avanzaron nuestros indios, por lo menos los del sur, en lo que tocaba a las medidas de capacidad. Emplearon, quizás desde tiempos precedentes a la llegada de los peruanos, utensilios cóncavos para medir semillas i frutos silvestres. Para avaluar el peso de los cuerpos sólidos, servían las piedras de tamaño variable, lo que es mui frecuente entre los indios de todas partes.

Muchas especulaciones de carácter relijioso i de supersticiones tomaron los indíjenas chilenos del sistema peruano. No alcanzaron los incas a cimentar el culto solar; pero la verdad es que algunas nociones confusas de él se descubren en las ceremonias de rogativas i en las invocaciones.

La figuración del sol en varias localidades i en

los petroglifos, indican bien a las claras que ese culto estuvo implantado en el territorio. Hubo en el lugar de Malloa, del departamento de Caupolicán, un asiento de mitimaes. Ahí quedan todavía en algunas rocas las representaciones de varios soles, i como aquí, en otros sitios de la comarca se conservan más pictografías de soles (1).

El asperjamiento de sangre de animal sacrificado en dirección al astro, también constituye una reminiscencia de culto.

Los indios de Chile conocieron el totemismo; los testimonios de los autores son unánimes en este particular. Antes de recibir la influencia civilizadora de los incas, los animales, en especial el puma i el cóndor, las plantas i otros objetos naturales, formaban el totemismo tribal. La relijión solar iba encimándose mucho sobre los totemes del norte cuando se derrumbó el imperio.

Se puede confrontar una coincidencia que se acerca a lo idéntico, a lo calcado, entre las representaciones colectivas de los incas i las de los indios del norte, que son las mismas de los araucanos, acerca de pormenores relativos a creencias i supersticiones, no contando las que son comunes a todas las razas indíjenas.

Las piedras votivas con perforaciones o tacitas superficiales para las invocaciones de tránsito en los viajes largos i peligrosos, comunes en el norte i centro i casi desconocidas en Arauco. Las apachetas o montones de guijarros que iban dejando los caminantes.

Manifestaciones de reverencia a los ríos i la-

(1) Aureliano Oyarzún, *El sol de Malloa.*

gunas cuando se trata de atravesarlos; a determinados cerros, mansión de antepasados; al mar en las empresas de pesca i navegación.

Las abstinencias de alimentos i sexuales antes de las empresas de guerra i de juegos corporales i de apuestas.

Prohibiciones a las mujeres embarazadas de concurrencia a ciertos actos i a los sembrados, i temor al flujo menstrual.

Las ceremonias para impetrar lluvias o pedir que cese cuando es excesiva (*el gnillatun araucano*).

El terror a los muertos i el desagrado de los antecesores.

Identidad del concepto de la vida futura i de la presencia de los espíritus entre los vivos. Aplicación de la majia beneficiaria i maléfica, con los mismos medios para ejercer venganzas i alcanzar el amor de hombres i mujeres.

El uso de talismanes, *huacanquis* en quichua, para los mismos fines i muchos otros.

Los procedimientos de adivinación i el poder de los ajentes en la masa tribal.

Las supersticiones acerca de gritos de animales i vista de los que tienen alguna particularidad rara.

Los baños májicos en ciertos días del año i las invocaciones a los manantiales o puquios para que no se secaran.

La interpretación de algunos fenómenos ígneos i acuosos, como volcanes, arco iris, etc. (1).

---

(1) Padre Arriaga, *Estirpación de la idolatría en el Perú*, 1921. — Polo de Ondegardo, *Instrucción contra las ceremonias i ritos.*

Muchas analojías se notan igualmente entre las costumbres domésticas de los indios incas e indios chilenos referentes a fiestas, danzas, matrimonios, libertades sexuales, etc.

La civilización incaica tuvo una duración bastante corta en Chile: desde 1443, fecha en que, según cálculos tenidos por exactos, arribó a Chile el primer inca conquistador, hasta 1533, principio de la guerra interna entre los dos hermanos, media un período de 70 años. A pesar de tan limitado espacio de tiempo, la cultura peruana arraigó demasiado en la población aborijen del territorio que hoi forma nuestro país. Cronistas, historiadores i esploradores han dudado casi unánimemente que en un lapso de años tan reducido se impusiera una civilización tan compleja sobre otra tan simple como la de los aboríjenes. Hai un error de psicolojía étnica fundamental en estas opiniones.

La penetración de la cultura incásica en las masas indíjenas del territorio chileno se operó principalmente en la mejoración de los modos de vida material i de la técnica manual, i obraba, empleando términos más comprensivos, sobre la naturaleza circundante. La penetración en el medio intelectual, que es producto del espíritu de la raza, presenta mayores dificultades i demoras. En las sociedades de complexión mental diverjente, la asimilación se dificulta, porque las disposiciones heredadas que el hombre trae a la vida, forman las cualidades irreductibles. Nunca el araucano ha podido convertir en propia la intelijencia i los sentimientos de españoles; siempre ha conservado su constitución mental de indíjena en su parte irreductible.

En los pueblos bárbaros de mentalidades similares, existe únicamente la gradación de culturas, que se desenvuelven por la misma vía o sea con mecanismo psicolójico igual. Las actividades intelectuales de los incas se manifestaban, como entre los indios chilenos, en armonía a su lójica especial o prelójica i a los elementos místicos o de misterio, de portento, que influían su mentalidad. La diferencia de unos i otros consistía en que los primeros, en mejor escala de adelanto, se encontraban en un estado evolutivo, en el que las representaciones sobre lo portentoso i culto aparecían debilitadas, si se quiere, pero conservando siempre los vestijios imborrables de períodos anteriores; además, no permanecían tan refractarios a las enseñanzas de la esperiencia como los indios retrasados.

Aún más, en las agrupaciones del norte i del centro, los incas pudieron imponer con rapidez su cultura, puesto que estaban en contacto mui inmediato con ellas para implantar con la autoridad de conquistadores los usos e instituciones que formaban su sistema de colonización. Para allanar esta obra de infiltración, se valían de ciertos propagandistas o instructores de sus costumbres i de su constitución política i social.

Los indios procedentes del Perú i prisioneros de guerra escapados de la matanza i del sacrificio ceremonial, fueron durante estas conquistas i la española factores de propaganda efectiva.

De modo que la civilización incásica se impuso en las rejiones del norte i del centro en forma directa i rápida por la similitud de mentalidades de las dos razas, por la colonización armada, la difu-

sión sistemática de las ideas i cosas. Por otro aspecto vino a obrar sobre colectividades ya influídas rudimentarias por otras culturas precedentes. Al otro lado del Maule i del Bío-Bío se esparció la superior por medios indirectos; fué trasportada ahí por las tribus inmediatas de más al norte. Estas parcialidades intermediarias hacían el tráfico de especies con los orijinarios de la banda meridional. Seguramente que llevarían a esas tierras el llama chileno *(hueeke)*, las novedades i los objetos importados, que imitarían aquellos aboríjenes; en cambio traerían de allí, los frutos de la tierra i sobre todo pieles i plumas, porque esas especies abundan en estremo, tanto en los bosques i ríos como en las pampas arjentinas.

Por otra parte, la civilización importada por los incas no se estinguió de repente con el arribo de los conquistadores españoles a Chile; se mantuvo conjuntamente con la de éstos por espacio de muchos años. En el norte persistió por tradición i por el tráfico de comercio con las colectividades orientales de los Andes. Más hondamente influída estuvo la sección austral de los araucanos por una circunstancia especial.

En 1643 se creó el presidio o la plaza de Valdivia, independiente del gobierno de Chile i anexa al virreinato del Perú. Los virreyes proveían la plaza con soldados casi todos orijinarios del Perú. Los gobernadores i jefes militares establecían talleres llamados *obrajes*, de ollerías i de tejidos gruesos de lana, que trabajaban los mismos soldados i artesanos que aplicaban en parte a estas manufacturas la técnica incásica que conocían. Con mantas i alfarería se agasajaba a los caciques de

paz o se comerciaba con los indios. En estos *obrajes* intervenían, además, los industriales jesuítas que acompañaban a la guarnición. De manera que desde Valdivia i en tiempos tan separados de los incas, seguía irradiándose su cultura en la sección austral de Chile (1).

Un eminente historiador i bibliógrafo chileno cierra la esposición que hace en un libro notable de las ventajas de la conquista incásica con este concepto de resumen: «Con esto hemos pasado ya lijeramente en revista la influencia que la conquista peruana ejerció en Chile, influencia, por lo jeneral, benéfica, i debida sobre todo al grado superior de adelanto que habían alcanzado los pueblos del Inca» (2).

A pesar de tantas comprobaciones históricas i arqueolójicas que obran en favor de esta influencia, no faltan publicistas del país que reduzcan su efectividad casi a cero (3).

---

(1) *Memorias de los virreyes del Perú.* — En un capítulo siguiente se anotan más pormenores acerca de esta influencia pos-incásica. Antes que el señor Ricardo E. Latcham escribiera sobre este asunto en su libro *La organización social i las creencias relijiosas de los antiguos araucanos*, habíamos estampado este dato en uno de los volúmenes de la serie sobre la Araucanía, lo que le quita a su informe sobre esto mismo el valor de la orijinalidad.

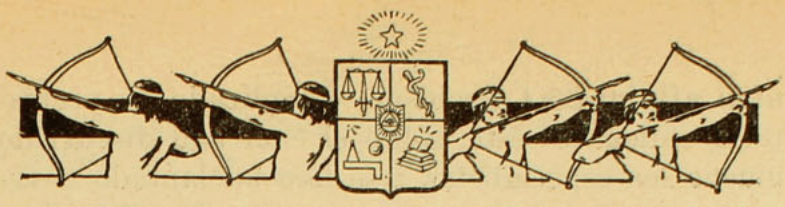
(2) Medina, *Los Aborijenes de Chile*, páj. 413.

(3) Ricardo E. Latcham, *La organización social i las creencias relijiosas de los antiguos araucanos.* El señor Latcham al impugnar la estensión que algunos escritores atribuyen a la influencia incásica en Chile, menciona al historiador Barros Arana i al autor de estas pájinas, pero se olvida nombrar al más copioso en noticias sobre el particular, al incomparable conocedor de la historia americana, don José Toribio Medina.

Para negar este hecho histórico de jeneral alcance, necesario sería comprobar que las civilizaciones anteriores, ando-peruanas, Tiahuanaco, aimarás, chincha, atacameña i la diaguita, habían penetrado más o en igual proporción que la incásica, lo que no está demostrado ni por la arqueolojía ni por el testimonio de la historia. Es claro, sin ser conquista la ocupación incásica i sin los elementos de que disponía, su penetración habría sido bien limitada. La esplicación de esa influencia no es, por lo tanto, hipotética, sino todo lo científica posible, dado que se basa en la verdad afianzada con pruebas.

Segunda Parte

Los Araucanos



CAPITULO VII

Orijen de los araucanos del sur

Opiniones diversas de los cronistas. — Los pescadores antiguos de la costa del Perú. — Se corren hacia el sur. — Restos del hombre primitivo en las costas de Chile.—Habitantes de las costas del territorio araucano avanzan hacia el centro i valles altos de la cordillera. — La población araucana se estiende al este de los Andes. — Teorías de algunos autores sobre invasiones de las tribus pampas al territorio araucano. — Una observación de tiempo contraria a esta hipótesis.—Algunos reparos a los detalles con que se afirma la teoría de la invasión.—Observaciones a la cuestión en su aspecto de fondo.—Clasificación de las generaciones araucanas del padre Falkner. — Los indios querandís del Plata no pueden haber pasado a Chile.—Opiniones de escritores arjentinos. — Las de otros autores. — Teoría de la espulsión hacia el sur de los indíjenas que ocupaban primitivamente el territorio araucano. — Antecedentes contrarios a esta hipótesis.—Pretendido orijen de los pehuenches. — Hipótesis sobre una invasión de indios querandís a la rejión de los lagos. — La craneometría como material de estudio para el orijen. — Los cruzamientos i la craneometría.—Distribución de los araucanos en el territorio.

¿Quiénes eran los araucanos cuando los conquistadores españoles penetraron a sus tierras? ¿De dónde habían venido i con qué razas americanas te-

nían afinidades? Problema complicado de prehistoria chilena es éste, sobre el cual han discurrido mucho los especialistas i se han adelantado a veces teorías fantásticas que no acepta la crítica histórica i que no guardan conformidad con los últimos datos de la arqueolojía.

Los cronistas antiguos i modernos, en primer lugar, han emitido numerosas i contradictorias opiniones acerca de la derivación de los araucanos. Los han creído provenientes de los antiguos romanos, de la Frislandia, de las islas Hespéridas, de unos primitivos indios que arribaron a Caracas, de otros que habitaron en las dos riberas del Orinoco, de Siria i Palestina, de las Filipinas; de unas provincias australes de Asia; de Escandinavia i de unos habitantes de la antigua España. Rejistrando más crónicas, se descubrirían otras referencias. Entre los cronistas casi en jeneral dominaba la creencia de que los indios de América descendían de las tribus de Israel. Algunos de Chile participaban de esta propensión de la descendencia israelita.

Esta diversidad de pareceres se puede esplicar primero por ciertas analojías que los cronistas han encontrado entre las costumbres de los araucanos i las de otras colectividades étnicas, i en seguida porque son modernas las ciencias auxiliares de la historia, como la etnografía i sobre todo la arqueolojía, que no conocieron los escritores antiguos.

El cronista don José Pérez García, reputado por sus méritos de historiador i que escribía en los últimos años del siglo XVIII i primeros del siguiente, fué uno de los que sostuvieron la teoría de las invasiones sucesivas por el norte: una que se ve-

rificó hacia el occidente de los Andes i otra hasta la Tierra del Fuego por los tehuelches del otro lado, conocidos con el nombre de patagones. Vale la pena trascribir esta opinión, que se aparta de las otras, tan improbables i referentes a lugares tan lejanos de América.

«No cabiendo ya en el Perú sus habitadores, los Antisuyos, de la parte del oriente, juntándose con los Chinchasuyos de hacia el norte, verosímilmente declararon guerra a los Collasuyos, que estaban hacia Chile, los cuales, como eran menos, huyeron de los más i entraron a Chile i le poblaron con el nombre de Moluches, cuya voz acredita esta narración, pues *molun*, es decir, declarar guerra, i *che*, jente, i *moluches*, jentes a quienes se les declaró la guerra» (1).

Dieron los incas a todo el territorio del imperio el nombre de *Tahuantisuyo* i lo dividieron en cuatro suyos, provincias o rejiones, conocidas con las designaciones de antisuyo oriental, chinchasuyo costeño, collasuyo andino o Collao, contisuyo mediterráneo. De los cuatro *suyos*, el Collasuyo fué el más meridional i abarcaba desde la cuenca del Titicaca por el oriente hasta la desembocadura del río Loa por el occidente.

Se nota en esta cita falta de precisión en cuanto a la época en que se verificó este acontecimiento. Los cronistas son por lo jeneral imprecisos en la fijación de los períodos prehistóricos, porque no conocieron los arreglos cronolójicos establecidos por la moderna arqueolojía. Pero queda en el fon-

(1) *Historia de Chile*, páj. 30.

do una opinión respetable de que hubo una invasión del norte hacia el sur.

Es, pues, por el lado de la costa norte por donde hai que rastrear primero el orijen de los araucanos.

Varios siglos antes de Cristo comenzaron a surjir por el norte las primeras civilizaciones peruanas. «En la misma época, pero probablemente ocupando un terreno más extenso, antes habitó las caletas del norte, por lo menos las de Chorrillos a Pativilca, una raza de estatura alta, de pescadores antropófagos, cuyas producciones primitivas resisten a toda tentativa de comparación con las de los pobladores civilizados que vivieron más tarde. Sus producciones consistieron en pocos i primitivos artefactos cerámicos, múltiples i particulares tejidos de mimbre i de redes i un gran número de utensilios de huesos humanos. Por estas últimas señales se parecen más a las tribus de pescadores antiguos de Chile i a las de la Tierra del Fuego, todavía existentes, que a los peruanos antiguos civilizados por épocas de millares de años por una cultura continua» (1).

Estos remotos pescadores, supeditados por las nuevas civilizaciones aparecidas en esas latitudes, se fueron corriendo hacia el sur, i afines de ellos debieron ser los habitantes de la costa de Arica i Taltal, cuyos restos han servido para un examen arqueolójico bastante comprensivo. Son éstos los que han sido clasificados como del tipo primordial o de primera aparición.

---

(1) Dr. Max Uhle, *Discurso de incorporación al Instituto Histórico de Lima*, 1906.

«A las primeras civilizaciones peruanas que ocuparon ciertas zonas de la costa, no les bastó el litoral para fijar establemente su residencia i se vieron precisados a continuar la invasión por agrupaciones al interior, en busca de tierras menos inclementes i más fértiles. La invasión siguió el curso de las corrientes de agua que contienen las quebradas, i poco a poco se hizo andina i trasandina» (1).

Los vestijios de estos moradores primordiales de la costa chilena que se han hallado hasta hoi i que seguirán hallándose con el tiempo, demuestran que su presencia se dilató hasta las rejiones contiguas al estrecho de Magallanes.

Entre esos indicios figuran los conchales que dejaron o los residuos de sus comidas, depósitos que ostensiblemente van marcando una trayectoria de ocupación.

En pos de estos primitivos pescadores, empujados al sur del Perú por las civilizaciones iniciales, fueron afluyendo a la costa en distintos períodos otras corrientes de aboríjenes derivados de aquéllas o de estirpes diversas. Dedicábanse también al oficio de la pesca.

Los montones de conchas estraficados que todas estas poblaciones pescadoras dejaron en las playas, en las rocas i parajes vecinos, han suministrado a la investigación arqueolójica un material suficiente para determinar su jénero de vida i el período de ocupación.

En esas aglomeraciones de residuos de comidas que se dilatan desde el norte del Perú hasta Ica,

---

(1) Horacio H. Urteaga, *El Perú, la arqueolojía i la crítica.*

se han encontrado restos de viviendas antiguas, objetos de piedra i de otras materias, fragmentos de alfarería de tipos variados i hasta cementerios i por consiguiente huesos humanos.

Los fragmentos de alfarería sobre todo han servido para puntualizar la edad de cada estratificación. Atestiguan esos depósitos de residuos la sucesión de varios períodos que representan otras tantas civilizaciones, desde la de Nazca hasta la incásica. El tiempo en que se fueron sucediendo se computó por los arqueólogos desde 900 años antes de Cristo hasta 1400 de la era cristiana (1).

Al sur de Taltal, el distintivo de los restos varía; se nota la ausencia de alfarería en el período primario i la factura tosca i pobre de los que le siguieron. No les quitaba esta circunstancia a las poblaciones costaneras de Chile su carácter de emparentamiento con las civilizaciones antiguas del Perú.

La lei física de la historia que operó en el Perú la dilatación en el espacio de las civilizaciones fundamentales, tuvo que realizarse también en Chile. Las primeras poblaciones de aboríjenes debieron ser costeñas; los pescadores primordiales del tipo de los de Arica i Taltal i los que arribaron en períodos posteriores, buscando puntos de condiciones menos ríjidas e inclementes, se iban trasladando más al sur en infiltraciones pequeñas i costantes i no en emigraciones compactas, ni tampoco en masas armadas en guerra. Sus dotes marineras supe-

---

(1) Max Uhle, *Los kjoekknmoeddings del Perú*. Revista Histórica de Lima, tomo I.

riores a toda ponderación, facilitaban estos cambios de arribaje.

En las entradas de los valles fértiles de la costa establecieron sus primeras estaciones; pero en el trascurso de los siglos crecieron en número i agrupaciones segregadas de los núcleos orijinarios, ejecutaron una espansión tierras adentro. Los ríos les indicaban el camino que había que seguir i les proporcionaban recursos iguales a los del mar.

Todo esto no es del dominio de hipótesis deleznables; la arqueolojía viene en apoyo de esas afirmaciones. En efecto, desde el río Guasco para el sur hasta más allá del Maule, se ha encontrado en las comarcas próximas a las hoyas hidrográficas de las corrientes mayores un material paleolítico o neolítico análogo al de la costa, con hachas, raspadores i trozos de piedra de otros artefactos. Basta citar los hallazgos de Quilpué al interior de Valparaíso, los de la provincia de Colchagua en las cercanías del río Tinguiririca i los del valle de Mataquito en el departamento de Vichuquén. Orillando el río hasta una distancia de 32 kilómetros de Curicó, en el lugar de Palquibudi, existió una población de indíjenas que persistió durante la colonia. De ese valle se han sacado, en trabajos agrícolas, ejemplares de utensilios de piedra iguales a los que se han hallado en la costa de Vichuquén, cerca donde se vacia el río Mataquito. Las esploraciones arqueolójicas de Constitución i Quivolgo, han suministrado asímismo un material de piedra de aquella época remota, que atestigua una contemporaneidad con el de Taltal i Pisagua.

En las costas de la provincia de Valdivia i de la de Llanquihue, desde Toltén hasta el canal de Cha-

cao, han solido estraerse restos paleolíticos i neolíticos que corresponden al habitante primordial.

Con referencia a Chiloé dice un autor: «Las hachas de piedra encontradas en los terrenos de cultivo, a mayor o menor profundidad, atestiguan que este pueblo alcanzó las dos edades de la piedra, la paleolítica, áspera o mal tallada, i la neolítica o pulimentada, i otros objetos» (1).

Ejemplares aislados han aparecido en muchos otros puntos de las provincias centrales i de las del sur, en las cercanías de los ríos i de los lagos, lo que indica que ahí hubo habitantes primordiales corridos de la costa. En la provincia de Cautín han salido a la superficie del suelo, mediante los trabajos de agricultura en las cercanías de los ríos Imperial, Cholchol, Cautín, hachas de piedras talladas, cinceles pulidos en la parte superior del filo, raspadores i guijarros grandes con un agujero al lado de la parte superior donde cabe un dedo; han servido quizá de martillo. Este material ha aparecido principalmente hacia el lugar llamado Las Hijuelas, anchas vegas de las orillas del Cautín i unos pocos kilómetros al poniente de la ciudad de Temuco (2).

Los grupos de indios pescadores que iban corriéndose por la costa meridional, fijaron preferentemente su residencia al sur del Bío-Bío. Ahí hallaron un medio físico más propicio que el del

---

(1) Alejandro Cañas Pinochet, *Estudios de la lengua veliche.*

(2) Colecciones del autor. Varias de estos objetos de piedra encontrados en el interior del centro i sur de Chile se mencionan en los *Aborijenes* del señor Medina.

norte i centro para su estabilidad i multiplicación; ríos navegables i de aguas mansas desembocan en esa sección jeográfica; una vejetación exuberante venía a morir a las mismas playas del mar, i entre los árboles frutales, crecía por las faldas de la sierra marítima el *pehuén* (Araucaria imbricata) fuente de inagotable alimento. Había en conjunto por esas rejiones pesca en el mar i los ríos, caza de animales i aves acuáticas, árboles de frutos comestibles que formaban selvas i depósitos de sal, que fué con el tiempo un artículo importante de comercio con los habitantes del interior.

En pos de los pescadores primitivos, arribaron a la costa meridional del Bío-Bío otros grupos que ejercían también la pesca i los posteriores que tuvieron la denominación de changos; todos iban corriéndose en estaciones pesqueras desde el norte al sur. El material arqueolójico recojido hasta ahora no deja lugar a dudas sobre este avance hacia el mediodía de esta segunda filtración étnica, que los descubrimientos que tendrán que hacerse en lo sucesivo acabarán de comprobar.

Estos indíjenas ocupantes de las costas en un segundo período, han debido entremezclarse necesariamente con los que ya estaban esparcidos en ella i con los cuales existía una afinidad de costumbres i de ocupaciones.

Al correr de los siglos la población se hizo densa. Prueba de ello es el jentío innumerable con que los conquistadores españoles fueron a estrellarse en las zonas litorales, desde el Bío-Bío al Toltén. En esta faja territorial tuvieron lugar los encuentros más recios i prolongados porque las comunidades tribales se escalonaban ahí a pocos trechos de dis-

tancia, mientras que en los llanos i orillas de los ríos caudalosos los grupos de viviendas se diseminaban a mayores distancias.

Como los pescadores del Perú i los del centro de Chile, de los dos períodos, los del sur tuvieron que desbordarse al interior sin apartarse demasiado del mar i siguiendo siempre el camino de los ríos. Cerca del océano, quedaban unidos a los afines del litoral i con el sustento marítimo a la mano.

Hasta hace pocos años existía una activa comunicación entre las tribus costinas i las de los valles orientales de Nahuelvuta hasta llegar al central.

Este tráfico, aunque menos activo que antes, se practica todavía. Los costinos llevan a los otros mariscos i pescados secos, algas como el *cochayuyo* (Durvillea utilissima), *luche* (Ulva latissima), ollas i cántaros de mejor confección, chuicos o tinajas para el *mudai*, licor de maíz, *llepus*, fuentes de juncos, traían en cambio trigo, maíz, quínoa i otros artículos de consumo. Cuando la necesidad apremiaba a los del interior, bajaban a la sección costeña. Este intercambio se verificaba desde tiempos inmemoriables (1).

En el gradual crecimiento de estos centros contiguos al mar, tuvieron que remontarse por las riberas de los grandes ríos i llegar hasta los espacios llanos de las cercanías, los cuales en épocas remotas, según opinión de botánicos i noticias incidentales de los cronistas, se cubrieron de bosques con posterioridad.

Al través de varios siglos, la población que avan-

(1) Noticias de los cronistas.—Informes dados al autor en muchas reducciones por indios ancianos.

zaba del occidente se hizo subandina i andina. El curso superior de los ríos no les ofrecían abundantes medios de vida; pero en las rejiones de los lagos hallaban lo que faltaba en aquéllos: peces i aves acuáticas en cantidades enormes, caza copiosísima de huanacos, de huemules i otros animales menores, escasos en el centro. El *pehuén* (Araucaria imbricata) constituía un granero inagotable para los indíjenas de entonces, sustento que se ha perpetuado hasta el día.

Posteriormente, grupos aislados entre sí i dispersos, dejando los valles i quebradas de la cordillera, fueron ocupando poco a poco espacios desiertos de la rejión oriental. Eran escasos al principio, pero con el tiempo formaron una población densa de afinidades étnicas con los de este lado. La caza fué el principal móvil que indujo a los habitantes del occidente a trasladarse al oriente en sucesivas oleadas. Esos grupos de cazadores nómadas pasaron a constituir al fin núcleos de indíjenas con residencia demarcada.

Hai en Chile espertos en ciencias prehistóricas que hacen descender a los araucanos de estirpes de ultra cordillera. La cita que va a continuación manifiesta el sentir a este respecto del que es uno de los esponentes más autorizados de esta teoría.

«Estando las cosas así, llegaron de las pampas arjentinas, sucesivas migraciones de un nuevo pueblo, distinto en cultura i en caracteres físicos a aquéllos que ocupaban el territorio. Entrando por los pasos bajos i fáciles por la cordillera que enfrenta a esa zona, poco a poco se esparció por los campos entre el Toltén i el Bío-Bío, estendiéndose más tarde al norte de este último río hasta el Ita-

ta. Para el efecto de distinguir este pueblo, le llamaremos *moluche*, jente de guerra.

No sabemos si esta invasión se haría pacíficamente; estimamos que debe haberse hecho a sangre i fuego, como era costumbre en aquellos tiempos; pero el hecho es que, con el tiempo, se hicieron dueños de toda la zona indicada. En parte se amalgamaron con los antiguos habitantes, especialmente en la rejión de la costa i en ambas faldas de la cordillera de Nahuelvuta hasta el Cautín. Poco avanzaban al sur de este río, i al sur del Toltén casi se pierden sus rastros».

«Este pueblo era nómada, vivía de la caza, se vestía de cueros de animales, habitaba toldos del mismo material, i no conocían ni los primeros rudimentos de la agricultura. Es posible que tenían algunos conocimientos de la alfarería, pero de la más grosera factura. Era robusto i enérjico, i probablemente mui guerrero.

«Orijinaria de las pampas arjentinas, esta raza debe haber llegado al suelo chileno mui pocos siglos antes de la conquista española. Al norte del Bío-Bío, donde probablemente encontraron mayor resistencia, este elemento se fusionó con las naciones existentes; pero al sur de dicho río conservaron con mayor pureza su tipo primitivo, sobre todo en los llanos centrales, i donde sus descendientes todavía residen sin que hayan cambiado de su tipo étnico» (1).

Antes de examinar algunos detalles de esta hi-

---

(1) Ricardo E. Latcham, *Antropolojía chilena*, páj. 245 i 290.—*Organización social i las creencias relijiosas de los antiguos araucanos*, páj. 263.

pótesis, merece una observación de tiempo la cuestión en su aspecto de fondo, es decir, si pudo ser efectiva o nó en la época que se indica la invasión de un pueblo de las pampas arjentinas a la parte baja de los Andes occidentales por el frente del territorio araucano.

La suposición no reposa en ningún fundamento histórico de valor esencial. Se afirma, en efecto, que la raza invasora «debe haber llegado al suelo chileno mui pocos siglos antes de la conquista española». Dos i hasta tres siglos anteriores a este acontecimiento, la entidad araucana se hallaba en plena formación.

Ni en Chile ni en la Arjentina, con estar este país tan adelantado en el cultivo de las ciencias prehistóricas, se ha llegado a establecer cuadros cronolójicos de las relaciones de las antiguas culturas peruanas i aymarás con las ramas indíjenas que poblaron sus territorios. Eso habría servido para calcular las etapas de iniciación i desarrollo de las diferentes razas. Pero los etnólogos comienzan a suplir esta deficiencia tomando como punto de comparación el período de los incas, (1130-1533).

Uno de ellos opina de este modo sobre el particular: «Tal eronolojía es relativamente fácil, dado el contacto de los incas con la fase final de las antiguas civilizaciones arjentinas. Encontramos en muchas partes artefactos incaicos al lado de otros de orijen local. Entierros que contienen objetos incaicos al lado de otros de carácter nativo, son caracterizados, por esta circunstancia misma, como pertenecientes a los últimos cien o ciento cincuenta años del desarrollo calchaquí, i definen in-

dividualmente el tipo de la civilización arjentina en la última época prehispana» (1).

El comienzo de esta influencia incaica que se calcula en siglo i medio antes de la llegada de los españoles, se podría fijar en el año 1350, aproximadamente; pero con precedencia a este período hubo otros preincaicos de larga duración. Los datos i confrontaciones de arqueolojía hacen suponer que, con anterioridad a éstos, existieron relaciones entre los diaguitas i las civilizaciones peruanas i aymarás, como la de los chimús posteriores (1100 o 1400), la de Tihuanaco i período epigonal (650 a 900), la chincha-atacameña (1100 a 1350). El hecho comprobado es que en el período de 1100 a 1350 ya había cierta contemporaneidad arqueolójica entre las rejiones del noreste arjentino i las del norte de Chile. De manera que, según esta cronolojía, no será desacertado fijar el año 1000 como fecha en que la raza araucana se hallaba en completo desarrollo, fecha mui anterior a la que se ha señalado para la supuesta invasión de las pampas arjentinas a Chile (2).

Confirma la aseveración de esta antigüedad la siguiente información del prolijo americanista con tanta frecuencia citado en este libro, i que espresa al tratar de los restos arqueolójicos de Taltal: «Había, pues, en esta costa, un hombre neolítico continuador en parte de una industria que en Europa

(1) Max Uhle, *Las relaciones prehistóricas entre el Perú i la Arjentina.* Congreso de americanistas de Buenos Aires, 1910.

(2) Estas fechas de períodos prehistóricos son tomados de los cuadros cronolójicos que han arreglado los señores Max Uhle i M. González de la Rosa, peruano.

había desaparecido temprano, en el período diluviano. A este hombre neolítico tan primitivo podemos ahora considerar como el *primer antecesor* de las civilizaciones peruanas.

I si miramos más al Sur, las piedras talladas de los yacimientos antiguos de Constitución, presentan puntos de comparación con las más antiguas de Arica. Pero perteneciendo estos últimos al tiempo de Protonazca i los primeros al período de las obras de Tiahuanaco, hai gran distancia de tiempo. Los restos antiguos de la cueva vecina de Quivolgo, apenas más adelantados, se comparan en tiempo con el último período, anterior a los Incas» (1).

Como indicio de esta invasión se aduce el hecho de entrar en los nombres personales i jeográficos las palabras *nahuel*, (tigre); *choique*, (avestruz) i *huanque*, también avestruz, siendo que ninguna de estas especies ha pertenecido a la fauna chilena sino a la arjentina. Otra prueba de esta invasión del este consiste en la creencia que los indios subandinos tenían de que la mansión de los muertos se radicaba al otro lado de la cordillera, donde habían existido sus antepasados, mientras que los costinos i los llanistas la situaban en ultramar, en la isla Mocha. Todavía señalan otros dos indicios: el de la alfarería pintada descubierta en sepulturas antiguas de la costa i en la menos arcaica de Valdivia i Llanquihue; la diversidad de habitaciones, unas pequeñas, otras cónicas, ovaladas o circulares

(1) Uhle, *Los aborijenes de Arica*. En Constitución i Quivolgo practicó esploraciones arqueolójicas este dilijente investigador cuando estuvo al servicio de Chile.

las de Bío-Bío al Toltén, ubicadas en grupos, mientras que las de Cautín al sur eran estensas, con capacidad para muchas personas i situadas a cierta distancia. Se aduce, por último, la razón de la lengua, que no guardaba uniformidad entre los indios de la banda norte del Cautín i la meridional.

Estos asertos, científicos en apariencia, tal vez no tengan más alcance que el de las disertaciones puramente especulativas. En efecto, tomaron los araucanos el nombre de *nahuel*, que entra como segundo componente de los apellidos, de sus afines de ultracordillera en los continuos viajes que efectuaban a esos lugares, pero en el significado de cosa grande i temible como el felino. Allí era común esta voz en los nombres propios i en los cuentos. No pudo venir de los puelches de la rejión situada entre los ríos Colorado i Negro, ni de los tehuelches o patagones del Chubut i Santa Cruz, que hablaban idiomas distintos, pero que espresaban la idea de tigre con los mismos términos, *chalue, jalue, hallú, calvún* (1).

Los nombres jeográficos en *nahuel*, tan comunes allá, se repitieron aquí. El de la sierra de Nahuelvuta, el principal de los que se citan, ha sido puesto por jeógrafos en época relativamente moderna. Esta designación no se remonta más allá de la primera mitad del siglo XIX. Al principio fué el nombre de un cerro alto que se levanta frente de Angol, que se jeneralizó después a todo el cordón (2). Antiguamente los indios la nombraban por las secciones de

---

(1) Dr. R. Lehmann-Nitsche, *El habitat del tigre en la República Arjentina.*

(2) Dr. R. Verneau, *Les anciens patagons.*

ambas laderas, como fraccionaban la designación de los ríos; tales eran las de Marihuenu, Catiray, Maitenrehue, Encol, Cayucupil, Purén, Lumaco, Ilicura, Tirúa, etc. Traídos igualmente del este por los araucanos, fueron los nombres en *choique*, avestruz, i el *baile choiquepurún*. En cuanto a éste, sabido es que las costumbres entre agrupaciones afines se comunican con suma facilidad.

En la ubicación del lugar de ultra-tumba entran otros motivos locales i no el de orijen. También los tehuelches o patagones modernos, como los pehuenches del poniente arjentino, fijaban en la cordillera la tierra de los muertos i por eso mataban un caballo que ponían en la tumba para el viaje del estinto (1).

Tampoco la dirección de los cadáveres puede ser un argumento aplicable a la cuestión del orijen. Los araucanos han puesto siempre la cabeza del muerto hacia el oeste. Las tribus antiguas del norte de la Patagonia sepultaban los cadáveres en dos posiciones, o vueltos al este o hacia el poniente, según la dirección de los lagos, pues, siendo la sed el tormento de sus peregrinaciones por las pampas, querían que los muertos tuvieran a la vista las lagunas, manantiales, pozos, remansos de ríos, etc.

Ya que se trata de comparar costumbres mortuorias, conviene recordar que fué regla constante en las razas precolombianas del norte de la Patagonia enterrar los cadáveres en las dunas movibles de las riberas del Río Negro, en cuclillas i de espalda, con la cabeza levantada, las rodillas cerca del pecho, los pies cruzados uno sobre otro, i las

(1) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 253.

manos en igual forma sobre las tibias. Así arreglado el cadáver, se cosía en un cuero de guanaco. Además, se exhumaba cuando la putrefacción había concluído i se pintaban los huesos de color rojo para enterrarlos definitivamente por segunda vez.

Si se hace derivar a los araucanos de Chile de algunos de esos pueblos antiguos venidos del norte de la Arjentina i estacionados en la rejión del Río Negro, ¿por qué no se jeneralizaron i persistieron esas costumbres funerarias a este lado de los Andes? Cierto es que tradiciones araucanas de los siglos XVIII i XIX dejan vislumbrar que antes de la conquista española hubo entierros en postura acurrucada, pero hai que admitir que tal práctica funeraria debió estar limitada a ciertas localidades en contacto inmediato con los araucanos del Río Negro (1).

La alfarería pintada descubierta en la costa corresponde a tipos mejorados de los primitivos, pero no a los superiores de grabados; la del sur era coexistente a los españoles i de influencia incaica. No pudo venir de los tehuelches o patagones, los cuales en 1520 apenas fabricaban uno que otro tiesto de barro i usaban para beber recipientes de cuero. En los siglos XVII i XVIII se perfeccionaron en el modelado, en la pintura i dibujo de la alfarería bajo la influencia de los puelches de las márjenes del Río Negro. Tampoco debía provenir de éstos, pues su perfeccionamiento alfarero tuvo que ser posterior a la época de la pretendida

---

(1) Este es el alcance que el autor da en su libro *Psicolojía del pueblo araucano*, a la noticia que sobre este particular estampa en la pájina 274.

invasión de un pueblo del este hacia el poniente (1).

El hecho que se estima significativo de la construcción de las viviendas merece asímismo una observación. Las hubo antiguamente en todas las comarcas de la costa i del centro, entre el Bío-Bío i el Toltén, grandes i pequeñas; cónicas, circulares i ovaladas. Las cónicas fueron las más antiguas. Las de mayores dimensiones, que han persistido hasta hoi, pertenecían a los caciques, cuyas familias formaban un conjunto más numeroso. El tamaño de las casas dependía de esta circunstancia i de la manera cómo se agrupaban en las distintas localidades los parientes, pero no de una diferencia de razas.

Las variaciones dialécticas no prueban una heterojeneidad de orijen El idioma araucano o *Chilidungu* ha sido considerado por los cronistas, por los lexicógrafos antiguos i modernos como una sola familia lingüística desde Copiapó hasta Chiloé. Los dialectos que a menudo se mencionan como hablas independientes, son derivaciones con diferencias fonéticas más o menos variables, pero no de morfolojía; en todos ellos aparecen las raíces comunes de la lengua matriz.

La afirmación de fondo acerca de la invasión de un pueblo venido de las pampas arjentinas al occidente araucano, merece un reparo más detenido, fuera del ya hecho relativo al tiempo. Esta hipótesis no reposa en ningún fundamento histórico. Al contrario, resulta de los documentos escritos, apo-

(1) Félix F. Outes, *La alfarería indíjena de la Patagonia.*

yados por antecedentes de orden arqueolójico, que los araucanos de la Arjentina eran indios desprendidos del tronco radical de Chile, en una serie de transmigraciones parciales i de tiempos distantes de la colonización española.

La transcripción que sigue tomada del libro clásico del padre Falkner sobre la Patagonia, escrito a mediados del siglo XVIII, manifiesta sobradamente la unidad de estirpe de los araucanos separados por la cordillera; el mayor número de los de Chile que el de los de la Arjentina, da a entender la derivación de los segundos, esto es, los menos de los más.

«Las naciones de indios, que habitan estas tierras, se distinguen entre sí con los nombres jenerales de moluches i puelches.

Los moluches son aquellos que los españoles llaman Aucaes i Araucanos.

Ellos entre sí vienen del moluche, derivado de la voz *molun*, guerrear; así que moluche quiere decir guerrero. Ellos se hallan distribuídos por toda la tierra a uno i otro lado de la cordillera de Chile, desde los confines del Perú hasta el estrecho de Magallanes, y constan de las tres distintas naciones de picunches, pehuenches i huilliches.

Los picunches son los de la parte más al norte de todas estas naciones, i se llaman así *picum* en su lengua significa norte, i *ché* hombres o jentes. Ocupan las montañas desde Coquimbo hasta más abajo de Santiago de Chile. Estos son los más valientes i los más corpulentos de todos los moluches, mui particularmente los del oeste de la cordillera, entre los cuales figuran los de Penco, Tucapel i Arauco; i fué con motivo de éstos que los españoles

dieron el nombre de araucanos equivocadamente a todos los demás indios de Chile. Los que caen a la parte oriental de la cordillera alcanzan hasta más abajo de Mendoza; i se llaman puelches por los de aquella banda, *puel* equivale a este; pero los otros que les quedan al sur les dicen picunches.

Los pehuenches tienen al norte a los picunches i se estienden desde el paralelo de Valdivia hasta los grados 35 de latitud sur. El nombre se deriva de la palabra *pehuén*, que significa pino, como que su tierra es la de los pinares. Como caen al sur de los picunches, éstos suelen tratarlos de huilliches, o jentes del sur, pero lo más jeneral es que los llamen pehuenches.

Los huilliches o moluches australes se estienden desde Valdivia hasta el estrecho de Magallanes. Se dividen en cuatro tribus o naciones distintas. La primera de estas llega hasta el mar de Chiloé, i más allá del lago de Nahuelhuapi; hablan la lengua de Chile. La segunda nación son los chonos, que viven en el archipiélago de Chiloé i sus inmediaciones. La tercera nación se llama Poyus o Peyes i ocupa la costa del mar desde los 48 hasta un poco más allá de los 51 grados de latitud sur; i desde ese paralelo hasta el estrecho se estiende la cuarta nación que llaman de los Key-yus o Keyes. Estas últimas tres naciones se conocen con el nombre de vutahuilliches o huilliches grandes, porque son hombres de cuerpo más desarrollados que los de la primera, llamados piche-huilliches o huilliches chicos.

Parece también que son jentes de otras jeneraciones; porque el idioma que hablan es una mezcla de las lenguas moluche i Tehuel. Los otros huilli-

ches i los pehuenches hablan el mismo idioma, i sólo se diferencian de los huilliches en que hacen sonar una s en lugar de r i d, porque carecen de estas dos letras en su alfabeto, mientras que los picunches, como les falta la s, las sustituyen con la r i la d i también la t donde los otros la hacen sonar como ch; v. gr. *Domo* por *somo*, mujer; *huaranca* por *huasanca*, mil; *vuta* por *vucha*, grande.

Estas naciones son de mucha jente oriental mui especialmente los vuta huilliches» (1).

A propósito de estos cambio fonéticos del araucano, hai autores que opinan que las tribus del sur fueron las que hablaron este idioma en su más pura i arcaica forma (2). Los lexicólogos antiguos opinan lo contrario, que en las agrupaciones del norte, por estar menos mezcladas, la lengua se conservaba más pura. Sin embargo, sobresalientes filólogos modernos son de parecer que no se puede fijar el punto de orijen de una lengua común alterada en dialectos, norma que se aplica particularmente a los de pueblos primitivos (3).

De entidades étnicas mui distintas de los araucanos eran las indiadas cazadoras que recorrían las estepas arjentinas i a quienes se aplicaba la designación jeneral de puelches. El padre Falkner los clasifica de este modo en su libro no superado aún sobre la Patagonia:

«Se llama de diferentes modos, según la colocación de sus tierras, o porque en su orijen eran de

(1) Tomás Falkner, *Descripción de la Patagonia*, páj. 89.

(2) Latcham, *Organización social de los antiguos araucanos*, páj. 265.

(3) Opinión del filólogo alemán don Rodolfo Lenz, comunicada al autor.

jeneraciones diferentes. Los que se hallaban hacia el norte llevan el nombre de Taluhets; al sur i oeste de los dichos están los Dihuehets; al sudeste los chechehets, i al sur de estos últimos está la tierra de los tehuelhets, o sea en su propia lengua, Tehuelkunnuy, esto es jente austral. Los taluhets, puelches del norte, i los dihuihets, son los que los españoles designan con el nombre de *Pampas*. Los tehuehets o tehuelches fueron los llamados patagones (la partícula het significa jente)».

En los tiempos de la conquista ya los araucanos se hallaban instalados en los flancos orientales de los Andes. En esa misma época los querandíes, qué se infiere hayan sido de la rama de los taluhets, habitaban la provincia de Buenos Aires; hacia el centro i prolongándose al sur por el Atlántico, se estendían los puelches o pampas.

La conquista española desplazó a los querandíes de sus posesiones. Los puelches fueron ocupando entonces los espacios desalojados, pero a su vez, la civilización peninsular raleó sus núcleos i los diseminó por otras rejiones de la vasta llanura.

Las colectividades de procedencia araucana se corrieron por esta circunstancia más al éste i al norte (1).

El examen atento de la descripción del padre Falkner de las razas que poblaban las pampas arjentinas, no manifiesta rastro alguno de invasiones de oriente a poniente.

Etnógrafos arjentinos han establecido únicamente, en estudios sobre la jeografía étnica de su país, que los indios querandíes, moradores de las márje-

(1) Félix F. Outes, *Estudios etnográficos*.

nes del río de La Plata, no pudieron ser araucanos. Si eso se evidencia, tampoco se puede admitir que los araucanos tengan afinidades étnicas con los querandíes, por supuestas invasiones al territorio chileno, que se habrían verificado solo un poco antes de la conquista o coexistido con ella, a juzgar por los datos históricos del desplazamiento de estos indios de sus posesiones del norte. Entonces la nación araucana de occidente se hallaba en el auje de su poderío, en habitantes i organización política. Ni menos pudieron ser invasores los taluhets i los dihuihets, es decir, los pampas, cuyos idiomas difieren totalmente del araucano; tribus aisladas i nómadas, en guerra perpetua unas con otras, en ningún tiempo tuvieron la cohesión de las grandes confederaciones capaces de emprender conquistas lejanas i dificultosas.

Lo que no se ha llegado a precisar es la época en que los araucanos de Chile, comenzaron a pasar la cordillera. Debe haberse iniciado en grupos pequeños con precedencia a la conquista, porque una conglomeración enorme de tribus afines no se efectúa en poco tiempo.

Don Estanislao Zeballos, esplorador de las pampas arjentinas i autor de valiosas obras acerca de los araucanos, es uno de los que opinan que la pasada de nuestros aborijenes al flanco oriental de Los Andes se remonta a un período anterior a la conquista.

«De aquella tierra (Arauco) i del tronco de valerosos guerreros que inspiraron a Ercilla i a don Pedro de Oña, se habían desprendido en los tiempos ante-colombianos algunas ramas que trasmontando los Andes, estendían sus dominios hacia las

rejiones del este del continente i que obedeciendo a las afinidades de la raza, enviaban a Chile sus contingentes, en los momentos de la invasión española, para reforzar las bravas lejiones de lanceros de los ejércitos indíjenas, como lo comprueba este testo de la *Araucana*, canto XXI, referente a la gran revista militar que Caupolicán celebró frente a los muros del fuerte castellano de Penco.

Venía tras él Fomé, que sus pisadas
Seguían los *Puelches*, jentes banderizadas
Cuyas armas son puntas de enhastadas
De una gran braza largas rollizas.

Los araucanos llamaron *Aucá* a esta desmembración etnográfica, es decir, «errantes», «alzados», «desprendidos del tronco», i los mismos *Aucá*, connaturalizándose con la vida de las comarcas orientales i amoldando sus hábitos de *montañeses*, a los recursos i necesidades de la vida del *llanero*, se lanzaron a las sábanas recorriendo libremente como el pampero, i viviendo ora entre las nieves de las Manzanas, ora entre las tibias aguas del Plata» (1).

Apoya su parecer el señor Zeballos con la reproducción de documentos que atestiguan la radicación de caciques araucanos en las inmediaciones de Buenos Aires en 1582. Otros autores de la misma nacionalidad, reducen el área de la ocupación araucana que aquél le señala i sostienen que únicamente los indíjenas de los siglos XVIII i

(1) Estanislao S. Zeballos, *Viaje al país de los araucanos*, páj. 381.

XIX de la Arjentina proceden de los de Chile (1).

El hecho cierto es que la historia de la conquista de los siglos XVI i XVII anota que en algunas ocasiones vinieron en auxilio de los araucanos huestes de ultra-cordillera, englobadas por los cronistas i los historiadores en la designación de puelches. No podían ser sino indios afines que mantenían cierto contacto con los de acá (2). Según las referencias del padre Rosales, en la mitad del siglo XVII los indios salineros, de estirpe araucana, formaban gruesos núcleos que se comunicaban con los de Chile.

Además, el archivo colonial de Santiago guarda muchos documentos que atestiguan el tráfico que existía de los indíjenas chilenos, desde antes de las fechas apuntadas, hacia la parte oriental arjentina.

La trascripción que sigue del señor Félix F. Outes, escritor eminente en ciencias prehistóricas de su país, aclara en mucho el problema de la descendencia de los araucanos de las pampas arjentinas.

«Creo, firmemente, en el orijen chileno de los araucanos arjentinos i he sostenido, en más de una oportunidad, que la ocupación de las grandes llanadas de nuestro país por aquellos elementos étnicos, se realizó en tiempos relativamente modernos, quizá en la primera mitad del siglo XVIII. En mi concepto, con anterioridad a la época referida, *sólo algunos reducidos grupos de araucanos vivieron al oriente de los Andes*, en los valles formados por sus contrafuertes. Como lo he dicho en una de mis

---

(1) Lafones Quevedo, *Etnolojía Arjentina.*

(2) Consúltense los cronistas i la *Historia Jeneral de Chile* de don Diego Barros Arana.

publicaciones, «no existe indicio alguno, por otra parte, que haga sospechar una penetración araucana (intensa i amplia en latitud) con anterioridad a la que tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVIII; los elementos positivos de criterio reunidos hasta ahora en los yacimientos antiguos i modernos esplotados, demuestran el exotismo de aquellos grupos étnicos i comprueban que fueron los últimos llegados».

Recientemente se había identificado un nombre de cacique «araucano» en el repartimiento hecho en Buenos Aires, en 1582, por don Juan de Garai. La verdad es que, de ser exacta esa identificación, mi tesis no quedaría invalidada. En efecto, se trataría de una manifestación esporádica, fuera de que la presencia de un jefe araucano en la rejión de los llanos bonaerenses, no tendría nada de particular dada la circunstancia, que he puntualizado, *de haber estado ocupadas las laderas andinas, comprendidas entre los 24 i 42° de latitud sur, por grupos araucanos, venidos de Chile, con anterioridad al siglo XVIII.* Pero, la penetración araucana, amplia i permanente, se realizó, vuelvo a repetirlo, en la primera mitad de aquel siglo. Sin embargo, es un problema interesante que conviene encararlo a fondo una vez por todas» (1).

Indagaciones antropolójicas relativas a la talla han establecido que desde antes de la penetración

(1) Comunicación del señor Outes al autor. Como presidente de la sección Antropolojía, de la Sociedad de Ciencias Naturales, en Buenos Aires, el señor Outes ha propuesto el tema «Antigüedad i fases de la ocupación araucana en la República Arjentina», para que se discuta en una asamblea científica que se reunirá en abril de 1926.

por el norte se había efectuado otra por el sur del Río Negro. Sobre este particular suministra un antropólogo, que estudió profundamente a los patagones, la siguiente información:

«Hai que notar que en esta rejión más de la décima parte de la población masculina no sube de 1 m. 65. Es necesario, pues, admitir la intervención de una raza de pequeña talla, que habría venido probablemente de Chile. El Museo de historia natural de París poseé una limitada serie de cráneos araucanos (recojidos en esa rejión) que por su pequeñez denotan una raza de poca estatura. Los individuos de esta raza han llegado ciertamente a la hoya del Río Negro; la colección del Conde H. de la Vaux nos suministra la prueba, pues contiene dos esqueletos encontrados en la Primera Angostura que han pertenecido a mujeres araucanas de la tribu de los Tapalqueneros» (1).

Después de un detenido examen de los cráneos araucanos arjentinos, el mismo autor concluye con esta afirmación de valor científico terminante: «Me parece, pues, incontestable que el elemento araucano ha desempeñado antiguamente en la Patagonia una intervención análoga a la que ejerce actualmente. No ha vivido en un estado de aislamiento, por cuanto algunas de nuestras piezas demuestran que se han cruzado con el elemento tehuelche; pero ese mestizaje no ha hecho desaparecer la huella de la intervención del primero de esos grupo» (2).

Este tipo araucano-arjentino ha permanecido

---

(1) Dr. R. Verneau, *Les anciens patagons*, páj. 27.

(2) Dr. Verneau, *Les anciens patagons*, páj. 110.

acantonado casi exclusivamente en la rejión del Río Negro.

Las indagaciones antropolójicas i arqueolójicas de los esploradores arjentinos i estranjeros han puesto de manifiesto el hecho de que el territorio de la Patagonia desde el Río Negro hasta el Estrecho, fué en otras épocas, antes que lo poblaran las tribus salvajes posteriores, la morada de una serie de poblaciones diferentes que habían arribado ahí sucesivamente (1).

Han sido clasificadas estas razas en seis tipos fundamentales: braquicéfalos, dolicocéfalos, hypsi-dolicocéfalos, platy-braquicéfalos i sub-braquicéfalos. Su residencia estuvo primitivamente en el norte, en la rejión del Río Negro, i poco a poco debieron avanzar al sur en pequeñas fracciones. Se sostiene que los tehuelches o patagones han sido los últimos en llegar.

En el estado actual de sus conocimientos, los sabios dedicados al estudio de estas materias, no han conseguido establecer una cronolojía aproximada siquiera sobre estas razas antiguas; no salen sus afirmaciones del límite de las hipótesis.

Entre los tipos de estas poblaciones arcaicas se han hallado vestijios de unos habitantes que practicaban la deformación aimará i que residieron esclusivamente en el norte de la Patagonia. No sólo ésta sino diversas deformaciones se han evidenciado en los cráneos sepultados en las arenas conglomeradas del Río Negro, del Chubut i Santa

---

(1) F. Ameghino, *La antigüedad del hombre en el Plata.* — Francisco Moreno, *Descripción de los cementerios i paraderos prehistóricos de la Patagonia.*

Cruz, comunes aún entre los antiguos araucanos-arjentinos

Pues, bien, ninguno de los sabios que han ahondado el problema i trazado la trayectoria de estas naciones remotas, alude al avance de algunas de ellas hacia el occidente chileno. Dejaron establecida únicamente la identidad antropolójica de los araucanos chilenos con los del Río Negro no mezclados.

Aunque no ha sido posible determinar la época del arribo de los araucanos a la rejión del Río Negro, parece, sin embargo, que desde tiempos prehistóricos ya se habían radicado ahí, como lo deja confirmado la siguiente cita: «Creo que no es posible aventurar ninguna hipótesis en lo que concierne a la época de la llegada de los araucanos. La existencia de méstizos no indica nada, porque viven todavía en la rejión del Río Negro i continúan cruzándose aquí con los tehuelches; de suerte que en nuestros días se pueden encontrar mestizos enteramente idénticos a aquellos cuyos restos han sido coleccionados en las sepulturas prehistóricas» (1).

El mismo autor, cuya autoridad no es posible discutir, espresa esta opinión concluyente, después de un estudio anatómico de los araucanos chilenos: «Hemos encontrado este tipo en el Río Negro, sea puro, sea alterado por el cruzamiento con el elemento tehuelche No se podría negar que un elemento étnico enteramente análogo al de la Mochita en el Bío-Bío, cerca de Concepción, ha figurado antiguamente en el norte de la Patagonia» (2).

---

(1) Dr. Verneau, *Les anciens patagons*, páj. 134.

(2) Dr. Verneau, *Les anciens patagons.*

Al enumerar los múltiples grupos que en la antigüedad poblaron la Patagonia, dice: «5.º Un tipo de pequeña talla, el tipo araucano, cuyos caracteres he señalado detalladamente. Se hallaba esparcido en toda la estensión del Río Negro i sólo por escepción lo hemos encontrado en el Chubut».

Cierra este antropólogo sus informaciones acerca del orijen de los araucanos prehistóricos del norte de la Patagonia, o sea, de la rejión del Río Negro, con este concepto final: «Las comparaciones que ya quedan establecidas entre algunos individuos del Río Negro i las cabezas estraídas de las sepulturas antiguas de Chile, parecen suficientes para demostrar que es hacia el noroeste, al otro lado de la cordillera, donde hai que colocar el punto de partida de los araucanos de la Patagonia» (1).

El reputado antropólogo i americanista Dr. Ten Kate, que examinó 119 cráneos modernos, deformados i normales, considera a los araucanos arjentinos como «los próximos parientes de los de Chile desde todos los puntos de vista» (2). De la misma opinión es el esplorador i arqueólogo arjentino Francisco Moreno.

Los araucanos prehistóricos del Río Negro coexistieron, según las demostraciones antropolójicas transcritas, con las razas de lejanos siglos que llegaron del norte a ocupar las rejiones septentrionales de la Patagonia. Queda por esto en evidencia el hecho de que esos araucanos eran rama de una gran familia de la misma estirpe, ya en plena for-

---

(1) Dr. Verneau, *Les anciens patagons.*

(2) H. Ten Kate, *Contribution a l'étude de la craneologie des Araucans argentins.*

mación en el occidente, durante el momento étnico de las imigraciones remotas a las llanuras arjentinas del Plata al sur. Envuelve, pues, un anacronismo manifiesto la teoría de la invasión de una de esas razas de la antigüedad al área jeográfica del Toltén al Bío-Bío, que jeneró la población indíjena chilena comprendida en ese espacio territorial.

Todos los antecedentes anotados inducen a sostener, al contrario, que la población araucana se infiltró a las llanuras arjentinas en fracciones parciales desde tiempos prehistóricos i con mayor amplitud desde el siglo XVIII.

Se ha sustentado asímismo la hipótesis de que con precedencia a la invasión de las tribus de las pampas se había verificado otra de un pueblo venido del norte, más culto que los autóctonos, a los que suplantó. Estos invasores se habían estendido por el valle central i el litoral hasta el Reloncaví i pasado al archipiélago de Chiloé. Constituían unidades étnicas sedentarias, de baja estatura i de relativo adelanto. «Ejercían el pastoreo i la agricultura; tenían siembras i ganado de *chilihueques;* conocían algunas artes como el tejido, la manera de construir casas, i habían hecho algunos adelantos en la alfarería, produciendo piezas mucho más perfeccionadas que las groseras ollas i platos de los invasores». Esta raza era la que habló la lengua llamada hoi araucana i que adoptaron los mapuches conquistadores. «Se estendió por el litoral i valle central hasta el Seno de Reloncaví, i hasta pasó también a las islas del archipiélago de Chiloé, donde se fusionó con los Chonos, que las habitaban entonces formando el elemento llamado chilote. Se fusionó con los pescadores de la costa i favorecida

por las condiciones propicias del medio físico, alcanzó un crecimiento incuestionable» (1). Este pueblo empujado al sur era el que, después se conoció con el nombre de huilliche.

No existen antecedentes concretos prehistóricos ni históricos que den visos de efectividad a una gruesa emigración de las poblaciones ocupantes del área del Bío-Bío al Toltén hacia el sur de este río, empujadas por un pueblo venido del norte. Puede haber sucedido que grupos aislados hayan emigrado al sur del río Toltén, si se atiende a la movilidad de los antiguos grupos indíjenas, pero de eso no se rejistran datos en ninguna parte.

Lo creíble es que en el proceso de formación de los indios australes hayan influído las mismas causas que habían obrado en la constitución de los demás; desde la costa fueron trasladándose tierras adentro. Los grandes lagos i los ríos les abrían fáciles vías de comunicación i les suministraban conjuntamente con el mar abundantes medios de subsistencia. Entonces había muchos espacios despejados, sin bosques exuberantes; éstos se dilataban principalmente en las riberas de los ríos i en sitios altos de las montañas. En esas rejiones eran por lo tanto más abundantes los llanos i lomajes adecuados para la agricultura. De manera que hasta estos huilliches o habitantes del sur pudo alcanzar la influencia de la cultura incásica i de las que le precedieron en igual grado que en las secciones de más al norte.

Sometidos estos indios a los españoles, incremen-

---

(1) Latcham, *Organización social de los antiguos araucanos*, páj. 266.

taron sus hábitos de agricultores i ganaderos: a la crianza del *hueque* agregaron la de los animales importados. Recibían de modo más directo que las tribus del norte los beneficios de la conquista, porque dependían de las inmediatas gobernaciones de Valdivia i Chiloé, con las cuales mantenían relaciones administrativas i comerciales. Estas gobernaciones, llamadas presidios, dependían directamente del virrei. Los caciques de mayor notoriedad eran agraciados con el título de gobernador i bastón de mando, para que cooperasen al sostenimiento de las autoridades i a la propaganda relijiosa. El adelanto de la alfarería de estas tribus es de fácil esplicación: en las gobernaciones de Valdivia i Chiloé había obrajes de tejidos i cerámica, sostenidos por las autoridades i misioneros jesuítas; en ellos trabajaban soldados traídos del Perú que hacían el oficio de obreros i que imitaban los modelos perpetuados desde los incas. Piezas tejidas i cerámica, herramientas i adornos circulaban entre los indios orijinarios, a título de regalo de las autoridades militares i de intercambio comercial. Diestros en el tejido, estos indios se dieron a imitar la confección i ornamentos de las mantas i tal vez el secreto de colorear las vasijas, ya que no el de grabarlas. Así se creó en esas tribus antes que en las del norte la necesidad de mejor vida que una cultura superior impone a otra inferior (1).

Se presupone, además, que los pehuenches formaban una población diferente de los araucanos comprendidos entre el Bío-Bío i el Toltén, los ma-

(1) Ovalle, *Histórica Relación*, tomo I, pájina 108. *Memorias de los virreyes*, tomo 2.

puches o moluches de algunos autores. Sostienen que entre éstos i aquéllos no existían afinidades somáticas ni de orijen. Los pehuenches «que ocupaban las faldas occidentales de los Andes, desde Aconcagua hasta Valdivia, eran una raza más fuerte, más robusta, de distinta índole i acervos enemigos de los mapuches, a quienes miraron como intrusos». Agregan que en los primeros tiempos de la conquista no existían sino tres divisiones jeográficas de indíjenas o *ütranmapu*: el de la costa, el de los llanos o del centro i el subandino. El de los Andes o de los pehuenches fué de formación posterior.

Se sostiene, por último, que «los pehuenches antiguos eran dolicocéfalos i posiblemente descendían de la raza arcaica del Río Negro» (1).

Estos asertos no están suficientemente comprobados i merecen algunos breves reparos. Ciertas diferencias anatómicas no escluyen la identidad de orijen. En realidad, los pehuenches no son más fuertes i robustos que los araucanos del centro i de la costa; el vigor de éstos ha sido comprobado por antropólogos modernos i todos los cronistas. Si los pehuenches sobresalían en talla, eran en cambio más delgados; esto puede comprobarse hasta ahora mismo. La mayor talla se debía a las mezclas con las razas de las pampas por el sur i con los huarpes de la provincia de Cuyo por el norte.

De la circunstancia de no haberse incluído a los pehuenches en los primeros tiempos de la dominación española en el número de las grandes divisiones del territorio indíjena, no se puede sacar un

(1) LATCHAM, libro citado.

argumento en favor de la disconformidad de orijen de estos indios con el resto de la raza. Se sabe ya que las porciones llamadas *üütranmapu* fueron simples denominaciones jeográficas i no étnicas, i que la tardía inclusión de los pehuenches en estas zonas divisorias se debió a que los españoles, por la distancia de las líneas de frontera, entraron en tratos con ellos en una época relativamente atrasada.

En el parlamento de Lonquilmo, que tuvo lugar en 1784, quedó acordada la formación del cuarto *yütranmapu*, en los cuales se incluyó a los pehuenches-huilliches o del sur, a los de Maule, Chillán i Antuco o del centro, i a los del norte. Quedaron también agregados a esta demarcación los puelches de las pampas. Las autoridades españolas creyeron sin duda que estos indios quedaban mejor vijilados por las fuerzas de Chile que por las de Buenos Aires.

Tampoco los indios andinos fueron siempre enemigos acérrimos de los abajinos *(nagche)*, según los informes de la historia; en ocasiones se atacaban i en otras se aliaban para combatir juntos a los tercios castellanos. Tales alianzas o enemistades constituían la característica jeneral de las diversas fracciones araucanas, aún de las agrupaciones de una misma zona; i tal hábito de agresión era común, por otra parte, a todas las razas americanas.

En cuanto a la descendencia de los pehuenches antiguos de la raza arcaica de Río Negro, no se ofrecen pruebas satisfactorias de carácter arqueolójico ni antropolójico. Las razas antiguas que avanzaron del norte de la Arjentina hasta la rejión

septentrional del Río Negro, eran oleadas de poblaciones peruanas, aimarás i brasileñas, que invadieron las pampas durante un período de gran movimiento de razas que precedió a las conquistas chinchas e incaicas, comprendido entre los años 1000 i 1300.

Entonces la raza araucana se hallaba en acabada formación i el territorio ocupado en sus distintas secciones jeográficas, desde la costa hasta los Andes; pues a no haber sido así, los conquistadores incas i españoles no habrían encontrado una población numerosísima i guerrera. Las naciones indíjenas no se formaban por trasplantación global, sino que el organismo social se ensanchaba en el trascurso de los siglos i se fraccionaba en seguida.

Se hace referencia aún a otro pueblo que vino de ultra cordillera a radicarse del lado de Chile. «Al sur del nacimiento del Bío-Bío, en la rejión de la cordillera i de los grandes lagos, se había radicado otro pueblo nómada, proveniente de las pampas arjentinas. A este pueblo se ha dado el nombre de *puelches* (jente del este). Era probablemente una rama de los antiguos *querandíes*, tan nombrados por los antiguos cronistas de la Plata. Cazadores como los pehuenches i moluches, encontraron abundante sustento en su nuevo *habitat;* en parte se unieron con los antiguos pobladores, adoptaron su lengua i parte de sus costumbres, llegando a formar un pueblo sedentario en contorno de los lagos. La otra parte habitaba la cordillera i, conservando sus hábitos vagabundos, hacían frecuentes correrías a los llanos a ambos lados de la cordillera» (1).

---

(1) Ricardo E. Latcham, *La organización social i las creencias de los antiguos araucanos*, páj. 266.

Puelches llamaron los araucanos del centro i de la costa a la jente del este i también *huidefche*, término que aún emplean; los españoles nombraban jenéricamente con la primera de estas voces a todos los habitantes de los valles orientales. No les daban este nombre porque fuesen oriundos de las pampas sino por su situación oriental.

Los *taluhets* del norte de las pampas, de que habla el esplorador Falkner, se mezclaron en cierto grado con los *querandíes*, indios de la rejión del Plata. Formaban éstos la famosa nación indíjena que los conquistadores españoles encontraron ocupando la actual provincia de Buenos Aires. Al decir de un autor que los ha estudiado con toda escrupulosidad, «eran una de las tantas ramas del frondoso árbol Guaicurú», otra de las grandes razas que poblaron el territorio arjentino del Chaco (1).

Los españoles del descubrimiento i de la conquista aplicaban a los indios pampas la designación de *querandís*, nombre con que los mencionan también algunos cronistas. Estas tribus vivían de la caza i de la pesca; habitaban en toldos de cuero; eran en estremo belicosos i usaban como armas el arco, la flecha, una media pica i las bolas. «Hicieron también una implacable guerra a los españoles, i cuando no pudieron ya sostenerla, antes que doblar la cabeza al yugo, se fueron bajando al sur hasta las orillas del río Colorado» (2).

La aseveración de que los subandinos i andinos

---

(1) Félix F. Outes, *Los Querandíes*.

(2) Luis de Hoyos Sainz, *Etnografía*, páj. 358.

chilenos de los grandes lagos eran una rama de los antiguos querandís, no guarda conformidad con los datos que suministra la etnografía arjentina. Aunque en el vecino país las indagaciones arqueolójicas han progresado tal vez como en mui pocos de la América, no se ha conseguido fijar todavía una cronolojía de los movimientos prehistóricos de las razas antiguas de norte a sur. Por eso se puede afirmar que hasta ahora no existen pruebas de que los antiguos *querandís*, arraigados por las condiciones naturales de su medio físico, hubiesen cambiado de asiento i una porción de ellos trasmontar los Andes para establecerse en el sur de Chile. Mezclados con los pùelches en el siglo XVI, tampoco es concebible que hayan pasado la cordillera al través de tribus densas i belicosas, que les habrían cerrado el camino para llegar a zonas habitadas desde tiempos lejanos por otras no menos bravías i compactas. Los querandís merodeaban en el área comprendida entre el Plata, el océano i los dihuehets o pampas del poniente.

Estas divisiones etnográficas que han servido a algunos autores para apoyar la hipótesis de que el territorio fué ocupado por diferentes razas del oriente, ha ido cediendo el paso en estos últimos años al hecho etnográfico de que la estirpe araucana no es más que una sola, formada en época remota por la mezcla de poblaciones primitivas radicadas en la costa i con la penetración posterior de elementos peruano, aimará, chincha-atacameño, calchaquí e incásico. La lingüística, las disposiciones comunes de la raza i el testimonio más valioso de la arqueolojía, afirman esta verdad.

En las disgregaciones de la raza ha influído no

el orijen distinto sino el factor cosmolójico, variable en el clima, en la hidrografía i la orografía, para determinar asociaciones diversas i hasta tipos anatómicamente diferenciados. El habitante de la costa i el de las llanuras tenían otras actividades i recursos de vida que el de tierras adentro i el de las montañas; pero el jenio de la raza era en todas partes el mismo.

No sería razonable desdeñar a este propósito el testimonio de los cronistas. Cierto es que sus métodos de investigación carecían de los medios de comprobación de que disponen las ciencias prehistóricas de ahora, pero se debe reconocer que, como profundos conocedores de los araucanos, apuntaron todos una identidad en las características de fondo. Uno de ellos, el abate Molina, discretísimo observador de las ideas, sentimientos e instituciones de los indios, estampa en uno de sus libros esta aseveración que engloba la de los escritores que le precedieron: «Estos habitantes no formaban más que una nación, aunque dividida en muchas tribus, pues todos hablaban la misma lengua, tenían el mismo color i las mismas costumbres i se rejían más o menos por la misma forma de gobierno» (1).

Completa este concepto unánime la opinión de otro cronista no menos observador: «Las diferencias que entre ellos hai, no bastan para que se pueda constituir naciones diversas, porque en lo sustancial todas ellas convienen. Que sean unos más altos, que otros más robustos, más fuertes, de miem-

---

(1) *Compendio anónimo*, páj. 239.

bros más recios, etc., son accidentes que provienen del temperamento en que se han criado» (1).

Los datos antropolójicos, sobre todo la forma de los cráneos, constituyen el principal documento que certifica la diversidad étnica de que hablan algunos autores. Si se reduce esta documentación osteolójica a sus verdaderos límites, queda de manifiesto que carece de valor decisivo en cuanto se refiere a solucionar el problema del orijen de los araucanos.

Hai que dejar constancia en primer lugar de la falta absoluta del material osteolójico antiguo, de varios siglos atrás, procedente del territorio araucano. Dado que existan aquí en Chile o en museos estranjeros algunos ejemplares de cráneos prehispanos, no bastarían para sacar conclusiones jenerales, que requieren el examen de colecciones de un número más o menos apreciable. Tampoco se ha juntado en el país la cantidad necesaria de cráneos modernos para formar esas vastas colecciones que permiten dilucidar con acierto el problema de los componentes étnicos de una raza, sobre todo si trata de buscar pueblos diferentes que la han formado. Por esta circunstancia, las tablas arregladas hasta ahora dan marjen a notables diverjencias en lo relativo a anotaciones i porcentajes de índices. Por eso también hai quienes creen que la antropolojía chilena en su material de estudio, ha hecho crisis.

El suelo de las provincias en que hoi está dividido el territorio araucano, es húmedo i mui per-

---

(1) El jesuíta Gómez de Vidaurre, *Historia del reino de Chile*, tomo I, páj. 302.

meable, circunstancias que producen la descomposición rápida de los cuerpos orgánicos enterrados a cualquiera profundidad. En las raíces de robles arrancados por el huracán o los trabajos de desmonte, que al decir de los entendidos tendrían tres siglos de edad, han salido fragmentos de una alfarería tosca, pero ningún resto humano.

En Huichahue, al suroeste de Temuco, lugar donde se han establecido colonos nacionales, aparecieron hace como quince años en las raíces de robles seculares algunas piezas de alfarería grabada i fragmentos pequeños de huesos que se reducían a polvo en contacto con el aire. Pertenecían éstos a colonias españolas que hubo por ahí en el siglo de la conquista i los siguientes (1). En un sitio de la ciudad de Angol se descubrió un entierro indíjena al cavarse un pozo; salieron de él pedazos de fierro destruídos por la oxidación i capas delgadas de tierra amarillenta, que provenían sin duda de la descomposición de los restos humanos i de las canoas en que los indios colocaban los cadáveres. Por averiguaciones hechas entre indíjenas viejos de la vecindad, se llegó a saber que en ese sitio había existido la vivienda de un famoso cacique angolino cuya desaparición parecía remontarse a doscientos años de la fecha (2).

En el último tercio del siglo pasado, cuando se intensificaban los trabajos agrícolas en la provincia de Malleco, en uno de los fundos inmediatos a

(1) Varias de estas piezas fueron obtenidas por el autor.

(2) En 1895 se hizo este descubrimiento en la propiedad que ocupaba el autor, cerca del cuartel de la plaza. Como se hicieran escavaciones, la jente del pueblo corrió la especie de que el autor había estraído un cuantioso entierro de plata.

la ciudad de Angol, por el este, el arado levantó una armadura antigua. Examinados el sitio donde estaban i el estado de ésta, se vió que el metal se encontraba casi completamente destruído por la oxidación i la sepultura sin ningún vestijio de restos orgánicos. Había sido, a no dudarlo, la sepultura de algún soldado de la conquista enterrado ahí en momentos de una marcha precipitada.

Hace a la fecha como unos veinte años que hubo una sonada partida de chueca entre una reducción de Collimallín, al noroeste de Temuco, con otra de Cholchol. Los jugadores de la primera acordaron desenterrar el cráneo de alguno de los famosos diestros en este juego para colocar dentro de él la bola que se usa en la chueca, a fin de que se penetrara de las condiciones de habilidad i destreza que distinguieron al estinto. Un anciano recordó a una renombrada machi que había hecho ganar muchas partidas a los jugadores de su tiempo, muerta hacía como dieciocho años. Se buscó el cadáver. El esqueleto salió reducido a frágiles i pequeños fragmentos i el cráneo relativamente conservado (1).

Por centenares se han levantado cementerios indíjenas, tanto en los predios obtenidos en los remates fiscales como en los ocupados por colonos estranjeros i nacionales i en todos ellos aparece el ajuar funerario destruído en proporción a la fecha de su entierro. Por lo común, a los veinte o treinta años todo lo que no es metal o piedra está deshecho. Esta destrucción rápida se esplica por las costumbres inhumatorias de los indios. En cada reducción había un cementerio o dos, cercanos a las

(1) Noticia suministrada al autor por un descendiente de los que tomaron parte en esta exhumación de la *machi*.

viviendas. Las sepulturas eran hoyos de poca profundidad, de tres metros a lo sumo. Si moría un miembro de la familia, la mujer de un cacique por ejemplo, ocupaba el fondo de la sepultura, i sobre la porción de huesos destruídos o a medio destruir de este cadáver, se colocaba el de otro pariente inmediato. Así se iban formando montones de tres o más muertos sobrepuestos. Los no parientes eran sepultados aparte i solos. De manera que los de encima, por ser más nuevos, salen en mejores condiciones de conservación. Son los que se han utilizado para estudios de craneometría.

Se puede, pues, afirmar con seguridad que en el territorio no existen sepulturas antiguas; al menos es lo que se desprende de las esploraciones efectuadas hasta el presente. Cabe en lo posible que el porvenir revele lo contrario.

Dudoso es, por otra parte, el valor de los datos craneométricos para establecer divisiones étnicas de distinta procedencia, por cuanto la raza viene esperimentando numerosísimas mezclas desde una época mui lejana. Los habitantes de la costa se entremezclaron con las oleadas de jente que llegaba del norte antes de la conquista de los españoles; los andinos i subandinos recibieron en todo tiempo el continjente aislado pero constante de los del levante de los Andes. En otras ocasiones individuos de acá se radicaban temporalmente entre los pampas i regresaban después a sus tierras con mujeres de aquellos cantones.

Desde la conquista hasta los fines de la colonia i durante la república, los desertores i los prisioneros, en particular las mujeres, orijinaron un escaso cruzamiento con los indíjenas de algunas re-

ducciones. No es raro ver hasta hoi tipos de marcados rasgos fisonómicos de la raza dominadora. Pero estos cruzamientos han quedado en algunas familias como diminutas incrustaciones étnicas que con el tiempo han ido disminuyendo (1).

Entre las mezclas locales de esta clase, los cronistas mencionan a los indios blancos i rubios de Voroa, reducción situada al poniente de Temuco, en las riberas del norte del río Cautín. Distintas conjeturas se han hecho sobre estos indios. Lo que hai de verdad en esto es que estas tribus estuvieron en comunicación con los araucanos del lado arjentino desde los primeros años del siglo XVII. Aliábanse con éstos para emprender malones a la rejión de Buenos Aires, en donde cautivaban algunas mujeres españolas que traían a sus hogares de Chile. En los dos siglos siguientes continuaron estas relaciones i la afición de los voroanos por las mujeres blancas, que sus dueños las distinguían sobre las araucanas i les daban el nombre de señoras (chiñurra). Hubo un cacique de estos voroanos que ejerció funciones militares en el ejército arjentino de las fronteras indíjenas; otros hacían sus mujeres a cautivas chilenas. En ocasiones llegaban a Voroa indios de la Arjentina, especialmente de los salineros, que traían mujeres cautivas para dejarlas aquí a título de regalo o venta. Surjieron de estas mezclas familias con sangre blanca que han persistido hasta el presente (2).

---

(1) El autor ha conocido varios caciques i familias que se enorgullecen de tener projenitores de la otra raza, casi siempre por la línea materna.

(2) Noticias anotadas en araucano por el autor para arreglar las jenealojías de los principales caciques de Voroa.

Debido al cruzamiento tan remoto i continuado de los araucanos con otras razas, se formó, en consecuencia, un compuesto étnico heterojéneo en cuanto a la forma craneal. En las zonas del litoral i en las dos faldas de Nahuelvuta predominaban las cabezas redondas o braquicéfalas con índices cefálicos entre 84.82, sub-braquicéfalas 80.83, y mesoticéfalas, medio, de 77.80; pero existían también, aunque en cantidad menor, los tipos de cabeza larga o dolicocéfalos. Otro tanto sucedía en los indios del norte del Bío-Bío hasta el río Itata i en los llanos, desde Nacimiento hasta Angol i Traiguén i más al sur entre Galvarino, Cholchol i Nueva Imperial.

En las tierras altas que se levantan desde el valle central hacia el este, habitaron las tribus pobladas i belicosas que se conocieron con el nombre de *arribanos*. Ocupaban las zonas de Renaico, Mininco, Collipulli, Curaco, Pailahueque i desde Victoria hasta Lautaro i Temuco. Fueron las más belicosas durante la república. Mantenían una continua comunicación con las agrupaciones centrales i con los pehuenches subandinos i andinos i con los araucanos arjentinos del norte. Mezclados con todas éstas, han presentado antes i es fácil encontrar hasta ahora en los vivos tipos de cráneos braquicéfalos i dolicocéfalos con variedades intermedias.

Entre los montañeses subandinos i los de los valles más altos, todos englobados en el nombre de pehuenches, abunda la dolicocefalía, con un índice que fluctúa entre 70.45 i 77.78, i la mesoticefalía con un índice de 77.96 a 80.00. Aunque superan los cráneos largos, no escasean los sub-braquicéfalos, de 80.01 a 82.05. Raros son los braquicéfalos.

Desde el sur del río Toltén, por el valle central, hasta el río Callecalle no existe tampoco uniformidad en los cráneos. Las mediciones han dado tipos de todas las formas, aunque excede la dolicocefalía a la braquicefalía, a medida que las reducciones se avanzan hacia el este (1).

De los *cuncos* o pichi-huilliches que poblaban el área que se estiende desde Valdivia hasta el canal de Chacao i de la isla de Chiloé i las menores adyacentes, no se han formado cuadros completos de índices, por no haberse reunido hasta el día colecciones suficientes para practicar medidas que den un término medio jeneral. No obstante, del examen de un material incompleto, poco menos que singular, algunos peritos han notado la braquicefalía i la mesocefalía. Hai que suponer que aquí, como en otras secciones, las mezclas habrían aportado también el tipo dolicocéfalo i sus variedades intermedias.

Tampoco existen colecciones craneales de los huilliches serranos que habitaban las zonas altas de la cordillera, desde Villarrica hasta el Reloncaví, enfrentando a los grandes lagos de las faldas andinas del oriente. Algunos autores los clasifican entre los altamente braquicéfalos (2). Hace suponer, sin embargo, en la existencia no insignifican-

---

(1) El autor formó en los 20 años que residió en las ciudades del sur una colección como de 70 cráneos de todas las secciones del territorio. Muchos de éstos fueron obsequiados a especialistas estranjeros, otros a museos nacionales i los demás quedaron abandonados en Angol i Temuco cuando se le trasladó a rejentar un liceo a Santiago.

(2) Ricardo E. Latcham, *Antropolojía chilena*, páj. 288.

te de dolicocéfalos la vecindad de estos indios a los huilliches araucanos del lago arjentino, cargados del elemento tehuelche, como lo comprueban los informes de los esploradores del lago Nahuelhuapi (1).

En las tierras firmes de la provincia de Llanquihue, aún no esploradas arqueolójica ni antropolójicamente, habitaron tribus de estracción araucana, que mantenían una comunicación más inmediata con los tehuelches, lo que induce a suponer que estuvieron tan penetrados o más que los anteriores del elemento dolicocéfalo.

En las agrupaciones de araucanos arjentinos del norte superaba la braquicefalía. Un arqueólogo italiano que estudió prolijamente una serie de cráneos de las reducciones de los ranqueles i de los caciques Catril i Calfucura, en la rica colección del Museo de Antropolojía i Etnolojía de Florencia, fija estos índices. En 12 cráneos midió 2 braquicéfalos, 7 sub-braquicéfalos, 2 mesocéfalos i 1 dolicocéfalo. Concluye este especialista por reconocer que los cráneos araucanos i pampas son braquicéfalos (2).

Otra serie examinada de tehuelches o patagones lo obligó a dejar establecido que esta raza era de cráneos dolicocéfalos o sub-dolicocéfalos (3).

Según los antecedentes que preceden sobre las medidas practicadas hasta hoi en las distintas sec-

---

(1) Guillermo Cox, *Viaje en las rejiones setentrionales de la Patagonia*, 1862-1863.

(2) Dr. Paolo Ricacardi, *Studi intorno ad alcuni crani araucanos e pampas.*

(3) Entre otros autores son de esta opinión Moreno i Topinard.

ciones, no se puede aceptar la hipótesis de que el territorio haya sido ocupado en épocas prehistóricas por pueblos venidos del oriente arjentino caracterizados por una constitución craneana uniforme; pues de haber sido cierta la uniformidad, habría persistido hasta los tiempos modernos en forma algo más apreciable. En resumen, a pesar de provenir los araucanos de núcleos primitivos, quizás homojéneos, presentan en sus medidas craneométricas una elevada variabilidad, que se nota justamente en casi todas las series de cráneos del país.

Reconoció esta heterojeneidad, en cuanto a los araucanos, un craneómetro chileno que pasó su vida tomando mediciones del norte i sur del país. Sintetiza así su opinión: «Los araucanos son, pues, braquicéfalos, dolicocéfalos i mesoticéfalos: no hai un tipo fijo» (1).

Mientras no se presenten pruebas más decisivas i completas acerca de la heterojeneidad de pueblos que se indican como venidos del sureste arjentino, será necesario seguir aceptando que los araucanos modernos se derivan de un tronco orijinario i común, que en el trascurso de las edades se penetró parcialmente de otros elementos que al fin determinaron la raza, distribuída en áreas étnicas de disposiciones especiales.

Una de estas secciones fué la que a la llegada de los españoles se estendía desde Copiapó i Coquimbo hasta el río Rapel, la que propiamente puede llamarse *picunmapu* o tierras del norte, habitadas por los *picunches* o jente del norte. Aquí se filtra-

(1) Dr. Luis Vergara Flores, *Craneometría araucana*, monografía inédita en poder del autor de este libro.

ron sobre la base primitiva componentes changos, chinchas, aymarás, atacameños, diaguitas e incas, todos los cuales se hallaban influídos de las civilizaciones arcaicas protonazca, protochimú i tiahuanaco.

Al sur del río Rapel, por el valle central hasta el Itata, habitaban las tribus que los españoles llamaron *promaucaes*, nombre que significaría, según los conocedores de la lengua, «enemigos rebeldes». En los primeros años de la conquista se aplicó esta denominación a los indios que ocupaban la rejión desde el Maipo hasta el Maule i después desde este río hasta el Bío-Bío i quizás más propiamente hasta el Itata. Dividíanse en series locales que se denominaban tintililicas, cures, perquilauquenes, cauques, pencones i otras cuyos nombres no anotaron los cronistas.

Mantenían caracteres más primitivos que las poblaciones indíjenas del norte, porque su aislamiento i su ferocidad los preservaron de mezclas con estranjeros. Solamente se comunicaban con las tribus de los huarpes, que ocupaban la antigua provincia de Cuyo, que comprendía el área de las actuales jurisdicciones de Mendoza, San Juan i San Luis. Estos huarpes, que los etnógrafos dividen en milcayac, a los de Mendoza, i en allentiac, a los de San Juan en las llanuras bañadas por las lagunas de Guanacache, vivieron siempre hasta su total estinción en estado de salvajismo. Sus costumbres se asemejaban mucho a las de los indios chilenos llamados promaucaes: vivían en cuevas cavadas en el suelo o en chozas miserables; se alimentaban de la caza, de la pesca i de plantas silvestres. Los que residían alrededor de la laguna de Guanacache

frecuentaban las aguas en balsas de totora, iguales a las que usaban los uros de Titicaca i del Desaguadero. En sus viajes continuos al lado de Chile, aprendían la lengua araucana. Su comunicación i mezcla con los naturales de esta parte de los Andes perduró desde el siglo de la conquista hasta el fin de la dominación española. Contribuyó a mantenerla, fuera de las irrupciones voluntarias de grupos, la csotumbre de los encomenderos de traer a Chile a viva fuerza indios huarpes a su repartimientos (1).

No hai noticias de que grupos de indios huarpes hubieran ocupado algún punto fijo de los valles andinos o de los que caen hacia las faldas de Chile. En sus viajes comerciales regresaban pronto a sus cantones del oriente. Las crónicas locales de nuestras provincias del centro les dan en el siglo XVIII la denominación de pehuenches, confundiéndolos con los indios de este nombre de más al sur.

Tampoco existen referencias en los cronistas i documentos antiguos, ni demostraciones de ninguna clase, de que los valles altos de la cordillera, desde el río Aconcagua hasta el Maule más o menos, hubieran servido de asiento a porciones de los indíjenas chilenos que se conocían con el nombre de pehuenches. Lo escarpado de la cordillera, la riji-

(1) Ovalle, *Histórica Relación*, tomo I, páj. 175. Presbítero Lizana, *Documentos históricos del arzobispado de Santiago*, tomo I, páj. 119 y siguientes. Bartolomé Mitre, *Lenguas americanas, el araucano i el allentiac*, Revista del Museo de la Plata, tomo VI.

dez del clima en esas alturas i la falta de medios de subsistencia, como la caza i el *pehuén* (Araucaria imbricata), impedían la radicación estable en esta faja de los Andes.

Desde el río Itata por el norte hasta el golfo de Reloncaví i desde el mar a la cordillera, se hallaban distribuídas las varias secciones indíjenas que, con nombres diferentes i disposiciones especiales, constituían la gran familia étnica llamada araucanos por los conquistadores.

Entre el Itata i el Laja tenían su asiento tribus que llevaron distintos nombres, como los de Conuco, Rere, Yumbel, Andalién, Hualqui, los primeros que se sometieron a los españoles. Entre el Laja i el Bío-Bío se escalonaban agrupaciones de la misma estirpe i usos de los araucanos de más al sur; en este sector residieron unas tribus mui pobladas que tuvieron el nombre *coyunches*, de *coyúm*, arena, i *che*, jente, lo que equivale a «jente de los arenales».

Desde el Bío-Bío hasta el río Callecalle, se sucedían las comunidades más densas i escalonadas de araucanos de todo el territorio indíjena. Al iniciarse la conquista, la rejión de la costa, *lauquén-mapu*, desde el Bío-Bío hasta el Toltén, era la parte en que la población se apretaba en condiciones superiores a las otras secciones étnicas. Principiando por la bahía de Arauco, se escalonaban para el sur los indios araucanos, que dieron nombres a todos los del territorio; los mareguanos, los de Collico, de Quiapo, Curanilahue, Tucapel, Pilmaiquén, Paicaví, Ilicura, Lleulleu, Quidico i Tirúa. En la marjen septentrional del curso inferior del río Imperial estaban los de Trovolhue i Nehuentué,

i en la orilla izquierda tuvieron su asiento las tribus de Puanchu, el Budí i Toltén, donde aún se conservan en bastante número los descendientes de famosos caciques. Estos núcleos, a veces bastante estensos, formaban comunidades emparentadas de muchas familias que ocupaban lugares distintos de una misma zona. El parentesco existía en realidad o se mantenía por tradición a la familia central cuando el lazo consanguíneo o de afinidad se había perdido en el trascurso del tiempo.

Las agrupaciones del centro, desde el Bío-Bío hasta el Toltén, se diseminaban en un sinnúmero de comunidades que ocupaban las faldas orientales de la sierra de la costa, el valle que se abre desde Nacimiento hasta Nueva Imperial i desde los bajos de esta cordillera hasta los primeros contrafuertes andinos, las tierras altas del valle central que se aproximan hacia el oriente desde Renaico hasta Temuco. Las tribus de los flancos del este de Navuelvuta tenían en nombre de *nagches*, abajinos, que les daban los demás indios; los del valle de Nacimiento a Carahue, particularmente desde Angol hasta Traiguén, formaban el *lelvun-mapu* o país de los llanos; los de las tierras altas pertenecían al *huentu-mapu*, donde habitaban los belicosos *huenteches* o arribanos. A todas estas secciones dieron los cronistas i autoridades españolas la denominación jenérica de *lelvun-mapu* o rejión de los llanos, que formaba el segundo *vutran* o *üütranmapu*, divisiones meramente jeográficas i no étnicas.

Los subandinos constituían el *üütranmapu* llamado *inapire mapu*, cerca de la nieve. Junto con los de las tierras altas del centro se reconocían con

el nombre de arribanos i estaban radicados en los lugares de los actuales distritos de Tucapel, Quilleco, Santa Bárbara, Mulchén, i el curso superior de los ríos Renaico, Malleco, Traiguén, Cautín, Quepe i Aillipén.

Todos los indios de las rejiones enumeradas distinguían a los que habitaban en el sur del río Quepe, sin distinción de límites, con el nombre de huilliches, como daban el de picunches a los del norte; eran orientaciones con respecto a ellos, determinadas por los vientos llamados cardinales. Los cronistas i esploradores que se han ocupado en prefijar las zonas de la jeografía indíjena, han llamado huilliches a los indios que vivían desde el Toltén hasta el golfo de Reloncaví. Divídenlos en *pichi-huilliches* o jente chica del sur i *vuta-huilliches* o jente grande. A los primeros pertenecían las tribus que se escalonaban por el valle desde el Río Bueno hasta el canal de Chacao. Los costinos que habitaban las riberas del mar desde la desembocadura del río Valdivia hasta el mismo canal, tuvieron el nombre de *cuncos*. Todos estos huilliches procedían de estirpe araucana, según el testimonio de cuantos los han estudiado por las diversas fases que caracterizan a las razas.

Derivados de la familia araucana eran sin duda los aboríjenes de la isla de Chiloé, pero más mezclados que los huilliches del continente por las infiltraciones de los isleños australes.

Los chonos, con afinidades araucanas también, tenían sobre todos los indios australes el más alto grado de mezcla. El padre Ovalle da de ellos estos datos:

«La misión más trabajosa que aquí tienen los

padres es la de los chonos, jente más apartada del comercio de los españoles, más cercana al Estrecho e incultas de cuantas hai en estas partes. Divídense en varias parcialidades esparcidas por muchas islas, como en el archipiélago de Chiloé. No tienen morada cierta, de continuo traen el hato a cuestas, mudándose con su familia de isla en isla a cojer marisco, que es su ordinario sustento, sin tener otras chácaras ni sementeras; a que añaden beber el aceite de lobos, con que traen el color pálido, i a la causa viven lo más del año dentro del mar, porque les es fuerza buscar en él su sustento» (1).

Los indios que los conquistadores llamaron coronados, de la tierra firme frente a Chiloé, eran afines con los araucanos; pero tanto se habían mezclado con otras poblaciones australes, que el tipo orijinario esperimentó alteraciones bien pronunciadas. A iguales trasformaciones estuvo espuesta la lengua matriz con la superposición de elementos estraños.

Los indios montañeses de los valles andinos son a los que las crónicas les han dado la denominación de pehuenches, cuyos cantones fijan desde el grado 35 al 37. Estos indios eran los pehuenches del norte, moradores de los valles altos que caen hacia el este, colindantes por el oriente con las tribus araucanas-arjentinas i de indiscutible linaje araucano, aunque mui mezclados con las poblaciones de las llanuras. Eran de habla chilena dialectada.

Las crónicas mencionan otros indíjenas que llaman *chiquillanes*, también de procedencia arau-

(1) Alonso de Ovalle, *Histórica Relación*, II, páj. 308. Relación de Cortés Hojea al estrecho de Magallanes, en 1558.

cana i residentes «en la parte más oriental de estas montañas desde el grado 34 hasta el 34½ próximamente». «Esta tribu poco numerosa es la más bárbara de todas las chilenas: va casi desnuda i su lengua es una jerigonza mui viciada i gutural del idioma chileno» (1). Eran los llamados picunches por las tribus meridionales de los Andes.

Las indiadas cordilleranas a que propiamente debe aplicarse la denominación de pehuenches, estaban radicadas más al sur, desde Antuco, donde comienza la vejetación de los pinares, del pehuén, que les ha dado el nombre, hasta la altura del pueblo de Villarrica, o sea desde los 37°, 20' a los 39°, 20' (2). «Como caen al sur de los picunches, éstos suelen tratarlos de huilliches o jente del sur, pero lo más jeneral es que los llamen pehuenches» (3).

Las principales colonias pehuenches del lado de Chile estuvieron radicadas en los valles del curso superior de los ríos Laja, Duqueco i Bío-Bío; en Lonquimai, Llaima, este del lago Villarrica.

Los indios que habitaban las islas Quiriquina, Santa María i la Mocha, coincidían en las modalidades i caracteres físicos con los de la costa del continente. Algunas medidas de unos pocos cráneos de la Mocha, han dado índices de sub-colicocéfalos i mesoticéfalos; posiblemente no falten los sub-braquicéfalos (4).

---

(1) Molina, *Compendio Anónimo*, páj. 240.
(2) Carlos Reiche, *Jeografía Botánica de Chile.*
(3) Falkner, *Descripción de la Patagonia.*
(4) Dr. Vergara Flores.—R. E. Latcham, *Antropolojía.*



CAPITULO VIII

Orijen de los araucanos del norte de Chile

Los calchaquís de la Arjentina i sus relaciones con otras culturas del norte.—Relaciones entre los diaguitas i los araucanos.—La cultura chincha-atacameña.—El dominio de los incas.—Relaciones de diaguitas i araucanos durante la dominación española.—Choques de los conquistadores por la gobernación de Tucumán.—El tráfico durante la colonia de las dos secciones.—En los primeros años del siglo XIX.—Composición de diferentes elementos étnicos de los araucanos del norte.

Cuando los españoles trasmontaron los Andes para venir al descubrimiento i conquista de Chile, hallaron en las rejiones de nuestras provincias septentrionales poblaciones indíjenas que habían salido del estado de salvajismo i practicaban los usos i costumbres de un pueblo en la etapa de la barbarie evolucionada. Tenían agricultura relativamente adelantada; criaban animales domésticos, conocían el tejido, confeccionaban piezas finas de

alfarería i usaban algunos instrumentos de cobre i bronce.

Este adelanto no se había jenerado espontáneamente sino que se debía a la influencia de las civilizaciones peruanas, en particular a la última de los incas, que llegaron por el noreste a las cabeceras del norte del territorio araucano.

No en épocas tan remotas como la infiltración de los pescadores antiguos, se verificó la penetración de otras civilizaciones venidas del oriente al área jeográfica de Chile que comprende las actuales provincias de Atacama, Coquimbo, Aconcagua i Santiago. Enfrentando a ellas se dilataba al este de los Andes la vasta nación de los diaguitas, que se estendía desde Salta i Tucumán por el norte hasta Catamarca, La Rioja i Mendoza, por el sur. Calchaquí se ha llamado también por los historiadores i arqueólogos este conglomerado de tribus por haber sido el valle de este nombre, desde la altura de Salta a Tucumán, asiento de una mui cargada de jente, belicosa i tenaz a la conquista de los españoles, resistida durante más de un siglo.

Las tribus calchaquís, que hablaban un idioma común conocido con el nombre de *kakan*, habían alcanzado una cultura propia i adelantada desde antes que fuesen sometidos por los incas. Habían recibido desde tiempos inmemoriales la influencia de otras civilizaciones vecinas.

Desde períodos precedentes a la conquista de los incas, hubo una recíproca penetración entre atacameños i diaguitas, de comercio al parecer i no de invasiones en masa. Los primeros llevaron a los segundos el tipo de su cultura agrícola i ganadera, mejor sin duda. Esta penetración se ha comprobado

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

por las deducciones que la arqueolojía ha hecho hasta hoi, aunque el problema de la afinidad de las razas no está definitivamente resuelto; tales son: el empleo de los mismos instrumentos para aspirar rapé, la igual deformación de la cabeza, la achatada i la apuntada; la semejanza de la alfarería en la estructura i ornamentación de algunas piezas, la inclinación de una i otra a grabar petroglifos. En la inmensa dilatación antigua de los atacamas, se ven en todas las rejiones rocas que conservan vestijios de estos petroglifos. Otra analojía que se ha comprobado es la horadación en las peñas, llamadas de tacitas, para morteros unas i otras para ofrendas. Este tráfico queda, además, de manifiesto con la crecida cantidad de objetos de cobre que procedían de los calchaquí desenterrados en las sepulturas atacameñas.

Los diaguitas recibieron a continuación la influencia de la civilización chincha-atacameña, que se desarrolló cerca de los años 1100 a 1350 de nuestra éra. En todas sus manifestaciones alcanzó un nivel superior al del período precedente, en la cerámica, instrumentos de agricultura, los tejidos, las sepulturas, etc.

Formaron así los tres tipos juntos hasta cierto punto una cultura especial, aunque el grado de afinidad no está aún claramente determinado.

Los calchaquís vivieron además en la vecindad de los aimarás; el idioma de éstos alcanzó a penetrar hasta la parte superior del valle de ese nombre. Cuando los incas se apoderaron de las rejiones templadas que ocupaban los aimarás en la altiplanicie, ganaron éstos el sur, hacia la Puna, i las posesiones desalojadas. De aquí se introdujeron, como funda-

damente se supone, tierras adentro de los calchaquís, con quienes vinieron a quedar en contacto más o menos inmediato. Los aimarás eran portadores de una cultura, bien que no desarrollada, en ciertas particularidades superior a la diaguita de algunas comarcas. Algunas designaciones jeográficas i muchas palabras aimarás perduraron en el norte de Chile.

Antes de la llegada de los incas a Chile, ya se habían sentido a este lado de los Andes los efectos de las civilizaciones que ejercieron acción sobre los calchaquíes i que crearon la primera cultura diaguita. Con anterioridad a esta influencia habitaba la rejión del norte de este país una porción de los habitantes primitivos designados jenéricamente con el nombre de araucanos. Una corriente de intercambio creó una mutua penetración de araucanos i diaguitas entre Coquimbo i el río Rapel (1). Llegaban los de allá, sin duda, en busca de los alimentos del mar, como pescado seco, marisco, algas i conchas para adornos i otros usos; los de aquí pasaban la cordillera para traer plumas, los primeros auchenios domesticados, lana i algunos objetos orijinarios de aquellos lugares.

A un arqueólogo arjentino, prematuradamente desaparecido para las ciencias prehistóricas de su patria, pertenece la cita que va a continuación i que significa un argumento de valor en la materia de que se trata.

«Pero los objetos tienen el apsecto i forma de ser mui antiguos (las hachas votivas de piedra), i

(1) Max Uhle, *Conferencias sobre etnolojía i arqueolojía de los países americanos*. En Santiago, año 1914.

esto denotaría una residencia de araucanos en la rejión arjentina en una época mucho más remota de lo que se cree».

A esta creencia jeneral opongo lo que ya dijo el doctor H. Ten-Kate, al hablar de los tipos étnicos distribuídos en la República que más se acercaban a los calchaquíes, que hai entre los araucanos i sus conjéneres de la Pampa, formas craneanas, que por su deformación i su braquicefalia, recuerdan las de los calchaquíes, formas que han sido halladas por el doctor Virchow i también descritas por mí.

Por mi parte agregaré, que he hallado en los valles calchaquíes un sinnúmero de supersticiones propias de los araucanos, que algún día publicaré, i que no hai que olvidar que en la frontera de Catamarca i Rioja hai una rejión que se llama *Costa de Arauco,* situada entre Michigasta i Anjullón, i que el señor Lafone Quevedo dice que éste no es el único nombre chileno (araucano) que se encuentra en tierras de diaguitas; i en la introducción de esta misma obra, agrega:

«Que una ola araucana pasara alguna vez por la rejión Cacana se prueba con los nombres de lugar que aún subsisten.

Ahora bien; si hallamos rastros de una gran nacionalidad i de tipo araucano, diseminados en una gran estensión del suelo arjentino, por qué no podremos referir las hachas de piedra en cuestión a esa nación de indios; i de sus sobrevivientes o de sus antepasados, araucanos de Chile, tomar los datos que pueden ilustrarnos al respecto?» (1).

Puede agregarse que la guerra prolongada de

---

(1) Ambrosetti, *Estudios sobre las hachas de piedra.*

los calchaquíes contra los españoles i los levantamientos de los indios chilenos que les enfrentaban por el costado occidental de los Andes, constituye un incidente étnico en la mutua penetración de las dos razas. Vencidos en una parte, es racional suponer que huyeron a buscar refujio donde encontraban afinidades de parentesco i de costumbres. En este trance debieron estar los indios de Copiapó i La Serena que en 1548 i 49 se sublevaron i destruyeron esta ciudad. Los capitanes Francisco de Villagra i Francisco de Aguirre salieron sucesivamente a castigar a los rebeldes, quienes para escapar a la horca, habrían tenido que trasmontar la cordillera.

Este trasplante recíproco de hombres de una a otra parte de los Andes contribuyó a que la población orijinaria de las rejiones de Chile recibiera el contingente de elementos diaguitas. Así quedó formada una población de araucanos del norte con penetración mínima de sangre diaguita-calchaquí.

En los casos de cruces de dos razas afines, no sólo se mezcla la sangre, sino también las ideas i los sentimientos. Esta lei esplica la identidad de costumbres i de cultura material de los indios chilenos con los de las tribus diaguitas.

Concordaban en el modo de vestir, en la organización de la familia, en las prácticas mortuorias i curativas, con los mismos ajentes curanderos i las creencias sobre la no existencia de muerte natural; las persecuciones por brujerías; el mismo carácter tumultuoso de las reuniones, que degeneraban en riñas a flechazos; en las costumbres de ataques de familias o *malones* araucanos; en las influencias que habían dejado los incas de su sis-

tema relijioso. Existía una semejanza resaltante en los utensilios domésticos i artefactos industriales. En la alfarería de una i otra parte se notaban los caracteres iguales de otras civilizaciones del Perú.

De esas culturas emigradas a la nación diaguita, la que se infiltró en ella con intensidad mayor fué la chincha-atacameña, que sucedió a la atacameña más antigua. La influencia de esta civilización tuvo que pasar también hacia el occidente andino. Los arqueólogos al hablar de sus efectos ulteriores aseguran que alcanzaron parte de la costa (Pisagua, Taltal), hacia el sur la rejión propiamente atacameña de Calama, la provincia de Jujui i se estendieron remotamente hasta el país de los araucanos (1).

Esta aserción deja en claro establecido que una corriente de esta civilización pasó al occidente andino i que su acción se dejó sentir por lo menos hasta el río Rapel.

Tomando como guía el sistema cronolójico arreglado últimamente para la prehistoria de las naciones ando-peruanas, se puede fijar el período de predominio de los chincha-atacameños entre los diaguitas i norte de Chile desde el año 1100 a la segunda mitad del siglo XV.

Fundándose en los descubrimientos arqueolójicos hechos en la costa de las provincias del norte de Chile, hai esploradores que sostienen que la civilización chincha-atacameña vino por el mar. Cabe en lo posible esta teoría i entonces habría que

(1) Max Uhle, *Arqueolojía de Tacna i Arica*, páj. 88.

aceptar que su llegada a estas latitudes se verificó por este lado i por el oriente.

Fué formando de esta manera una población con la base orijinaria i elementos diaguitas, pero diferenciada de la atacameña propiamente dicha. Un arqueólogo, ya tantas veces citado por su autoridad en esta materia, deja de manifiesto la diferencia: «Los tipos más conocidos de la rejión diaguita, en la Arjentina, de Salta al sur i por el lado del Pacífico, hacia el mediodía entre La Serena i San Fernando, presentan al parecer un carácter diferente, i esta circunstancia por sí sola sería suficiente para impedir una identificación lijera de los diaguitas con los atacameños» (1).

El material atacameño diaguita tuvo que penetrar a las rejiones chilenas, como era lójico que sucediera: los instrumentos de agricultura, los de hilar i tejer, la cría de animales en especial de la llama; los tubos de rapé, la predilección de aquellas unidades étnicas por los petroglifos i las rocas con tacitas, que se están descubriendo por centenares desde Copiapó a Santiago i hasta más al sur; la cestería i la elaboración de calabazas pirograbadas; la alfarería con sus variadas formas i motivos grabados, como los ornamentos de gradas, con meandros i sin ellos, serpientes enroscadas con meandros, de dos cabezas de ganchos enlozados.

El hecho ampliamente comprobado por la arqueolojía es el de haberse hallado en la parte de Chile material chincha-atacameño en la costa de Taltal i en el interior de las provincias septentrionales, desde Copiapó hasta Aconcagua. Hai que

(1) Max Uhle, *Arqueolojía de Tacna i Arica*, páj. 16.

mencionar en primer lugar la alfarería, característica de volutas, triángulos dentados, líneas en zig-zag dobles, figuras pequeñas de animales con ornamentaciones jeométricas, rombos, serpientes i muchos otros motivos parecidos en la decoración de las calabazas grabadas de Calama, en la de los vasos escavados en la provincia de Jujui, en los jéneros tejidos actualmente por los araucanos.

Se han encontrado, además, tubos para rapé, espátulas de hueso, collares de silicatos de cobre, otros instrumentos de este metal, como hachas, placas, cuchillos, cinceles, pinzas depiladoras i manoplas o anillos para resguardar la mano contra la cuerda del arco. Los diaguitas i atacameños eran grandes tiradores de arco, destreza que pasó a los indíjenas de este lado de la cordillera i que distinguía asímismo a los araucanos de la conquista. Antes que se conociera la introducción de la cultura chincha-atacameña a nuestras provincias del norte, se clasificaba su cerámica con denominaciones distintas de las que correspondía a sus verdaderas procedencias.

El dominio de los incas en la rejión de los diaguitas-calchaquíes activó el tráfico mutuo que existía desde tiempos pretéritos entre los moradores de uno i otro lado de los Andes. Para emprender la conquista de Chile, los incas tuvieron que someter primero de grado o por la fuerza las poblaciones andinas del este, pues sin esta subyugación previa, habría quedado a sus espaldas un enemigo peligroso. De estas tribus sometidas sacaron los peruanos avanzadas de esploradores que les suministraron noticias del país que iban a invadir i en seguida un cuerpo de individuos prácticos en las

sendas que ellos desconocían por completo. Por otra parte, la rejión diaguita-calchaquí debía servir de estación de parada i aprovisionamiento a las partidas de tropas que iban a Chile o regresaban al Perú.

El sistema jeneral de colonización de los incas concluyó por intensificar la penetración que desde tiempos lejanos venía verificándose en las dos familias étnicas separadas por la cordillera. El camino colosal que se llamó del inca i los laterales que afluían a él, centuplicaron el cambio, las relaciones i el cruzamiento. Los mitimaes o transplantados traídos de allá servían de ajentes de una cultura más adelantada; los que iban de aquí regresaban trayendo usos, costumbres i aplicaciones industriales de otro medio superior. Estas transferencias de colonos debieron ser frecuentes i numerosas, pues quedó recuerdo de una de indíjenas chilenos que se llevó al valle de Yocavil, al sur del de Calchaquí, tan numerosa, que algún cronista la confundió con una invasión del occidente.

Derrumbado el imperio inca, cuya civilización se había implantado con tanta rapidez en el norte de Chile por contener caracteres comunes a la atacameña i a la diaguita, la comunicación entre los dos lados de los Andes, el del este i el del poniente, se mantuvo siempre activa mientras la dominación española.

Hubo durante la conquista un trajín de tropas i de jente entre la población de una i otra parte. En 1549 el Presidente del Perú, La Gasca, designó a Juan Núñez de Prado para que emprendiese la conquista del Tucumán. Por la misma fecha marchaba a Chile por tierra Francisco de Villa-

gra, con 200 soldados. Desvióse del camino de Chile i se fué a Tucumán creyendo que esta sección se hallaba dentro de la jurisdicción del conquistador Pedro de Valdivia. Después de un choque entre los partidos de los dos jefes, se llegó a un acuerdo amistoso: Núñez de Prado reconoció la autoridad de Valdivia i Villagra continuó viaje a Chile por la rejión de Cuyo, de donde adelantó al sur una partida esploradora en busca de la imajinaria ciudad de Los Césares, sin resultado de ninguna clase.

Nuevamente invadió el Tucumán otro conquistador de los de acá, Francisco de Aguirre, que pretendía representar a Valdivia i fundar una gobernación: apresó a Núñez de Prado i lo hizo conducir a Chile; peleó con los indios diaguitas i regresó, por último, a Santiago en 1554 a disputar la gobernación vacante por muerte de Valdivia.

Por tercera vez el Tucumán fué campo de choques i discordias entre los pretendientes a la gobernación. Al volver Aguirre a Chile, dejó en su reemplazo a un primo hermano, el capitán Juan Gregorio de Bazán. Poco después envió a su sobrino Rodrigo de Aguirre con algunos socorros i el encargo de tomar el mando de la gobernación. Los partidarios del antiguo gobernador Núñez de Prado, ausente en Lima, desconocieron la autoridad de Aguirre. Tal era el estado de los ánimos cuando llega de Chile otro gobernador enviado por Francisco de Aguirre, el capitán Miguel de Ardiles, hombre apropiado para llevar a cabo la tranquilidad i la conquista de la rejión. Por fin, en 1558, el gobernador de Chile don García Hurtado

de Mendoza confirió el mando al capitán Juan Pérez de Zurita, cargo que confirmó en 1560 el virrei del Perú, conde de Nieva, quien dispuso la segregación de Tucumán de la gobernación de Chile.

Pérez de Zurita organizó la administración, fundó ciudades, apaciguó revueltas i combatió a los indios, los cuales a todo esto no habían cesado de combatir a los españoles, i siguieron resistiéndolos por más tiempo. Durante el gobierno del capitán Gregorio de Castañeda, sucesor de Pérez de Zurita i también enviado de Chile por Francisco de Villagra, los indios del valle de Calchaquí i los diaguitas de Catamarca, vencieron en 1562 a los españoles i arrasaron varios de los pueblos recién fundados (1).

No entra en el plan de este libro reproducir los pormenores de la conquista de los diaguitas. Las reminicencias sucintas que se han anotado, obedecen al propósito de acentuar el hecho del acercamiento de las poblaciones del este i del poniente de los Andes con este ir i venir de tropas, que abría nuevas sendas de comunicación i que vaciaba grupos de indíjenas, acompañantes imprescindibles de los españoles, de un lado a otro de la cordillera.

En el período que siguió a la conquista, continuó efectuándose esta transmigración recíproca de los indíjenas. Entonces influía el comercio antes que otro motivo.

En el promedio del siglo XVII comenzó a introducirse a los partidos del norte de Chile el ganado vacuno i el mular, que se arreaban desde Tucumán, Catamarca, La Rioja i San Juan. De este lado iban

(1) Barros Arana e historiadores arjentinos.

en retorno cueros curtidos en cordobanes, frutas i pescados secos, vinos, aguardientes i otros productos agrícolas que se daban en abundancia en los terrenos de Copiapó, Guasco, Coquimbo, Illapel, Limarí i otros lugares. Muchos de los indios que hacían este servicio de tráfico se radicaban en los asientos de naturales que existían en estos correjimientos, donde se les matriculaba para los efectos del tributo que tenían que pagar a la corona.

En los primeros años del siglo XIX continuaban las relaciones comerciales i de acercamiento entre los indios de una i otra banda de la cordillera. En la que da al occidente, quedaban todavía muchos asientos de estos indíjenas araucanos con afinidades orientales. En Choapa i Chalinga, del departamento de Illapel, sobrevivían en buen número en el año 1818. Los españoles los aprovecharon en esta fecha para sublevarlos contra las autoridades patriotas.

Fueron, pues, los aboríjenes del norte hasta el río Rapel, de procedencia araucana, pero penetrados de los elementos diaguitas, atacameños, chincha-atacameños e incásicos.



CAPITULO IX

La organización política

Rastros de la familia materna i del totem que se descubren en las crónicas antiguas. — Transición de las tribus maternas a la filiación paterna. — Huellas que persistieron del totetismo antiguo. — Observaciones a autores chilenos sobre la duración de la institución totémica.—La familia patriarcal.—El totetismo araucano juzgado por un autor arjentino. —Ubicación de las primitivas agrupaciones patriarcales. — Las rancherías antiguas i sus moradores. — El grupo local.—La zona o agregados de grupos.—Denominaciones de los antiguos documentos españoles.—Persistencia de la organización antigua de los grupos simples. — Denominaciones territoriales usadas por los indios.—Personalidad del grupo.—Parentescos agnáticos.—El jefe del grupo.—Trasmisión de la jefatura al primojénito.—La zona tribal.—Su jefe.— La confederación rejional.—Su jefe.—Influencia de los funcionarios españoles en las ideas de administración de los araucanos.—Confederaciones de los últimos tiempos de la Araucanía libre.—Decadencia del cacicazgo.

Cuando los conquistadores españoles penetraron al territorio araucano, advirtieron que, tal vez en la mayoría de las tribus, se hallaba constituída la familia por la línea paterna. Al dejar constan-

cia en documentos i crónicas de este hecho social, tuvieron que referirse al sistema de los apellidos de indíjenas, en el cual la investigación moderna ha podido descubrir los rastros de la sociedad maternal. Seguramente que en la primera mitad del siglo XVI no había concluído una transición de la familia materna a la paterna.

Si se considera la propensión de las sociedades primitivas para conservar sus hábitos i sus instituciones, hai que admitir que el paso de uno a otro réjimen debió acontecer en el trascurso de varios siglos precedentes al de la conquista.

No caben en este libro anotaciones sobre las particularidades referentes a la organización de la familia femenina i de las transformaciones que esperimentó esta forma social con los cambios progresivos de los pueblos. Materias son éstas que se hallan diluciladas en centenares de tratados de sociolojía, antiguos i modernos.

Para el objeto de dar una idea fija sobre la constitución social de los araucanos, hai que entrar previamente al conocimiento de algunos pormenores de la institución del totetismo, adjunta a la familia materna i estensiva a veces a la patriarcal.

El totetismo es una institución de los pueblos primitivos sobre la cual se han escrito millares de opiniones i se han trabado muchísimas controversias. No se ha dicho, por consiguiente, la última palabra acerca de ella, ni nadie puede sostener opiniones concluyentes de un tema que aún permanece en estado de estudio, aunque se haya avanzado bastante en su esclarecimiento.

Hasta en la definición de lo que es el tótem andan discrepantes los autores. La que sigue es sin-

tética i comprensiva a la vez «*a)* el objeto, ser, fenómeno de que ha derivado su nombre cierto grupo de individuos, unidos por consanguinidad real o ficticia; *b)* el nombre distintivo del grupo; *c)* la marca, señal o divisa empleada colectivamente por el grupo, para esteriorizar su nombre» (1).

Tótem es una espresión tomada de los pieles rojas. En resumen, he aquí las ideas de que era objeto.

La fauna, la flora o alguna particularidad jeográfica, solían hacerse especiales o notables en muchas comarcas. Así, en unas abundaban los zorros, en otras había una clase de culebras de color especial, lagunas o ríos que en determinados parajes tenían honduras profundas. Como el hombre primitivo tendía a personificar la naturaleza i a venerar las grandes fuerzas destructivas, se orijinaba de cada una de esas causas una idea supersticiosa, un fetiche, que se trasformaba con el tiempo en el jenio protector de la familia o del clan.

Cuando las unidades sociales tuvieron la necesidad de distinguirse entre sí, tomaron el nombre del tótem, que pasó a tener, por lo tanto, carácter relijioso i social.

«Al efecto, cada fatria adoptó comúnmente un animal, con menos frecuencia una planta u otro objeto cualquiera, i la imajen del animal, de la planta o del objeto fué el emblema, i su nombre, el nombre propio de la fatria. Así, una fatria, se llamó lobo, otra, zorro; ésta, nube; aquélla, río; la de allá, flor; i todas usaban como distintivo la

(1) Ricardo E. Latcham, *La organización social i relijiosa de los antiguos araucanos*, páj. 303.

imajen de su tótem pintarrajeada en las carnes o en los vestidos. Siendo el tótem emblema de la fatria, sirvió en adelante para espresarla. El tótem, fué el signo; la fatria, la cosa significada. De aquí la regla: «Entre individuos del mismo tótem, la unión sexual es *tabú*, vedada; lícita entre personas de tótem distinto». (1)

En las tribus de todas las razas primitivas estaba estrictamente prohibido perseguir, matar o comer el animal cuyo nombre llevaban.

Fué el conquistador Pedro de Valdivia quien mencionó por primera vez esta huella de la familia materna, en carta escrita al rey. En ella dice: «Luego repartí todos los caciques que hai del río para acá (del Cautín), sin dar ninguno de los de la otra parte, por sus levos, cada uno de su nombre, que son como apellidos, i por donde los indios reconocen la sujeción a sus superiores» (2).

Los cronistas del siglo XVII fueron más esplícitos en sus informes. El padre Luis de Valdivia, eximio conocedor de la lengua araucana daba en 1606 este dato sobre el particular: «Demás destos parentescos tienen los indios otros jéneros de parentescos de nombre, que llaman *cùga*, como alcuñas de sobrenombres, que hai jenerales en todas las provincias desde la Concepción adelante, así por la costa como por la cordillera i todos se reduzen a veynte que son éstos: *Antú, Amuchi, Cacten, Calquín, Cura, Diucaco, Entuco, Glliu, grugagen, Huercuhue, yani, yeni, Luan, Linqui, Mu-*

(1) Sales y Ferré, *Tratado de Sociolojía*, tomo II, páj. 61.

(2) *Carta de Pedro Valdivia al rei*, escrita desde Concepción en 1551.

gu, Pagi, Qllvu, Villcun, Vüde. Y no hai indio que no tenga algún apellido de estos; que significan: Sol, león, sapo, zorro, etc. Y tiénense particulares respetos unos a otros, los que son de un nombre se llaman Quiñelacu (de su nombre)» (1).

En el mismo siglo el cronista militar González de Nájera estampaba en su libro publicado en 1614 las anotaciones que siguen acerca del parentesco totémico que se designaba con la palabra *cünga*, apellido, linaje o familia: «Presumen entre ellos de linajes o descendencias i de apellidos, porque hai casas que se nombran del sol, otras de leones, raposas, ranas i cosas semejantes, de que hai parentelas que se ayudan i favorecen en sus disensiones i bandos i es tanto lo que se aprecian estos apellidos que sólo les falta usar de escudos de armas» (2).

El padre Rosales, tan noticioso de las costumbres de los indíjenas contemporáneos, hace referencia también al sistema de apellidos araucanos en la *Historia* que escribió como a mediados del siglo XVII. Cuenta que, cuando las mujeres de parto regresaban al hogar después de algunos días de ausencia, la familia recibía al recién nacido con estas espresiones de saludo: «seas bienvenido, fulano, i todos le brindan al niño con la chicha, nombrándole con el nombre que le han puesto del linaje; que unos son del linaje de los leones, otros de los tigres, otros de las águilas i otras aves; otros

---

(1) *Arte i Gramática jeneral de la lengua que corre en todo el Reino de Chile*, Capítulo XXIII.

(2) González de Nájera, *Desengaño i Reparo de la Guerra de Chile.*

de peces, árboles, piedras, plantas, o conforme los varios sucesos que se ofrecen. Si es hija la ponen también su nombre» (1).

Los cronistas i lexicógrafos del siglo XVIII fueron repitiendo las mismas noticias sobre este modo de apellidarse de los indios.

Febrés aporta acerca de este particular el importante dato que sigue: «I nótese aquí que sus nombres siempre son compuestos a lo menos de dos palabras, de las cuales la una es el nombre propio de su linaje, o *cùga*, o digamos apellido, como *lavquem*, *leuvu*, *nahuel*, *pagi*, *gùrù*, *calquin*, etc., esto es, mar, río, tigre, león, zorro, águila, etc. I aunque en los *coyaghtunes* se nombran entero, más en sus pláticas familiares suelen nombrarse con sola la primera palabra, i una sílaba, o letra de la segunda, vg.: Vuchalav por Vuchalauvquen, mar grande; Milla-leu por Millaleuvu, oro del río, o río de oro; Curiñ o Curiñam, por Curiñancu, aguilucho negro; lo cual al principio no deja de causar alguna confusión» (2).

Datos análogos a los anteriores da el lexicógrafo jesuíta Havestadt en su diccionario.

El historiador Molina adelanta más este orden de investigaciones. «Los nombres de los araucanos son compuestos del nombre propio, que suele ser un adjetivo o un numeral, i del apellido de la familia, el cual se pospone siempre al nombre propio, como se usa en Europa; por ejemplo, *cari-lemu*, verde bosque; *meli-antu*, cuatro soles. No hai allí cuasi algún objeto material que no suministre

(1) *Historia Jeneral del Reino de Chile*, tomo I, páj. 166.
(2) *Arte de la lengua chilena*, páj. 92.

un apellido noble. De donde vienen la familia de ríos, de montes, de piedras, de leones, etc. Estas familias que se llaman *cùga* o *elpa*, son más o menos respetables, a proporción del grado de ellas o de los héroes que han dado a la patria. El origen de tales renombres es desconocido; pero ciertamente precede muchos siglos a la época de las conquistas españolas» (1).

Los cronistas del siglo XVIII anotaban estos informes sobre los modos de apellidarse de los indios, no por imitar a los escritores del anterior, sino porque debieron encontrarse con estas huellas de la estructura social antigua en sus tareas de indagadores.

A juzgar por lo que sucedía en otros pueblos del continente sudamericano en la primera mitad del siglo XVI, los araucanos habrían entrado ya a la filiación paterna, pero sin abandonar del todo la materna. La conquista española hubo de apresurar la transición, pues el incremento de la agricultura i la propiedad de los bienes mobiliarios i semovientes, fueron factores que favorecían la composición de la familia por la línea de los varones en los pueblos en la fase primera de la barbarie.

Confirman las informaciones históricas que a fines del siglo XV las poblaciones de Centro América, las peruanas, las del altiplano de Bolivia i otras del continente sudamericano se hallaban equidistantes de la composición materna i de la paterna. La de los aztecas había llegado casi del todo a la segunda. Entre los araucanos tuvo que retardarse la evolución a una época posterior a la

(1) Molina, *Compendio de Historia Civil*, páj. 187.

de aquellos pueblos del norte, toda vez que de ellos iban recibiendo el reflejo de sus adelantos.

De este modo, sin llegar a su término en todas las agrupaciones locales la filiación materna, dada la lentitud con que se cumplen los cambios en las comunidades bárbaras, trascurrió el siglo XVI; pero en el siguiente la agricultura i la ganadería adquirieron importancia i las tribus fijaron más establemente su asiento. Se incrementó con esto la propiedad familiar de las cosas muebles con la de un mayor número de animales i con la casa i el campo continuo. Es evidente que tales progresos afirmaron la filiación paterna.

Sin embargo, durante el siglo XVII i primeros años del siguiente no se borraban del todo los rastros de la distante formación totémica. Así en muchos grupos se encuentran todavía los dos fenómenos asociados del totetismo: lugares con nombres de animales i acatamiento tributado a la especie epónima, aunque no siempre fuese ésta exactamente reverenciada.

En el cambio frecuente de la toponimia indíjena, muchos nombres de animales han desaparecido, pero se han perpetuado otros que pertenecieron, a no dudarlo, a la antigua denominación totémica. Apuntarlos todos sería prolijo.

Son numerosos los lugares en cuyo nombre entra alguna de las palabras *vilu, culebra; manque,* cóndor; *quirque,* lagarto; *quilquil,* chuncho *(Falco femorales);* dullin, abeja, etc.

La creencia en la acción májica de los animales, por sus gritos, cantos i movimientos se encontraba en todo vigor en las distintas ramas de la raza. Por algunos animales siente el indio un temor supers-

ticioso, un respeto absoluto, que le impiden dañarlos i hasta mirarlos (tabú, vedado), vestijio evidente, fragmento petrificado de un remoto culto a los mismos.

La culebra (Coronella chilensis), especialmente la de color rojo, era i es la serpiente mítica del araucano, que simboliza una fuerza maléfica; su mirada lo espone a peligros i desgracias inevitables, como enfermedades de la vista, cojera, etc. El lagarto listado de negro i blanco, pertenecía a los mitos serpientes que no podían mirarse ni atacarse.

En otros grupos quedaban indicios de una lejana veneración al *ñamcu* o aguilucho (Buteo Crythronutus). Es todavía el guardador del rebaño i cuando lo ven sobre un árbol, lo saludan con respeto i le dan el tratamiento de «compañerito».

Mientras más peligroso era el animal o el pájaro, mayor veneración inspiraba.

En el número de las aves, insectos i reptiles que les inspiraban admiración, se cuenta el *chuncho* (Glaucidium nanum), el *peuco* (Autenor unicinetus), el *cernícalo.* (Tinnunculus cinnamominus), el *nuco* (Asiabrachyotus), el *pequén* (Speotyto canicularia), las *cigüeñas,* el *cuervo* o *gallereta,* (Plegadis guarauna), la *perdiz,* la *lloica* (Trupialis militaris), el *chucao* (Pteroptochus rubecula), el *cóndor* o *buitre,* la *cuca* (Ardea cocoi), el *moscardón.* La *bandurria* (Theristicus caadatus), indicada al pasar por un lugar que el próximo viaje de algún indio sería feliz.

Las tribus cazadoras del este arjentino veneraban al avestruz i al guanaco (Auchenia guanaca), que les aseguraban una parte de su alimento.

Todos los grupos sentían un respetuoso temor por ciertos actos o gritos del zorro, personificación de la astucia i del robo lejítimo contra los estraños; el *tréguil* o frailecillo (Vanellus cayenensys), que simbolizaba la perspicacia de la *machi* o curandera (1).

El vuelo o el grito de estas aves i animales auguraban próspera o mala fortuna, según el lado en que se verificaban, derecho o izquierdo.

Como entre los araucanos, a semejanza de otros pueblos incivilizados, la música i la danza tienen relación íntima con la vida relijiosa, algunos de sus bailes eran imitados de los movimientos de animales i pájaros, especialmente del avestruz (Rhea amer) i del tréguil (Vanellus cayenensys). Solía mezclar, asimismo, en sus nivocaciones nombres zoolójicos con los de sus mitos i espíritus tutelares, en todo lo que no es aventurado ver restos de un culto teriomórfico.

Sobrevivencia del totetismo fué igualmente la pintura del rostro, vestijio sin duda del tatuaje, que los españoles encontraron a su arribo al territorio.

El tatuaje, que no era un simple adorno sino un signo de reconocimiento entre los clanes, se mantuvo en la forma atenuada de pintura de la cara hasta los últimos años de la vida independiente de los araucanos. Los historiadores antiguos suelen referirse a esta costumbre.

Mariño de Lobera dice que en las primeras peleas con los conquistadores los indios venían «mui lucidos con la pintura de sus rostros, que estaban

(1) Informes recojidos en algunas reducciones.

matizados con la variedad de colores». Carvallo confirmaba más tarde esta noticia. «Se adornaban tanto los hombres como las mujeres con pinturas encarnadas de figura triangular, que se ponen en las mejillas i barba, tirando por todo el rostro tres líneas negras desde los párpados i labio superior».

Hasta no hace muchos años subsistía en algunas reducciones la costumbre de pintarse el rostro, particularmente en las reuniones ceremoniales i de regocijos domésticos; esta pintura se espresaba con la palabra *huirca*. Desde las mejillas partía una línea lacre *(colo)* que daba vuelta por la barba, formando ángulo. Iba orillada por otra línea negra *(codio)*. Para que no se borraran mui pronto las materias colorantes, se mezclaban con sebo. Estraían la pintura roja, que llamaron *colo* i ahora *quelihue*, de las raíces de algunas plantas, como para otros colores usados en los tejidos (1).

En idolillos de greda de época mui antigua, se ve dibujada la pintura facial con bastante simetría i perfección (2).

Vestijios del acatamiento lejano a especies vejetales quedaban hasta hace pocos años en las costumbres araucanas. En varias rejiones se honraban algunos árboles grande i beneficiosos por sus frutos, a los que los viajeros les dejaban determinados objetos como ofrendas. En la rejión de la cordillera se practicaba este acto de carácter votivo con algunos pinos corpulentos (Araucaria imbri-

(1) Datos recojidos por el autor.

(2) Colección del autor de las piezas pintadas estraídas en la provincia de Cautín.

cata), que había en algunos sitios de condiciones topográficas especiales, como al principio de caminos largos i peligrosos.

Otras plantas figuraban en el concepto indíjena como sagradas por sus propiedades curativas o sus aplicaciones a las industrias domésticas. Entre las primeras se cuenta el canelo, el árbol de las ceremonias relijiosas, del distintivo de autoridad, de la farmacopea indíjena i anestésico para los peces de aguas mansas.

Desde antiguo los indios no quemaban como leña los palos de árboles que le merecían algún respeto o que acataban por alguna particularidad. Todavía las *machis*, cunranderas, observan con el canelo esta prohibición.

En el siglo XVIII perduraban ciertas reminicencias de tótemes que quizás no sería impropio llamar hidro i orográficos, como el del mar, que les daba tantos recursos de alimentación; los ríos, que necesitaban revenrenciar para que no los ahogasen; las lagunas profundas, que ocultaban seres misteriosos i perjudiciales; las vertientes, que llevaban el agua de los montes hasta las puertas de la casa; los cerros más altos, que servían de morada a espíritus de antepasados i donde se daba sepultura antiguamente a los caciques e indios nobles, según el cronista Rosales.

Hace apenas unos treinta años que todavía se practicaban rogativas parciales o pequeños *ngillatun* a ríos o arroyos que se distinguían por algunas particularidades. Hace menos tiempo aún que en el ngillatun o rogativas de lluvias celebradas por las agrupaciones, se invocaba el nombre de los cerros más sobresalientes de la rejión.

En el mismo siglo XVIII i aún en el siguiente quedaban supervivencias acerca de la veneración a ciertas rocas que tributaban algunas tribus.

Abundan en todas las comarcas del territorio indíjena, rocas fijas, no de orijen humano, de diferente naturaleza jeolójica, en la costa, en el centro i la rejión andina. Ya afloran en grupos o aisladas en algunas pendientes, ya en medio de algún campo despejado se levantan como siluetas raras que infundían temor al indio. Unas, de 2 a 3 metros de altura vertical, se enderezan rectas i otras un tanto inclinadas. Algunas se angostan hacia arriba i otras apenas disminuyen del grosor que presentan al ras del suelo. Semejan a esos menhir que en otros países fueron erijidos por la mano del hombre.

Los indios suponían dotadas estas rocas de un poder misterioso, eficaz para el grupo familiar, i las invocaban a menudo o concurrían al pie de ellas para hacer sus peticiones.

Varias de estas piedras había en los cerros de las cercanías de Angol; los indios comarcanos reconocían el poder sobrenatural que las entrañaba.

En Trompulo, en Huichahue, al este de la ciudad de Temuco, en las orillas del río Malleco i en diversos lugares de la costa i de los flancos de Nahuelvuta, no era difícil hallarlas.

Este respeto a las piedras se mantuvo con bastante fuerza todavía hasta la mitad del siglo XIX por lo ménos (1).

---

(1) Noticias dadas al autor por indios viejos de las reducciones donde hubo estas rocas.

En menor número que las precedentes se contaban las rocas tendidas o levantadas, con hoyos en la superficie superior o en las caras laterales. Estas cavidades eran circulares o informes, de varios tamaños i profundidades.

Corresponde la situación de estas piedras a vías mui antiguas, bien que algunas quedan todavía en caminos actualmente traficados.

En estas rocas depositaban los viajeros hasta fecha mui reciente pedazos de alimentos, monedas, tabaco, ramas de árboles i otros objetos. Las leyendas que se refieren a ellas se han perpetuado entre los indios de la rejión donde se levantan i dejan testimonio de que ahí se detenían los que iban de tránsito a lugares distantes, o los que de exprofeso hacían peregrinajes para celebrar rogativas parciales o de pocas personas.

Estos bloques de cavidades fueron seguramente numerosos en épocas pasadas; pero hoi es difícil encontrarlos, pues los cubren la tierra i los árboles. Con todo, su desaparición no ha sido completa: todavía existe el del Retiro, cerca de Angol; el de Retricura, en el camino de Cura-Cautín a Lonquimai, el más conocido de todos; otro en Puquilón, de Toltén bajo, i varios en los pasos de la cordillera, hacia las dos vertientes (1).

Han creído los araucanos de otros tiempos que esas rocas estaban dotadas de un poder oculto i misterioso, que podía inclinarse a favor de los hombres mediante las ofrendas que se les hacían.

---

(1) *El culto de la piedra en Chile*, Alejandro Cañas Pinochet. *Psicolojía araucana* del autor, páj. 300.

Algunos autores han pretendido ver en ellas morteros o piedras de juego. En la Araucanía, en vista de la costumbre persistente de las ofrendas e invocaciones, se puede afirmar con más que relativa seguridad que se trataba de lugares destinados a la celebración de rogativas, individuales o de varias personas. Tal vez más al norte las había para los dos fines, para morteros unas i votivas otras.

Otro indicio de las costumbres totémicas que no se borraba todavía en el último tercio del siglo pasado fué el relativo a la sucesión, no desprendida del todo de su carácter arcaico. En muchas tribus subsistía la práctica de que el hermano mayor sucediera al jefe de la familia en la dirección de la propiedad inmueble. Quedaba como tranformación del derecho, prioridad i consideración que en la familia matronímica se otorgaba al tío materno, hermano de la mujer principal. Desempeñaba las funciones de un verdadero padre i como tal lo consideraban las sobrinas, que lo heredaban también. La administración corría a su cargo; era en todo de hecho i derecho el cacique del grupo. De aquí proviene que los conquistadores encontraran caciques en las comunidades que no habían salido de la estructura femenina.

Esta transición hereditaria ha dificultado a los protectores de indíjenas los arreglos de partición, por lo que inducen a los hijos mayores a tomar la administración de la reserva.

Existió hace pocos años entre los araucanos la estraña costumbre de que el yerno rehuyera el trato i el encuentro de la suegra, a la que no hablaba ni miraba jamás. Tampoco podía el suegro dirijir

la palabra ni mirar a las mujeres de sus hijos, aún cuando viviesen todos bajo el mismo techo.

Para comunicarse estos parientes se valían de interpósitas personas, que trasmitían la palabra de uno al otro. Si las nueras servían la comida al suegro, éste i ellas se volvían la cara.

Entre el yerno i la suegra esto es más serio todavía. No solamente no dirije la palabra el yerno a su suegra si no que no quiere verla. Cuando la suegra viene a visitar a su hija, el yerno, si está con ella, se va inmediatamente con otra de sus mujeres. Si ésta se queda en la casa, pone una manta en forma de tabique para que el marido no vea a su suegra. Si por casualidad las dos suegras llegan a un mismo tiempo, el indio abandona la casa i se va a la de un pariente o amigo.

El orijen de estas precauciones se remonta a los tiempos lejanos de la organización totémica. Entonces la institución de la exogamia (prohibición de las relaciones sexuales entre individuos de una misma fracción) no autorizaba la unión entre personas del mismo tótem. La circunstancia de ser de comunidades diversas atraía a las personas, pero la de no pertenecer a la misma jeneración, las contenía. Para no violar esta última lei, para no caer en tentación, se tomaban semejantes cautelas.

Los araucanos del siglo pasado creían que estas personas eran restos de enojo del yerno con la suegra, que se había opuesto con tanta violencia al arrebato de la niña de su hogar.

Los viejos mapuches de hoi las atribuyen a consideración i respeto de los jóvenes por sus deudos mayores.

Hoi existe entre estos parientes una comunica-

ción directa, i de esas prohibiciones o *tabú*, que nadie violaba sin grandes desgracias, no queda otra huella que ciertas reservas respetuosas por los suegros.

En realidad, el totetismo no subsistió entre los araucanos a contar desde el siglo XVI para adelante como institución establecida con la uniformidad de otras razas, sino como fórmula, símbolo, de un estado totémico mui lejano. En ese tiempo las tribus atravesaban por el período de transición. Sólo en algunas, principalmente en las cercanas a los tehuelches i pampas, se mantenía la composición femenina; en el siglo XVII llegaban a la filiación paterna i en el siguiente la organización revestía todos los caracteres del patriarcado.

Habrá que observar, por consiguiente, la opinión de escritores de prehistoria chilena que prolongan la duración del totetismo hasta una época reciente, conservándole sus valores de institución social. Uno de ellos sintetiza su disertación al respecto en estas frases: «No sabemos a punto fijo hasta qué época duró el uso del tótem entre los araucanos, pero a no dudarlo persistió hasta el siglo XVIII, como se manifiesta por algunas de las citas que hemos dado; i probablemente más tarde entre las tribus más apartadas. Hemos demostrado ya, que hasta principios del siglo XIX la filiación paterna no existía entre los araucanos en cuanto a linaje i tótem, etc. A fines del siglo XVIII persistía la filiación materna al menos al sur del Tolten» (1).

---

(1) Ricardo E. Latcham, *La organización social i las creencias relijiosas de los antiguos araucanos*, pájs. 312, 324 i 337.

Basa su información en la diversidad de nombres que existía de padre a hijos i supone que éstos, en consecuencia, tomaban el de la madre. Dice acerca de este particular: «Todo esto haría suponer que los hijos heredarían el tótem i apellido del padre, empero nuestras investigaciones nos demuestran lo contrario.

Al contar su descendencia por el lado paterno, el tótem i apellido de los hijos serían iguales a los de los padres, i en ningún caso que hemos podido establecer ha sucedido esto. Al rejistrar los nombres indíjenas a que hemos hecho referencia al hablar de la distribución de los tótemes, tuvimos especial cuidado de apartar los que eran padres e hijos, i jamás correspondía en cuanto a apellidos. Citaremos algunos ejemplos:

Cayomanqui era cacique de Arauco i tuvo por hijo a *Petehuelén*. El cacique *Renohuelén* tuvo por hijo a *Quiturome; Licapillán*, de Mague, a *Uñicaule; Carallanca* a *Picolicán* i a *Quetomilla; Antümapu*, de Angol, a *Manquipillán; Pelantaru* a *Conque; Carampangue* a *Queupuantü; Pangueturéo*, de Osorno, a *Chaniantü* i a *Chapillán; Coipulavquén* a *Lighuenu; Ainavillu* a *Lincoyán*. El padre del famoso Caupolicán se llamaba Leocán (iu) i el de Lautaro, *Pillán*, o según Carvallo i Goyeneche, *Curiñamcu*, según otros *Talcahuenu*».

Sigue enumerando una larga serie de nombres de padres cuyos hijos adoptaban otros, el de las madres, i concluye con este concepto esencial: «Todos estos hechos, a nuestro ver, solamente pueden significar que prevalecía por todo el país el sistema de filiación materna, que da a los hermanos

uterinos el mismo apellido, el que es en todo caso diferente que el del padre».

Para aceptar una afirmación tan categórica, habría que conocer el nombre de las madres, que debía concordar con el de los hijos; sin este dato, la aserción cae por su base.

La verdad es otra en cuanto a esta variación de los nombres de los padres. En el siglo XVIII i en el pasado se daba a los hijos el nombre del padre, de algún pariente o de personas estrañas a la familia.

Así para perpetuar el recuerdo de los antepasados, se ponía a unos de los nietos el nombre del abuelo, i para conservar las tradiciones de la parentela, el padre daba a sus hijos las designaciones de sus tíos. Solía poner también a otro, para honrar a la familia, el nombre de algún personaje de orijen español de notoriedad en el territorio indíjena o ligado con él por una amistad estrecha.

En el siglo XIX persistía este sistema de apellidarse. Los hijos tomaban de ordinario el apellido del padre, pero en muchas ocasiones, éste les ponía el de algún pariente, como el de un tío, de un hermano, primo, cuñado, etc., o el del *lacu*, padrino; el de un amigo de prestijio; nunca el de la madre. A veces les daba el de amigos españoles, como Riquelme, Sandoval, Romero, López. Las mujeres tomaban comúnmente el de una tía paterna o materna i a veces el de alguna pariente querida i no el de la madre.

En la familia de los Cayuleo, de Collimallin, no distante de la ciudad de Temuco, hace de jefe Martín Ignacio Cayuleo; su padre se llamó Ignacio Ca-

yuleo, su abuelo, Tralma, i su bisabuelo, Palau, del siglo XVIII (1).

La mentalidad araucana concebía el nombre dotado de ciertas propiedades misteriosas, de las mismas cualidades del que lo había llevado primero. Esta concepción primitiva no se avenía con la trasmisión de nombres femeninos a varones en la sociedad patriarcal.

La fuerza inductiva que resulta de todos estos testimonios es tan evidente, que puede sostenerse la igualdad de este sistema con el del siglo XVI o de la conquista.

Los araucanos de los tiempos modernos desconocieron por completo el significado de la voz *cünga* que emplearon los cronistas i lexicógrafos, equivalente a linaje, estirpe.

En el siglo XVIII i probablemente en parte del anterior, ya la sociedad patriarcal había tomado todos sus caracteres propios. Antes predominó la filiación masculina o de la familia en que el sentimiento de la paternidad era rudimentario, incipiente todavía, con cierto grado de afecto pero de naturaleza utilitaria, pues los hijos servían principalmente para el trabajo i la guerra. Ahora la familia es paterna en la amplitud del concepto, porque el sentimiento de la paternidad aparece más acentuado, más afectivo que utilitario; la propiedad del suelo crea nuevo orden de relaciones eco-

---

(1) Informes anotados por el autor de la reducción de Collimallin i de otras de las provincias de Malleco i Cautín.

Los libros de la Oficina radicadora de Temuco i el archivo de la Comandancia de Armas, confirman lo aseverado más arriba.

nómicas; la trasmisión de los bienes pasa al hijo; la poligamia se desarrolla en proporciones que jamás había alcanzado i con fines más altos que la antigua, como el de mantener por los hijos el poderío de la familia; el hijo toma las mujeres del padre a su muerte; el adulterio pasó a ser un crimen abominable; el tótem se conserva únicamente como reminiscencia i se afirma la veneración a los antepasados varones, nunca de las mujeres.

Complementan estas observaciones al autor citado las que formula un distinguido escritor arjentino i cultor de las ciencias prehistóricas sobre el totetismo araucano. Dice entre otros reparos:

«Preliminarmente se ocupa de los diversos pueblos que habitaron la Araucanía prehispánica i esplica, con escasos fundamentos, cuáles fueron esos pueblos, qué territorios ocuparon, de dónde procedieron, etc. Establece la existencia de cuatro unidades principales, pero bajo el nombre jeneral de «araucanos» considera a dos pueblos distintos: 1.°, los mapuches, al Norte, i 2.°, los hullinches, al Sur. Agrega, asímismo, que, en jeneral, sus costumbres eran parecidas, si no iguales, como lo eran también sus creencias, supersticiones e instituciones sociales, i deduce «que los de la antigua raza, numérica i culturalmente superior al elemento moluche, lograron mantener casi intacta su cultura e imponerla en gran parte a los recién llegados».

Como la máxima parte de los autores que tratan o han tratado estos temas etnolójicos, ha encarado el examen de los caracteres de la organización social i, como se comprende, las ideas relijiosas, porque «se hallan de tal modo entrelazados que sería difícil hablar de ellos separadamente». Recuerda

el señor Latcham que jeneralmente se han descrito estas fases de la vida de los pueblos indíjenas prehistóricos como si fuesen instituciones diverversas; «pero nuestras observaciones— agrega — nos han convencido que la vida social de los araucanos es solamente una proyección de su vida relijiosa». Con respecto a otros pueblos indíjenas, varios autores han creído ver una relación de dependencia entre la vida social i relijiosa, pero la esplican a la inversa de lo que afirma haberla reconocido el autor que nos ocupa.

«Tiene interés el conjunto de apreciaciones que reune en los capítulos III i IV, por corresponder, particularmente, al aspecto doctrinario i a las clasificaciones i nomenclaturas de las instituciones sociales primitivas.

«Insiste demasiado el señor Latcham en algo que muchos etnólogos ya han advertido. Nos referimos a la verdad sabida sobre las variantes que las costumbres del estado totemístico de la cultura han puesto de manifiesto entre los pueblos que las practicaron. El totemismo araucano es uno de los tantos casos o variantes; pero, no obstante, las ideas fundamentales dominantes en él, de lo que podríamos llamar ideas esenciales de la institución, son las que han determinado Frazer, Lang, van Gennep, Baldwin, Spencer, Howitt, Durkheim y otros glosadores. Debe tenerse presente, pues, que no se trata propiamente de una institución fundada i esteriorizada con uniformidad i que sus caracteres jenuinos debieron mantenerse hasta épocas ya lejanas i nunca contemporáneas para americanos i australianos.

«Entre los autores que hemos recordado, unos

definen al tótem i otros a las costumbres totémicas con cierta tendencia predominante a darle valor de institución social.

«El señor Latcham cumple con los dos propósitos, en la medida de su posible esfuerzo, i al reconocer la importancia de las observaciones de los etnólogos más serios comprueba que el totemismo entre los araucanos presenta los siguientes caracteres:

«1.°, Que el clan posea el tótem; 2.°, que el clan sea reconocido por el nombre del tótem; 3.°, que los componentes del clan admitan la relación de parentesco con el tótem respectivo, cuando éste sea un objeto animado, o, cuando sea inanimado, con la cosa que se relacione simbólicamente; 4.°, que el clan no admita el matrimonio entre sus miembros o entre los que tengan el mismo tótem (ésta es la lei del matrimonio exogámico, en la que algunos autores fundan el carácter esencial de la institución); 5.°, que el clan prohiba a sus miembros ciertas prácticas relacionadas con el tótem i colocan en primer lugar la prohibición de comer el animal, vejetal, de que se derive el tótem, salvo ciertos casos de carácter ritual; 6.°, que el clan rinda culto al antepasado que orijinó el tótem i a quien se confunde con éste.

«Por lo que se advierte en los fundamentos que enumera este autor, parece que estuviera más en la tendencia de A. Lang que en la teoría concepcional de Frazer, aunque bien es verdad que el señor Latcham no ha querido encarar la cuestión de orijen de la institución, no obstante la suma de datos i observaciones últimamente espuestos por los etnólogos que la han estudiado en Australia, Poline-

sia, Africa, India i América en jeneral. No obsta a sus apreciaciones i distingos — con cierta insistencia traídos a la demostración i que los autores que cito se empeñan en especificarlos cada vez más — ese modo de ver, en jeneral, a lo Lang, no sólo en cuanto al orijen i a sus caracteres más constantes i persistentes, como el mismo señor Latcham ha podido advertir.

«I si no tratáramos de simplificar los sistemas de interpretación de tan viejas prácticas sociales— con la debida prudencia en el uso de los términos técnicos — veríamos con sorpresa desagradable que la última tabla de opiniones espuestas por Van Gennep en su última contribución sobre la institución totémica habría que ampliarla sin mesura, con perjuicio evidente de la precisión» (1).

Los mismos indicios del totemismo de los araucanos de este lado de los Andes, han rastreado autores arjentinos de los afines que se radicaron en las llanuras de la otra banda (2).

Al arribo de los españoles al territorio araucano vivían entonces las familias agrupadas en rancherías pequeñas. Todas estas aldeíllas constaban de un número reducido de habitaciones circulares i de otras formas, que pocas veces excedían de 50. Entonces ni después las aglomeraciones patriarcales fueron susceptibles de número fijo de viviendas.

---

(1) Artículo publicado en el número literario i científico de «*La Nación*» de Buenos Aires, del 19 de octubre de 1924; firmado con la inicial T., que corresponde al nombre del doctor en ciencias etnolójicas i prehistóricas don Luis María Torres.

(2) Estanislao S. Zeballos, *El país de los araucanos*.

En dos o tres de ellas, de ordinario las mejores, residía un jefe, cabeza de la familia. En las demás, separadas por algunos metros, habitaban los parientes inmediatos, como los hermanos segundos, tíos, primos, etc.

Agregábanse a esta familia, a título de aliados, algunos estraños, como emigrados de otras tierras, servidores, prisioneros i desertores del enemigo, todos los cuales se encontraban en condiciones que no discrepaban mucho de la que correspondía a los miembros unidos por la sangre. Llegaban con el tiempo a suponerse también procedentes de un antepasado común.

Todos estos elementos que formaban una clase inferior, contribuían a incrementar el poder del jefe de la familia, el cual los utilizaba también en trabajos comunes. Tal fué el orijen de los *cona* (jente de guerra) i *reche* (simple indio o mocetón).

Estas rancherías de parientes ocupaban un solo lugar, que se estendía en proporción al número de individuos. Era un grupo local.

A cierta distancia de un grupo i en distintas direcciones se hallaban radicados otros, con la separación a veces de algún accidente del terreno. Era una serie de familias que ocupaban una zona.

Los parientes del grupo local constituían, pues, una pequeña comunidad autónoma que reconocía un solo jefe. Según el principio de autoridad paternal, esta sociedad no podía fragmentarse, porque los hijos varones del jefe quedaban siempre bajo la dependencia de éste cuando formaban por matrimonio una rama secundaria. En esta forma

social se producían, sin duda, varias ramas secundarias, pero alrededor del tronco principal.

El conjunto de zona fué una simple confederación de grupos, los cuales, teniendo cada cual un jefe a su cabeza, se consideraban unidos por comunidad de raza o de intereses i se coligaban a menudo para prestarse mutua protección.

De manera que cada uno de estos agregados de grupos equivalía a una tribu, o a la gens de los griegos i romanos.

Pocas huellas han dejado los documentos antiguos acerca de la organización política de los araucanos cuando entraron al dominio de la historia. En algunos relativos a la conquista, se encuentra los términos *levo* i *cavi*, que usaron los cronistas i conquistadores de esa época: «I le repartí los levos e indios dellos de dos leguas a la redonda para el servicio de la casa» (1).

Equivalen sin duda esas dos espresiones, traídas a Chile del norte del continente, a las divisiones sociales de la gens i del grupo patriarcal.

Una sola facción o familia con el anexo de los allegados se designaba *rehue* o *lov* en la lengua indíjena i equivalía a parcialidad de los españoles. La gens o tribu, conjunto de grupos, se llamaba *aillarehue*, de *ailla*, *nueve* i *rehue*. Designábase también *villmapu* (toda la zona) i equivalía a la reducción de los españoles.

Provenía esta designación social del *rehue* o tronco de árbol con ramas renovadas que se plantaba i se planta todavía para las fiestas de índole

(1) Cuarta carta de Pedro de Valdivia al rei.

relijiosa. Probablemente cada grupo tenía esta divisa.

De manera que el *aillarehue* o reducción debía constar, según los cronistas i lexicógrafos del araucano, de nueve parcialidades. Pero, como en las sociedades inferiores las instituciones no tiene formas fijas i ríjidas como en los pueblos modernos, sino diversas i adaptables a las circunstancias, el número de nueve *rehues* para formar un *aillarehue* o tribu variada en más o en menos.

En pocas manifestaciones de la vida política del araucano ha quedado tan intacta su individualidad primitiva como en la ubicación de sus viviendas. Ha persistido esa distribución domiciliaria hasta la fecha. Sólo ha variado el número de habitaciones i, por consiguiente, el de sus moradores. Alcanzó su mayor dilatación el conjunto de casas en el período de florecimiento del patriarcado, en los siglos XVI i XVII, para descender en los sucesivos.

Así, un jefe de familia tiene sus habitaciones, dos o tres rucas, en que se albergan sus deudos inmediatos i allegados. A poca distancia vive una segunda familia con más o menos casas, en seguida otra i sucesivamente varias más, ligadas todas por vínculos de parentesco real o supuesto. Tal es el grupo actual.

Hoi un grupo tiene entre diez i veinte casas. En una de éstas suelen asimilarse hasta quince personas. En la vivienda del cacique Huenchuñir de Quepe, por ejemplo, viven él, su mujer, dos hijas, dos hijos solteros i un sobrino. En las demás, otros parientes. En suma, como cien personas en veinte casas.

El conjunto de moradores de cada vivienda se llamó *rucatuche*, jente de la casa.

La tribu de Quepe consta sólo de tres grupos, entre el río de este nombre por el norte i el estero Pelal por el sur. El del oriente se llama Huecameu, en el lugar en que hoi se encuentra el pueblo de Quepe; el del poniente conserva el nombre de Pelal i el del centro se denomina Trapilhue.

En el grupo local de Huecameu reside la parentela de los Hual: Marcelino Nahuelhual ocupa un paraje al oriente del pueblo, Juan Huenchual, que tiene el título de cacique, otro más al norte, i Juan Añihual, que vive en el mismo pueblo, por haberse delineado éste en su misma posesión. Todos provienen de un ascendiente común, jefe del *Hualmapu* o tierra de los Hual.

El grupo de Trapilhue está dirijido por el cacique Huenchuñir i el de Pelal por Manquilef. Divídese este grupo en los lugares de Huechuñ, Rucahue, Alcañirre, donde vive Manquilef, Mellelche i Huapi.

En la zona de Trultruf hai un grupo de parientes, vecino a la ciudad de Temuco, que ni por esta circunstancia ha perdido la formación característica de las comunidades araucanas. Varias familias ocupan en un solo lugar distintos parajes cada uno con su respectivo nombre i jefe, heredero de un algún famoso cacique antiguo.

En el paraje de Collerrahue vive Esteban Romero.

En el de Lleupe, Juan Saldoval.

En el de Cahuintué, Pichumán, mocetón.

En el de Fuilco, Juan Quidel.

En el de Millahuesco, José María Romero.

En Caifuco, Antinao.

En Vutamallin, Juan Tori.

En Catripilli, un mocetón de Sandoval.

El jefe principal de este grupo fué un cacique de nombre españolizado, Sandual (Sandoval).

El grupo patriarcal tenía su personalidad bien definida. Se reconocían los mismos antepasados *pu trem* i las mismas tradiciones. La propiedad del suelo era colectiva i las casas, próximas unas de otras, se levantaban en sitios que formaban un solo lugar.

El parentesco por hombre o agnación era el principio inmutable sobre que se fundaba la familia paterna. El patriarca reconocía determinadamente dos jeneraciones debajo de él, la de sus hijos i la de sus nietos i otras dos en la línea ascendente, la de su padre i la de su abuelo. El bisabuelo *yom lacu o epuchi lacu,* más de abuelo o dos veces abuelo) i el bisnieto *(yom lacu* o *epuchí lacu,* también), fueron grados que se confundían, sobre todo en las épocas antiguas, en la denominación jenérica de antepasados.

El jefe dirijía la comunidad con autoridad paternal absoluta i derecho de administración heredado.

En él se reconcentraban las funciones de cabeza de la familia, juez i caudillo guerrero. Disponía por esto de los medios necesarios para hacerse obedecer, para castigar i protejer.

Sus derechos eran numerosos: podía repudiar a las mujeres, casar a las hijas, escluír o autorizar a los hijos para el cambio de casa, fijar i presidir las fiestas rituales i familiares, dirijir los ataques,

delegar sus facultades militares i permitir el trueque de especies.

Sin embargo, el *ülmen* tenía el deber de usar en el ejercicio de su soberanía la prudencia i la justicia que establecían las costumbres i practicaron los antepasados. Limitábase su poder si se desviaba de esta línea de conducta. Cuando la propiedad individual adquirió toda su importancia, se relajaba la sujeción al cacique si carecía de bienes muebles i de animales: incierta i vacilante, quedaba sujeta al capricho de los jefes secundarios i de los mocetones i a las inspiraciones de una borrachera (1).

El jefe o padre del *rehue* o *lov* llevaba el título de *güimen* o *ülmen*, que significaba rico o noble, i también el de *lonco*, es decir cabeza, principal o superior. «Los caciques son las cabezas de las familias i linajes» (2).

Al presente se ha estendido mucho en las agrupaciones del sur, Cautín i Valdivia, el tratamiento de *ñidol*, jefe o el que tenía el mando.

Los araucanos, como muchos pueblos inferiores, empleaban términos concretos para espresar las abstracciones de mando: *ülmen*, rico, por omnipotencia; *lonco*, cabeza, por superioridad; *ñidol* (de *ñidolun*, principiar), por anterioridad en el orden.

En épocas de guerra i particularmente cuando un grupo patriarcal tomaba grandes proporciones, algunos miembros de él se ausentaban estraordinariamente para ir a establecerse a otro lugar. El

---

(1) Testimonio de los cronistas i documentos de las autoridades de la República.

(2) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 137.

cacique hacía lo posible por impedir estas segregaciones, que a veces asumían el carácter de deserción, porque el mayor o menor número de parientes i allegados regulaba su prestijio. Presentarse a las reuniones con cortejo numeroso, era su orgullo más preciado; disponer de un continjente crecido de lanzas, le daba fuera de su núcleo una autoridad respetable.

El cargo de cacique era permanente i hereditario. Se trasmitía del padre al hijo mayor inmediatamente que ocurría la vacante, con derechos i obligaciones inalterables.

La familia no se desmembraba. Los hermanos segundos seguían bajo la autoridad del primojénito, aún cuando separasen habitación. Las mujeres quedaban también en la casa i se casaban a veces con éste, menos la madre, o con el hermano que sucedía al jefe.

«El ser *toqui* o cacique no se adquiere por merced ni elección, sino por herencia, de modo que muerto el cacique pasa el cargo al hijo o al más capaz, i si el hijo mayor es pequeño, ejercita el cargo el hermano del cacique difunto o el pariente más cercano, hasta que el hijo mayor tiene edad competente» (1).

Antes de morir el cacique hacía comparecer a su presencia a todos sus deudos, i enumeraba la porción de bienes que dejaba a cada uno i los animales que debían matarse para su entierro. Era este acto propiamente un testamento verbal, llamado *chalin*, en la lengua.

No se trasmitían las tierras. El que asumía el

(1) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 139.

mando ejecutaba las disposiciones testamentarias.

Como los jefes asignaban a veces a los hijos recién nacidos algunos animales, que se multiplicaban con los años, a su muerte se suscitaban algunas dificultades en la partición.

Aunque el derecho de projenitura no consistía en la espoliación de los bienes de todos, el hijo mayor manifestaba a veces demasiada ambición i pretendía apoderarse de la mejor parte de ellos. Entonces intervenía como juez árbitro un pariente caracterizado o un cacique vecino.

Las costumbres tradicionales reglamentaban con minuciosidad las dificultades sobre la trasmisión de la dignidad de cacique. Se juzgaban estos asuntos ante un cuerpo de los principales parientes (1).

Por lo tanto, se desarrollaba el grupo patriarcal estrechamente ligado por las costumbres, los intereses i las necesidades adquiridas.

No sucedía lo mismo con el grupo tribal, cuya personalidad aparecía menos determinada. La familia estaba fundada en la consanguinidad, i la tribu en la asociación convencional. Le faltaba a la segunda la unidad de la primera.

La unidad de la tribu se afirmaba en tiempos de guerra. Entonces aparecían un jefe en condiciones de imponerse i un peligro jeneral que estrechaban entre sí a todos los grupos, pero sin que perdieran su autonomía durante la coalición.

Ejercía la jefatura táctica de la tribu alguno de los caciques del grupo, a quien se denominaba en la lengua antigua *apo gülmen*. Apo, término traído por los conquistadores.

---

(1) Gómez de Vidaurre, tomo I, páj. 324.

Floja era la autoridad de este jefe, i mucho más cuando no poseía parentela numerosa, animales i bienes muebles; pues quien estaba en la imposibilidad de costear el consumo de las frecuentes reuniones, debía carecer necesariamente de influencia entre los caciques de los grupos simples. Confundíase así la sociedad política con la doméstica.

No ordenaba a éstos, sino que les esponía la conveniencia de adoptar alguna resolución. Eran «dignidades i personas de respeto a quienes reconocen; pero sin superioridad ni dominio para castigar; de modo que no tiene un cacique que le reconozca más de los de su linaje» (1).

Presidía las reuniones para tratar de asuntos públicos i otras de carácter doméstico, i como todas iban acompañadas de un consumo excesivo de licor, su dignidad quedaba vejada a menudo por otro cacique inferior, hasta por un simple *cona* o indio de arma. No sucedía tal vejamen cuando el jefe superior contaba con parientes i bastantes allegados para repeler toda agresión.

No se le pagaban contribuciones ni servicios personales de ningún jénero por las familias de las tribus, razón por la cual no despertaba ambiciones la posesión del título. Solamente disfrutaban estos jefes de las prerrogativas que, como a todos los caciques, les otorgaban las ordenanzas i reales cédulas de los monarcas españoles.

---

(1) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 137. A la llegada de los españoles dice el padre Ramírez que había en Arauco 30 régulos, que Ercilla había fijado en 16. Fueron éstos jefes de zona o de tribu.

La personalidad del *uütranmapu* estaba todavía mucho más borrada que la de la tribu.

Solía suceder, en mui contados casos, que la necesidad de rechazar un ataque o emprender una invasión, obligaba a unir sus fuerzas a varias tribus de un rejión. Estableciase entonces una especie de federación militar. Las fracciones de que ésta se formaba transitoriamente, no perdían por cierto nada de su autonomía.

Revestían estas alianzas momentáneas mayor estensión cuando se juntaban por separado diversas rejiones para celebrar parlamentos *(collgh i vuta collagh)* con el ejército i las autoridades españolas.

«En el parlamento que se hizo después de la guerra de 1723, se encontraron 123 *ülmenes* con su respectivo acompañamiento» (1).

La dependencia de los jefes subalternos se dejaba sentir, pues, en el orden militar i no en el administrativo. De manera que en el tiempo de guerra se estendía al *uütranmapu* la unidad que en esas mismas circunstancias se producía en la tribu.

Unicamente en el período moderno se realizaron estas federaciones rejionales, porque en las anteriores los individuos tenían manifiesta incapacidad para concebirlas i organizarlas en grande escala. Las hubo de diversas zonas, pero no de varias rejiones.

Las vastas familias patriarcales, fuese que residieran más o ménos próximas en una misma zona territorial o distanciadas en rejiones o *uütranmapu diversos*, vivían aisladas, teniendo cada una

---

(1) Molina, *Compendio de la historia de Chile*, páj. 116.

sus tierras, sin conocer lazos políticos i declarándose frecuentemente la guerra hasta el punto de crearse un rencor perpetuo. Bien se comprende que esta organización de sociedades autónomas i antagónicas no favorecía la formación estable de estas federaciones.

El jefe rejional o de una confederación se reconocía con el nombre de *toqui* (de *troquin*, mandar, gobernar); *quiñe troquinche* era el nombre de estas fracciones.

Toqui se llamaba también el hacha de piedra que usaban como insignia estos jefes. «Y la nobleza de toqui jeneral les proviene a los que lo son de tener un *toqui*, que es una hacha de piedra con que mataron a algún gobernador o jeneral por su mano e industria. I este toqui con quien hizo esta hazaña, queda por arma de su linaje i le van heredando los hijos como un mayorazgo» (1).

Los ülmen i apo ülmen al servicio de los españoles, usaron como disitintivo de mando bastones con empuñadura de plata, con que los agraciaban las mismas autoridades.

Aunque la dignidad de *toqui* se reconocía como permanente, en casos estraordinarios asumía la dirección de las operaciones un cacique o un simple guerrero de aptitudes conocidas.

La dignidad de *toqui* i la de *apoülmen*, a pesar de ser nominales, se trasmitían por herencia al hijo mayor.

Durante el réjimen colonial, las autoridades españolas trataron de acentuar el poder de estos jefes jenerales, los caciques gobernadores, concedién-

(1) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 138.

doles títulos i prerrogativas que facilitaron la dominación. Otro tanto se hizo después de la independencia. *Huinca güimen* llamaron los indios a estos caciques al servicio de los españoles.

La presencia entre los indios de los funcionarios administrativos que las autoridades españolas i de la república mantuvieron en el territorio araucano, llevó al seno de las comunidades indíjenas algunas ideas de adelanto administrativo, sin alcanzar a establecer un verdadero réjimen de tribu i de *üütranmapu*.

Esos funcionarios fueron los capitanes de amigos, (intérpretes i parlamentarios), los capitanejos de reducción o tribu (intérpretes i consejeros de caciques), comisario (con atribuciones de cónsul i juez de apelación en los cuatro *üütranmapu*), comandantes de plaza (con jurisdicción civil, criminal i militar), el intendente (jefe i juez superior de apelación en todos los casos).

En contadas ocasiones sucedía que un solo cacique tuviese influencia efectiva en una o más zonas. Cuando tal sucedía en secciones independientes i belicosas, las autoridades chilenas protejían a otros rivales afectos del gobierno para mantener el equilibrio de fuerzas entre unos i otros. Durante el siglo XIX se observó la política de robustecer la autoridad de estos caciques, i a este plan obedecía el sistema de asignaciones con que se gratificaba a los jefes de más prestijio, en calidad de capitanes de amigos. En 1879 había 15 indíjenas que recibían una gratificación anual en dinero (1).

En 1849 uno de los estadistas chilenos de mayor

(1) Archivos de las intendencias de Malleco y Cautín.

ilustración i autoridad opinaba que algunos caciques debían tener carácter de representantes del gobierno. «Esas funciones agregadas, decía, darían al cacique una respetabilidad que ahora no tiene, darían más fuerza a sus órdenes. Algo parecido ha ocurrido al dar a Colipí una posisión tan ventajosa como la que ocupa i un poder como el que ejerce. Robustecida la autoridad de los caciques, mucho se habrá avanzado, para poner freno a la mala fe de los indíjenas en sus relaciones con las autoridades» (1).

Así fué como vivieron en perpetua enemistad las vastas unidades confederadas de Mariluán en los llanos de Angol; de Coñoepan, en las faldas orientales de Nahuelvuta; Colipí, en Sauces i Purén; de Magñil i Quilapán en Quillén i Perquenco, i en muchas otras.

La autonomía araucana de tribus adquirió marcada tendencia en el siglo XIX a la formación de esas agrupaciones confederadas, dirijidas por un jefe jeneral que ejercía autoridad omnímoda i despótica en su jurisdicción. Cuanto más guerrera aparecía una tribu en esa época, tanto más acentuado estaba en ella el principio de autoridad del caudillo.

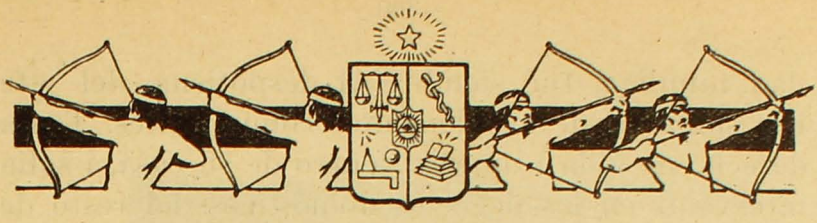
De modo que las dignidades administrativas de las colectividades araucanas pueden clasificarse en este orden: el *ülmen*, correspondía al patriarca de una familia i el jefe del grupo; rango permanente i hereditario. El *apoülmen*, cacique de tribu; jefe

(1) Informe de don Antonio Varas sobre el sometimiento de los araucanos.

convencional. El *toqui*, caudillo militar de una confederación o del *üütranmapu*, jefe ocasional.

Bajo la presión de nuevas condiciones de vida, la familia ha concluído al presente por adquirir cierta independencia, en el espíritu i en los actos, que ha roto el sentimiento patriarcal. El cacique ha perdido, pues, su prestijio de jefe, cuando no lo tiene personal. En algunos lugares han supeditado su autoridad, meramente moral en la actualidad, otros mapuches que lo han aventajado en bienes de fortuna.

Por lo jeneral, si actúa como cabeza de la comunidad, su acción es nula a los intereses de todos. Es ambicioso o neglijente; vive del trabajo de los comuneros o entrega las tierras a labradores inescrupulosos en arriendos o aparcería. De ordinario no toma parte en las faenas agrícolas de la familia, que ejecutan los hijos i las mujeres.



CAPITULO X

Organización familiar

La personalidad del padre en la familia.—El sentimiento paterno para los hijos. — El amor filial en la familia araucana.—El sentimiento de la comunidad.—Cambios de residencias por guerra.—Uniformidad de costumbres entre las diversas casas de un grupo i los diversos grupos de una zona.—Diversidad de ocupaciones. —La mujer en la familia.—Concepto araucano sobre la belleza.—El pudor.—La funcion sexual del hombre. —Costumbres araucanas para estimularla.—Tipos de matrimonios araucanos. — La poligamia. — El celo sexual.—Rol de las hijas i de los ancianos en la familia.—El parentesco araucano.—El saludo.—Nomenclatura de parientes.—La onomástica araucana.—La toponimia.

Como queda dicho en el capítulo anterior, la familia patriarcal se basaba en el parentesco agnático o por línea masculina i se componía del padre, centro del organismo fundamental; de la madre, varias por lo común; de los hijos i otros parientes.

Uno de los caracteres predominantes de la socie-

dad familiar, fué siempre el despotismo del jefe i la sumisión de los elementos componentes. Tenía derecho de vida i muerte dentro de su casa, i solía intervenir en los negocios domésticos del resto de la parentela i de los allegados, si su poder material imponía temor a todos.

Sin embargo, no estaba desprovisto de un sentimiento de afección por sus hijos. Jugaba con ellos, no correjía sus malos instintos, ni los castigaba cuando golpeaban a la madre. Cuando morían, lloraba y se vengaba de los que suponía causantes de la muerte; pero mui a menudo sobrevenía una contrariedad i estallaba su cólera, que concluía en palos i azotes. Estos cambios de sentimientos constituían la inconsistencia del bárbaro, su impresionabilidad instantánea i característica.

En jeneral, el sentimiento paterno se manifestaba bien desarrollado, aunque no tan intensamente como en las sociedades superiores.

Eso sí que existía una diferencia mui marcada entre el respeto que los hijos tributaban al padre i el que concedían a la madre.

Dentro del réjimen patriarcal, los hijos esperaban i recibían de sus padres cuanto significaba para ellos fortuna i reputación, como nombre, sustento, animales i bienes muebles. Por consiguiente, se dejaban sentir con mayor intensidad el respeto i la sujeción al padre. En cambio, la madre que había llegado al hogar por compra, que vejetaba en él abrumada por el trabajo i los golpes, envilecida, sin derecho de posesión, no inspiraba ningún sentimiento de consideración, ni podía tener la menor influencia en la decisión de los hombres.

A esta condición precaria de la madre se debía



Viejos casados

la debilidad con que se manifestaba para ella el amor filial en el seno de la familia. Solía llegar esta falta de amor del hijo para la madre hasta el vejamen de hecho. Ha sido mui citada la siguiente noticia de un cronista acerca de este particular. «Suele acaecer preguntar a algún indio si está crecido un mocetoncillo, i respondiendo que sí, da estas señas: Ya está grande; ya sigue a las mujeres; ya pelea con su padre; ya golpea a su madre, i esto en tono tan grave como que en ellos no hubiera la menor disformidad» (1).

Acontecía a veces, cuando el hijo llegaba a la edad viril, que el mismo padre sufría la agresión del hijo o se verificaba entre ambos una lucha personal, en la que el primero de ordinario quedaba vencido. El segundo se ausentaba entonces momentáneamente del hogar paterno, hasta que el tiempo i el olvido atenuaban la falta.

En la actualidad los padres ancianos, sobre todo cuando la edad los priva de iniciativa en los negocios domésticos, reciben con frecuencia de sus hijos golpes i tratamientos que revela lo débil que es el sentimiento filial en el hombre de civilización inferior (2).

La deficiencia de sentimientos afectivos del hijo se deja sentir sobre todo con el padre: lo teme i lo respeta más que a la madre, pero lo ama menos.

En efecto, en un medio de poligamia, dentro de una comunidad numerosa, se halla habituado a ver en su padre a un jefe poderoso, árbitro de la vida i de la muerte de sus hijos, juez de todos, representante de los antepasados de la familia. El amor fi-

(1) Olivares, *Historia civil de Chile*, tomo I.

(2) Datos recojidos por el autor.

lial se encuentra, pues, mitigado por el temor i la reserva.

Esta circunspección infiltrada en el alma del joven, en el hogar paterno, lo incapacitará en adelante para sentir las inclinaciones superiores de afección por los demás seres. Todo su ser estará dominado por el egoísmo familiar i preparado en un trato con los que no son de su raza, principalmente, a la cautela i a la inhabilidad para los impulsos desinteresados.

Como efecto de esta organización social, el sentimiento de la comunidad se manifestaba mui vivo entre los araucanos. El egoísmo dentro de la familia se reputaba como acción denigrante i contraria al bienestar de todos. La voluntad colectiva dominaba como un poder absoluto, incontrarrestable, ante el cual el individuo, a diferencia de lo que sucede en las sociedades contemporáneas, deponía ciegamente la suya.

Este sentimiento de la familia anulaba el de cualquiera otra comunidad mayor, como el de la tribu. Todo, en efecto, se desenvolvía en torno de la familia. En el espacio de terreno que se reconocía como de su dominio, trabajaban sus miembros para ella i no para los demás grupos.

Nadie, ni a título de aliado, podía instalarse en el espacio de terreno de un grupo patriarcal sin la aceptación tácita de la comunidad i sin la declaración previa del recién llegado de pertenecer a ella. El estenso radio del distrito familiar facilitaba, por otra parte, estas ocupaciones (1).

---

(1) Tradiciones anotadas por el autor acerca de la ocupación de algunas familias de terrenos que no fueron de sus antepasados.

Aunque los araucanos vivían apasionadamente ligados al suelo de sus mayores, la guerra perpétua a que estuvieron entregados durante tres siglos, contribuyó al cambio de residencia de grupos, pues antes de someterse, abandonaban sus tierras al usurpador para radicarse en otras secciones territoriales, unidos o fraccionados.

Reponíanse i agrandaban mui luego las familias en sus nuevos dominios, porque no salían de su clima, i es sabido que éste determina más normalmente el aire de difusión de un pueblo (1).

Un hecho no mencionado con toda certeza por los observadores de esta raza, ha sido la emigración de verano hacia el lado arjentino de las agrupaciones próximas a la cordillera, sobre todo que viene practicándose desde mediados del siglo XIX. Esta dispersión estival, de varones únicamente, se ha hecho más activa en estos últimos tiempos.

Otros factores entraban en la morfolojía de la unidad patriarcal, fuera de la consanguinidad.

El distrito tenía nombre propio i fronteras determinadas que lo separaban de los otros. Los miembros de las diversas casas estaban unidos por un fuerte lazo de afección. La májica maleficiaria poco se ejercitaba entre ellos. Los intereses económicos i las costumbres funcionaban con entera uniformidad.

Los grupos de la zona tribal, tenían también entre sí una notable uniformidad en su réjimen de vida: unidad lingüística, moral (tabú) i relijiosa. Pero esta homojeneidad de organización no significaba la de ocupaciones.

---

(1) Molina, *Compendio de la Historia de Chile.*

En las agrupaciones que habitaban en la costa i en el centro, predominaban el arte pastoral sedentario i la agricultura accesoria, agregándose la pesca a la primera.

En las familias de las alturas andinas, a los dos lados de la cordillera, eran las ocupaciones preferentes la caza i el pastoreo nómada. Este jénero de trabajo de los *pehuenches*, distinto del resto de la colectividad araucana, no establecía diferencias en la organización doméstica ni en las formas de administración: «Cada aduar la gobierna un *úlmen* o príncipe hereditario» (1).

En estas rejiones se ostentaba magníficas selvas i praderías que favorecían la vida patriarcal, por la abundante producción espontánea que proporcionaban.

En esta organización doméstica los dos sexos prestaban sus servicios: la mujer trabajaba para la familia, principalmente en la agricultura, i el hombre, fuera de ocupaciones accidentales, se dedicaba a la guerra o asistía al *malón* o ataque armado al que había inferido algún perjuicio a la comunidad.

En el réjimen patriarcal la mujer aparecía oprimida desde antiguos tiempos: sobre ella gravitaba el peso de casi todos los trabajos. Su resistencia era notable. Con los prisioneros i la jente sin aptitudes para la guerra, cooperaba, pues, al ocio del hombre.

Siempre han corrido a su cargo ciertas ocupaciones referentes a la producción natural, como

---

(1) Molina, *Compendio de la Historia de Chile.*

busca de frutas, raíces, animales pequeños, etc. Al principio de la conquista, cuando los indios aprendieron a sembrar las escasas semillas de importación, el cultivo se encomendaba poco menos que en su totalidad a la mujer. Por último, cuando se ensanchó algo más la agricultura por la influencia española i siguió aumentando hasta la ocupación definitiva, ella continuó cooperando a los trabajos del hombre, en el cuidado de los animales, en las múltiples faenas de la siembra i de la cosecha i en el acarreo de la producción al pueblo inmediato.

La mujer hila i confecciona los tejidos que llaman la atención por su ejecución paciente i por su variedad, como las mantas de distintos colores i dibujos, los *pontros* (frazadas), *lamas* (pieza de la silla de montar).

En todo tiempo ha corrido igualmente con las labores i menesteres domésticos, no divididos en la familia araucana como en la civilizada.

Acompaña al marido a sus múltiples reuniones para trasportarle las provisiones i el licor. Siempre camina tras él con paso acelerado i semblante tranquilo i conforme. Rara vez utiliza el caballo, i cuando lo hace sube como el hombre con las piernas abiertas, las rodillas un poco recojidas i sentada en una silla ancha *(salma)*, sin estribera por lo común.

Carga pesados canastos, cántaros i el niño que cría, echándolos a la espalda i sosteniéndolos en una correa o lazo de lana que se ata a la frente *(trapel quelco)*.

Siempre estuvo escluída de la propiedad: casada no heredaba del padre; soltera, jamás disponía

de lo que había heredado. Cuanto adquiría en el matrimonio por accidente estraordinario, recaía en el marido.

Carecía de voz i opinión en las resoluciones de los hombres i por consiguiente de autoridad en el hogar.

Se la reputaba incapaz de gobernarse por sí misma en ningún estado ni época de su existencia; durante la juventud dependía del padre, i si éste moría, del hermano o de los parientes; cuando casada, del marido, i cuando viuda, del primojénito o de los agnados.

La mujer, acaso por sumisión o reserva de los hombres, comía separada de éstos. Un cronista dice acerca de esto: «I jamás come el marido con la mujer, porque las mujeres sirven a la mesa, i aunque no sirvan, los hombres comen juntos i las mujeres aparte, i los hijos en pié o fuera de la casa» (1).

Cuando la familia se constituyó mejor, desde la ocupación definitiva de la Araucanía, esta costumbre fué desapareciendo hasta quedar reducida a los grupos apartados del trato de la raza dominadora.

Mujeres i hombres comen en el suelo, a pierna cruzada, o sentados en cueros o unos pequeños asientos de un trozo de madera llamado *huancu* (bancos).

La condición social de la mujer araucana aparecía más deprimida aún con la costumbre jeneralizada de que su dueño la maltrataba sin piedad. A semejanza de muchos pueblos atrasados, sobre to-

(1) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 152.

do de los guerreros, los araucanos afirmaban el derecho de propiedad sobre la mujer golpeándola por fútiles motivos, por impulso del alcohol o por mal humor, ya fuese en el oculto recinto del hogar, ya en sus públicas reuniones. Cuando esto último sucedía, a nadie le llamaba la atención un acto tan insólito en las sociedades evolucionadas. La misma ofendida lo tomaba como una contrariedad pasajera del marido autorizada por el uso secular.

El alcoholismo de algunos hombres se comunicaba a veces a su mujer, sobre todo en las familias pobres que viven en las vecindades de los pueblos. En estos excesos cometidos en el despacho del camino o en los suburbios del pueblo, rara vez incurren las solteras, i menos la jente de trabajo i de situación acomodada.

Es digno de notarse que la mujer araucana posee también algunas de las cualidades de la psiquis femenina jeneral, entre las cuales descuella la paciencia i la aptitud para aumentar artísticamente sus atractivos por el adorno.

Las alhajas son de plata con dibujos de fabricación araucana i formas variadas. No se adorna jamás con joyas de procedencia europea o chilena. Recibe con mucho agrado un regalo de una medalla, por ejemplo, pero la guarda como objeto de curiosidad i no de uso personal.

La mujer es en esto distinta del hombre, el cual, por la vanidad ilimitada del individuo inferior, mezcla estravagantemente las prendas de su indumentaria indíjena con algunas de la raza dominadora, como levitas, casacas militares i sombreros altos, costumbre que ya reprueban los menos apegados a los hábitos antiguos.

Rechaza también la india el uso del traje chileno. Cuando alguna, después de haber residido en establecimientos de educación, llega a la reducción con prendas de vestir estrañas a las de la raza, el ridículo cae sobre ella i las abandona pronto, porque las burlas hieren estremadamente al araucano.

El recargo de adornos de plata, principalmente, da realce a la belleza araucana, según el gusto indíjena.

Entre los caracteres dominantes que la estética particular de la raza asigna a la belleza de la mujer, figura en primer lugar la talla. No debe ser resaltante; pues, cuando sobresale demasiado de la media, toma proporciones de hombre, y cuando es diminuta, se asemeja a la pequeñez infantil.

Los cabellos negros i largos son más admirados. Era antiguamente grande afrenta cortarle por castigo a la mujer u hombre la cabellera, pero la costumbre tradicional prescribía a todos depilarse las partes vellosas del cuerpo. «Son comunmente de poca barba, dice el abate Molina, i en sus semblantes jamás se ve algún pelo, por la estrema atención que tienen de arrancar aquel poco que allí asoma, estimando en poca policía el ser barbados; de ahí es que por escarnio llaman barbudos a los europeos. La misma dilijencia practican en lo que miran a las partes cubiertas del cuerpo, donde esta vejetación natural es más abundante» (1).

Hasta hace poco no había ofensa igual para una mujer que decirle *calcha cutri*, frase que no es posible traducir. Hoi mismo los hombres se arrancan los pelos de la barba i de las cejas con las pinzas que tienen el nombre de *payuntuve*.

---

(1) *Compendio.*



Madre e hijos en viaje

Los araucanos, como muchos pueblos imberbes en estado de barbarie, querían exajerar así la parte del cuerpo que los seducía.

La cara redonda i regular agrada al indio como la espresión jenuina de la belleza. Las líneas angulosas i el color blanco de algunas *champurrias* (mestizas) no son tipos que le interesen bastante; acéptalos por la vanidad de poseer una mujer medio española i no por inclinación de raza.

Ojos grandes i negros, pestañas largas, cejas bien marcadas, piernas gruesas i pie ancho, completan los rasgos del gusto de los varones.

La mirada de la mapuche es tímida i apacible i da a su fisonomía un aspecto de natural recato.

Concíbese que al emplear este último término se trata del aspecto sumiso que la distingue i no de lo que en el concepto civilizado se entiende por pudor. Este sentimiento sólo existe en estado rudimentario en las razas no civilizadas, es decir, en forma sencilla i poco compleja.

La estructura psíquica i el medio ambiente del natural no se acondicionan al desenvolvimiento del pudor.

En efecto, los espectadores impúdicos, que despiertan imájenes eróticas, solían esteriorizarse en sus bailes i en sus fiestas con el aplauso de los jóvenes i no siempre con el de los casados. En algunos hogares no se guardaba el recato necesario en los actos íntimos, lo que es frecuente por lo demás en las clases inferiores de todos los pueblos.

Los hombres, particularmente los jóvenes, se apartaban del concurso con las solteras libres, llamadas *curredomo, ñua manjeve,* que tenían fáciles costumbres i recorrían a voluntad los lugares que

les interesaban sin obstáculo de nadie, pero en escaso número.

Como en todas las comunidades indíjenas, el acto de la lactancia i el del baño al desnudo, en fuerza de ser un hábito, no despertaba excitaciones sexuales.

El hombre daba mui poco valor a la castidad de las solteras i no concedía ninguna importancia a la virjinidad para la unión conyugal. Al contrario, solía decidir su elección la viudez o la edad adelantada. El adelanto de la raza ha ido modificando al presente esta despreocupación.

La necesidad de la belleza que domina toda la psicolojía del amor en las sociedades evolucionadas, se manifiesta imperfecta en la colectividad araucana: reúna o no la mujer las cualidades de la estética peculiar de la raza, el hombre la acepta en sus relaciones conyugales.

Puede inferirse por la esposición de los datos anteriores, que la función sexual ocupa una parte esencial en la existencia del araucano, sin diferencia de lo que sucede en casi todos los pueblos de civilización no terminada.

Practicaban el acto de la jeneración con una frecuencia que superaba a la raza dominadora. Suele alguna mujer en estado de ebriedad revelar en tono de reproche familiar i cariñoso la decadencia de la fuerza erótica de su marido (1).

Siendo manifiesta la enerjía i la lonjevidad jenésica de la raza, aún los viejos se entregan con largueza a los placeres sexuales, sobre todo sí, co-

---

(1) *Informe suministrado al autor.*

mo caciques, tienen el estímulo de la multiplicidad de las mujeres.

Se recurría a veces a prácticas májicas para adquirir el vigor jenésico, que la edad destruía en los ancianos.

Hasta hoy mismo ha existido una singular costumbre entre los indios viejos para recobrar las fuerzas reproductoras. Consiste en frotarse la cintura, los riñones i partes sexuales con los resíduos de los testículos de *huinllin* (Lutra Huidobra), reducidos a pomada en ollas que se ponen al fuego. Llámase esta operación *huillitun*. Los mapuches, que no dudan de la eficacia de este afrodisíaco, ignoran por qué secreta virtud de este roedor se le prefería a otros animales de más conocida virilidad jenital.

Consérvanse en todas las secciones aún habitadas por indíjenas, anécdotas i tradiciones de viejos vigorosos que se sometían a la operación del *huillitun*.

Bien se advierte que en tales casos era el alcohol el que obraba como estimulante en el organismo de los ancianos (1).

Como algunos pueblos de costumbres voluptuosas refinadas, algunos indíjenas se valían también de medios orijinales para estimular la sensibilidad de la mujer en la cópula. Tenían para este objeto un instrumento llamado *huesquel* (Bosal) compuesto de uno, dos o tres cordones de crin de seis centímetros de largo, que estaban atravesados en

---

(1) Investigando el autor las costumbres íntimas pudo descubrir i comprobar como mui jeneralizada la que deja descrita.

los estremos i el centro por hilos de lana destinados a servir de amarra. Otros tenían la forma de un dedal tejidos a manera de red.

Creían los indios que el uso de estos instrumentos producía en la mujer una especie de fetichismo amoroso, de estado patolójico que la entregaba en absoluto e incondicionalmente a un solo individuo.

A veces causaban estos instrumentos en la mujer, por lesión orgánica, espasmos musculares que los hombres atribuían a intensificación afectiva.

Empleaban el *huesquel* jóvenes i viejos. Solían valerse de él caciques decrépitos que deseaban la posesión esclusiva de una joven i temían la intervención de rivales afortunados. Esta práctica no tenía las proporciones de una jeneralización.

El doctor Lehmann Nitsche, investigador laborioso i concienzudo de las costumbres de los araucanos de la República de la Arjentina, ha publicado en alemán las noticias que siguen acerca de este particular:

«Instrumentos que tienen el objeto de aumentar la voluptuosidad en la mujer, hasta ahora han sido desconocidos en Sud-América, al menos según las aclaraciones de Ploss-Bartels («La mujer», tomo I, V edición, 1897, páj. 398 ss). Tal instrumento fué enviado últimamente al Museo de la Plata como regalo, con la aseveración de que dicho ejemplar ha estado en uso con ese fin entre los araucanos arjentinos. El vasito, en el cual fué entregado, llevaba el siguiente letrero: «Huesquel araucano». Después de investigaciones hechas con conocidos araucanos que viven en la Plata, pude saber de uno, que el instrumento tenía dicho objeto, pero él lo



Madre e hija

llamaba «Huesquen». Mas él no podía o no quería comunicarme nada.

Por eso puede ser que el instrumento con su curioso empleo no sea orijinal de estos indios, sino que lo han tomado de las mujeres de las tribus patagónicas o pampas, con las cuales los araucanos se han casado frecuentemente.

Nuestro ejemplar consta de una escobillita trabajada cuidadosamente de crin, de 3 cm. de largo. El hilo mide 41 cm. El crin no es igual, pues una parte es negra, la otra mitad moreno-oscuro.

El trabajo tan cuidadoso parece indicar que el instrumento ha sido trabajado para mujeres por mujeres» (1).

Hubo i hai todavía tres clases de matrimonios entre los araucanos: 1.° tomar mujer clandestinamente o con simulación de rapto (*ngapin* o *ngapitun*, robar mujer); 2.° comprar mujer al contado (*ngillanentun* o *ngillan*, comprar, negociar); i 3.° casamiento por fuga que se efectúa con el consentimiento de la mujer i sin el de los padres.

El primero consta de dos actos: simulación de la captura (*leventun*, escaparse corriendo o *huichatun*, sacar tirando); el pago (*mavün* o *mafün*), visita de la novia a la casa de sus padres, visita de éstos a la de su hija.

Se había creído i escrito hasta hoi por varios etnólogos que las uniones por captura, que persisten hasta la actualidad en varias razas, era una supervivencia del matrimonio por rapto, que estuvo

---

(1) Entre los araucanos el individuo que hace estos instrumentos se llama *huesqueve*.

en uso en las sociedades exogámicas de filiación uterina.

Investigaciones detenidas de última data han esclarecido que bien pudo quedar el rapto en algunas tribus estacionadas en cualquiera de las fases del salvajismo o de la barbarie, pero que tratándose de comunidades progresivas, actúan otras causas.

El hecho de ingresar la mujer a la casa del varón, según la norma invariable del sistema patriarcal, la familia de aquélla pierde a uno de sus miembros mui querido, las amigas a una amiga, los hermanos a una hermana, los padres a una hija. Era natural que, aún cuando la unión se hubiese concertado a gusto de todos, deudos i amigos hiciesen en el acto de entregar a la niña una resistencia de hechos i palabras con el novio i sus acompañantes. La familia del hombre ganaba un miembro i la de la mujer lo perdía (1).

En los últimos tiempos la riña de la captura ha sido un simple simulacro.

«Las ceremonias del matrimonio son pocas, dice el cronista Molina, o por mejor decir no consisten en otra cosa que en el simple rapto, el cual es creído de ellos un prerrequisito esencial de las bodas» (2).

En el ceremonial del matrimonio de ordinario figura un intermediario entre el pretendiente i el padre de la novia.

Arreglados los pormenores del negocio i el día de la entrega, el novio reunía a un grupo de amigos i

---

(1) M. Lennann, *Studs in Anc. Hist.*, páj. 27.

(2) *Compendio de la Historia Civil*, capítulo IX.

parientes, i sijilosamente todos se acercaban a la casa. A veces se destacaba un emisario que iba a distraer a los moradores de ella o a atisbar la salida de la niña, la cual solía apartarse del hogar para traer agua o recojer leña.

Cuando se encontraba cerca del novio i su comitiva, salían todos «i sorprendiéndola, la ponen por fuerza en las ancas del caballo de su marido, al que la ligan estrechamente; de este modo la conducen a la casa del esposo donde otros parientes de él, particularmente mujeres, con algazara i buenas maneras i palabras procuran enjugarle las lágrimas» (1). Los parientes de la niña que habían oído sus gritos, permanecían inmutables i ninguno intentaba ir a defenderla; el raptor la cojía por la cintura i huía con ella. Otras veces la sorpresa se llevaba a cabo en la misma casa de la niña. Presentábanse de repente la comitiva i el novio. Algunos de los acompañantes penetraban al interior i el interesado tomaba por la cintura a su prometida, quien finjía resistirse. Mujeres i niños la defendían con palos, tizones encendidos i agujas. El novio recibía una lluvia de golpes, mientras se apoderaba de la niña i la subía a la grupa de su caballo, para huir en seguida a su habitación o al bosque cercano, donde solía permanecer hasta tres días.

Los hombres no intervenían en este acto; se manifestaban indiferentes, sentados fuera de la casa o tendidos en la yerba.

Todavía se practica el simulacro de la captura

---

(1) Gómez de Vidaurre, *Historia de Chile*, tomo I, p. 326.

en las agrupaciones alejadas de los pueblos i de las vías de comunicación.

El novio llega a la casa de su prometida con cierto estrépito consentido por sus moradores, i colocándola a la grupa de alguna cabalgadura o en una carreta preparada con alguna precipitación, huye con ella.

Después de permanecer la pareja otros días en el bosque o en la casa del novio, va éste a la del suegro i come con él sin hablar una palabra de lo sucedido. En seguida se acordaba entre ambos el día en que se verificaría la ceremonia del pago.

El recién casado reunía los animales i objetos con que debía cancelar su deuda matrimonial.

Cuando sus recursos escaseaban, ayudábanlo sus parientes inmediatos, obligación que se espresaba con la palabra de *mavutun*.

Nunca dejaba de cubrirse una deuda que se consideraba como sagrada, según las reglas consuetudinarias. El olvido de tal obligación, significaba el derecho del padre para recobrar a su hija i dar un *malón* al engañador. Por su parte, el marido podía recuperar el valor dado por la mujer en caso de muerte prematura, adulterio o abandono del hogar.

La ceremonia del pago, *mavün, mafün o mafütún* (pagar al dueño de la hija) revestía de ordinario las proporciones de una fiesta de primer orden, sobre todo si el recién casado era cacique.

Desde tiempos antiguos se observaban estos pormenores en el festín nupcial. Reuníanse el novio i sus parientes i se encaminaban a la casa del suegro.

Entraba en primer lugar el yerno con su mujer

i lo seguían todos sus parientes, que conducían «sus carneros i ovejas de la tierra *(hueque)*, todos vestidos de gala i con el adorno de sus llancas i piedras preciosas». A continuación llegaban los parientes de las mujeres «con carneros, aves, pescados i otras cosas para la fiesta» (1).

Concurrían también los parientes de la novia, «con mucho adorno i grande repostería de botijas i tinajas de chicha».

En la casa del suegro se hallaban reunidos de antemano su familia i la parentela.

Al encontrarse los diversos grupos que concurrían a la reunión, prorrumpían en ruidosas manifestaciones de alegría.

«El marido da a los padres i parientes de la novia todos los carneros, vacas i ovejas de la tierra que él i los parientes han traído, i muchas mantas i camisetas, que todo se cuenta por dote i por paga de la mujer, i a la novia i a su madre las cubren de mantas i camisetas que es la paga i el dote que se da a la madre de la novia por la crianza de la hija, todo lo cual reparten la madre i la hija entre sus parientes» (2).

Se mataba una buena parte de los animales para el consumo de la concurrencia.

Enterado el pago a los padres i sus parientes, correspondían éstos presentando a los concurrentes abundante cantidad de chicha i comida.

En el acto de la entrega de los animales i objetos en que se había avaluado la mujer i en otros momentos de la fiesta, algunos oradores decían dis-

---

(1) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 143.

(2) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 143.

cursos alusivos al acto, *i los ngenpin*, compositores de cantinelas araucanas, *gul*, amenizaban la fiesta. Pagábalos el novio. Estas cantinelas, especie de prosa entonada, aparecen en los cronistas con el nombre de «romances».

«I acabados estos cumplimientos se sientan a beber i comer, i andan los brindis, i en cargando bien la romana, se levantaban a bailar i cantar al son de sus tambores, flauta i otros instrumentos. I así se están de día i de noche hasta que se acaba la chicha, que si hai para cuatro o seis días que beber, no se apartan hasta ver el fondo de las tinaxas» (1).

Este ceremonial que pudieron consignar los cronistas, siguió practicándose hasta estos últimos tiempos, con las variaciones que cada época imponía en las especies con que se hacía el pago.

El gasto del matrimonio dependía de la calidad del padre o del novio, del número de parientes a quienes había que contentar i secundariamente de la importancia personal de la mujer.

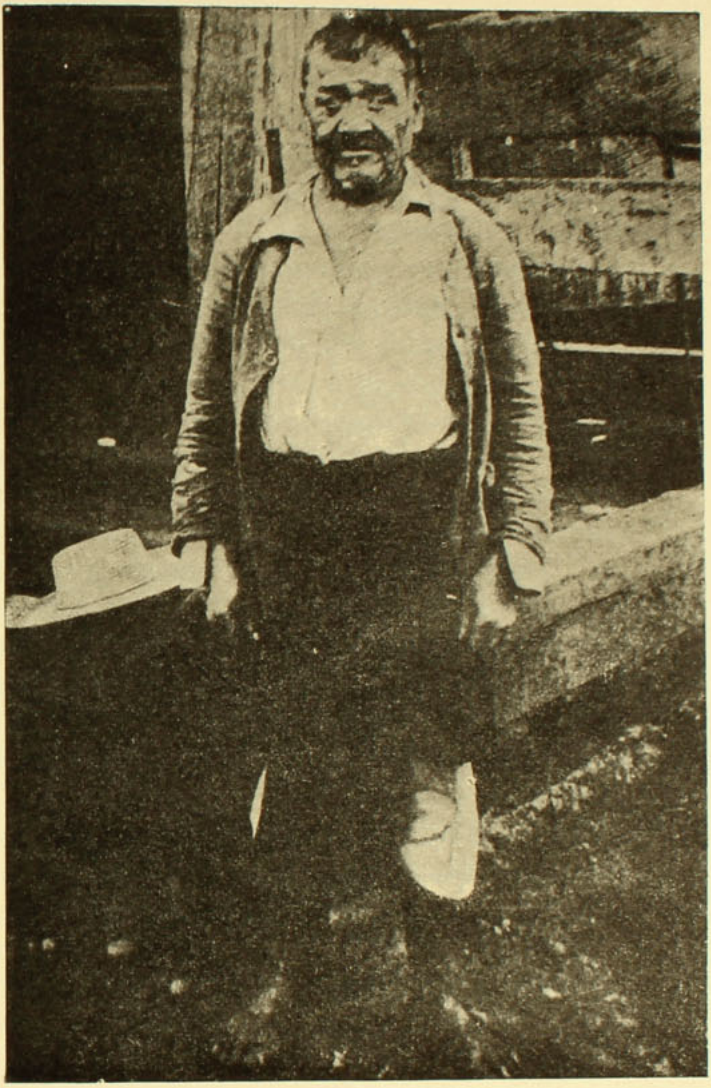
En los siglos que siguieron a la conquista, el precio de una mujer, por término medio, era de cincuenta pesos (2). A poco más alcanzaba en tiempos de la república, pagado siempre en animales i especies, como «bueyes para el padre, caballos ensillados para la madre, prendas de plata, carolas de suela, potrillos o terneros para los parientes hasta el quinto grado» (3). En la actualidad le cuesta a un indio rico, según los bienes que moti-

---

(1) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 143.

(2) Gómez de Vidaurre, *Historia*, tomo I, páj. 326.

(3) Ruiz Aldea, *Los araucanos i las costumbres*, páj. 37.



Anciano

van tal concepto entre los araucanos, hasta 200 pesos, en animales, objetos de plata i prendas de vestir. Para los demás, va descendiendo de esta suma, conforme a los recursos del comprador, hasta 25 i 20 pesos.

De esta venta se esceptúan las viudas i las solteras que carecían de padre y parientes (1).

La unión conyugal por compra (*ngillanentun* o *ngillan*), que ha quedado en vijencia hasta el presente, es el antiguo matrimonio araucano con la supresión del simulacro de la captura. Consta de estos actos: 1.° intervención del intermediario, 2.° pago i traslación de la novia a casa del suegro, 3.° visita de los recién casados a la casa de los padres de la mujer, i 4.° visita de éstos al yerno.

El ceremonial de este matrimonio, escrito en araucano por un joven mapuche i traducido para esta inserción, se desarrolla de esta manera.

El intermediario, indispensable en los pedidos de matrimonio, se dirije a instancias del joven a la habitación de los padres de la niña i formula sus proposiciones, a nombre del padre de la familia.

—«¿Está bueno usted, amigo? dice al dueño de casa.

—Estoi bueno, contesta el interrogado; no ha sucedido nada: no hai muerte ni pérdidas. Es suerte, pues, estar sin novedad. I usted, amigo ¿también está bueno?

—Estoi bueno. No hai novedad. En la reducción no ha habido ninguna cosa; toda la jente está buena. Estamos todos sin novedad. Hoi me mandaron aquí. Me mandó mi pariente. Vaya a ver a mi ami-

(1) Pérez de García, *Historia*, tomo I, páj. 59.

go, dijo; si está bueno, si están todos buenos, sin pérdidas, sin muerte. De repente, a medio día, a media noche, sucede a la jente cualquiera cosa. Me mandó mi pariente; vaya, me dijo, en este día. Yo tengo también un hijo. Ojalá que me la diese. Los hombres necesitan mujer; las mujeres deben tener marido. En todas partes es así. Tengo vacas, tengo yeguas, ovejas, chalón i plata (joyas). Si me la da, todo esto le daré. Es hombre joven, no tiene mujer. Diga (esto) a su mujer, a todos sus amigos, a la vecindad. En cinco días vendré, diga a mi amigo. Voi a traer todas las cosas; una vaca voi a matar en el casamiento. Esto es no más; ya no tenemos que decir más, amigo. Eso es no más; ya he terminado la palabra. Apartémonos, mi amigo. Ya me voi, hermano; me voi, madre (la mujer del dueño de casa); me voi amigos (los oyentes)».

El padre de la niña da su respuesta favorable, de ordinario en estos términos: «Mupiñ huení yefilú inché, chem piafun, niguai, ngenca», que traducidos libremente significan: «Si es mi amigo, no puedo poner ninguna dificultad; se casarán» (1).

En ocasiones varían los términos i la énfasis de la petición, según la calidad del emisario, *huerquen*, como asímismo la respuesta del cacique. El emisario trasmite comunmente esta respuesta: «Así me dijo mi amigo: le daré mi hija a mi pariente; que se casen ellos, que me dé animales mi amigo».

En el día fijado para la ceremonia, el padre del novio dispone los preparativos de la visita.

---

(1) Relación escrita en araucano por el joven Manquian de Cholchol.



Hilando

«Ya nos vamos, dice a sus parientes e invitados al matrimonio. Vayan a buscar los caballos. Ensillen; arréglense bien; anden lijero. Piensen lo que van a decir allá en la conversación. Quien sabe si nos van a negar la novia *(gapin)*. Den la mano (saludar) a la novia, a todos los de allá. No se les vuelvan los animales, que es mala seña; así también puede volverse la novia».

En seguida un cortejo de parientes, amigos e invitados del padre, se traslada a la casa de la familia a que pertenece la novia, a caballo los hombres i en carretas las mujeres.

La llegada de este acompañamiento se saluda por los que esperan con demostraciones de júbilo.

La novia se halla ataviada con su traje i joyas mejores. Tan pronto como llega la jente, se esconde con otras dos jóvenes en un departamento de la ruca llamado *catrintuco*. Ahí aguarda el desarrollo del formulario.

Entran al interior de la casa solamente los padres del joven. Entablan con los de la novia un diálogo acerca del pago de la niña i la distribución de los animales, de la ropa, del vino, objetos de plata, etc. En este reparto corresponde la mayor cantidad a los padres de la novia i otra menor a los hermanos de ésta, a los tocayos, que son considerados como hermanos i en jeneral a los parientes.

Esta entrevista se prolonga por algunas horas. Al fin los padres i parientes se declaran satisfechos. El matrimonio quedaba autorizado.

Penetran entonces al interior de la habitación el novio i el número de los concurrentes que cabe en ella, todos los cuales habían permanecido afue-

ra, para dar principio al banquete araucano con que finaliza esta ceremonia.

Cuando las libaciones i la comilona han avanzado, entran dos mujeres i sacan a la novia a presencia de los concurrentes (1).

Durante la fiesta, exhorta el padre a la niña a que sea trabajadora i cumpla con los deberes que le impone su nuevo estado.

A veces encarga decir este discurso, *hueupin*, a un representante hábil en el manejo de la palabra, *hueupive* o *hueupife*.

Antes que decline el día, el padre del novio da la orden de regreso. «Monten a caballo, dice: enyuguen sus bueyes. Salga la mujer».

El novio, después de recibir a la novia, se despide de todos i vuelve a su casa acompañado de varios amigos.

La novia, con permiso de su esposo, se despide de todos. Las mujeres lloran i algunas se limitan a decirle: «Sírvete de esto, porque ya no te iré a ver más».

En seguida todas las mujeres van a encaminar a la novia como a dos cuadras de la casa. Algunas le dan consejos, otras se despojan de sus joyas i al entregarlas le dicen: «Toma esto para que te acuerdes de mí». Después la novia se va a juntar a la comitiva de su esposo i todos se ponen en marcha (2).

---

(1) Relación escrita para el autor por el joven mapuche Millanual Paillal, del lugar de Reipupil, en Cholchol.

(2) De una relación de Manuel Manquilef, titulado «El matrimonio entre araucanos», Manquilef fué alumno del liceo i se graduó de normalista en Chillán. En seguida fué nombra-

La niña va en carreta con la madre i hermanas de su marido i éste a caballo.

Al llegar a la habitación de la familia, el padre habla de este modo: «Ya llegamos a nuestra casa. Desensillen ahora. Ya buscamos a la novia; que entre a la casa. Dénle en que sentarse».

Entretanto, la fiesta continúa en la vivienda de la recién casada hasta el día siguiente i a veces suele prolongarse dos i tres, hasta que se agotan las provisiones i el licor.

A los pocos días de casada, la hija visita a sus padres acompañada del marido i otras personas. El viejo da esta orden para salir: «Llevaremos a casa del padre a la mujer del joven, que vaya a ver a su padre, a su madre, a sus hermanos i todos los demás parientes; que vaya a buscar su cama, sus platos, cuchara, cántaros i todas sus cosas; tiene que traer todo, porque nosotros lo hemos comprado con los animales que tiene, vaca, yegua, oveja, gallinas. Prepárense; vayan a ensillar. Llevaremos a la niña para que no tenga pena, si no se acostumbra en la casa del marido».

En realidad, una profunda nostaljia suele aflijir a la joven, quien recurre a veces a la fuga.

Después de la visita que hace la novia a su padre, éste con todos sus parientes la retribuye, llevándole cada uno un regalo.

El padre i la madre son los únicos que tienen que llevar objetos determinados. Así, el padre le lleva collares, pulseras, ponsones (prendedor arauca-

---

do profesor de jimnasia del liceo de Temuco, que rejentaba el autor de este libro. Actualmente es diputado por uno de los departamentos de la provincia de Cautín.

no), aros i varios otros objetos de lujo. La madre, ollas, cántaros, frazadas i *pilquenes* (un jénero). Los parientes, algunas ovejas muertas, otros vino, chicha de maíz, etc. I se celebra la fiesta». (1)

Las formalidades para tomar una mujer de rango secundario no son tan minuciosas. Según los lugares, suelen variar también algunos detalles, como la duración del festín matrimonial i la supresión o demora de las visitas recíprocas de yerno i suegros; pero el formulario trascrito es sin duda el tipo más jenuino del matrimonio araucano por compra.

Tomar mujer clandestinamente, pero con su consentimiento, era una forma antigua de matrimonio, clasificado también en el término *ngapitun*.

Los padres se manifestaban indignados si el raptor no disponía para pagar el valor de su consorte. Procuraban quitársela, sin importarles nada la pérdida de la virjinidad; pero aquél la escondía o aplacaba la cólera de la familia perjudicada con la entrega de algún animal. No se verificaba esta esplosión de enojo si el ladrón se hallaba en la posibilidad de pagar bien algún día: en tal caso se reconocía una deuda de cancelación segura (2).

Esta clase de matrimonio, practicado antiguamente, se halla aún en vijencia. Ahora no es raro que el padre concurra a la justicia ordinaria.

Al día siguiente de la fuga, el raptor manda un emisario a casa del padre de la niña a informarlo donde está su hija, a rogarle que no se enoje i a fijar el plazo en que irá a pagarle.

---

(1) Relación de Manuel Manquilef.

(2) Rosales, *Historia*, tomo I, páj. 143.

Cuando efectúa el acto del pago, celébrase la fiesta nupcial de estilo (1).

Había otra forma de unión matrimonial, la que se verificaba entre dos personas libres, sin ceremonia, ni sujeción ni condición alguna. Se acordaba entre un hombre independiente i una viuda o joven sin parientes, es decir, emancipadas de tutela. Al presente esta clase de unión tiende a dilatarse en lsa costumbres contemporáneas (2).

Tales eran los tipos de matrimonios antiguos i modernos, variables en algunos detalles según el tiempo i las localidades que se practicaban.

El matrimonio se desligaba. El marido podía repudiar a la mujer en cualquier momento i por simple voluntad. Por su parte la mujer abandonaba al marido cuando quería, no habiendo sido comprada.

El celibato se ha considerado en toda época como vergonzoso; es signo de una humillante pobreza. *Vuchapra,* viejo célibe; *cudepra,* solterona, eran i son todavía insultos mui ofensivos.

Los araucanos han sido i son polígamos en grados diversos. Los caciques i los ricos tenían antes hasta veinte mujeres; hoi adquieren hasta tres o

---

(1) Numerosas anotaciones del autor de matrimonios realizados en esta forma.

(2) La lei de Agosto de 1874 tolera las formas de matrimonio indíjena, pues en su artículo 9.º dispone: «La posesión del estado de padre, madre, marido, mujer e hijo se tendrá como título bastante para constituir a favor de los indíjenas los mismos derechos hereditarios que establecen las leyes comunes en favor de los padres, cónyujes e hijos lejítimos». En la actualidad el protector de indíjenas manda legalizar estas uniones por la inscripción civil.

cuatro. Se puede observar que con el tiempo ha ido decreciendo el número de esposas.

Siendo, pues, la situación de fortuna lo que regulaba el número de esposas, se comprende que los pobres fuesen monógamos por necesidad i que la mayor cantidad de mujeres diera honra i autoridad a sus poseedores, según lo atestiguan los cronistas i la observación moderna.

La primera mujer, llamada en la lengua *onen domuche* o *pagai* i en el sur *onen cure*, ocupa el primer rango en las familias araucanas. Las otras son secundarias i se denominaron antes en las agrupaciones del norte *inan domuche* o *inan cure* (de *inan* seguir a otro) i hoi se le nombra en el sur *huentéconkelei* i *rañintu*.

Hai otra clase de mujer en las relaciones sexuales, la simple manceba, fuera del hogar, *uüñan (uüñantun*, ejecutar la cópula). Todas las mujeres de un hombre se nombran entre ellas *marihuen*.

La más antigua en el grupo matrimonial es la verdadera dueña de casa: tiene a su cargo los menesteres de la vida doméstica i ejerce marcada jefatura sobre las secundarias, quienes la respetan i obedecen. Sin embargo, este principio de preeminencia suele relajarse con la predilección del indio por una mujer más joven que la primera; aquélla se convierte en tal caso en el blanco de las iras de todas las otras. Cuando muere, se cree que ha sido víctima de algún maleficio de sus celosas rivales (1).

«Cuando el araucano quiere tener otra mujer, pide permiso a la primera, i si ésta se lo concede,

(1) Datos suministrados al autor.

se casa. A veces la misma mujer, que se encuentra aburrida, aconseja a su esposo que tome otra. Debe ser esta hermana de la primera. Por esto no es raro ver a muchos araucanos casados con dos esposas que son hermanas. Si se le interroga por qué no busca otra mujer que no sea pariente de la primera, ellos, que bien lo han esperimentado, contestan sencillamente que cuando son hermanas no riñen, i cuando no lo son, lo pasan en continuas rencillas.

El mejor casamiento entre los araucanos es el que se verifica entre dos primos segundos. Pero en este matrimonio el joven debe ser hijo de la prima i la niña del primo. Los primos hermanos se consideran como hermanos i entre ellos no hai matrimonio.

Las araucanas se consideran mui dichosas cuando en segundas nupcias se casan con un joven.

La casa del araucano está dividida con tantos compartimentos como mujeres tiene, i cada una lleva una vida independiente.

Cada mujer tiene la obligación de servir a su marido, pero permanece siempre sobre las otras i en el rango de preferida la primera.

Nunca la mujer araucana debe salir a pasear ni estar ociosa en su casa, sino entregada a sus ocupaciones favoritas, que son hilar i tejer» (1).

El turno en la cópula conyugal se establecía por noches o por semanas. El indio manifestaba su voluntad a este respecto pidiéndole cama *(gutranca* antes, i hoi *ngetantu)* a la que le correspondía por orden.

---

(1) Relación de Manuel Manquilef.

Las restantes, aunque dormían en la misma habitación, no podían acercarse al departamento de la elejida.

En estado de embriaguez, interrumpía el turno establecido.

Mediante esta práctica, reinaba entre las mujeres la paz amorosa, que se alteraba i producía violentas discordias cuando la preferencia era mui marcada por una. En los tiempos en que los indios tuvieron prisioneras blancas, recaía sobre ellas el celo furioso de las mujeres indíjenas. Las machis solían acusarlas de actos de brujería.

El desprecio sexual del hombre por una de sus mujeres solía exasperarla hasta la fuga o el suicidio.

A veces el respeto sin límite de las mujeres desaparecía por una ofensa común, principalmente por la relación clandestina del hombre con alguna *uüñam* (manceba). Acometíanlo entonces, si estaba ebrio (1).

En el réjimen matrimonial araucano, la mujer se consideraba como *tabú* o vedada a sus parientes en las primeras líneas de consanguinidad. «Evitan escrupulosamente los grados de inmediato parentesco» (2). Probablemente las interdicciones antiguas no se diferenciaban mucho de las actuales, que alcanzan al matrimonio de los abuelos con sus nietas, de los tíos con sus sobrinas i de los primos, hijos de varones, que se consideraban hermanos.

Predominando en la vida conyugal del hombre el interés de conservar sus mujeres, se concibe que la

---

(1) Costumbres apuntadas por el autor.

(2) Molina, *Compendio*, páj. 189.

pasión de los celos penetrase hondamente en su ser.

«La mujer casada es mui celada. Primero consentiría un indio el deshonor de su hija que el de su mujer; no es permitido que ésta reciba homenaje de nadie» (1).

Para la mujer casada todo era culpable: hablar en reserva, jestos i miradas sospechosas, toques i preferencias en las reuniones, recibir a un hombre en la casa sin la venia del marido.

En cambio, la libertad extra-matrimonial del hombre no tenía freno alguno, fuera del enojo sin sanción efectiva de las mujeres.

Sin duda que el celo sexual debió ser en la antigüedad de este pueblo, en un estado más grosero, rasgo fundamental de su existencia.

El aislamiento por causas topográficas o de organización social, fortalecía este instinto en algunas colectividades.

Pues bien, las comarcas araucanas, sin estar por completo aisladas, no ofrecían a los grupos que la habitaban condiciones fáciles para unirlos completamente.

Por otra parte, la constitución de la sociedad tenía por fundamento al jefe polígamo, que vivía temeroso del desposeimiento de sus mujeres i de su autoridad i estaba interesado, por lo tanto, en evitar el contacto con otros grupos, de donde podían surjir rivales.

En virtud de la lei de evolución sociolójica, se mitigaba el celo sexual; pero sin borrarse del todo de la psiquis araucana, a virtud del atavismo i la persistencia de constitución social.

---

(1) P. Ruiz Aldea, *Los araucanos i sus costumbres.*

Completaban la fisonomía de la familia araucana el amor entrañable de los padres por las hijas. A ellas únicamente solía besar. Parece que no entraba en las manifestaciones afectivas del araucano la costumbre del beso, tomada en proporciones insignificantes de los españoles (1).

Esta solicitud por las hijas no estaba exenta de cierto fondo de egoísmo, pues de ella se esperaba la ventaja de un buen matrimonio i las probabilidades de acrecentar el número de parientes, base del poder i nombradía de los caciques.

Por lo común, se dispensaban consideraciones a los parientes ancianos, quienes vivían a espensas de la familia.

En las reuniones en que había varios caciques, el respeto por los de más edad se dejaba sentir como imperiosa regla de la tradición.

Puede inferirse que las atenciones que se guardaban en la colectividad araucana a los ancianos, era la continuación del respeto filial por el padre.

La comunidad estuvo i está dividida en grupos ascendentes i descendentes. La línea directa ascendente llega sólo al abuelo; la descendente hasta el nieto. En este punto se mantuvo la clasificación, pues los parentescos de bisabuelo i bisnieto aparecen borrados, casi perdidos en las relaciones de consanguinidad. Sólo se recuerdan.

En la línea colateral el parentesco de los araucanos difería por completo del que se ha adoptado en las sociedades adelantadas; se confunde con el directo. Así los hijos de dos hermanos o de dos hermanas no son primos sino hermanos, i los tíos no

(1) Investigaciones del autor.

se consideran como tales con respecto a éstos, sino como padres.

El parentesco de tío existe solamente en la relación de sexos distintos. Si una mujer tiene hermanos, entre éstos i los hijos de la primera se establecía el lazo colateral de tío i sobrino i de primos entre los hijos de una i otros. Lo mismo sucede con los hijos de un hombre i sus hermanas.

Por eso en la nomenclatura del parentesco araucano un mismo término le sirve a un hombre para designar a su hijo, *fotem* i al de su hermano, *malle fotem*. Una mujer llama a su hijo *peñeñ* i a su sobrino por la hermana también *peñeñ*, a su nieto por la hija *chuchu* i al hijo de éste, *chuchu*, igualmente.

El gramático antiguo Febres, dice:

«Al tío paterno llama el sobrino *malle*, i la sobrina *llepu*, i asímismo él a ellos, i por respeto se llaman con los nombres de padres e hijos.

Los primos i primas también se llaman como hermanos».

Estas coincidencias en las designaciones de parentesco son a no dudarlo resíduos de una organización familiar anterior al patriarcado.

No se dejan sentir en el trato diario, las relaciones que en las sociedades progresivas establece el parentesco por afinidad. Se le considera como un vínculo de compañerismo i simpatía. La nomenclatura de la lengua para algunas designaciones de este orden es meramente teórica. Así, dos cuñados se tratan como amigos queridos que se prestan servicios con recíproca confianza.

Desde temprano se enseña al niño el cuadro de las relaciones de parentesco que lo unen al grupo

local, para que en su mayor edad conozca a los miembros de la parentela i no incurra en las interdicciones matrimoniales propias del sistema.

Los parientes se saludan, en consecuencia, con el título exacto que a cada cual corresponde. La omisión de esta fórmula se reputa como grave desatención.

Esta costumbre, que ha persistido a través de largas edades, trae su orijen, sin duda, del clan totémico, en el cual se saludaban las personas con el nombre jenérico de parentesco.

Cuando no hai el vínculo de pariente, el tratamiento es de simple amistad.

Queda vijente en el sistema de parentesco araucano un vínculo particular de fraternidad que se espresa con la palabra *lacu*, tocayo. Se contrae por medio de una ceremonia llamada *lacutun*, especie de rito bautismal.

Un joven mapuche, cooperador de este trabajo, asistió una vez a una fiesta en Quecheregua, al oriente del río Allipen, i observó este hecho. Una niña soltera, *lacu* de la dueña de casa, se acercó a conversar familiarmente con el marido de ésta. Algunos hombres le observaron a la mujer la conveniencia de que no permitiera eso, a lo que ella respondió: «Al cabo es mi hermana». Tiene razón, contestaron los otros en coro (1).

Las denominaciones de parentesco araucano varían asímismo en algunos términos, según la rejión; pero tales variantes no establecen diferencias esenciales del esquema que sigue, en uso en

(1) Noticia anotada por el autor.

las agrupaciones de las provincias de Cautín i Valdivia.

Un hombre casado designa:

A su mujer, *cure*.
A su padre, *chao*.
A su madre, *ñuque*.
A su abuelo paterno, *lacu*.
A su abuela paterna, *cucu* o *cuse papai*.
A su abuelo materno, *cheche, chedcui, chedqui*.
A su abuela materna, *chuchi*.
A su hija, *ñahue*.
A su nieto por el hijo, *lacu*.
A su nieta por la hija, *cheche*.
A su hermano, *peñi*.
A su hermana, *lamngen*.
A los hijos de su hermana, *choquem*.
Al hermano de su padre, *malle*.
Al hijo de éste, *peñi*.
A la hija de éste, *lamngen*.
A la hermana de su padre, *palu*.
Al hijo de ésta, *manu*.
A la hija de éste, *muna*.
A su tío materno, *huecu*.
Al hijo de éste (primo), *muna*.
A la hija de éste (prima), *muna*.
A su tía materna, *ñuque*.
Al primo, *muna*.
A la prima, *muna*.

En las relaciones de afinidad llama a su suegro, *chedcui* (como al abuelo materno) o *ngillañ* (nombre jenérico de la relación en que ha mediado compra de mujer).

A su suegra, *llalla*.
A su nuera, *puiñmo*.

A su yerno, *ñahue ngillañ.*

A la mujer de su hermano (cuñada), *fillca.*

Al hermano de su mujer (cuñado), *ngillañ* o *quempu.*

A la hermana de su mujer, *querum.*

Al marido de la sobrina de su mujer, *chale ngillañ.*

A la mujer del hermano de su padre, *fillca.*

A la mujer del hijo de éste, *fillca.*

Al marido de la hija de éste, *ngillañ* o *quempu.*

Al marido de la hermana de su padre, *palu ngillañ.*

A la mujer del hijo de la hermana de su padre, *fillca.*

Al marido de la hija de la hermana de su padre, *malle chao.*

A la mujer de su tío materno, *chuchu.*

A la mujer de su primo, *fillca.*

Al marido de su prima, *muna ngillañ.*

Al marido de su tía, *malle.*

A la mujer de su primo, *fillca.*

Al marido de su prima, *quempu, ngillañ.*

Una mujer casada llama a su marido, *feta.* A su suegro, *puiñmo.*

A su madre, *ñuque papai;* a su suegro, *nañen.*

A su abuelo paterno, *lacu;* a su abuela paterna, *cucu.*

A su abuelo materno, *cheche;* a su abuela materna, *chuchi.*

A su hijo, *peñeñ;* a su yerno, *llalla.*

A sus nietos por el hijo, *cucu.*

A sus nietos por la hija, *chuchu;* al marido de su nieta, *ñoño.*

A su hermana, *lamngen;* cuñada, *ñadu.*

La mujer no siempre emplea las mismas denominaciones del hombre (1).

Como se ve, varias voces de esta nomenclatura del complicado parentesco araucano, son mutuas, entre los grados que se corresponden como *lacu,* abuelo i nieto, *cucu,* abuela i nieto; *cheche, chuchu, peñi, lamngen,* etc.

El regalo mutuo entre los indíjenas i ciertos actos ejecutados en común, establecen una relación particular de amistad íntima o de confianza sincera.

Así, los que se han regalado algo son *cachuhuén* o *catrühuen* (ü-u francesa) i se saludan *eime cachü;* el acto de contraer esta relación se llama *cachütun.* Los que han cambiado objetos de cualquiera clase son *chafkünhuen* i se saludan *eime chafkün;* el acto de cambiar de esta manera se designa *chafkütun.* Los que se regalan animales para una fiesta son *conchohuén* i se saludan *eime concho;* el acto de regalar para una reunión es *conchotun.* Los que se brindan licor son *yangiñhuen* (ng-ñ gutural) i se saludan de igual modo que los anteriores. Los que viajan i comen junto son también *compañhuen* i *miyahuen.*

Es fuera de duda que estas denominaciones están destinadas a mantener vivo el recuerdo de la devolución o del retorno.

Los saludos constituyen un ceremonial minucioso i mucho más detallado que el de sociedades ade-

---

(1) Febres, «Diccionario».—Fray Félix José de Augusta, «Gramática Araucana».—*Historia de la Araucanía,* por el autor, volumen I.

lantadas, con prioridad i tratamientos determinados.

Al proceso del parentesco indíjena se halla relacionado el de la onomástica.

Se ha visto ya que la denominación del clan totémico servía de nombre hereditario a los individuos que la componían, como *ñancu, luan, vilu, manque*, etc.

En el curso de los siglos la constitución social se trasformó en patriarcal.

La individualidad comenzó entonces a ser conocida i apreciada. Hubo que agregar, por lo tanto, al nombre jenérico una cualidad, acción, número que distinguiese a las personas, como *calvuñancu* (aguilucho azul), *levluan* (huanaco lijero), *melivilu* (cuatro culebras), *vuchamanque* (cóndor viejo), etc. Apareció así el nombre propio, que reemplazó poco a poco al colectivo.

No había, pues, en el nombre personal palabras muertas, como en los de pueblos civilizados.

En esta forma, a que se prestaba mui bien la lengua araucana, se encontraban las denominaciones individuales a la llegada de los españoles.

Ahora mismo no es trabajo de imposible ejecución rastrear en los grupos sobrevivientes el nombre que el tótem o el fundador han dado a muchas familias (1).

Según el diccionario del misionero Febres, la

---

(1) El padre capuchino Félix José de Augusta, alemán, ha publicado una monografía de los nombres indíjenas, «¿Cómo se llaman los araucanos?», en el que reune datos interesantes sobre su formación idiomática.

palabra *cünga* designó antiguamente el apellido, linaje o familia.

Hoi ha caído en desuso esta voz i ningún indíjena acierta con su significado, como se dice en capítulo precedente. En su lugar hai otros términos que no se emplean de un modo uniforme en todas las agrupaciones. En muchos lugares de las provincias de Cautín i Valdivia se dice ahora *cüpan* (venir), como se decía en siglos anteriores, por linaje, familia, jeneración. Pariente en jeneral es *mogeyeun, mogeyel* (de *mongen*, vivir, criar); antes era *moñmahue*. Hoi se designa el nombre con la voz *üi*. Ser miembro de la familia se espresa con la palabra *cuñil*.

En pocos nombres araucanos entra una sola palabra, como *Pangi* (león, familia de Angol), *Huentru* (hombre, familia de Temuco), *Pichun* (pluma familia de Galvarino). Son los menos.

Lo común en la onomástica araucana es el nombre compuesto, del sustantivo i un adjetivo antepuesto que califica o determina, como *Pichihuala* (pato pequeño), *Mariluan* (diez huanacos).

Tan abundantes como los anteriores son los nombres formados de dos sustantivos, *Millacura* (piedra de oro). *Lonconahuel* (cabeza de tigre). En este caso el segundo componente designa de ordinario el nombre de la familia. Por ejemplo, el padre de la familia *Vilu* de Maquehua, en Temuco, se llamó *Melivilu* i sus hijos tuvieron los nombres de *Ngürüvilu* (culebra zorro), *Painevilu* (culebra celeste), *Melivilu* (cuatro culebras).

En menor escala figuran los compuestos de adverbio i sustantivo, *Huenuhuala* (pato de arriba),

Huentuaque (encima del pato) i los de verbo i sustantivo *Nahueltripai* o *Tripainahuel* (salió el tigre), *Amuivilu* o *filu* (se fué la culebra). En los primeros el adverbio es palabra precedente i en los segundos el verbo va antes o después.

No faltan, por último, los nombres de tres componentes como *Quiñeleftraru* (corrió un traro lijero). Se cuentan en escaso número.

Los nombres dobles tampoco escasean. *Nahuelpan Cayulepi* fué *ülmen* de Pumalal (estación de Cajon); *Antillanca Pucollan* se llamó un cacique residente en un lugar de *Pucollan*. Un joven estudiante del Liceo de Temuco llevaba el nombre de Millahual Paillal; esplica que el segundo era el de la familia i el primero, el de su padrino.

Por conformarse a la fonolojía del idioma, los araucanos abrevian a menudo sus nombres por apócope; como *Colliau* por *Colliauca* (yegua castaña); o por síncopa, como *Paillauca* por *Pailla auca* (yegua de espalda o tendida) i a veces por estas dos alteraciones reunidas, como *Quiñau* por *Quiñeauca* (una yegua).

Determinan la calificación del nombre circunstancias estraordinarias en el hogar, algún sueño o superstición, un rasgo fisonómico resaltante, una esperanza de los padres de que el recién nacido sea fuerte como el león, lijero, etc., i también el uso de hacer coincidir su denominación con la del *lacu* o padrino.

Procedían siempre los nombres del reino animal, del vejetal o de circunstancias cosmográficas i nunca de sus oficios, títulos o dignidades. A lo sumo solían adoptar un título español, coronel, ca-

pitán. Las palabras *huinca* i *cona* se hallan solamente en la composición de algunos nombres.

Mediante la influencia de la onomástica española, se ha jeneralizado entre los mapuches actuales la práctica de anteponer a la denominación indíjena un nombre de los más comunes del país, por su contacto sin duda con los campesinos. Se llaman Juan, Pedro, José, Miguel, Lorenzo, Ramón, etc., pero no Enrique, Arturo, Carlos, Héctor, Oscar, Wenceslao, Eduardo, Alberto, Julio, Humberto, Roberto.

Ha sido frecuente asímismo el cambio de nombres que han hecho en todo tiempo, dejando el de la familia para adoptar el de algún pariente, padrino o protector; quedan espuestos algunos casos en el capítulo que antecede entre mil que podrían citarse. *Coilla* era un cacique dueño de la parte oriental de Angol. Su hijo mayor tuvo el mismo nombre, pero los menores tomaron el de la madre *Lonconao* primera mujer del cacique. Esta adopción de nombre por el lado materno puede citarse como rarísimo, único quizás por esa zona.

Las leyes de radicación indíjena han contribuído actualmente a desterrar la mutabilidad de nombres.

En ocasiones tomaban también el apellido de militares de nombradía entre ellos, españoles primero i después chilenos. Famoso fué el cacique Pancho Bulnes, de la cabeceras de Chihuaihue cerca de Collipulli i muchos otros.

Cuando algún indio es mestizo por padre, *chanpurria,* toma preferentemente el apellido español. Maripan Montero, Huaiquila Morales, Juan San-

doval, Esteban Romero, fueron caciques de fama entre los suyos.

Las mujeres no toman el nombre de familia, ni el de su marido cuando se casan, sino el de alguna pariente de su sexo.

No siendo el idioma de flexión, su nombre no tenía terminaciones que correspondieran al sexo femenino, si llevaba el de algún animal.

Frases simbólicas i espresivas, especies de apodos, servían a veces para la designación de mujeres, como *Calfurai* (flor azul), *Ayunqueu* (pedernal querido), *Rupaimangin* (corriente que pasó), *Amuingürü* (zorro-zorra que se fué), etc.

Se han jeneralizado al presente los nombres españoles de Isabel, María, Carmen, Rosa, Juana, etc., espresados a veces en diminutivo (1).

De igual modo que los nombres personales, los jeográficos fueron cambiando a medida que se operaban las transformaciones sociales.

Claramente se ve que la toponimia araucana se relacionó en un principio con el tótem. Han persistido varios nombres, algunos ya citados, al través de los largos períodos, como comprobación de este hecho indudable.

Antes que terminara la fase final del clan totémico, tuvieron que multiplicarse los nombres por segregación de familias que se establecían en otros lugares. Perdiendo el de orijen i adoptándose denominaciones jeográficas o de otra circunstancia.

---

(1) Quien desee obtener noticias de la onomástica primitiva en jeneral, puede consultar el excelente trabajo del publicista chileno don Valentín Letelier, titulado, *Ensayo de Onomatolojía.*

Cuando el patriarcado adquirió todo su florecimiento, muchos grupos dieron a los lugares de su residencia el nombre de algún antepasado o jefe en ejercicio, denominación nueva que iba borrando la anterior (1).

Así se hallaba formada la nomenclatura jeográfica del territorio á la venida de los conquistadores.

La falta de fijeza que habían tenido los nombres hasta esa época, continuó en los tiempos sucesivos.

La toponimia del siglo XVI difiere casi totalmente de la actual. En los títulos de encomiendas de los conquistadores, aparecen mui pocos de los conocidos hoi. La mayor parte han sido reemplazados por otros. Sucede lo mismo con los que figuran en cartas jeográficas, libros i documentos antiguos.

Los ríos, lagos i cordilleras tenían nombres diversos en su estensión i no uno solo; variaban en cada zona que recorrían.

Los trabajos topográficos i las leyes de radicación indíjena han fijado al fin la última nomenclatura.

Queda por advertir que las designaciones jeográficas modernas del territorio araucano, son por lo común descriptivas e indican alguna particularidad topográfica, de la zoolojía, de la botánica o la jeolojía.

---

(1) A varias rejiones de Chile dieron los conquistadores el nombre de los caciques o jefes de la agrupación, como *Tintililica, Cachipual, Encol,* etc.



CAPITULO XI

Organización Militar

Convocatoria de guerra.—Movilización.—La marcha.—Las armas.—La táctica.—La falta de una organización de comando.—Composición del ejército primitivo.—Desafíos por grupos e individuales.—Vasos de cráneos de españoles.—Muerte de los prisioneros.—Prácticas májicas relacionadas con la guerra.—Ceremonial de la paz.—Adelanto de los araucanos en el arte de la guerra.—El caballo indíjena.—La capacidad militar de los araucanos.—Causas de la prolongación del sostenimiento de los indíjenas: la configuración del terreno.—La organización de las comunidades.—La escasez de las fuerzas españolas.—Las circunstancias políticas i relijiosas de los españoles.—Armas i medios de defensa de los españoles.—Invariabilidad de la táctica española.—La mala calidad de las tropas.—Los indíjenas adelantan en el arte de la guerra i no en organización militar.—La leyenda de las mujeres guerreras.—Los períodos de vida militar araucana.

El mecanismo militar no era complicado, como en ninguna raza en estado de barbarie. Funcionaba en conformidad a determinadas reglas consuetudinarias.

Cuando se trataba de guerra, uno de los *toqui* enviaba a los demás caciques con su ayudante o *lev toqui* una flecha ensangrentada, acto que se denominaba «correr la flecha» o *pulquitun*. Al propio tiempo el mensajero llevaba el *pron* o hilos rojos con nudos, todo lo que indicaba el lugar i el tiempo de una próxima junta.

Los caciques convocaban una reunión parcial i corrían a su vez la flecha a otra parcialidad, con profundo sijilo. Quedaba acordado así el día de una junta general, que se verificaba con las formalidades oratorias.

En esta convocatoria que precedía a la movilización, se efectuaba una larga ceremonia de sentido simbólico i misterioso, tanto o más importante que los acuerdos concernientes a la guerra. El cacique promotor de la convocación, en el sitio elejido para este objeto, clavaba en el suelo su lanza i su *toqui* (hacha de piedra o insignia antigua) manchados de sangre en la estremidad. Varias flechas, también ensangrentadas, pendían de la primera. Aturdíase en seguida de un golpe en la cabeza una «oveja de la tierra o hueque (llama aclimatada i reproducida en Chile) i se le estraía el corazón. Pasando de mano en mano, los principales teñían con la sangre el *toqui* i la flecha que cada uno llevaba consigo. Como para la mentalidad de los bárbaros, la imajen participa del orijinal o éste de aquélla, el hueque representaba a los españoles, cuyos corazones correrían la misma suerte del que servía en la operación pantomímica. Así lo esplicaba el cacique invitante en un discurso prolongado i al estilo de los de nuestros indíjenas, con los imprescindibles lugares comunes de saludos a los presentes, recuer-

dos de sus antepasados i sus hazañas i deber de imitarlos, para llegar al fin a la discusión del objeto que había motivado la reunión. Retemplábanse o agriábanse los ánimos en este debate (1).

Estas reuniones tenían lugar desde la primavera en adelante. En ellas se trataban las causas que había para declarar la guerra i se verificaba la elección del director de las operaciones bélicas. Era éste de ordinario uno de los *toquis* principales, aunque solía recaer también este mandato en algún indio sin título, pero de conocidas i sobresalientes dotes de militares (2). Este jefe fijaba el número de *conas* o soldados con que debía contribuir cada una de las secciones aliadas.

Tan pronto como se acordaba la espedición, comenzaban con mucho secreto los preparativos preliminares de ejercicios jimnásticos, de reunión de provisiones i todo jénero de abstinencias, especialmente la matrimonial.

Eran sobrios; sólo se proveían de una pequeña bolsa de harina de maíz tostado o de piñones i un calabacillo para hacer el *üllpud*, todo lo que llevaban a la grupa, en cantidad calculada para los días de campaña. Cuando se agotaba esta ración, recurrían a las frutas i raíces del campo, venero inagotable de víveres naturales.

Reunido el ejército, el primer jefe o jeneral nombraba sus tenientes, cuando la organización militar había progresado ya, i éstos a su turno elejían

(1) Estos discursos no han variado desde Caupolicán hasta hoi en su corte esterno, como lo ha oído el autor en muchas ocasiones i lugares.

(2) Góngora Marmolejo, páj. 116.

sus oficiales i separaban la jente por agrupaciones. Se discutían previamente algunas estratajemas i emboscadas, para las cuales el indio tenía un talento especial.

Emprendíase la marcha con una disciplina más o menos regular i no siempre ajustada a reglas fijas. Iban divididos en grupos que dirijían los caciques en calidad de ausiliares del jefe proclamado como principal.

No desconocían del todo el servicio de esploraciones. Del avance de su ejército o del enemigo se daban aviso con grandes humaredas en las alturas i escalonadas (1).

Poseían tanto como el valor irreflexivo que los distinguía, una ajilidad motora sobresaliente, que comunicaba enerjía a sus empresas bélicas, cualidad, por otra parte, no disciplinada ni sometida a reglas como la del civilizado. Hacíanse notar, entre otros ejercicios i hábitos de movimientos, en las marchas desmesuradas, admirables, que ejecutaban a diario. Los indios americanos, entre ellos el araucano, marchaban de un modo particular: la inclinación del cuerpo, el balanceo rítmico i cierto apoyo especial en las piernas i los pies, les permitían prolongar sus resistencias. Sometidos a la marcha europea, este aguante decaía bien pronto.

Pero los deseos de combatir, el aliciente de un abundante saqueo, todo fracasaba cuando sobrevenía algún incidente supersticioso. Un cronista dice acerca de esto: «Muchas veces suelen los indios juntarse de propósito para acometer un fuerte, i caminando para él con denuedo i resolución, son

(1) Góngora Marmolejo, páj. 116.

tan agoreros, que una raposa i aún perdiz que encuentren, advierten para donde toman su huída o vuelo, i según sus juicios que acerca de ellos echan, les basta para conjeturar que tal ha de ser el futuro suceso de aquella jornada, por lo cual les acaece dejarla i volverse desde el camino, i aún suelen hacerlo muchas veces de bien cerca del fuerte que van a combatir» (1). Toda disciplina se perdía también en el momento de atrapar el botín. Cada uno atendía entonces únicamente a recojer el mayor número de objetos i en ocasiones de mujeres de sus enemigos.

Cada soldado se suministraba sus propias armas. Las de los primeros tiempos de sus guerras con los españoles, fueron las flechas, *púlqui;* las picas o lanzas cortas, *(huaiqui* i después *rengi, colihue);* la honda, *(huitruhue)* i la maza *(tranahue)* la macana, que llamaban *lonco quillquill,* cabeza de *chucho* (Glaucidium namun). Las primeras se componían de un arco pequeño, sujeto con una cuerda de nervio i una saeta de *colihue* (chusquea cumingü), de punta aguzada o bien de piedras dentadas o huesos puntiagudos. Solían envenenarlas con el jugo lechoso del *coliguai* (Colihuaya odorífera), que llevaban al campo de batalla mismo en tinajas, pero los españoles se ponían sal en la herida como antídoto. Fabricaban las picas de quilas (chusquea quila), de cuatro a cinco metros de largo, con punta de pedernal o de hueso, o bien chamuscada al fuego, que penetraba por cierto con suma facilidad

(1) González de Nájera, *Reparo de la guerra de Chile,* páj. 183.

en el cuerpo cuando no daba en una defensa sólida.

La lanza larga fué de uso posterior.

Usaron, además, los indios unos lazos de junco que ataban en la estremidad de un palo para enredar a los jinetes i echarlos a tierra.

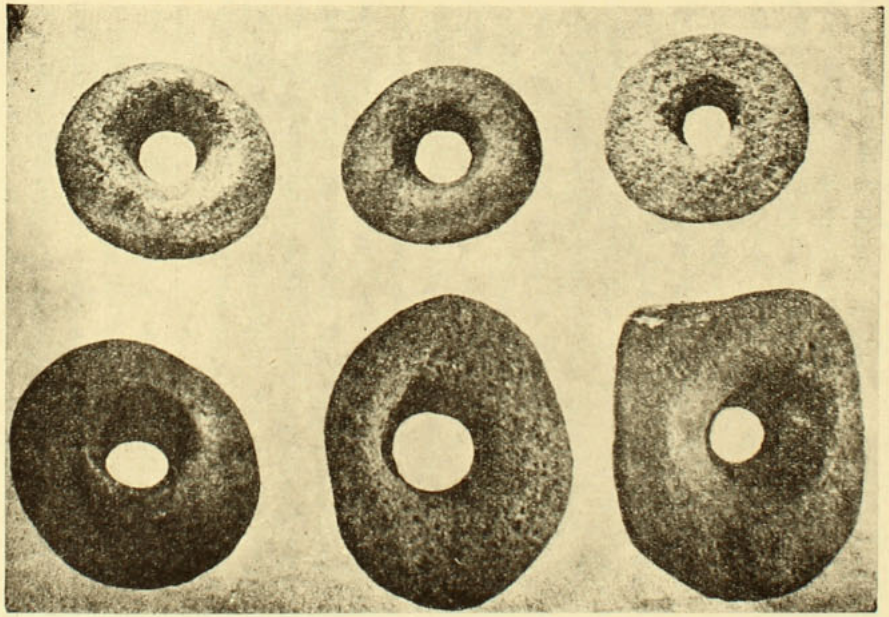
Los indíjenas del norte empleaban armas de procedencia peruana fuera de las orijinales. Los del sur no alcanzaron a confeccionar las de metal.

Trabajaban los indios las mazas i las macanas, armas de todas las razas en estado de barbarie e imitadas acaso en sus varias formas de las peruanas, de madera de luma, de dos o tres metros de largo i de un grueso regular, que aumentaba en la estremidad superior, donde las segundas tenían la forma de codo i las primeras de bolas sembradas de puntas. Con estas macanas aturdían al enemigo i en seguida lo engarfiaban con el codo i lo derribaban de su cabalgadura.

Las hondas araucanas, semejantes a las de los aymarás i de los incas, se confeccionaban de un trenzado de cordones blancos i rojos, de lana. Dos ramales gruesos completaban el instrumento. El tejido de lana de la honda, afianzaba mejor la piedra al dispararla. Este tipo se conserva todavía entre los pastores. Seguramente que hubo también otras de trenzado de cuero o de juncos.

Eran diestrísimos flecheros, según el testimonio de uno de los cronistas: «por lo cual los indios no se curaban antiguamente de darse a cultivar sus tierras, contentándose con las aves i otros animales que cazaban, gustando más de ser flecheros que labradores» (1). Aunque algunas tribus habían en-

(1) Góngora de Marmolejo, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta 1575*, páj. 58.



Tipos de piedras agujereadas

trado a una agricultura no estensa a la llegada de los españoles, todos continuaban siendo hábiles tiradores de flechas. Sin embargo, abandonaron con el tiempo estas armas por su ineficacia en los encuentros con los castellanos. El arco de esta arma, atado con cuerdas de nervios o de cuero, eran cortos i resistentes i, asímismo, las flechas de colihue. Tenían el inconveniente de inutilizarse con la lluvia.

Los escritores antiguos mencionan también las hachas, que debieron ser las que hasta hoy se han recojido por centenares i que se usarían atadas a un palo, i los martillos, que no se especifica cómo estaban hechos i que algunos suponen fuesen las piedras agujereadas, principalmente empleadas en la agricultura (1).

Los indios del sur, utilizaban, además como arma unas varas arrojadizas, de puntas tostadas, que manejaban con admirable destreza. Otra arma de menos aplicación a la guerra, fué el *lacai, laque,* o boleadora, jeneralizada sobre todo en los tiempos modernos. Al principio consistió en dos piedras con cintura i después forradas en cuero i atadas con una correa.

El arte de las maniobras no existía, según el concepto militar moderno. Sus movimientos sobre el terreno eran sencillos i no se diferenciaban de una tribu a otra. En los primeros encuentros con los españoles, no entraban en batalla formando cuadros simétricos, sino pelotones sucesivos. La ventaja de

(1) En la colección indíjena del autor hai tipos de hachas antiguas, porras arqueadas i redondas i puntas de flechas i lanzas del primer período de las guerras araucanas.

las armas de los castellanos, el empuje de sus cabalgaduras, el estrépito más que el efecto de sus arcabuces i artillería i la resistencia de sus armaduras, contribuyeron a poner de su parte la victoria en las primeras batallas, arrollando casi invariablemente estos pelotones desordenados de indíjenas.

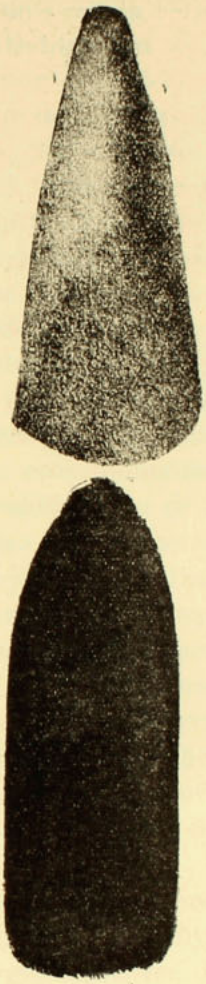
Pero la práctica fué aleccionando a los araucanos en la manera de aprovechar las sinuosidades del terreno i cansar a los españoles con otra formación de combate. Desde la batalla de Tucapel, dirijida por Lautaro, variaron sus métodos de combate i entraron en pelea por divisiones escalonadas.

Tanto en este primer período de las prácticas guerreras de los araucanos como en el segundo de su evolución militar, las acometidas de cada trozo de jente revestían el carácter de un ímpetu feroz. Si el éxito coronaba tal esfuerzo, sobrevenía el entrevero aplastador para el menor número de los invasores, i el indio se enloquecía entonces en la matanza de los vencidos i en la recojida del botín. Si fallaba en esta empresa, se aterraba, se revolvía en el espacio del encuentro buscando una salida i huía, por último, en todas direcciones. Se producía entonces el desorden i la indisciplina sin freno ninguno.

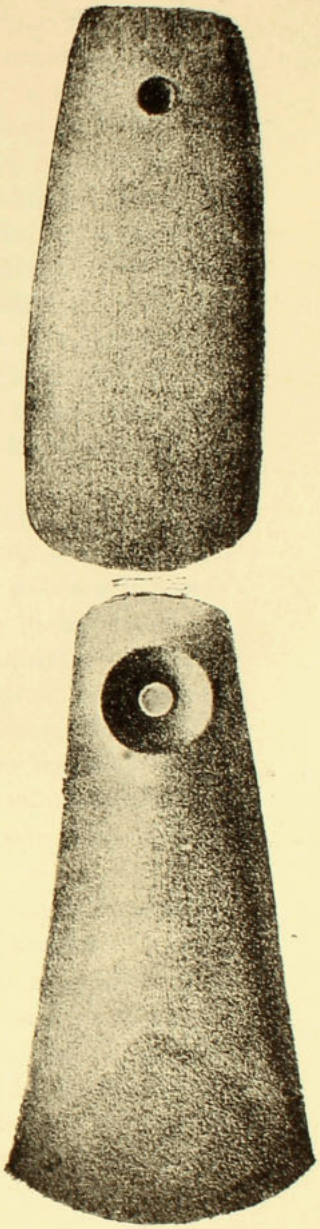
«I lo principal que procuran, dice un cronista, es cortar al enemigo i revolverse en él para jugar sus porras, macanas i toquis, con que quebran al enemigo, lanzas, brazos, cabezas, en grande ímpetu i valentía» (1).

Los encuentros no pasaban de ser a veces sino simples escaramuzas, choques de poca duración,

(1) Rosales, *Historia*, páj. 120.



Tipos de hachas



Tipos de toquis

que concluían con la retirada de alguno de los bandos combatientes. En ocasiones los combates se prolongaban por espacio de varias o muchas horas: el repliegue de algunas de las partidas en lucha, su reemplazo, por otra de refresco, la repetición de los choques, solían demorar el desenlace final de la pelea. Acontecía a veces que, cuando los españoles habían derrotado a una crecida fuerza araucana, aparecía a lo lejos otra que era necesario romper también. Se repetía con frecuencia este hecho por la circunstancia de venir atrasada una porción de indíjenas en marcha a la cita de la pelea o por haber sido avisada una comunidad de la acción que se libraba en esos momentos.

Esta prolongación de los encuentros, tan naturales en todas partes, así en colectividades indíjenas como en ejércitos civilizados, no se debía a la pericia militar de los araucanos, como lo han supuesto los cronistas capitanes de la conquista, interesados sobre todo los últimos en ponderar la preparación i eficacia combativa de los indios. En esa demora influían otros factores, como los accidentes del terreno, las incidencias imprevistas de una lucha i siempre el mayor número de naturales que entraba en acción.

No han faltado autores modernos que hayan incurrido en esta paralojización de hechos.

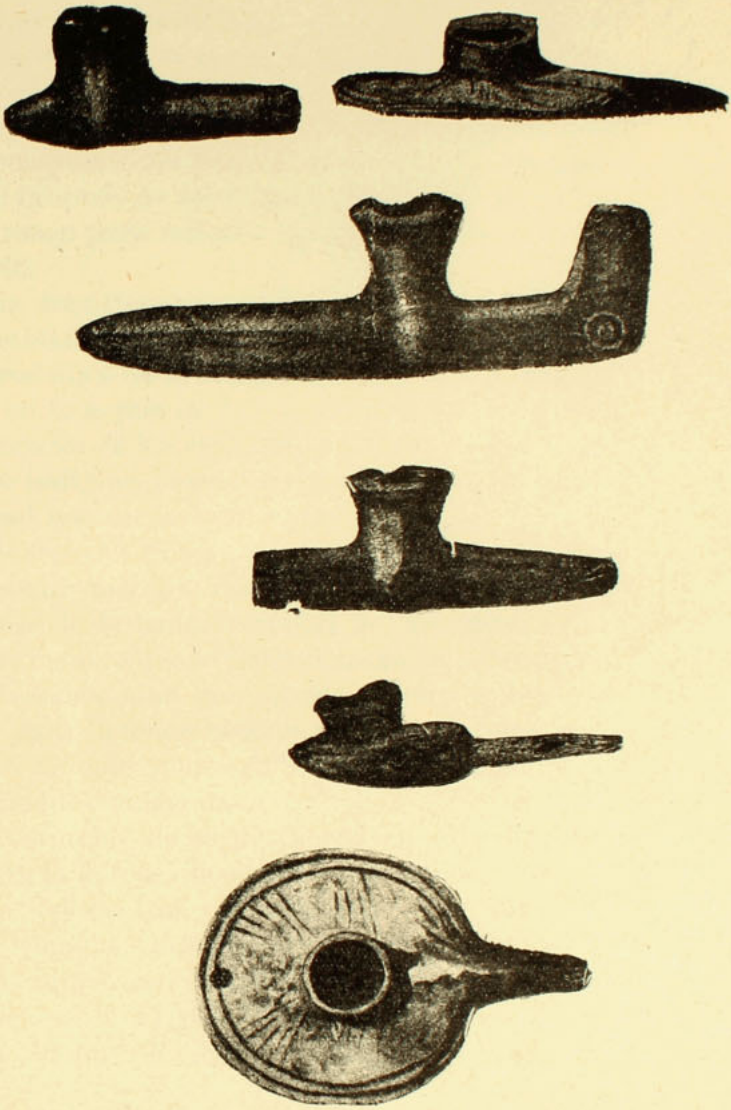
Los rasgos salientes de la guerra araucana eran las sorpresas, las emboscadas i las trampas. Repetíanse con demasiada frecuencia las salidas repentinas del escondite de un bosque o de un recodo de cerro, el ardid para atraer al enemigo a un pantano, la retiradas falsas para sacar fuera de un fuerte a sus defensores, la introducción en el campa-

mento contrario de individuos diestros en urdir informaciones engañosas. En suma, los indios practicaban la guerra menor, o sea, todos los detalles de la estratajema o del arte de engañar al enemigo.

No discrepan los cronistas en reconocer «la sagacidad i estratajemas con que hacían la guerra». «Varias i casi innumerables, dice el más bien informado de ellos a este respecto, han sido las estratajemas que han usado los indios con los nuestros en el discurso de la guerra de Chile, i muchas bien dignas de ser señaladas: pero porque no pienso de hacer mención en este tratado sino de los sucesos de mi tiempo, referiré solamente algunas» (1). Enumera una serie de artificios de los indios, en loh que él fué actor en su calidad de jefe del fuerte del Bío-Bío.

Desde que penetraron al territorio los conquistadores, los indios trataron de ponerse a cubierto del poder impulsor del caballo. Para esto construyeron sus primeros fuertes o corrales de troncos de árboles, *malal*. Sea por la facultad de imitar, tan desarrollada en las comunidades primitivas, sea por las nociones que les llevaron los desertores i los indios de servicio, a los pocos años de guerra se perfeccionaron en el arte de construir defensas. Cercaban un espacio cuadrado de gruesos troncos i dentro de este recinto arreglaban otra empalizada con troneras para los flecheros. En la parte esterior rodeaban este fuerte de hoyos de todas dimensiones, hábilmente tapados de árboles i yerbas i armados en el fondo de estacas aguzadas.

(1) González de Nájera, *Reparo de la guerra de Chile*.



Ejemplares de pipas o cachimbas

En estas fortalezas los indíjenas presentaban en ocasiones a los castellanos una porfiada resistencia, que concluía más comúnmente por la victoria de los asaltantes, los cuales no permitían la amenaza de estos reductos que obstaculizaban el plan de la conquista. No fueron raros tampoco los casos en que después de un primer asalto sin resultados, se retirasen para renovar en seguida la empresa de rendirlo.

Estas fortificaciones no se hicieron comunes a las distintas secciones del territorio durante los primeros años de la conquista, sino que se construyeron en la rejión de la costa, teatro de las campañas iniciales de los españoles i área en la que la población indíjena permanecía aglomerada en mayor cantidad que en las otras (1).

Al correr del tiempo la propensión del araucano a construir recintos fortificados se estendió a las secciones de la banda oriental de Nahuelvuta; pero no de manera que se jeneralizaran en todos los núcleos tribales, sino que en uno u otro punto adecuado para detener el avance de los tercios españoles o adonde pudiesen acudir prontamente las comunidades amagadas.

La costumbre de erijir fuertes en sitios apropiados para la defensa de asaltos repentinos, se remontaba a épocas que precedieron a la conquista. Desde tiempos inmemoriales había en las comunidades numerosas un sitio reservado, oculto, estratéjicamente elejido, que tenía un corral o un rincón adonde se atraía con maña la caza o el

(1) Informes de todos los cronistas.

cuerpo enemigo que daba un malón. Nadie revelaba a los estraños la existencia de este paraje, que se designaba con un término especial, *llolle*, nasa. Hasta en el siglo XIX se empleó esta trampa de guerra (1).

Los árboles gruesos i los troncos servían como de escudos a los indios para librarse de las balas españolas. Debieron usarlos desde antes de la llegada de los conquistadores. Con anterioridad a esta época se escondían tras de árboles o de troncos que levantaban para barajarse de las flechas i de las piedras. Diónos esta noticia el cacique Painevilu de Maquegua, una vez que nos enseñaba el manejo de las boleadoras; él mismo se colocó de costado tras de un árbol i nos dijo: «Tira con tu revólver».

A la clase de palizadas araucanas pertenecen los obstáculos que los indios improvisaban en los caminos. Para detener la marcha de la caballada cortaban árboles que atravesaban los pasos obligados i estrechos de las sendas, intercepción que estuvo en uso hasta el total sometimiento de la raza.

Hai que advertir que este arte de construir fuertes no fué esclusivo de los araucanos; hubo otras razas americanas que se manifestaron igualmente diestras en esta fábrica de fortificaciones, como los diaguitas del norte de la Arjentina.

Aprendieron, por último, a construir algunas armas defensivas. Todos los cronistas consignan informes más o menos detallados al respecto. Uno dice: «debajo de este vestido a raíz de su propia carne, llevan unas como cotas de mallas, hechas de cue-

(1) Tradiciones sobre estos sitios para acorralar jente recojidas por el autor en varias reducciones.

ro de vaca, endurecidas con cierta preparación que les dan, con lo que también hacen morriones i escudos, en que se embotan los filos de los sables» (1).

Su ejército al principio sólo se componía de infantería, *namuntu lico*. Su orden de batalla se asemejó entonces a falanjes de profundidad variable para los piqueros i más abierta para los que combatían con hondas i flechas. Entre las picas de primera fila se colocaban los que esgrimían mazas i macanas i en la segunda los de hondas i flecheros, todos los que hacían funcionar sus armas al abrigo de los de adelante. Así marchaban todos hombro con hombro hasta estrellarse con sus enemigos. En este mismo orden esperaban, entre tanto, otras fracciones cuyo número variaba entre cincuenta i cien o más guerreros. Rota la primera, avanzaba otra i sucesivamente varias si era necesario. Las macanas herían a los caballos i los jinetes; las picas, hondas i flechas hacían blanco de preferencia en los hombres.

Antes que la pelea se trabase, salían algunos grupos como de avanzadas a desafiar al enemigo, i hacían jesticulaciones ridículas, tomaban posturas estrañas, daban saltos, se tendían, se levantaban i arrastraban las picas por el suelo.

Era de uso jeneral i obligado desnudarse o pintarse el rostro i el cuerpo, adornarse con plumas i cabezas de animales, de zorros por lo común *(mañahue)*, para penetrarse de sus propiedades astutas i de lijereza por transferencia misteriosa. Injuriaban al enemigo i aún lo amenazaban con crue-

(1) Gómez de Vidaurre, *Historia de Chile*, páj. 329.

les represadias; se iban sobre las filas contrarias atronando el aire con una gritería de sonidos inarticulados i especiales (el *avavan* o chivateo).

Manifestábanse sumamente inclinados a los combates singulares de los jefes o de grupos seleccionados antes o en el curso de la pelea. La historia está llena de estos desafíos, desde los primeros conquistadores españoles hasta los últimos jenerales de la ocupación chilena. Basta recordar algunos casos de esta tendencia tradicional. Hablando un cronista del gobernador Alonso García Ramón, dice: «es célebre la victoria que consiguió en Purén, con sangre, i estrago de muchos infieles, i muerte de Colicheu, su caudillo, que con el ardor de la batalla con desprecio de nuestro escuadrón, entró en las hileras preguntando por el Gobernador para pelear con él cuerpo a cuerpo, más salióle al encuentro Longo Tegua, famoso capitán de nuestros amigos, i valeroso amigo nuestro, que postró su arrogancia, quitándole la vida, i asegurando la victoria» (1).

Consigna otro cronista este desafío: Cadeguala, renombrado cacique de Purén, desafió en una ocasión en que las dos fuerzas estaban a la vista a don García Ramón, maestre de campo. Salióle éste en el acto al encuentro. «Fuéronse acercando el uno al otro i a proporcionada distancia, poniendo espuelas a los caballos, se embistieron de carrera, permitiendo el cielo que a los primeros encuentros le diese el maese de campo tan fiero golpe, que dió con él i su caballo en tierra. Cadeguala resultó muerto; indios i españoles se acometieron en seguida» (2).

---

(1) Santiago de Tesillo, *Epítome chileno.*

(2) Ovalle, *Histórica relación,* tomo II, p. 24.

Cuando los indios echaban a tierra a sus enemigos, muertos o heridos, sobre todo a los capitanes, se arrojaban sobre ellos, les cortaban la cabeza, que suspendían en un pica, i cantaban victoria; lo que infundía no poco pavor a los castellanos. Estas cabezas que se designaban *rali lonco*, plato de cabeza, las llevaban a sus tierras como trofeo de victoria, las paseaban por las reducciones i, por último, hacían de ellas vasos para beber en sus grandes reuniones.

A veces les servían para celebrar una fiesta de triunfo: «en medio del llano plantan un pimpollo o arbol nuevo de limpio i derecho tronco, i en la cima mui acopado de hojas, el cual árbol llaman de canelo. En lo alto, a la redonda de sus ramas, ponen las cabezas de los españoles que han muerto, cada una en su rama, de manera que se ven los rostros, las cuales tienen adornadas de flores i guirnaldas, i aún les ponen sus mismos zarcillos algunas indias» (1). Al rededor del árbol se ejecutaba la danza llamada *pruloncon* (baile de la cabeza), durante el cual los caciques tenían un cordón de lana con que movían las cabezas al son de los instrumentos.

En el reparto del botín no se observaba ninguna regla: los despojos i los prisioneros pertenecían al que los tomaba.

El regreso a los hogares, después de una campaña, se verificaba, asímismo, sin sujeción alguna a los jefes. Cada guerrero tomaba el camino que más le agradaba. Menos disciplina había en las derrotas, cuando la caballería española o los indios au-

(1) Rosales, *Historia*.

siliares picaban la retaguardia de un cuerpo fujitivo.

La predisposición guerrera de los araucanos aumentó al correr de pocos años. En el último tercio del siglo XVI habían entrado al segundo período de su evolución militar. Desde entonces su facultad de asimilación de los métodos españoles se había desarrollado sobradamente con la frecuencia de los combates i sus elementos bélicos habían crecido en estremo.

Construyeron trincheras i fuertes que significaban un progreso positivo en el arte de la fortificación de campaña. Así pudieron detener en algunas ocasiones el empuje de la caballería española.

La calidad de sus armas mejoró notablemente. Algunos indios i mestizos escapados del campo castellano i aún españoles fujitivos, llevaron a los araucanos útiles conocimientos del manejo de las armas. Había algunos que sabían forjar el hierro, i, por consiguiente, fabricar espuelas, frenos, puntas de lanzas i otras armas imperfectas. Fueron los primeros maestros de los indíjenas, quienes, dotados de esa facultad ampliamente desarrollada de la imitación objetiva, reprodujeron pronto los modelos españoles con asombrosa exactitud.

Buscaban afanosamente pedazos de fierro que obtenían ya de los mismos españoles, ya de los indios de servicio, a todos los cuales cambiaban esos fragmentos por frutas, harinas, bebidas i otro comistrajos. Los aparejos de montar arrebatados en las peleas con los españoles; las espadas, los cuchillos, herramientas de agricultura, recojidas en el abandono o rendición de los pueblos después de la muerte del gobernador Oñez de Loyola, les sirvie-

ron para reemplazar las puntas de pedernal, huesos o tostadas por las de ese metal. Las campeadas de los españoles o entradas de primavera o verano a las tierras de los indios, ofrecían particularmente a éstos oportunidades de arrebatar o cambiar espadas i fragmentos de hierro por comidas o frutas silvestres.

La lanza tomó mayor dimensión que la pica de la etapa inicial de esta guerra, de 6 a 8 metros. Servíanse de varas de colihue o de otras maderas duras i flexibles, como el avellano, para arreglarlas. En la parte superior de la vara hacían un sacado mediano para adaptar ahí el asta de hierro i amarrarla fuertemente con unas delgadas correas de cuero. Esta punta se dividía en dos partes, la de abajo era más delgada i llevaba un doblez en la estremidad para clavarlo en la vara; la de arriba tenía la forma de una hoja puntiaguda de cuchillo o de punzón (1).

Posteriormente usaron mucho como punta de lanza la estremidad superior de una bayoneta, que persistió hasta la pacificación definitiva con el nombre de *huallunete*.

Desde que principia el siglo XVII la lanza adquiere la importancia de arma primordial en la ofensiva del indíjena. Al decir del cronista capitán González de Nájera, «las ha ido como astuto mejorando de manera que en lugar de las puntas tostadas, ya no traen en jeneral sino limpios, resplandecientes i acerados hierros, i estiman en tanto grado estas lanzas i picas, que no privan ya, lo que solían entre ellos, las flechas, como armas de poca ofensa

(1) Colección indíjena del autor.

por ser mui raros los que matan con ellas, aunque dando en el rostro en las peleas, hieren, turban i desatienden».

Superó a todas las adquisiciones ofensivas del araucano la del caballo. En este segundo período del poder militar de los araucanos se había multiplicado en tal cantidad, que al comenzar el siglo XVII podían entrar cuatro mil en campaña, según el cálculo de este mismo cronista capitán, que es una autoridad indisputable en materia militar de su tiempo.

En cambio, la reproducción del animal había disminuído o por lo menos se había estacionado en el centro i sur del país que ocupaban los españoles: continuas recuas pasaban la cordillera con las mercaderías que llegaban de Lima a Valparaíso destinadas a Tucumán i al territorio diaguita; los mercaderes que los obtenían para el trasporte de sus cargas los dejaban en esos lugares. Como causa de la disminución señalan además las crónicas de este tiempo el poco cuidado que se prestaba a la reproducción, la mortandad de potros i yeguas por los largos viajes en malos caminos i el paso de tantos i tan caudalosos ríos.

Habían obtenido el caballo español como despojo en las batallas, en los asaltos a los destacamentos pequeños i a los alrededores de las poblaciones; en los robos con mil ardides que hacían en las caballadas de las guarniciones, i de los que llevaban a las zonas no sometidas los indios de servicio, los mestizos i hasta los españoles que desertaban. La evacuación de los pueblos incipientes, llamados ciudades por los conquistadores, después de la muerte de Val-

divia i los fracasos de sus sucesores, proporcionaron a los indios un contingente numeroso i escojido de caballos. La destrucción de esas poblaciones reconstruídas que los araucanos ejecutaron en seguida de la muerte de Oñez de Loyola, acabó de suministrarles este poderoso auxiliar de sus guerras interminables. Las campeadas de los españoles, o sea sus campañas periódicas al territorio de Arauco, constituían otra fuente segura de provisión de caballos. Para atender a su reproducción, los indios se dedicaban particularmente al cuidado de las yeguas. Esta preferencia i atención por la hembra ha sido continuada hasta hoi mismo.

La abundancia de los pastizales del sur favoreció su incremento. Lo ríjido de las estaciones lluviosas del sur, el servicio continuo a que se dedicaban i su mantenimiento a toda interperie sin ningún cuidado de abrigo bajo techado, fueron causa para trasformar el caballo español en una raza indíjena especial, de la que aún quedan mui pocos ejemplares.

Se distinguía esta raza por su estructura delgada i su tamaño mediano. Llevaba la cabeza un tanto inclinada, i antes le dejaban los indios larga la cola i las crines del cuello. Son mui pocos los grandes.

Los rudos ejercicios a que lo dedicaban sus dueños en viajes largos, sin herraduras, en el paso de ríos, ascensión de cerros, le dieron cualidades estraordinarias de resistencia i de sufrimiento para el frío, el calor i las lluvias. Era de color variado, huesudo, delgado de cabeza, de cañas, de muslo i de todas partes.

Las mezclas i el poco cuidado han contribuído a su estinción.

Como debía suceder, en los primeros años de la posesión del caballo los indíjenas no acertaban a sacar de él en las peleas con los españoles todas las ventajas que les podía proporcionar, por la falta de equitación. Al combatir con la lanza, largaban las riendas i caían por el pescuezo del animal; pero con el ejercicio continuado, hiciéronse diestros jinetes hasta el punto de ser con el tiempo eximios equitadores, que tenían a orgullo ejecutar arriesgadas pruebas en sus cabalgaduras.

Cuando promediaba el siglo XVII, ya iban reemplazando los frenos i riendas de barbas de ballena por los de hierro, i las estriberas i espuelas de madera, por las de metal. Al correr del tiempo, cuando dispusieron de la plata, los caciques consideraban indispensable usar de este metal todo el arreo de montar, como cabezadas, copas, estriberas i espuelas, manifestación de riqueza i autoridad que se perpetuó hasta el total sometimiento de la raza.

Con este poderoso auxiliar de guerra, los araucanos dilataron sus campañas a mayores distancias; aumentaron las sorpresas; la fuga después de un descalabro pudo ser rápida i por lo tanto menos peligrosa, fuera del alcance del enemigo por el menor peso del jinete i de su montura, i por no estar el caballo tan trabajado como el de los españoles. Algunas partidas de caballería indíjena maniobraban por los flancos de los fuertes i por sendas distantes i solo conocidas por ellas, para caer en zonas de retaguardia i regresar apresuradamente por otros caminos también ignorados de los tercios que corrían a cortarles la retirada.

Desmedidamente creció la seguridad de su poder. «Andan los enemigos, dice el cronista ya cita-

do, después que se ven ricos de caballos, tan victoriosos, soberbios i arrogantes que se puede creer sin duda que no trocarán su guerra por ninguna paz ni tregua u otra suspensión de armas, aunque se les concedan todas las franquicias i libertades de que pudieran estar exentos sin nosotros».

En esta segunda evolución del arte militar de los araucanos, había mejorado además el servicio de esploración. Se destacaban del grueso de un ejército avanzadas que debían evitar las sorpresas. Elejían los sitios más ventajosos para acampar, que resguardaban con empalizadas i trincheras provisionales o cubriendo una parte del campamento con estacas agudas de colihues o sólidas espinas de árboles. Llamaban *copín* esta defensa, que tenía por objeto inutilizar los caballos.

Cada grupo hacía su fuego aparte en el lugar del alojamiento.

La unidad de mando se había acentuado más todavía: un cacique principal desempeñaba las funciones de primer jefe i otros de capitanes subalternos que mandaban las divisiones bajo las inmediatas órdenes del primero.

Aguzaron con el estado de guerra continua su natural disposición de inagotables estratajemas, ya en el servicio de espionaje, ya en los medios de atacar un fuerte, ya para finjir la paz, simular una retirada o atraer a una emboscada. En ello influía la penetración admirable de sus sentidos, rasgos característicos del hombre inferior; veían a distancias enormes i oían lo mismo.

Quizás antes de la mitad del siglo XVII, la infantería no marchaba a pie; maceros i flecheros iban montados. Al término de esta centuria, segu-

ramente que estas armas habían desaparecido o desaparecían paulatinamente. Quedó la lanza como único instrumento ofensivo hasta la total sumisión de los araucanos. La maza corta, que algunos indios llevaron colgada de la silla, fué la última en desaparecer.

Cuando únicamente hubo caballería armada de lanza, la línea de batalla se tendía con filas de jinetes mezclados a trechos iguales con hombres desmontados que mantenían de las riendas sus caballos; así resistían el primer choque para ser ausiliados sin dilación por pelotones de refrescos que avanzaban por retaguardia o por los flancos. Esta formación se observaba solamente para la defensiva. Marchaban de frente i sin que ningún hombre se desmontara en la ofensiva, lo que se comprende si se tiene presente que de la rapidez de las cargas en campo raso dependía muchas veces el éxito del encuentro.

Rara vez practicaban un simulacro de maniobras envolventes; sus movimientos eran ejercicios de marcha o despliegues de pura fantasía para acobardar al contrario. Solía situarse algún cuerpo detrás del enemigo para cortarle la retirada, que se suponía segura, i en mui limitadas ocasiones para combinar el ataque con las fuerzas de vanguardia.

Del conjunto de elementos étnicos del continente indio, únicamente los mejicanos i peruanos habían adquirido una rudimentaria táctica i armas de cobre con algunas variantes de las de silex.

Las costumbres bélicas de los primeros habitantes de América guardan concordancia completa con los usos del mismo orden de los araucanos, según los informes de los antiguos historiadores.

Tan convencidos estaban los españoles del progreso militar de los indios de este siglo XVII, que un concepto que estampa González de Nájera resume el sentir jeneral de sus compatriotas en campaña. Digno de crédito es cuanto afirma este cronista, quien, a su carácter de tal, une el de haber sido maestre de campo de los tercios de la frontera, distinto en sus informes de los escritores misioneros, que en asuntos de guerra notician por referencias. Dice: «I han llegado a serlo tanto (verdaderos enemigos i soldados), que no debalde dicen los que de los nuestros son antiguos en el reino (Chile), que no ha muchos años que eran pájaros bobos, respecto de lo bravos, atrevidos, astutos i recatados, que son ahora, encareciendo la vuelta que en tan poco tiempo han dado». Los gobernadores i jefes de la frontera tuvieron, pues, que apercibirse para afrontar los nuevos peligros que amenazaban el porvenir de la guerra.

Fueron mejorando en primer lugar el sistema de fortificaciones. En efecto, los fuertes de la primera época de la dominación castellana, según las ruinas i croquis que de ellos quedaron, se apoyaban en algún barranco o río y daban frente a un amplio llano para la fácil maniobra de la caballería. Los de la segunda, estaban situados en alturas, lugares quebrados, inaccesibles a la caballería i con una retirada espedita; todo calculado para neutralizar el poder de la caballería indíjena i sacar mayores ventajas de los cañones, arcabuces i mosquetes, aumentados por esta misma circunstancia. Tal ubicación de los fuertes subsistió hasta que la raza fué totalmente dominada (1881).

Estas construcciones eran cuadradas i de una estensión que variaba en conformidad al número de jente que debía contener. En los cuatro lados se levantaban líneas de maderos enterrados, de regular grosor i de 4.18 metros de altura, afianzados por dentro con un listón de los conocidos con el nombre de cinta i amarrados con firmes correas. Estas palizadas venían a ser las murallas de los fuertes. A distancia de 1 metro 40 se construía otra, la mitad más baja que la esterior. El espacio entre ambas se rellenaba de fajina i tierra para formar un terraplén que venía siendo la muralla del fuerte i servía para los centinelas i para la colocación de la tropa en el combate. Por fuera se trabajaban pozos i hoyos, llenos éstos de estacas aguzadas para herir los pies desnudos de los indios; conocíanse con el nombre de abrojos. Algunos de éstos consistían en tres puntas de hierro a modo de clavos grandes unidos por la parte gruesa; se reservaban para arrojarlos a la entrada del fuerte en caso de apuro. En el centro de estas fortificaciones se construía el cuartel o las barracas, con techo de carrizos.

En algunas de estas construcciones la muralla esterior era de adobes, en los lugares más importantes i peligrosos.

Los indios atacaban por los cuatro lados, comunmente de sorpresa i a las primeras luces del alba, con vocerío espantoso i gritando los jefes sus nombres. Lanzaban las flechas e introducían las lanzas por las junturas de los maderos o herían a los soldados que se dejaban ver sobre el terraplen para disparar las armas de fuego i esgrimir las picas. Los atacantes solían hasta romper las palizadas con ha-

chas de hierro que ya manejaban. Rara vez se apoderaban de un fuerte.

La nueva ubicación de las fortalezas no finalizaba aquellos largos asedios a que los indíjenas habían sometido antes a las primeras construídas en sus tierras. La historia de la conquista recuerda con frecuencia que los indios sitiaban por meses i años los fuertes de los españoles i alrededor de los cuales se establecían porciones de ellos con sus familias, animales i siembras para esperar la rendición de sus defensores. El sitio de Villarrica, que duró tres años, es un caso típico de esos asedios interminables.

No alcanzaron los araucanos a conocer el manejo de las armas de fuego, por la carencia de pólvora, que solamente solían obtener de los prisioneros i desertores en pequeñas porciones guardadas en frascos i calabazas. En los primeros años del siglo XVII desertó un mestizo polvorista de apellido Prieto i se fué a una de las tribus de Purén. Reveló su oficio i se ganó la confianza de los indios. Enviaron éstos esploradores a los volcanes de la cordillera en busca de azufre, mientras que Prieto aprestaba las otras materias primas que entran en la preparación del esplosivo.

Los españoles quedaron sumamente sobresaltados con esta deserción i temiendo que, descubierto el secreto de la pólvora, la guerra tomase un sesgo desastroso para ellos. Por fortuna, pasaba un día el sarjento mayor González de Nájera con un destacamento por Purén i divisó a Prieto en la falda de un cerro. Entablaron una conversación a gritos i convencido Prieto de que debía volver al lado de los cristianos con el perdón de su delito, se incorporó

a las filas de sus paisanos burlando la vijilancia de los indios; guió en seguida al cuerpo espedicionario en su entrada al interior de Purén. Perdonado por el gobernador i con su licencia, pasó al Perú. Calmáronse con esta salida del país del polvorista desertor los temores de un cambio radical de la guerra en favor de los indios.

No todas las ventajas adquiridas por los araucanos deben atribuirse a su capacidad guerrera esclusiva, conjénita; como todas las razas en igual desenvolvimiento intelectual, imitaban mucho i creaban mui poco, en conformidad a una imajinación reproductiva i no creadora. Hubo otra causa que impulsó su progreso en las armas i en los métodos de guerra: la influencia española. En la primera década del siglo XVII habitaban en el territorio indíjena más de cincuenta desertores del ejército de la frontera, que instruían i adiestraban a los indios «en todas las cosas que exceden a su capacidad; de estos fujitivos algunos son mestizos, i parte mulatos i otros lejítimos españoles» (1).

De este hecho se deduce lójicamente que al mediar el mismo siglo ese número se habría duplicado i acaso triplicado.

El mayor número de estos desertores provenía de los fuertes; el hambre, el tedio de una larga reclusión, lo pesado del servicio, provocaban estas deserciones; entre otras causas que las estimularan se contaba la irritación de un castigo.

No variaron ciertas costumbres adicionadas a los hechos de armas, entre las que figuraba la intervención májica de los hechiceros.

---

(1) González de Nájera, páj. 117.

«Mientras andan los soldados en guerra, dice un cronista, están los hechiceros consultando al demonio sobre el suceso de los suyos, incensando con tabaco a las tierras del enemigo i haciendo sus invocaciones. I en una batea de agua les muestra el demonio lo que pasa, donde están i lo que les ha sucedido, bueno o malo. I antes que llegue la nueva del bueno o mal suceso, lo anuncian a todos» (1).

Durante la ausencia del guerrero, los que se quedaban en el lugar, sobre todo las mujeres, debían respetar ciertas interdicciones de alimentos, de pronunciar determinadas palabras, efectuar algunos actos desfavorablemente interpretados en estas ocasiones.

Para obrar májicamente sobre el enemigo, ejecutaba el indio en el campo de batalla pantomimas esencialmente májicas i no contorsiones infantiles, como han creído los cronistas i los esploradores. Idéntico alcance hai que asignar a los retos i maldiciones que proferían a grandes voces.

Después de la pelea, si había sido favorable, quedaba por hacer otra operación májica, paralizar la venganza de los muertos o de sus espíritus i garantir la superioridad conquistada durante la lucha por la posesión de trofeos o fragmentos corporales, como armas, cabezas, cráneos, mandíbulas, etc.

Las cascos del cráneo se elaboraban pintados para vasos que se exhibían en las reuniones de trascendencia; ejercían una acción mística sobre su poseedor.

---

(1) Rosales, *Historia.*

Todas las ceremonias de la guerra, como el sacrificio de los prisioneros i las paces, aparecían sobrecargadas de estos elementos de prodijio, de virtudes ocultas. Hasta la presencia del prisionero a quien se le perdonaba la vida, tenía que estar sometida a esta influencia májica; entre otras precauciones, se le ponía nombre indíjena i se le daba mujer para que entrara así en la esencia del grupo.

Tampoco se había estirpado la costumbre de ultimar a los prisioneros. En este siglo sólo había desaparecido la que antes conservó algunos detalles de un sacrificio sangriento como sobrevivencia de un remoto canabalismo guerrero.

Rejía otra forma de muerte del prisionero. Conducíanlo con una soga al cuello i atadas las manos, a un lugar espectable donde estaba reunida la multitud. Todos lo colmaban de improperios, i gritaban *lape, lape;* muera, muera. Lo hacían arrodillarse i enterrar unos palillos que representaban a capitanes españoles, que iba nombrando en alta voz. Al llegar al último, uno lo hería en la cabeza con el toqui, otro le sacaba el carazón ensartado en un cuchillo i un tercero le cortaba la cabeza, que hacía rodar por el lado del enemigo, i echaba bocanadas de humo de tabaco, que empleaban en esta i otras ceremonias. Al mismo tiempo le cortaban las piernas que descarnaban inmediatamente para hacer pitos i botaban en seguida el tronco del cadáver a los perros i aves de rapiña. El corazón se pasaba al toqui jeneral i después a los demás caciques, quienes lo iban mordiendo i chupando por turno. La cabeza i el corazón se levantaban, por

último, en dos picas i al son de los pitos, golpeaban el suelo entonando un canto guerrero (1).

Por su parte los españoles se manifestaban severísimos con los prisioneros. Las mutilaciones de las manos; piés, orejas i narices, la pena de muerte por la horca i el garrote, las prisiones con cadenas i los trabajos forzados, se repetían con una frecuencia obligada i con un inesplicable olvido de la caridad cristiana que predicaban sus sacerdotes.

Iguales torturas se aplicaban a los indios de servicio, los que soportaban el dolor con ese estoicismo sorprendente de todas las razas americanas.

Cuenta un cronista que cuando se les cortaban a los indios los dedos de los pies (destroncarlos) se acomodaban tranquilamente en el pujavante para recibir los golpes del machete, sin proferir ni una queja. Cortado un pie, colocaban el otro, i cuando el verdugo procedía con torpeza, ejecutaban ellos mismos la operación i en seguida metían la parte cortada en el caldero de sebo hirviendo (2).

Idéntica indiferencia por el dolor sin quejas ni contracción muscular, manifestaban los indios de las encomiendas en la práctica más repetida de los azotes i la marca con fierro caliente. Esta costumbre de marcar o *herrar* a los esclavos se remontaba a los tiempos de las guerras de los españoles con los moros. El procedimiento consistía en aplicar a la frente o a una mejilla un hierro ardiendo i hacer una señal. A veces se practicaba un tajo con instrumento cortante; sobre la quemadura o la in-

(1) Núñez de Pineda i Bascuñán, *Cautiverio feliz*, páj. 39.

(2) González de Nájera, *Reparo de la guerra de Chile*, páj. 263.

cisión se colocaba cardemillo para que no se borrara la marca (1).

Los convenios de tregua revistieron un carácter importantísimo entre los araucanos i requerían un largo ceremonial.

Se elejía un local para la ceremonia del parlamento *(coyagh)* entre las partes contratantes. Los caciques llevaban algunos *hueques* u ovejas de la tierra. Todos traían en las manos ramas de canelo, símbolo de la paz. Tan pronto como llegaban a presencia de la parte con que se quería ajustar el convenio, mataban los *hueques* con golpes de porras i le estraían el corazón, con cuya sangre humedecían algunas hojas de canelo. El animal entero o el corazón se ofrecía después al jefe principal con quien se pactaba la paz, el cual a su vez lo repartía entre los suyos. A esta formalidad seguían los discursos de una i otra parte i por fin, las libaciones i comidas de estilo.

Motivo de otra fiesta era también la vuelta de los guerreros a la reducción. Reuníanse en sus casas los parientes i la jente de las comarcas. Algunos oradores daban la bienvenida al defensor de sus tierras, ponderaban sus hazañas i estimulaban a los demás a imitar su noble acción. Seguían a este acto el baile i la bebida consiguiente a todas las reuniones de los indíjenas.

En el siglo XVIII se detuvo el progreso militar de los araucanos. En las pocas batallas campales que hubo en este período, no manifestaron los jefes aptitudes ni procedimientos nuevos que

(1) Esta costumbre estuvo en uso entre los romanos i otros pueblos antiguos.

significaran un adelanto real sobre los alcanzados en el siglo precedente. Conservaron su excedido valor i la tenacidad indomable para defender cada comunidad familiar el suelo de sus mayores. No variaron las costumbres adicionadas a los hechos de armas; se atenuó únicamente la crueldad con que se ultimaba a los prisioneros de guerra.

En la técnica quedaban los procedimientos anteriores de combate. Aún seguían en vigencia ciertas prácticas que podrían llamarse de seguridad i reconocimiento i algunas ventajas para la ofensiva, como la noción exacta del terreno, iniciativa i facilidad para sacar del campo enemigo sus provisiones, pero los despliegues para el combate i los movimientos en el radio de la acción no eran del todo ordenados i eficaces. Ejecutaban el ataque como mejor podían, en masa compacta o en bandos sucesivos, siempre a la carrera i gritando. No manejaban otra arma que la lanza; los serranos de esta i de la otra falda de la cordillera agregaban las boleadoras a su armamento.

La actividad bélica de los araucanos se había estacionado en este siglo a consecuencia de los largos lapsos de tregua que se convenían en los parlamentos, en los cuales se concedía cierta independencia a las tribus contratantes en cambio de que reconocieran la soberanía del rei de España.

En la primera mitad del siglo XIX la condición guerrera permanecía en estado invariable; pero en la segunda, la inclinación a la guerra esperimentó un retroceso a causa de los nuevos modos de vida que trajeron el contacto comercial con los chilenos, el incremento de la agricultura i la ganadería i el no ser ya la guerra una fuente de prove-

chosas granjerías. Por eso no presentó dificultades insuperables a los cuerpos chilenos, como en las rebeliones anteriores, dominar el último levantamiento de todas las agrupaciones indíjenas desde 1881 a 1883 i fundar pueblos que en pocos años fueron centros florecientes que reflejaron su cultura en las reducciones comarcanas. Desde entonces el araucano cambió la lanza por el arado. Verdad es que además del decaimiento bélico del indíjena, obraron en su definitiva rendición el mayor número de tropas chilenas i las modernas armas de fuego.

La indagación acerca de la capacidad militar de nuestros araucanos, para que merezca el título de imparcial, ha de quedar en un justo medio i circunscrita a los límites de lo verosímil. No fueron raza única i titánica de luchadores, como lo pregona el estro poético de Ercilla, ni tampoco medioeres en la resistencia secular. Su valor alcanzó el alto grado que era posible alcanzara una sección indíjena favorecida por circunstancias especiales para sostener la resistencia.

La literatura etnográfica antigua i moderna de todas las colectividades indíjenas del norte i sur de América, tan a la perfección estudiadas, menciona como una de sus cualidades de relieve la inclinación de todas ellas a vivir con las armas en las manos, dominadas por el pensamiento de pelear, en la agresión o en la defensa. El hábito de luchar, la vanidad conjénita del indio para lucirse, el honor de morir en la pelea para el que caía i sus parientes, creaban en todas las agrupaciones el arrojo o lo que es lo mismo el valor gregario.

Poseían los aborijenes americanos valor, destreza i astucia, pero de otro modo que los pueblos civilizados, como rutinas heredadas i no como aptitudes adquiridas. Hai que clasificar la osadía o sea la fuerza de acometividad i resistencia que distinguía a estas sociedades batalladoras entre el impulsivismo habitual primero e intensivo después. Esas cualidades se hallaban exentas de la disciplina, del valor reflexivo i eficaz, de patriotismo bien entendido i de la ciencia que dilata i crea la habilidad táctica de los jefes, condiciones que requieren un perfeccionamiento intelectual i moral inmensamente superior al simple hábito que dirije las acciones de los indios. Las diferencias de disposición en el punto de las facultades guerreras son tan incontrovertibles como en las otras actividades mentales.

Sin embargo, cual más cual menos, todas resistieron con tesón inquebrantable al invasor, según las noticias que están escritas en tantas viejas crónicas. Si se entregaron al fin a los conquistadores o si sucumbieron en la contienda, fué porque no tuvieron a su favor las circunstancias que prolongaron la resistencia araucana.

Entre las causas que favorecían la índole guerrera de los araucanos, hai que colocar en primer término la configuración del terreno en que desplegaban sus actividades armadas.

El cronista González de Nájera, tan bien informado de los asuntos militares del antiguo Arauco, se espresa de este asunto en los términos que siguen: «Ninguna cosa les quedaba que les pudiese adelantar a rebelarse sino solamente el seguro refujio i amparo que les ofrecía la gran fortaleza de

su tierra, por ser poblada de innumerables montes, sierras, valles i otras quebradas fragosísimas, pero de mucho i mui grandes ríos, ciénagas o pantanos tales, que cada cosa destas por sí sola se defiende, i es menester irla ganando (como dicen) palmo a palmo, cuando no tuviera jente que se opusiera a defenderla. I como tienen esta calidad las tales tierras, que en sus dificultosos pasos vale un hombre de los que la defienden por ciento de los que se los van a ganar, de aquí les nació (a mi parecer) a estos indios el atreverse a defender junto con su deseaba libertad, tierra que con su disposición tanto les convidaba i animaba a su defensa» (1).

La configuración topográfica favorecía también a las comunidades emparentadas para cerrar el paso a los españoles. El terreno fangoso de entonces, en el que los caballos se sumían hasta la barriga, constituía una barrera natural. La montaña ha sido, según la historia militar de los pueblos, defensa i órgano de reparación. Un territorio montañoso, cuya población se reparte en valles de poca dilatación, limitados por cerros que dejan estrechas gargantas, por bosques impenetrables, es un campo cerrado para pelear: facilita la defensa en atención a lo escarpado de las rocas i lo inaccesible de los caminos o bien demora la llegada del enemigo, estorba su libertad de maniobrar i da lugar al vencido para la fuga i para llevar la alarma a las zonas vecinas.

La organización propia i jeneral de la multitud indíjena de esa sección de nuestro país, con-

(1) *Reparo de la guerra de Chile*, páj. 86.

sistía en una serie de estirpes independientes, sin gobierno central, sin cohesión de ningún jénero. Tal estructura social se llamó *ayllu* en otras colectividades americanas. En un todo de tal manera constituído, de partes sin articulaciones, cada agrupación se bastaba a sí misma de ordinario, para defender su zona, sin ayuda ajena i sin prestársela tampoco a otras comunidades.

La patria, que era la personalidad localizada en un pedazo de tierra, no comprendía los límites del territorio. Reducía al lugar, quitaba a los núcleos de parientes hasta la unidad de raza. El concepto de humanidad quedaba fuera de la comprensión del indíjena. En suma, el sentimiento de la patria minúscula alcanzaba en él a un grado de fuerza i actividad mui superior al del hombre civilizado; al revés, el de patria grande no tenía valor ni efecto alguno; en términos precisos, no existía. En el idioma no hai una palabra que esprese el concepto neto de nacionalidad; *mapu* (tierra) ha sido una voz de significado restrinjido a la localidad o reducción; pero no a la representación abstracta de orijen común de todos los habitantes, con ideales, costumbres i obligaciones también unas.

La comunidad de peligro solía congregarlos en confederaciones que sobrepasaban el radio comarcano; rara vez tomaron proporciones que fueran más allá de las ligas rejionales. Activaban estas coaliciones el estímulo del botín, que les suministraba lo que no había en el territorio, i la persuasión de que los invasores serían vencidos sin dificultad por su escaso número e indiciplina i arrojados de sus dominios autónomos, propaganda

fácil de estenderse a virtud de la sujestión tan viva en las comunidades bárbaras.

De este jénero fueron las uniones de las tribus que en la historia de nuestros aboríjenes se han llamado «levantamientos jenerales».

Los conquistadores que arribaron a Chile tuvieron, pues, que batir en detalle estas aglomeraciones de familias. Tuvo, además, que prolongarse indefinidamente la contienda porque los españoles carecían siempre de fuerzas i recursos para emprender el sometimiento simultáneo de todas las estirpes o de cada una de las rejiones en que se hallaban esparcidas. El fraccionamiento o la división de la resistencia debía ser a la larga fatal para el invasor, obligado a dividirse cuando por la sola concentración de sus fuerzas podía obtener ventajas i dominar en menos tiempo.

Cuando las fuerzas españolas se encontraban en cuerpos respetables por su armamento i por su efectivo, que pasara de las simples columnas de reclutas, recorrían el territorio en todas direcciones i los grupos indíjenas huían sin presentar resistencia medianamente seria. La historia de la conquista i de la colonia abunda en episodios de esta índole. Para no acumular citas bastará recordar la campaña del gobernador Laso de la Vega. Con un cuerpo de mil ochocientos hombres entre españoles e indios emprendió la invasión por las faldas orientales de Nahuelvuta, en noviembre de 1631, i llegó hasta donde estuvo la ciudad de Imperial. Sus tropas alcanzaron hasta más allá del Río Cautín sin divisar ni una lanza araucana. Pero, como estas acometidas no pasaban de ser meras entradas a las tierras i no ocupaciones a firme, en

cuanto Laso de la Vega dió la vuelta al norte, renovaron los indios sus habituales correrías i levantamientos.

Cualquiera que hubiera sido el número de miles de indios que defendían la sección territorial del sur del Bío-Bío, cuatro, cinco u ocho, lo incontrovertible es que la conquista en forma parcial i sin quedar bien consolidada, tenía que ser una obra de larga realización i frájil para resistir impulsos violentos. La población indíjena se apretaba, por otra parte, en un espacio reducido en comparación de las otras naciones americanas i fácilmente podía ausiliarse de un punto a otro o llevar con rapidez la noticia de una invasión.

Por esta razón de contacto entre los habitantes de las zonas emparentadas, los indíjenas se presentaban al campo de operaciones en columnas de combate que superaban en mucho a los tercios castellanos, si bien no en las cifras abultadas que dan las crónicas i los documentos llamados inéditos. Solamente cuando el ejército de la república emprendió la ocupación definitiva, en 1881, los choques se verificaron con efectivos poco más o menos equilibrados i siempre las porciones araucanas, aún en peleas de caballería, esperimentaron totales derrotas en pocos minutos.

Esta desproporción numérica subsistió de modo permanente desde la conquista hasta mui adelante del siglo XIX.

Circunstancias políticas i relijiosas ayudaban a nuestros indíjenas en su tesón inquebrantable de no someterse. La corona economizaba los hombres i los gastos en la guerra de Arauco; seguía una política contemporizadora i dilatoria. España se ha-

llaba en plena decadencia por el exceso de jente que le consumían las guerras esteriores i la conquista de América, por un agotamiento económico que causaba la anemia nacional i por una errada dirección del sentimiento relijioso i el crecido número de personas de los dos sexos entregadas a la vida monástica (1).

Por eso en la corte encontraba una benévola acojida la voz de los obispos, del clero i las congregaciones que pedían la guerra defensiva i el sometimiento por medio de la relijión. En esos períodos frecuentes de paz, los indios se ensoberbecían, recobraban sus tierras, llenaban sus bajas con nueva población i permanecían en una rebeldía latente, lista para otras aventuras i con la convicción en el alma de que eran inconquistables. Así iban quedando incompletos los éxitos de los españoles, bien caramente comprados i mermadas las enerjías de los capitanes en servicio permanente del ejército.

La presencia periódica de los corsarios holandeses e ingleses en las vastísimas costas chilenas durante la colonia, fué otro obstáculo que desvió la atención de las autoridades españolas del problema araucano.

A no haber sido por la defectuosa i anticuada organización militar de los cuadros españoles que operaban en Arauco, la rebelión de los indios habría durado menos, mucho menos, de lo que duró, o tanto como en las demás colectividades aboríjenes del continente meridional, donde no obraron tan directamente las causas enumeradas.

---

(1) Altamira, *Psicolojía del pueblo español.*

Después de la acertada constitución del comando, es del armamento adoptado por los combatientes de lo que depende sobre todo el progreso del arte de la guerra. Considerada desde este último punto de vista, la táctica de los peninsulares se estacionó a partir de la conquista de Valdivia hasta fines de la colonia.

Los primeros conquistadores traían en sus procedimientos de combate i en sus armas las huellas recientes del feudalismo, arraigadas en la imajinación del pueblo por el recuerdo de la guerra heroica con los moros. Hombres i caballos estaban defendidos por gruesas armaduras de hierro; los caballeros se valían para el ataque de lanzas, espadas i mazas de pesos i dimensiones desconocidos ahora. La artillería i las bocas de fuego de menor calibre escaseaban hasta el estremo de contarse por unidades en las diversas guarniciones.

Cañones de campaña i de batir se llamaron las piezas usadas por los españoles; las primeras, pequeñas i manuales, se adaptaban mejor a la defensa de reductos i las segundas se destinaban de preferencia a batir las plazas. Hasta mui entrado el siglo XVIII, la ciencia de las fortificaciones permanecía en absoluto atraso en Chile.

Con estos elementos se concibe que la proeza o la lucha cuerpo a cuerpo fuera el único método en uso, o mejor dicho, que en los actos militares de esa época superase la acción individual a la combinada, la fuerza del brazo a los cálculos del jefe, que mide los obstáculos naturales i aprovecha los recursos de la defensiva.

Con semejante manera de ofender, las cargas de los escuadrones españoles se reducían a una serie

de duelos aislados, en los cuales la destreza del caballero para esgrimir sus armas i la resistencia del caballo eran lo principal i la táctica, lo secundario.

Los indios desnudos del primer período de la conquista, mal defendidos con armas de pequeños efectos, cedieron pronto al peso de las de sus enemigos i al empuje del temible caballo, que llamaron *huequq huinca*. Mas, cuando se familiarizaron con la presencia de este compañero del hombre i por una lei de adaptación tan jeneral en las sociedades menos dotadas que otras, se apoderaron del noble cuadrúpedo i aprendieron a criarlo i domesticarlo, sus costumbres guerreras cambiaron radicalmente i esperimentaron un avance notable. Desde ese tiempo su poder ofensivo quedó menos distanciado que el de sus dominadores: ambos se hallaban en aptitud de poner en ejecución el procedimiento de proeza, que dependía de la fuerza individual i del aguante del caballo.

En tal equilibrio de los medios de combatir, a los españoles no les quedaba otro recurso que adoptar que el mejoramiento de su disposición militar por la mayor dotación de cañones e infantería. No comprendieron el valor de un cambio de unidades o no pudieron tomarlo i la caballería siguió siendo la personificación viva del réjimen feudal i el arma casi única de esta prolongada guerra, durante la cual se mantuvo con mucho ardor i con una tenacidad rutinaria la acción individual sobre la combinada. Todo el arte de los encuentros consistía aún en llevar hombres contra hombres i en dar a la esgrima una importancia que anulaba las iniciativas más trascendentales de la intelijencia.

La infantería fué escasa mientras duró el conflicto sangriento de araucanos i españoles, siendo que era el arma que mejor se avenía a las condiciones montañosas del territorio i la que más temían los indios. Con ella se utilizaban los obstáculos naturales, que apenas había sospechado el arte antiguo en su importancia táctica. Mientras que los escuadrones de caballería se veían forzados a aceptar el combate en condiciones desfavorales o a moverse como perdidos en medio de poblaciones hostiles, la infantería se habría podido situar ventajosamente elijiendo el terreno difícil para los caballos i adecuado para recibir el choque, porque en estos encuentros sangrientos la defensiva, con raras escepciones, fué el precio de la victoria.

La caballería como medio de movilización rápida se prestaba admirablemente al jénero de incursiones que los españoles llamaron «*campeadas*» i que efectuaban en el verano por las tierras de los indíjenas, para acometerlos en detalle i destruirles sus sembrados i habitaciones; pero la artillería i los infantes, estacionándose en fuertes i reductos, habrían afianzado la posesión de los lugares i garantido la sumisión de los vencidos para ir formando un haz sólido de conquista.

Es preciso haber conocido mui en la intimidad a los araucanos para saber, por tradiciones i relatos de viejos sobrevivientes de algunas de estas jornadas, la presión que ejercieron en el ánimo de las fracciones guerreras los cuerpos de infantería i los cañones de los fuertes. Parapetábanse tras de sus caballos i de los árboles de las descargas por filas, i el fuego graneado los ponía a raya en sus avances; cuando estaban seguros de no ser tocados

por las balas, acometían con su estrépito acostumbrado.

Tanto como esta escasez de las armas de fuego i del efectivo, influía en la resistencia interminable de los indíjenas la pésima calidad de las tropas que servían en las filas del rei. Componíanse unas de mestizos del Perú i de vecinos que se alistaban en las miserables villas del país, equipados por cuenta propia i comprometidos por cierto tiempo; otras formaban los contratados a plazo fijo, de dos años por lo menos. Los continjentes peninsulares fueron tan reducidos durante la colonia, que no alcanzaron a constituir una masa dominante ni siquiera de influencia bastante marcada en el conjunto (1).

En estas milicias no jerminaban, por cierto, los principios de orden, regularidad i disciplina: bisoñas, incidentalmente en el servicio, desertaban con frecuencia, i porque anhelaban regresar pronto a sus hogares, peleaban con flojedad con un enemigo que, presintiendo la debilidad de sus atacantes, cobraba mayor intrepidez.

La empresa de la conquista, aunque más ardua aquí que en otras partes por las causas espuestas, no habría demorado tanto con la intervención de unidades armadas que hubiesen estado sometidas a un réjimen militar durable i ordenado. La tropa llamada permanente, obligada a un servicio de más larga duración, susceptible de renovarse, consta, en efecto, de hombres ocupados esclusivamente de la profesión de las armas, tanto en la guerra como en la paz, i que llevan por eso al teatro de las operaciones un caudal efectivo de ener-

(1) Barros Arana, *Historia jeneral de Chile.*

jías, de valor moral i consciente, único verdadero, de subordinación i de la resistencia que crea el ejercicio cotidiano.

Como queda dicho, los indios, al revés de la decadencia española en los medios i enerjías militares, habían perfeccionado en pocos años su poder agresivo: imitaron algunas piezas de resguardo corporal, como el corselete de cuero; perfeccionaron su arma favorita o la lanza, adoptándole una punta de hierro en vez de la tostada al fuego i de la de pedernal; construyeron trincheras i palizadas que se asemejaban a las de sus contrarios; multiplicaron el ganado caballar para aplicarlo a la guerra antes que a fines de trasporte i de alimentación.

Habían adquirido igualmente sus jefes por esta época, a la conclusión del siglo XVI, algunas normas de combate aunque sin alcanzar a ser ni táctica ni estratejia ordenadas, como la conducción de sus columnas con mejores precauciones de vijilancia i sus refuerzo según las necesidades de la acción.

El estado de hostilidad perpetua de españoles i de indios acentuó en éstos, por el hábito de los mismos actos, la inclinación de las colectividades bárbaras a la guerra; se militarizaron, según la espresión corriente en la actualidad. Las aventuras bélicas, las irrupciones a los lugares ocupados por sus opresores para arrebatar animales i saquear, pasaron a ser una ocupación habitual en algunas estaciones del año, a semejanza de las faenas agrarias. Esta idiosincracia guerrera se trasportó a los juegos públicos, en los que la caballería desplegaba su destreza; eran torneos que no sólo excitaban el va-

lor de los jinetes sino simulacros de los combates por haber.

Sin embargo, en organización quedaban mui atrás, inmensamente atrás, de los terribles tercios españoles regulares, que recorrían el mundo como vencedores, hombres disciplinados i sujetos a las leyes tácticas i al comando de jefes esperimentados. Los araucanos permanecieron constantemente detenidos en la evolución militar superior, que que concibe los planes complejos. Con reglas pero sin principios conservados por tradición siquiera, sin orden en la organización, sin freno en el campo de batalla, fueron siempre el mismo pueblo ávido de combates i botín, dado a la matanza después de la acción, igualmente prestos a huir si la partida parecía peligrosa i a pelear con porfía si la suerte les abría el camino de la victoria.

Muchos de los caciques renombrados que desplegaron una habilidad en la guerra que sobrepasó a la común de los otros jefes, idearon sus planes más que por una capacidad mental, por la lei de adaptación: todos habían vivido con los españoles i les habían aprendido mucha parte de sus métodos, principiando por Lautaro i concluyendo por Mariluán, el cacique realista en las contiendas de la independencia.

En los pueblos de escasa cultura la vida mental es mui semejante, casi no existe en una masa homojénea la diferenciación de personalidades. La superioridad de algunos individuos se jenera de ordinario en un ambiente de fuerza.

No se escapó esta circunstancia a la minuciosa observación de González de Nájera, quien anota en su libro este dato al respecto: «Los más famo-

sos capitanes, a los cuales ha durado más tiempo el mando i el respeto que les han tenido los indios, han sido aquellos que antes fueron nuestros prisioneros o que sirvieron a nuestros españoles, como han sido Anganamon, Pelantaro, Nabalburi i Longotegua» (1).

Otra diferencia de las fuerzas guerreras indíjenas i de las civilizadas: les faltaba a las primeras la organización del comando. Los caudillos directores de las empresas recibían sus cargos por designación ocasional i carecían, por lo tanto, de autoridad efectiva ante las unidades armadas de los distintos agregados familiares. La independencia completa de estas facciones territoriales en el orden político, traía como consecuencia inevitable delante del enemigo impedir la trasmisión de la voluntad del jefe con la prontitud i el rigor que exijen los momentos críticos de una batalla o combate. El mismo jefe nominal no tenía conciencia de su papel directivo i esperaba el resultado favorable de circunstancias no determinadas i de la fuerza de su brazo i el valor de sus compañeros.

Un sistema que entrega así el resultado de las armas al capricho del azar es embrionario, propio de la barbarie i queda espuesto a continuos descalabros; pero a los desastres militares no se les daba gran importancia, por lo mismo que la responsabilidad era intanjible.

Esas unidades étnicas no pudieron crear su táctica por la carencia de cohesión en el comando i porque no estaban en aptitud de reducir a preceptos las lecciones de la esperiencia; sin normas que

(1) *Reparo de la guerra de Chile*, páj. 98.

evolucionasen, sin orden en la organización, no pasaban de ser columnas con armas que se precipitaban como torrentes impetuosos a la pelea.

Se ha mantenido en libros i en la tradición chilena, impuesta sin duda por *La Araucana* i los cronistas que la siguieron, el prejuicio de que nuestros aborijenes alcanzaron una capacidad militar superior a todas las demás agrupaciones americanas i no distante a la de naciones adelantadas en la ciencia militar. Opiniones son estas sin base científica, idealidades de escritores entusiasmados. ¿Cómo pueden igualarse las cualidades motoras, el instinto de imitación, tan fuerte en las sociedades retrasadas con las producciones de la intelijencia más sana i elevada del civilizado, que desde el siglo XVII, viene dando a la guerra el carácter de una ciencia complicada? El ejército de las naciones adelantadas ha sido un mecanismo de rodajes variados, de tropas regulares, guarniciones, arsenales, servicio de trasporte, estados mayores, pontoneros, etc. La diferencia de cultura de las naciones ha contribuído a que aporten a sus instituciones militares i a la guerra aptitudes diversas. Por eso los procedimientos indíjenas no tenían complicaciones que obligaran a los jefes directores a preparar planes abstrusos i de aplicación futura, para lo cual no estaban mentalmente habilitados los jefes.

En la esposición de la escepcional amplitud guerrera de los araucanos, algunos etnólogos i escritores de nuestro país no han hecho distinción entre lo que ha sido obra del sentido práctico de la raza o de la capacidad de asimilación, peculiar a las agrupaciones de media cultura, i de las que no han

podido hacer en el sentido contructivo de la mentalidad superior de los pueblos civilizados (1).

Se ha celebrado por varios autores la habilidad de los araucanos para realizar la guerra menor, que fué la que usaron las agrupaciones incultas, de ardides, sorpresas i emboscadas. Se ha creído que únicamente ellos simularon trampas cubiertas de ramas para hacer caer los caballos, que se valieron de troncos de árboles a manera de escudos y que sabían atraer a sus enemigos a sitios ocultos donde había construcciones de madera con apariencias de reductos. Quien se dé el trabajo de revisar las crónicas antiguas sobre las conquistas de las razas aboríjenes de los dos continentes americanos, hallará bien pronto la evidencia de que estas mismas astucias araucanas se aplicaban invariablemente en todas aquéllas.

Mucho aprendieron en lo material los indios de los españoles, porque el instinto de imitación, como queda espresado ya, se aplicaba también entre ellos a las cosas de la guerra; la repetición de hechos similares les creaba una aptitud, pero carecían de la fuerza que actúa en la guerra, de la invención.

Han sostenido además algunos autores chilenos que las mujeres participaron en las funciones de guerra, principalmente en el siglo XVI. Hai en este aserto una jeneralización exajerada.

---

(1) Este criterio equívoco de las dos manifestaciones intelectuales en cuanto a eficiencias guerreras, ha inspirado la monografía, interesante por el aspecto de la recopilación de datos, del señor Ricardo E. Latcham, titulada *La capacidad guerrera de los araucanos* (Revista de Historia i Jeografía, 1915).

Ausentes los hombres, pesaban sobre las mujeres todas las tareas domésticas i el cuidado de los hijos; las provisiones se agotaban i ellas debían proveer el sustento diario de los suyos, recojiendo algas marinas i moluscos las que vivían en las playas, papas i yerbas silvestres las de más al interior. En el siglo XVI, por lo menos hasta el último tercio, los recursos de subsistencia eran menores para los indios, que carecían de los animales i granos importados por los españoles. Agotadas las reservas de maíz i quínoa durante la guerra, el sustento por la recolección de frutos naturales, de que se encargaba la mujer, requería una labor mucho más pesada que en la paz. Sin su presencia en la parcialidad, ésta habría desaparecido por emigración o por hambre.

Sucedió que en el siglo en referencia i en el siguiente algunas mujeres tomaron parte en operaciones bélicas, según el testimonio de más de un cronista, pero esa participación debió ser accidental, circunscrita a uno que otro lugar i reducida por el número. Ni había existido antes ni se jeneralizó esta cooperación tan decantada. El mismo Ercilla en el prólogo de su poema dice: «vienen también las mujeres a la guerra i peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte». Nótese la limitación que fija la frase *algunas veces*.

En los tiempos modernos se practicaba la restricción sexual entre los guerreros que iban a emprender una campaña: días antes separaban lecho de sus mujeres i hasta dormían fuera de la casa. Esta regla ¿no podría haber sido usual en época precedentes? Las costumbres no se imponen de re-

pente en las colectividades bárbaras; son el fruto de hábitos adquiridos en una serie de jeneraciones.

Pudo suceder que mui pocas i determinadas mujeres se agregaran a los grupos movilizados, pero eso tendría lugar en la época en que éstos acampaban no mui distantes de sus viviendas. Cuando las espediciones comenzaron a distanciarse por la multiplicación de las cabalgaduras, desapareció la presencia de algunas mujeres en los campamentos. Entonces cada guerrero llevaba consigo algunas raciones de comida para unos cuantos días.

Lo frecuente era que ante la amenaza de una invasión se escondiera en los montes la *chusma,* como llamaban los españoles a las mujeres, niños i ancianos, i que se quemaran las habitaciones para huir desembarazados de los utensilios domésticos i anticiparse a lo que habrían de ejecutar después los invasores.

En los *malones* o choques de familia tomaban parte ordinariamente las mujeres para ayudar a los hombres. Aflijidos los moradores de la casa en la lucha con los asaltantes, las mujeres que no habían alcanzado a huir, ausiliaban a sus deudos con palos o instrumentos hallados a la mano.

En este orden de actividades bélicas de las mujeres hai que incluir el caso de aquella arauca de las tribus de Villarrica llamada Janequeo, que a la muerte de su marido se unió a un hermano i con él emprendió una serie de correrías contra los españoles que resguardaban esa zona.

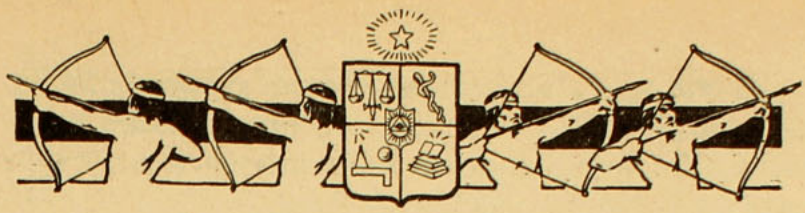
Un examen atento de la vida militar de los araucanos, permite dividirla en los siguientes períodos:

1.° El de sus guerras primitivas al comenzar la conquista.

2.° El de la evolución militar, por imitación de las armas i algunos métodos de los españoles, desde el último tercio del siglo XVI i todo el XVII.

3.° El del estancamiento del progreso militar, durante el siglo XVIII i primera mitad del XIX.

4.° El olvido de la vida guerrera, reemplazada por las dedicaciones de la agricultura i la ganadería, en la segunda mitad del siglo XIX.



CAPITULO XII

Organización Relijiosa

Confusa mezcla de creencias de los araucanos a la llegada de los españoles.—Restos del totemismo antiguo.—Influencia del culto solar.—La devoción de los antepasados.—Representaciones colectivas a que se ha dado el nombre de alma.—La crísis de la hipótesis sobre el alma múltiple de la escuela animista.—Materialidad del püllü o imajen del individuo espiritual.—Fuerza misteriosa que anima a los objetos.—La representación jenérica de *pillan*.—Concepto de los cronistas.—Huellas del *pillan* en las ceremonias de invocación .—Representación colectiva sobre el *huecufe* o principio del mal.—La representación de *ngenechen* que reemplaza a *pillan*.—La ceremonia *ngillatun* o rogativa.—Invocaciones i danzas de carácter relijioso.—Dificultad de la mente araucana para la asimilación de otras relijiones.

Cuando los conquistadores fueron avanzando por el territorio jenuinamente araucano desde el Río Itata hacia el sur hasta Chiloé, no hallaron un conjunto determinado de ideas i prácticas de carácter relijioso, en el sentido filosófico del civilizado, esto es, ni una representación suprema, ídolos, templos o adoratorios, dogmas ni moral. Cronistas, conquistadores i misioneros unánimemente así lo declaran.

Lo que en realidad existía era una confusa mezcla de reminiscencias totémicas, de formalidades relativas a los antepasados i de manifestaciones truncas i sin coherencia del culto al sol.

Los cronistas i misioneros, que no estaban capacitados para hacer una construcción lójica i conocer la ciencia objetiva de las rejiones, atribuían algunos fenómenos psicolójicos (éxtasis), psicopatolójicos (psicosis), supersticiones i simulaciones de los indíjenas a intervención diabólica, en conformidad a la estensión de las creencias sobre el demonismo que imperaban en ese tiempo.

Dos aspectos caracterizaban el réjimen totémico, el social i el relijioso. Desde el punto de vista del último, no se habían estinguido del todo al principiar la conquista las creencias en un lazo de unión entre un grupo consanguíneo i una especie animal, vejetal u otra clase de objetos; en la protección recíproca i en las interdicciones.

Quedaba todavía en las costumbres un sentimiento de profundo temor i veneración por algunos animales, como la culebra, una especie de sapos, el aguilucho, el cóndor, el león, el tigre arjentino *(nahuel)*, que debió llegar hasta la entrada oriental de los boquetes, tras las inmensas manadas de huanacos i otros rumiantes que entonces bajaban a los valles occidentales i llegaban hasta las serranías de la costa.

El número de animales reverenciados era crecido. Ahora mismo no sería difícil hallar en estado borroso estas supervivencias totémicas en las tradiciones, en los mitos, invocaciones i costumbres de los restos sobrevivientes de la raza.

El animal *tótem* representaba a un protector del *clan*, que se trasmitía de jeneración en jeneración. La lei de la interdicción *(tabú)* impedía lesionar en lo más insignificante al guardián de la tribu. La caza o la pesca de la especie reverenciada, acarreaba al clan daños inmediatos i terribles, como muertes, epidemias o pérdidas de alimentos.

En algunas agrupaciones se reverenciaban, en lugar de animales, cerros, lagunas, ríos, el mar, piedras de formas estraordinarias, especies vejetales i otros objetos.

Vestijios totémicos son entre los araucanos el respeto con que se nombran algunos animales, como el león, algunas aves, como el cóndor. Dábaseles un tratamiento afectuoso i en las invocaciones se les trataba de amigos, de hermanos o padres. Palabras ofensivas podían enojar al animal i provocar su venganza; matarlo era esponerse a desgracias seguras.

Desde la conquista española hasta hace pocos años, ha sido costumbre jeneralizada entre los indios usar pieles, uñas, huesos i dientes de algunas especies como talismanes i para asimilarse sus propiedades. En muchas tribus se colocaban los individuos raeduras de huesos de león debajo de la piel de un brazo o de una pierna para asemejarse a este felino (1). Indios había que tomaban en licor o en agua polvos de huesos del tigre, sobre todo entre los pehuenches, para adquirir las propiedades de este felino.

En algunas reducciones, particularmente en las adyacentes al río Cautín hacia la costa, se coloca-

(1) Costumbres anotadas por el autor en varias reducciones.

ban en los mojinetes de las viviendas cráneos de animales para que protejiesen a los moradores de ellas contra los ataques insidiosos de los brujos o contra la acción de fuerzas maléficas.

Entre las danzas antiguas, que fueron más numerosas que las modernas, había una de carácter misterioso, distinta de la destinada a obtener abundante caza, que se verificaba en ocasiones determinadas i al parecer con el fin de agradar i tal vez de invocar a un animal terrestre o marítimo. Movimientos i frases rítmicas recordaban a la especie que se quería honrar (1).

En la organización totémica de las sociedades americanas, se representaba al animal projenitor del grupo en múltiples grabados. Pues bien, la arqueolojía araucana de la edad de piedra es abundante en figuración zoolójica. ¿Sería una revivicencia de ese hábito la inclinación del araucano de las jeneraciones posteriores a grabar animales en sus utensilios o a dar forma zoomorfa a su cerámica? Es de advertir que estas representaciones zoomórficas han ido decreciendo con el tiempo en la técnica de los indios (2).

Persistieron en las costumbres de los últimos mapuches las interdicciones de perseguir, matar i comer la carne de ciertos animales. Habrá que atribuir esta persistencia a lejanos *tabús* alimenticios. Los cuentos míticos están llenos de episodios en que aparecen hombres dañados por carnes nocivas o la conversión de éstas en agua, nieve, etc, *(perimontu)*.

---

(1) Tradiciones recojidas por el autor en muchas reducciones.

(2) Colecciones públicas, particulares i del autor.

Se ejecutan aún por los indios muchas prácticas estraña relacionadas con animales.

Cuando principian los calores primaverales, suelen verse en el campo dos o más culebras enredadas unas con otras. El indio que se encuentra con estos ofidios así unidos, queda en condiciones de obtener buena suerte; pero necesita para ello practicar una invocación, hacer una rogativa individual. Se arrodilla i pide en estos términos: «Quiero que me den buena suerte, buenas cosechas, bastantes animales; que me defiendan de mis enemigos». Al propio tiempo va arrojando ramitas de árbol cerca de las culebras; separadas éstas, toman distintas direcciones. Si debajo de ellas había alguna piedra pequeña, sobre todo de color negro, la guardan como un talismán; tiene virtud májica adquirida por contigüedad.

Las culebras que se juntan del modo que se deja indicado, se designan con el vocablo *chinifilu* (culebra canasto).

Otras veces el *chinifilu* es una culebra con dos cuernos i en ocasiones con dos colas. El que tropieza con un ofidio de tal naturaleza i logra cazarlo, cortarle una de las colas i guardarla cuidadosamente, se hace rico. Sucede que el encuentro es con un lagarto que tiene esa hechura de cola; llámase entonces *chanquilen filcun* (pierna de lagartija).

En estos dos casos no se trata seguramente de actos que puedan englobarse en los vestijios del totetismo, sino de un guardián o de un protector individual, tan comunes en las creencias de los araucanos.

En varias reducciones queda todavía latente un supersticioso respeto por la culebra. Hai innume-

rables interdicciones referentes a este ofidio, que sería prolijo detallar. No menores son las creencias sobre los efectos misteriosos i patolójicos que produce la presencia o el contacto del reptil. Creíase que el individuo que pisaba una culebra caía gravemente enfermo i concluía al fin por sufrir una parálisis a las piernas (1).

Algunos distritos llevaron el nombre de *vilu o filu* (culebra) i el linaje fundador del *rehue* tomaba la misma denominación, como sucedía con los *vilu* de Maquehue o Maquehua, que ocupaban un lugar denominado *mapu vilu* (tierra de las culebras). Maquehua fué una vasta *aylla rehue* al sur del Cautín, frente de Temuco, que tuvo varios grupos desaparecidos o segregados con el tiempo del conjunto tribal primitivo.

En las secciones que tenían el nombre del reptil resaltaban el respeto por él i la interdicción de dañarlo. ¿Acaso había en el fondo de esta veneración el residuo de un vínculo remoto de parentesco?

Crónicas, léxicos i leyendas mencionan uniformemente una gran variedad de aves que se reputaban protectoras de algunas tribus i otras que anunciaban sucesos desgraciados. En unos grupos era el pato el benefactor, el pariente de la familia, como en algunas de las orillas del Cautín (de cagten, palabra antigua que significa pato): seguramente que la llegada de alguna especie palmípeda al río anunciaba la abundancia de peces que subían aguas arriba. Según las crónicas i las tradiciones, los riberanos de este río se dedicaban con mucho empeño a la pesca con pa-

(1) Creencias anotadas por el autor en la provincia de Cautín.

los aguzados. En otras comunidades se estimaba como ave amiga, benefactora, la bandarria (Theristicus caadatus). Su paso anunciaba viaje próximo i feliz de algún miembro de la familia; su detención en alguna loma señalaba el sitio en que abundaba el lauü o una papilla de mucho agrado al gusto araucano (Herbetia coerulea). El loro chileno llamado choroi era ave perjudicial que los brujos o los indios que se entendían con éstos, mandaban a los sembrados de sus enemigos para que los destruyeran.

Los mitos araucanos dejan también rastros evidentes de los *tótemes* animales.

Indios de edad avanzada han esplicado al autor que el carácter sagrado de cierta especie de ranas i sapos provenía de que anunciaban cambios atmosféricos i habitaban sitios pantanosos i de vegas, antes mucho más comunes que ahora.

Muchas pájinas se llenarían con la enumeración de todas las clases de aves a que los indios atribuían protección o perjuicio, tanto en la costa como en el centro i los Andes; pero estos datos i los ya publicados bastan para dejar trazado un cuadro de líneas jenerales (1).

Reminiscencias de un culto remoto a especies vejetales se han cristalizado hasta hace pocos años en las costumbres araucanas. En varias rejiones se veneraban algunos árboles grandes i beneficiosos por sus frutos, a los que los viajeros les dejaban determinados objetos como ofrenda. En la rejión de la cordillera se practicaba este acto de carácter ceremonial con algunos pinos corpulentos (Araucaria

(1) En los libros del autor *Psicolojía araucana* i *Mentalidad de los araucanos* se anotan datos más detallados.

imbricata) que solía haber en partes de ciertas condiciones topográficas especiales o en el comienzo de sendas largas i dificultosas.

Otras plantas figuraban en el concepto indíjena como sagradas por sus propiedades curativas o sus aplicaciones a las industrias domésticas. Entre las primeras se cuenta el canelo, el árbol de las ceremonias relijiosas, del distintivo de autoridad, de la farmacopea indíjena i anestésico para los peces de aguas no correntosas.

Hasta la fundación de los pueblos de Araucanía quedaban en distintos lugares unas plantas que atraían mujeres que practicaban invocaciones fálicas, de las cuales quedaban borrosos vestijios hasta hace pocos años.

Entre las muchas especies vejetales que les merecían respeto i admiración se contaban algunas plantas tintoreras, otras de aplicación májica, como una que nombraban *pilluchucao*, para robar con facilidad; las de propiedades afrodisiacas, *mellicolahuen;* la de efectos prolíficos para la mujer, *capralahuen;* el césped que los indios reconocían con el nombre de *paillahue* i un liquen que llamaban *oñoquintué* se aplicaban para el amor: un joven que lo bebía en infusión mezclado con licor u otro líquido, se interesaba en el acto por la niña que se lo brindaba.

Había muchas para producir la impotencia, la insensibilidad i otras afecciones patolójicas. Los machis de otros siglos utilizaban una colección completa de hojas i raíces, de nombres diferentes, no sólo para las personas sino también para aplicaciones de veterinaria májica. Hasta hace poco las *ma-*



Laurel sagrado de la comarca de Metreuco

chi conocían yerbas que predisponían a los animales a la fecundidad doble (1).

Cerca de Metrenco queda todavía un viejo laurel, famoso en la comarca por las propiedades medicinales i de otras aplicaciones májicas. Un esplorador de esos lugares consigna estas noticias: «Este laurel fué plantado junto con el *rehue* por un *machi* mui renombrado. Por suerte, el arbolito creció i ahora las machis vienen desde mui lejos a buscar hojas i cáscaras para remedios i otros usos. Tiene gran virtud porque se ha alimentado de un machi tan notable» (2).

Estaba vedado quemar la leña de estos árboles que se estimaban como benefactores por algunas de sus propiedades terapéuticas, industriales o de virtudes ocultas i misteriosas.

Entre los indios afines de ultra cordillera subsistió hasta el fin de su vida independiente el acatamiento por algunas plantas tenidas como sagradas (3).

Coincidía con las formalidades de la zoolatría i la fitolatría del totetismo prehistórico, el acatamiento por las rocas de forma rara i por las que tenían perforaciones hechas por el hombre en la superficie superior, cuando eran planas o en algunos de los costados en las enhiestas. Estas últimas, abundantes en las rejiones del norte que dominaron los incas, son menos frecuentes en el sur, ¿serían sobre-

(1) Informes recojidos por el autor entre los indios de Angol, Purén i de la provincia de Cautín.

(2) Noticias i fotografías comunicadas al autor i de procedencia del señor D. S. Bullorts.

(3) Falhener, *Descripción de la Patagonia.*

vivencias del totemismo araucano o importadas del ritual aymará o peruano, entre los cuales abundaban más que en Chile?

Hasta mediados del siglo XIX quedaban algunas de estas rocas en contadas localidades del sur del Bío-Bio. Al presente apenas se conserva la votiva de Retricura, en el camino de Lonquimai.

Cuando se agotaban los arroyos que subvenían al consumo de los habitantes i animales, solían hacer algunas familias peregrinaciones a las alturas de las quebradas i llegar hasta donde había grandes rocas, al pie de las cuales brotaban las vertientes. Ahí se verificaba una invocación a las piedras para pedirles que hicieran correr el agua hasta la casa i dejaban en ellas algunas ofrendas. Estas peregrinaciones, que se efectuaron hasta el siglo XIX, ¿no sería lójico creer que tuvieron mayor estensión en el de la conquista?

En esa época no se habían estinguido otras costumbres ceremoniales aplicadas a los ríos, lagunas, el mar, cerros i volcanes, de las cuales se comprobaban algunas huellas hasta los años próximos a la ocupación definitiva del territorio.

Concurrían con los indicios del lejano totemismo algunos elementos de la relijión solar de los peruanos. La ocupación de las rejiones del norte i centro del territorio chileno por los incas tuvo que dejar sentir necesariamente en ellas la influencia del culto al astro central.

La política colonizadora de los incas consistía, entre otras orientaciones, en imponer a las comunidades conquistadas la relijión i la lengua del imperio. En cuanto al idioma, un cronista informa refiriéndose a las secciones de Huasco, Copiapó y Co-

quimbo, que «en ninguna parte de Chile sino en éstas se hablaba la lengua jeneral del Perú» (1). Claramente se desprende que el idioma debió correr a la par de la imposición relijiosa.

El culto solar hubo de injertarse, además, en el fondo totémico de las agrupaciones aboríjenes del norte en virtud de la lei que los psicólogos de las relijiones llaman de la heterojeneidad, consistente en la facilidad con que éstas se trasplantan a lejanas distancias del centro de orijen, sobre todo entre colectividades en estado de barbarie.

Debió ser un hecho perfectamente real el establecimiento del culto solar en estas secciones territoriales, puesto que los primeros conquistadores hallaron en ellas modestos adoratorios o *huacas*, construídos con el material de carrizos i maderas del país, entre los cuales mencionan las crónicas los de Copiapó i Colina (2).

Se comprende que habría otros en tantos centros de mitimaes i labores mineras, que se contaban hasta el valle de Maipo, en los cuales el inca «tenía gobernadores con jente de presidio» (3).

Este y otros antecedentes sobre el particular indujeron a nuestro insigne americanista y bibliógrafo don José Toribio Medina a emitir este juicio: «Además de estos restos de la implantación del culto relijioso de los incas en Chile, parece indudable que los hijos del sol erijieron a sus divinidades en nuestro suelo, uno o más templos, que, aunque hoi

(1) Ovalle, *Histórica Relación*, tomo I, páj. 150.

(2) Mariño de Lobera, *Historia de Chile*, páj. 39 i Rosales, *Historia de Chile*, páj. 94.

(3) Mariño de Lobera, *Historia*, páj. 45.

nos parezca estraño, no estaban edificados en los pueblos, sino en sitios más o menos aislados» (1).

Varios cronistas hacen referencias al culto del sol. «Los indios de Chile adoraban al sol, la luna y algunos idolillos» (2); «en lo espiritual no reconocen los chilenos relijión alguna, aunque varios adoraban al sol» (3).

Estas anotaciones alusivas a la adoración del sol debían referirse a los araucanos del norte i del centro, esto es, a los que estaban sometidos al poder incarial i no a los del sur. Así se esplica la frase *aunque varios adoraban al sol.*

A pesar de la obligación del culto al sol que los incas imponían en donde quiera que estableciesen su dominio, en estas secciones del norte la sustitución no se operó radicalmente: quedaron sobreviviendo por la fuerza de la tradición muchas particularidades del totemismo arcaico.

Por otra parte, los diaguitas, que enfrentaban al oriente de los Andes con los araucanos del norte, se sometieron con anterioridad al dominio de los incas, de los cuales recibieron un caudal de cultura mui apreciable. Cronistas bien informados de las peculiaridades de este pueblo notician que adoraban al sol, su divinidad principal, i que rendían homenaje a la vez al trueno, al rayo i a ciertos árboles que adornaban con plumas; lo que indica que el culto del sol no había borrado en su totalidad las huellas del totemismo (4).

---

(1) *Los aborijenes de Chile*, páj. 400.

(2) Fray Alonso Fernández, *Historia Eclesiástica.*

(3) Quiroga, *Compendio histórico de la conquista i guerra del Reino de Chile.*

(4) Del Techo, *Historia de la provincia del Paraguai.*

Como hubo una penetración diaguita en los araucanos del norte, no está fuera de lo posible suponer que a la influencia relijiosa de los peruanos se hubiera agregado la de este pueblo.

Atendiendo al tráfico que mantenían los aboríjenes del norte de Chile con los del sur, no es hipótesis caprichosa suponer que varios elementos de la relijión solar hubiesen llegado a estas últimas tribus, no como cuerpo metódico de creencias i de ritualismo, sino como un agregado de representaciones inconexas y fragmentarias, por la distancia del centro de irradiación.

Quien haga un rejistro de las costumbres de carácter relijioso de los incas, encontrará que muchas concuerdan con representaciones colectivas de la misma índole de los araucanos. Nadie en verdad pone en duda que innumerables usos en jeneral i las especulaciones relijiosas en particular, sean comunes en todos los pueblos indíjenas de cultura media i superior. Pero es preciso no olvidar que lo que da colorido de parentesco a las creencias es la identidad de muchos detalles ceremoniales i de superstición. Influye asímismo la proximidad de dos razas de civilización diferentes, porque la acción de la más elevada se deja sentir sobre la más baja en todo orden de manifestaciones.

Sería tarea demasiado prolija hacer un paralelismo completo de las analojías que se notan entre las especulaciones relijiosas de los quinchuas i algunos usos del mismo carácter de los araucanos. Bastará recordar unas cuantas concordancias.

Se advierte la similitud de pormenores en el número i funciones de los adivinos. Interpretaban los secretos del porvenir tanto los agentes peruanos co-

mo los de las tribus araucanas por el vuelo de algunas aves, el grito de otras por la derecha o la izquierda, principalmente de las nocturnas, como el buho, la lechuza i el cuervo; por la forma que presentaban las entrañas de los animales; por la colocación de las estrellas i la manifestación de fenómenos físicos, arco iris, volcanes, temblores, truenos, etc.

La vestimenta particular de los hechiceros i su vida aislada del contacto de la demás jente, coincidían también en mucha parte.

No había diferencia en el conjunto de las supersticiones, tales como en la contracción convulsiva del rostro o de la vista, en el adormecimiento de un músculo, en la caída de las manos de algún alimento u otro objeto, el chisporroteo del fuego, la cercanía a la casa de un remolino de viento, el paso de ciertos pájaros o animales por frente de la habitación, en el encuentro de culebras, víboras i sabandijas de conformación o color raros, y en muchísimos otros incidentes cotidianos. La vida del indíjena era un tejido interminable de supersticiones que se interpretaban en sentido favorable o adverso para el individuo (1).

Entre los aymarás i los peruanos estaba mui estendida la costumbre de los que iban de viaje ofrendar en algunas rocas, sandalias, coca, maíz i muchas otras cosas. Entre los araucanos han persistido hasta ahora las mismas ofrendas con la única variación del material ofrecido.

Era manifiesta la paridad en otras creencias i supersticiones. En la interdicción de las mujeres en-

(1) *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú*, Anónima. Cronistas chilenos.

cinta o en flujo menstrual para entrar a los sembrados i recintos de juegos atléticos o de azar. En los procedimientos de curación de los enfermos por sortilejios i absorción del daño, se igualan muchos detalles.

En la aplicación de la majia por semejanza para obtener el amor de otra persona o vengarse de ella, dándole al ajente hechicero ropa, mantas, cabellos, sangre u otro residuo corporal. En el concepto del alma i su aparición a los vivos había identidad casi completa.

En los términos de las invocaciones, en las cuales empleaban los incas las espresiones de padre, viejo, vieja, etc., que se repetían igualmente entre los araucanos

En algunas ceremonias, particularmente en las de carácter de impetración, como el *ngillatun*, los araucanos ejecutaban asperjiados con la sangre de corderos i jenuflexiones en dirección al sol, manifestaciones ordinarias en el ritual de los peruanos. La finalidad de estas ceremonias, para pedir agua, era la misma en las dos razas.

En el culto estelar de los incas se simbolizaban como animales algunos planetas i constelaciones: ya representaban un cordero con su cría, ya un tigre, serpientes, culebras i otros animales (1). También los araucanos imajinaban que algunas estrellas correspondían en la forma i en la acción a leones, zorros, carneros i otros animales; algunas constelaciones eran carretas, otras lanzas, etc (2).

---

(1) Polo de Ondegardo, *Los errores i supersticiones de los indios.*

(2) Tradiciones recojidas por el autor a fines del siglo pasado entre los indios de Angol i Temuco.

Para los peruanos parecía absolutamente inconcebible un estado demencial orgánico: suponían a los individuos afectados de trastornos mentales poseídos de un espíritu particular; creíanlos adivinos i los rodeaban de toda clase de consideraciones i respetos; se conocían con el nombre de *opas* (1). Creencia igual había entre los araucanos: los *huedhued*, dementes de cualquier orden, eran poseídos de un espíritu estraño, i tanto en el hogar como en despoblado, nadie los incomodaba. Sus ideas i actos delirantes se atribuían a manifestaciones del espíritu que los dominaba. Este concepto de las alteraciones cerebrales acaso sea común en todas las razas incultas i en las no evolucionadas por completo, pero los detalles se presentan de ordinario mui diferenciados.

En la iniciación de los hechiceros (el *ngeicurrehuen* de los araucanos) resaltan igualmente las semejanzas.

El sistema de la brujería presentaba la misma uniformidad en muchos detalles (2).

La peregrinación a las vertientes que surtían de agua el recinto de la comunidad eran comunes entre quichuas i araucanos.

Otra simulitud de costumbres de carácter relijioso. Entre las fiestas de los peruanos había una llamada *situay*, «que era a la manera de nuestro regocijo de San Juan, que se levantaban todos a media noche con lumbre i se iban a bañar i decían que

(1) Arriaga, *Estirpación de la idolatría del Perú.*

(2) Polo de Ondegardo, *Instrucción contra las ceremonias i ritos que usan los indios del Perú.*—Fray Jerónimo Román i Zamora, *Idolatrías i gobierno en Méjico i Perú.*

BIBLIOTECA NACIONAL SECCIÓN CHILENA

con aquello quedaban limpios de toda enfermedad» (1). Hasta hace poco tiempo existió entre los indios una especie de purificación por el agua, que no ha sido otra cosa que una sobrevivencia de la costumbre peruana. Desde la noche hasta la salida del sol permanecían en el baño ejecutando abluciones i signos májicos, que los dejaban indemnes de enfermedades i maleficios.

Ostensible analojía se nota en la aplicación ritual del fuego sagrado y del sahumerio de tabaco, que practicaron los incas i los aymarás. De los pueblos del norte llegó a Chile el uso de estos dos elementos de ceremonias i penetró hasta los araucanos. El tabaco junto con la *cütra* o la pipa que lo contenía, no fueron conocidos aquí antes de la influencia de las poblaciones andoperuanas. Tampoco hubo un mito del fuego, *kütral*.

No faltan autores que nieguen que la influencia del culto solar haya llegado hasta los araucanos. Sostienen que sus manifestaciones al astro eran orijinales de la raza i se relacionaban con el tótem de este nombre, tan común en los pueblos aboríjenes de América, i nada más. He aquí en síntesis ese parecer.

«Nuestra interpretación de los hechos pasados, es distinta. Sin negar que en el centro i norte del país, el culto del sol, importado por los incas, puede haber dejado algunas huellas, no atribuímos a ello mayor importancia, por cuanto la dominación incaica fué mui corta para producir grandes cambios en la psicolojía del pueblo, especialmente entre los araucanos, quienes vivían fuera de la zona de

(1) Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia Indica*.

influencia directa i sobre todo tomando en cuenta que los indios chilenos no adoraban a ningún ser, ni aún en tiempo de la llegada de los españoles, como queda comprobado por las numerosas citas que más atrás hemos reproducido, de las crónicas de aquellos tiempos.

Al encontrar entre los indios de Chile la repartición casi universal del tótem *antü* i al ver que en el culto de sus antepasados, este figuraba con tanta frecuencia en primer término, se ha supuesto que se trataba de un culto especial del sol i que adoraban este astro como deidad; cuando la verdad era que el sol era para una gran parte de ellos, el antepasado de quien creían descender» (1).

Las tribus del norte i centro de Chile mantenían con los aboríjenes del sur un activo contacto de cambio i seguramente de guerra. Desde antes de la llegada de los incas a Chile, ya iban recibiendo los araucanos la influencia de las culturas anteriores en lo material i relijioso, por intermedio de las agrupaciones del norte.

Por otra parte, todas las naciones antiguas americanas que recibieron directa o indirectamente el influjo de la civilización incaica, adoptaron la voz *inti*, que centralizaba un culto para unas i que era para otras un reflejo de prácticas i ritos orales que no alcanzaron a formar un conjunto coherente i acabado, por la desunión con el centro de arranque.

Las naciones aboríjenes que no estuvieron bajo la subyugación incaica en el continente meridional, disponían asímismo de una palabra orijinaria para

(1) Ricardo E. Latcham, *La organización social y creencias de los antiguos araucanos;* páj. 619.

nombrar el sol, i seguramente que entre sus numerosos tótemes zoolójicos, de plantas i otros objetos naturales, se contaba el del astro de la luz i de la vida.

Todo esto se comprueba con los léxicos de las lenguas americanas, que tanta luz proyectan sobre las antiguas representaciones relijiosas de los pueblos indíjenas, entre otros de los campas, anterior a los incas i al noroeste del Cuzco; de los atacameños, los uros, calchaquíes, huarpes, guaraníes, guaicurús, charrúas, patagones, pampas, etc. (1).

Ese es el caso de los araucanos. Lo que hubo de suceder es que el término importado *antü*, en virtud de su alcance relijioso, comenzó a servir para las denominaciones de grupos familiares (cunga o linaje) i con más jeneralidad para los nombres individuales.

No sería suposición antojadiza sostener que con prelación a la voz importada *antü* i con ella a su proyección ceremonial, los indíjenas usaron la palabra *pañagh* para nombrar el sol (2).

No pasó inadvertida para algunos cronistas antiguos la intervención del culto del sol en las creencias de los araucanos. Misioneros a la vez, solían arreglar unos cuestionarios de preguntas para el uso de los confesores de indíjenas; titulábanlos confesionarios. En el del padre Luis de Valdivia, publi-

---

(1) Se han dado a la publicidad en estos últimos años en revistas i ediciones especiales buen número de estos léxicos, ya bien conocidos de los que se dedican a estudios americanistas.

(2) Febrés, *Diccionario chileno hispano*, edición de 1846. «*Anchü* por *antü*, el sol; *pañagh*, el sol». En la letra P.: «*Pañagh*, el sol i la resolana».

cado en 1606, se leen estas preguntas: «¿ Pues el sol, la luna, estrellas, luceros, rayo, son Dios? Has nombrado para reverenciarle al Pillan, al sol, ríos o cerros pidiéndoles vida?»

El mismo padre afirmaba en un sermón que no había *Pillan* ni *Marepuante, Huecuvoe* ni que el sol tenía hijos (1). Estos sermones impresos servían como de modelos a los misioneros para predicar a los indíjenas. *Marepuantu* era en la antigua teogonía araucana la representación de un hijo del sol i principio jenerador de los hombres.

Si los catequizadores hacían encargos tan concretos a los araucanos de no hacer manifestaciones al sol, sería porque hasta ellos habían penetrado algunas nociones, tal vez incoherentes, del culto incarial.

Comentando el padre capuchino Augusta, misionero i lexicólogo contemporáneo, tan conocedor de las tribus que se estienden al sur del río Imperial hasta Valdivia, sostiene esta misma opinión en la siguiente cita: «La palabra *antü* es según el padre Havestadt de orijen quichua.

No hai sinónimo por el término *antü* en toda la estensión donde se habla araucano, a menos que se quisiera tomar en consideración el término *pañi* (pañü) que significa los agradables efectos del sol sin viento para cuyo goce la familia araucana saca los pellejos i se sienta en el suelo fuera de la casa.

O debemos aceptar un más estrecho parentesco entre ambos idiomas, el quichua i el araucano, o admitir el fenómeno de que el culto del sol de los

(1) La causa nociva de los males que aflijían a los indios, ha tenido, según el tiempo i los lugares, las variaciones de huecuvoe, huecuf, huecuvu, huecufe i huecufi.

incas haya echado ya en tiempos remotos tan profundas raíces en la raza araucana, que ha hecho desaparecer hasta el nombre primitivo de la lengua araucana que designaba el astro del día, o—¡qué atrevimiento!—los incas que llevan el nombre araucano de auxiliador no han caído del sol, sino nacido del suelo araucano: todo esto supuesto que sea cierto que *antü* también es palabra quichua.

Además, ¿qué razones determinarían al P. Luis de Valdivia a decir a los araucanos que ni el sol ni la luna, ni el lucero ni el rayo son dioses? ¿Díjolo solamente para impedir que no cayesen en los errores de la relijión de los incas, o porque ellos en realidad miraban el sol como un Dios?

A nuestro parecer el mito del Mareupuantü, como hijo del sol, cuadraría mui bien en el sistema de la mitolojía araucana como se ofrece hoi día: El Ng'nechen que es hombre i mujer, tiene hijos que sería el *mareupuantü* que dió la vida a los hombres i a quien se refiere el sacrificio incruento del *mareupu* o *marewepull* sin que de eso se diesen cuenta los araucanos modernos. Ni estorba el que es hijo supuesto del sol; pues, bien que es cierto que los indios no creen que el sol material sea dios, tampoco puede negarse que sus actos de culto se dirijen hacia el sol, pues el *marewepull* se lleva procesionalmente hasta la salida del sol, la oreja del cordero victimado se eleva hacia allá, las invocaciones al Ng'nechen se dirijen hacia el mismo lado, los espíritus convertidos en pájaros llevan la denominación de pájaros

del sol, porque allí se detienen, cerca del Ng'nechen i desde allí prestan auxilio a los hombres» (1).

Lo espuesto induce a creer que si los indios formaron un tótem de *antü*, tuvo que ser después de haber recibido la influencia incaica. Si antes lo tuvieron para el mismo objeto, habría llevado otro nombre.

Las reminiscencias del acatamiento que los araucanos habían rendido al sol en épocas pretéricas i que no alcanzó a constituirse en culto más o menos completo, se mantenían aún en la mitad del siglo XIX, sea como tótem o sea como simples detalles del ceremonial incaico importado al norte. En efecto, un paranoico francés que anhelaba independizar a los araucanos del gobierno chileno, hombre que no carecía de un espíritu de observación de las cosas que lo rodeaban, dejó escrita esta noticia en un folleto sobre su permanencia entre los indios. «Los araucanos creen en Dios i en la inmortalidad del alma, pero no tienen culto definido ni persona que los dirija en un principio de relijión determinada. Adoran principalmente el sol, hacia el cual se vuelven para invocar a Dios» (2).

Dilatación que traspasaba en mucho a los restos del totetismo i a la influencia del culto solar, tenía en la época de la conquista la veneración que los araucanos tributaban a los antepasados. Muchas creencias i prácticas constituían un ritual metódico

---

(1) *Lecturas acaucanas*, páj. 238. *Marehuepull* es la chicha que consumen los sacrificadores en la ceremonia del *ngillatun* en las reducciones costeñas del sur, según el mismo padre Augusta.

(2) Le Pce. O. A. de Tounens, *L'Araucanie*. — Notice sur les moeurs de ses habitants et sur son idiome. Bordeaux, 1877.

para mantener fresca la memoria de los mayores e inclinar la voluntad de sus espíritus en favor de los deudos vivos.

Como los espíritus podían ejercer una influencia evidente en los actos humanos, se imponía, por lo tanto, la necesidad de tributarles homenaje, prodigarles atenciones materiales, para hacer sensible i provechosa su intervención en en favor de los vivos.

Pero esta veneración a los espíritus no se refería a los estraños, de quienes no era lójico esperar protección. Se limitaba a las almas de los ascendientes.

Nació de esta manera la devoción a los espíritus de antepasados, forma superior de concepción relijiosa que marca la fijación de la familia patriarcal.

A fin de tener siempre gratos a los espíritus de los antepasados i de alcanzar sus favores, asistía a los vivos el deber de adoptar sus prácticas, sentir i pensar como ellos; proveer a sus necesidades, proporcionándoles comestibles, licores i vestidos, cuidar las tumbas que se levantaban cerca de las viviendas para mantener el perpetuo enlace entre la parte viviente i la muerta de la familia.

Entre los espíritus protectores de los ascendientes descollaba el del padre. Al desaparecer la personalidad de éste, dejaba huellas profundas en la familia. El que había sido su jenerador y su columna principal cuando vivo, continuaba siendo de muerto un guardián celoso de la felicidad de los suyos; por algún tiempo residía entre ellos i desde la morada de la segunda existencia volvía a visitarlos i a prestarles su auxilio en cuanto lo exijían. Revestía, pues, un poder tutelar.

Pero, como en la vida social, el sentimiento de la veneración por el padre va asociado al del temor. Si vivo prodigaba con igual frecuencia las atenciones i los golpes, muerto también podía irritarse. No se estinguía, pues, el réjimen de sumisión i miedo al jefe de la familia; en consecuencia, era necesario apaciguar su cólera cuando se había provocado.

En conformidad a la constitución de la familia agnática o de parentesco por línea masculina, la veneración ancestral sólo se practicaba en favor de los espíritus de los mayores varones. Tras de la muerte, no tenía el de la mujer participación en las ofrendas periódicas de alimentos i sacrificios de animales; no se la consideraba en el número de los benefactores de ultratumba. Sin embargo, en las invocaciones se solía asociar un nombre femenino o reconocer una duplicación de sexo.

Como en un estado inferior de cultura no se conocen más que dos jeneraciones ascendentes y otras tantas descendentes, los deberes con los muertos alcanzaban para nuestros aboríjenes hasta el padre i el abuelo. El bisabuelo, grado que no distinguían con precisión, i los que llegaban más allá, se incluían en el homenaje que en globo se rendía a los antepasados *(putren, palacu, cuivi)*.

Esta limitación concordaba, además, con la idea de que la supervivencia del espíritu no implicaba su recuerdo perpétuo. Por este doble motivo el indio creía que la memoria del bisabuelo i en ocasiones la del abuelo, se podía estinguir. La del padre seguía inspirándole únicamente un relijioso respeto.

Dos finalidades inspiraban este culto de los ascendientes: algunos actos para espulsar a los espíritus

que representaban un poder maléfico i otros para tener gratos a los que reconocían como projenitores tutelares de la familia.

Las tumbas servían de lugares sagrados para el ejercicio del ritual destinado a honrar a los antecesores.

Mediaba entre los espíritus i los hombres una casta de adivinos o májicos, hombres i mujeres, que tenían el don de conocer las intenciones de los espíritus i aún de influenciarlos para que produjeran las lluvias o la hicieran cesar, para que estinguiesen las epidemias o indicaran el culpable de algún daño.

Esta veneración por los predecesores se robusteció inalterablemente durante el apojeo del patriarcado, en los siglos XVII i XVIII i ha persistido hasta el presente.

Esta fijeza se debe a que la herencia psicolójica tiene en el araucano una persistencia estraordinaria en todo lo que se relaciona con sus sentimientos relijiosos.

El cuadro de noticias relijiosas de los cronistas aparece nutrido de informes concernientes a este culto doméstico, en el que se reputaba a los parientes muertos como seres sagrados.

En varios pasajes dejan constancia del respeto sin límite con que los indios de su tiempo observaban por los usos i creências de sus mayores. El padre Ovalle dice sobre este particular: «no han podido acabar de echar de sí las costumbres de sus antepasados» (1). Implícitamente Rosales afirma que

(1) *Histórica relación,* tomo II, páj. 195.

los araucanos evocaban, por intermedio de sus májicos o hechiceros, a los espíritus de sus parientes o caciques difuntos (1).

El mismo informa que en las fiestas i borracheras derramaban los caciques el primer jarro de chicha como ofrenda a sus consanguíneos difuntos. Además, agrega a continuación: «I en sus casas, quando almuerzan i beben el primer jarro de chicha, meten primero el dedo i esperjan (como quando echamos agua bendita) a sus difuntos, diziendo: «*Pu am*», que es como brindado a las almas, que con esta palabra *am* significan las almas de los difuntos. I los echiceros en todas las invocaciones que hazen, llaman a las almas de los difuntos diziendo: «*Pu am*» (2).

Para tener propicios a los muertos, celebraban los araucanos antiguos el aniversario anual sobre la tumba de sus deudos con sacrificios de animales, ofrendas i otras demostraciones de respeto i recuerdo. Tal solemnidad constituía, por cierto, un caso verdadero de veneración a los ascendientes.

Entre las manifestaciones de veneración que el araucano tributaba a los antepasados, se contaban los sacrificios de animales sobre las tumbas; pero no tenían el alcance de acto de culto sino de simple propiciación.

A la par de este respeto, temían estremadamente que los espíritus benéficos se convirtieran en implicables castigadores de los que trasgredían las prácticas tradicionales.

---

(1) *Historia*, tomo I, páj. 163.

(2) *Historia*, tomo I.

Para proseguir en el tema de las especulaciones relijiosas de los araucanos, es necesario conocer previamente las representaciones colectivas de las sociedades bárbaras acerca de la noción del alma o de los espíritus.

¿Cómo concibieron el alma los antiguos araucanos? Difícil es resolver esta cuestión, sobre la cual los primeros historiadores nada dejaron escrito que no estuviera encerrado en el marco de las ideas de su tiempo. Entre los indíjenas modernos la noción del alma ha sido vaga e indefinida. Los léxicos suministran alguna luz. Algo se han complementado esos datos mediante el método retrospectivo de investigación, o sea, el de buscar en las costumbres e instituciones sobrevivientes los rastros que conducen a la antigüedad; esto cuando falta el documento arqueolójico, que es uno de los mejores testimonios de comprobación.

Los misioneros, cronistas i esploradores se han valido de la concepción metafísica del alma tal como ellos la comprenden para descubrir la del indíjena i aplicarle el mismo nombre.

La constitución particular de la mentalidad de los aboríjenes no les permitía idear un concepto del alma; sus emociones no correspondían a la interpretación del civilizado. Sin embargo, adoptaron los términos alma, espíritu, sombra para aplicarlos a su sentir especial.

Filósofos i etnólogos de notoria nombradía científica, han aplicado un nuevo análisis a la teoría de las almas múltiples del sujeto individual, con funciones diversas, de las sociedades retrasadas. La escuela del animismo esperimenta en la actualidad una franca renovación.

El más autorizado de estos analistas sienta un principio concluyente acerca del particular. «La idea de alma no se reconoce entre los primitivos. Lo que existe en su lugar es la representación, mui emocional, de una o de varias participaciones, que coexisten i se entrecruzan, sin fundirse aún en la conciencia clara de una individualidad única. El miembro de una tribu, de un tótem, de un clan, se siente místicamente unido a su grupo social, a la especie animal o vejetal que es su tótem, místicamente unido a su alma de sueño, de la selva, etc.» (1). Místicamente significa, según el concepto del autor citado, «la creencia en fuerzas i acciones imperceptibles a los sentidos, más no por eso, menos reales», fuerzas misteriosas.

Lei de la participación quiere que en la mentalidad del primitivo «los fenómenos pueden ser— de una manera incomprensible para nosotros—ellos mismos i a la vez, otra cosa que ellos mismos. De una manera no menos ilójica, emiten i reciben fuerzas, cualidades i acciones místicas que se hacen sentir fuera de ellos, sin dejar de estar donde se encuentran».

Como carecen las ciencias etnolójicas de un término preciso para caracterizar tal estado psicolójico del indíjena, en cuanto a este aspecto relijioso, se jeneralizaron las espresiones alma i espíritu, que aún se emplean en el tratamiento del tema en referencia.

Por un proceso natural de su pensamiento, el indíjena llegó a esteriorizar sus múltiples emociones.

---

(1) L. Levy-Bbühl, *Les foctions mentales dans le societés inferieures*. Páj. 92.

Concebía en este orden las partes de este compuesto emocional (1).

El cuerpo llamado *anca*, donde se encerraba un complejo de principios dinámicos i misteriosos.

Una fuerza secreta que estaba sobre él i que reproducía en sus manifestaciones al sujeto individual, designábase en la lengua con las voces *pülli* i *am*.

Hai autores que distinguen en estas dos voces otras tantas entidades con funciones diversas. Para los indios del norte i centro del territorio son términos sinónimos. Interrogados algunos ancianos acerca de la diferencia que había entre *pülli i am*, contestaron invariablemente: «es uno mismo». En las libaciones i ofrendas decían indiferentemente: «*pu pülli, pu am*», para los espíritus. Tampoco fijaban diferencias los diccionarios antiguos. Un joven de la raza que escribe i maneja su idioma a la perfección, se inclina a creer que la voz *am* es una abreviación de la palabra castellana alma (2). El *pülli* es un principio que representa la materia idealmente transformada en un individuo real.

Alhue es una parte del compuesto, que permanece adherido al cadáver hasta su completa conclusión. Se aparece bajo formas sensibles i variadas: ya toma la figura de fantasma, de animal o sombra que causa la disparada de los animales, ya se esterioriza con golpes, ruidos estraños, etc.

---

(1) Investigaciones practicadas por el autor en el presente año.

(2) Francisco Cayuleo, estudiante de los cursos superiores i empleados de uno de los liceos de Santiago, que frecuenta seguido los lugares donde residen sus parientes.

Así lo define el padre Febrés en su léxico: «*Alhue*, muerto, difunto o ánima».

Los brujos estraían del esqueleto o de una fracción de él una parte de la esencia del *alhue* para convertirlo en *huitranalhue*, mito sanguinario, antropomorfo, que persigue a los indíjenas.

Misioneros i cronistas atribuían al diablo la corporidad i las manifestaciones del *alhue*.

Designábase *alhuen* al individuo poseído o asustado por la visión de un *alhue* (1).

Los indíjenas contemporáneos dan este nombre al cadáver mismo i al aparecido; carecen de toda otra idea que se aparte de esta interpretación.

Aihuiñ, la sombra del *pülli* o de la imajen del individuo, era otro de los componentes del conjunto de representaciones colectivas a que se ha dado la denominación de almas múltiples.

De la imajen producida por la sombra de los cuerpos, que tenía el mismo nombre, los aboríjenes, jeneralizando según su lójica particular, llegaron a concebir la sombra del otro yo, del *pülli* o de una de las almas, los etnógrafos animistas.

La percepción de la sombra se amoldaba a la mentalidad recargada de elementos sagrados i secretos de los aboríjenes. En algunas tribus era parte integrante de la persona que la proyectaba. De aquí el cuidado que gastaban en conservarla intacta, sin que se perdiera en las vueltas del camino, sin que nadie la golpeara o pisase.

---

(1) *Alhue* escriben los lexicógrafos antiguos i pronuncian los araucanos de ahora i no alhué, acentuado.

En las tribus costeñas del sur del río Imperial se emplea la palabra *loliñ* para designar la sombra del muerto.

Los indíjenas de las otras secciones no aciertan a comprender ahora lo de la sombra del alma i se valen de la voz *aihuiñ* sólo para significar la sombra de los objetos i de *llaufen*, la falta de luz.

Mongen es la palabra con que se designa actualmente la vida; antes se empleaba también *lihue*, que hoi se aplica para significar la parte posterior de los seres vivientes. La vida era otro elemento que constituía el compuesto de representaciones colectivas del araucano sobre los espíritus i fuerzas misteriosas que obraban en él.

La espresión «representaciones colectivas» usada a menudo en este libro significa las funciones mentales colectivas de los primitivos, con los sentimientos o emociones que se le asocian. Se reconocen por estos signos: son comunes a un grupo social, se trasmiten de jeneración en jeneración i no dependen del individuo para existir.

El indíjena sentía dentro de su cuerpo manifestaciones vitales, una fuerza secreta que jeneraba la acción material, que ponía en movimiento al organismo i mantenía la integridad de sus funciones. Este principio dinámico, si bien coexistía con el *pülli* o reflejo del individuo, el espíritu principal de la escuela animista, se manifestaba independientemente de éste.

El aliento, *neyen* en la lengua, era el primer signo sensible: «la vida comienza donde comienza la respiración». La exhación del aire pulmonar, el latido arterial i de las sienes impresionaban fuertemente al araucano.

En todas las asociaciones familiares rezagadas i en las que más habían avanzado en su desenvolvimiento social, se consideraba el corazón como el miembro principal del organismo, no por sus funciones fisiolójicas sino porque ahí se escondían las cualidades sobresalientes del individuo, como su valor, su previsión, sus pasiones, etc. Dan testimonio de ésto los antiguos sacrificios de prisioneros i los de animales en las ceremonias de ahora. Seguían en valor májico el hígado, asiento de los venenos con que morían las personas a manos de enemigos i de brujos; los brazos i los pies, instrumentos de adivinación que hasta hoy se reputan indicadores de sucesos futuros, no tan sólo en los iniciados en las prácticas adivinatorias, sino en cualquier sujeto que sienta en ellos contradicciones nerviosas.

La sangre, *mollfün*, simbolizaba la fuerza, la vitalidad. Por eso los indios la absorbían con fruición cuando degollaban un animal. La sangría se ejecutaba para alijerar el cuerpo i para estraer los principios nocivos, que viajaban con la sangre hasta llegar al corazón.

Se habrá notado en el curso de estas pájinas el papel májico i simbólico que desempeñaba la sangre en las costumbres araucanas. En la imposición del nombre se trazaban líneas cruzadas en la frente del niño; en la ceremonia de la paz i en la curación de enfermedades se mojaban con sangre las rama del canelo; en la de rogativas se asperjaba con ella en dirección a los espíritus protectores, se enterraba una porción o se esponía en un tiesto colocado en alto. Las *machis* hacían de la sangre variados i misteriosos empleos.

La vista, *curalnge*, es otro principio físico que entra en la comprensión del araucano acerca de las partes principales de la vida. Cuando la vista se empañaba, las fuentes de la vida se estinguen, la sangre se hiela, el corazón, el pulso, las sienes i el resuello se aletargan (1).

El indio de hoi no se da cuenta si la vida acompaña al *pülli* en su separación del cuerpo o si se queda adormecida con el cadáver para revivir en ciertas ocasiones con alguna porción de éste, cuando los brujos forman *huitranalhues*.

A estas diferentes funciones de la mentalidad de las sociedades no evolucionadas es a lo que han atribuído almas múltiples los adeptos de la escuela animista, propagada sobre todo por los autores ingleses.

Ha hecho crisis la hipótesis de un «espíritu humano», reemplazada últimamente por las restauraciones de la psicolojía social, que analiza las funciones mentales de las sociedades inferiores i las compara con las observadas en las superiores.

La cita que sigue aclara la cuestión: «¿Las representaciones colectivas de esas sociedades provienen de funciones mentales superiores, idénticas a las nuestras, o son el producto de una mentalidad inferior menos evolucionada?».

Los partidarios de la primera hipótesis creían en la identidad de un «espíritu humano» en todos los tiempos i en todos los lugares, ese mismo espíritu, colocado en iguales condiciones de esperiencia, debía necesariamente producir iguales creencias e

(1) Conversación con el autor del indíjena civilizado de Purén, Lorenzo Coliman.

instituciones. (Taylor, Frazer, Andrew Lang). Esas hipótesis, tan arraigadas en los etnógrafos ingleses, hacen depender la mentalidad social de los pueblos primitivos de los caracteres del espíritu humano *individual*. Pero esos fenómenos son siempre *sociales*, rejidos por las leyes propias que el análisis del mecanismo psicolójico individual no puede esplicar; por primitivas que sean las sociedades observadas, nosotros no encontramos sino una mentalidad socializada, en que las creencias individuales están ocupadas por una multitud de representaciones colectivas, trasmitidas por la tradición i cuyo orijen se pierde en un pasado remoto.

La concepción de un espíritu humano individual, ofreciéndose virjen a la esperiencia, es tan quimérica como la del hombre anterior a la sociedad. Hai que partir de las representaciones colectivas para llegar a conocer las leyes de su formación e interpretar así con más exactitud la mentalidad de las sociedades inferiores comparándola con la de las nuestras.

Las series de hechos sociales son solidarias entre sí i se condicionan recíprocamente. Un tipo de sociedad definido, que tiene sus instituciones i sus costumbres propias, tendrá, pues, necesariamente su mentalidad propia. A tipos sociales diferentes corresponderán mentalidades diferentes, por cuanto las instituciones i las mismas costumbres no son, en el fondo, sino aspectos de las representaciones colectivas; así se llega a comprender que el estudio comparativo de los diferentes tipos de socieda-

des humanas es inseparable de su grado de evolución mental» (1).

El alma compuesta de un principio vital i de otro espiritual corresponde a las sociedades relativamente adelantadas, como los griegos y otros pueblos. Los araucanos habían quedado mui atrás de este tipo social para representarse el alma así constituída.

El indíjena no concebía al *pülli* de un modo abstracto i espiritual como el civilizado, sino materializada, especie de sombra de naturaleza etérea, imajen del individuo, pues tiene su color, sus rasgos i su forma. Este espíritu personal necesita, por consiguiente, comida, licor, vestidos i armas.

Durante el sueño i en los casos de síncope, apoplejía, catalepsia i en todas las formas pasajeras de insensibilidad, el cuerpo queda inanimado; deduce por esto el indio que el *pülli* o espíritu lo ha abandonado para salir a otros lugares i presentarse a los hombres como fantasma.

Después de la muerte sigue existiendo por algún tiempo cerca del cuerpo primero i en seguida en la mansión de los espíritus. Desde estas dos residencias puede viajar siempre i aún penetrar en los cuerpos humanos, en los de animales i en los objetos inanimados, a los que comunica su voluntad i sus sentimientos. A esta frecuente movilidad del alma es a lo que se debe el infinito número de espíritus que puebla el espacio.

---

(1) José Injenieros, *Principios de Psicolojía*, páj. 153, en la parte en que comenta la obra clásica *Foctions mentales*, etc., del egrejio maestro francés Luciano Lévy-Brühl, filósofo, sociólogo i profesor de la Sorbona.

No se limita el araucano a dotar al hombre de este espíritu tan movible. Los animales, los utensilios i objetos inanimados, lo tienen igualmente. Este ajente sutil, esta imajen de las cosas, las mueve, las gobierna, en una palabra. El alma de los animales *(am culliñ)* emigra a la mansión futura del hombre; ahí los encuentra éste cuando muere. *Am cahuito* es alma del catre; *am cultrun*, alma del tambor, etc. (1).

El indio no ha tenido ni tiene ahora mismo ideas definidas sobre el alma, sino vagas i confusas. Aún los que en sus sentimientos relijiosos no han recibido elementos estranjeros, se muestran vacilantes, por la dificultad de esplicarse algunas abstracciones. Los más intelijentes sólo distinguen que el alma, *pülli*, cuando llega a ser visible en la mente de otro o cuando se aparece, es un fantasma o *am*. Hai necesidad, pues, de recurrir a las fuentes mencionadas i penetrar a veces en la psicolojía relijiosa del mapuche por medio de la investigación personal, pero siempre por método indirecto.

El *pülli* o la representación del individuo, emigraba a las tierras del otro lado del mar cuando sobrevenía su separación del cuerpo. Ahí estaban los *pülli* o *am* de los antepasados i ahí iban a parar los de la jente que con posterioridad a ellos emigraba. Cada comunidad disponía en las tierras de ultramar de una sección separada. Daban los araucanos antiguos el nombre de *Pillan* a una entidad o potencia jenerativa, con dominio absoluto sobre los vivos, a quienes daba salud i buenas cosechas i animales, felicidad material en una palabra.

(1) Informes recojidos por el autor.

Las noticias de los escritores españoles acerca de este espíritu de primer orden, son incoherentes i llevan el sello del dogmatismo que caracterizaba a las informaciones de ese tiempo, según se deja ver en las trascripciones siguientes: «Solo invocan al *Pillan*, i ni saben si es demonio, ni quien es» (1). «Todos están en estos errores, creen en su *Guenupillan*, que es su dios, i que éste tiene muchos *guecubus*, que son sus *ulmenes*, sus grandes i caciques, a quien manda, i también a los volcanes» (2). «El numen a quien su barbaridad rendía lijero culto, porque no había ningún exceso en su relijiosidad, llamaban *Pillan* i decían que habitaba en la cordillera o volcanes, haciendo el trono de su deidad, los horrores del fuego i humo, i decían que los truenos, rayos i relámpagos eran efectos de su poder, o indicios de su indignación, i cuando esto sucede, le invocan a veces más con placer que con temor» (3).

El padre Benito Delgado, en su relación sobre la espedición para el descubrimiento de los Césares (ciudad fabulosa), en 1778, dice en un acápite: «i pasar adelante de los cerros nevados que allí se ofrecen a la vista, i jeneralmente los indios llaman pillan o volcán, aunque no arden por semejantes en la configuración a los volcanes verdaderos» (4).

El gramático Febrés define de este modo al poderoso espíritu «*Pillan* llaman al diablo, o a una causa superior que dice hace los truenos, rayos, re-

(1) Rosales. *Historia*, tomo, I, páj. 162.
(2) Ovalle, *Histórica relación*, tomo II, páj. 197.
(3) Córdova i Figueroa, *Historia de Chile*.
(4) Gay, *Documentos*, tomo I, páj. 480.

lámpagos i reventazones de volcanes, i a estos mismos efectos también llaman *Pillan*» (1).

Las múltiples manifestaciones atribuídas a *Pillan*, contribuían a que los araucanos sintiesen por él mayor veneración, lo temiesen i mencionaran en sus evocaciones.

Estas circunstacnas i las metáforas que entraban en las invocaciones a *Pillan*, indujeron a los cronistas a suponer que los indios reconocían en él un ser supremo, creador de todas las cosas.

Quien existía en realidad para aquellos escritores en lugar de *Pillan* era el demonio, que se había apoderado de las almas de los infieles. Este prejuicio de los cronistas i misioneros, se jeneralizó entre los encargados de cristianizar a los indios hasta la fecha no mui distante de la actual.

El abate Molina, cronista de ordinario bien informado, fué el primero que, saliéndose del marco de las ideas corrientes de su tiempo, interpretó el nombre de *pillan* en el sentido de espíritu múltiple de los araucanos muertos en sentido jeneral, o sea deudos i no parientes de los vivos.

En uno de sus libros estampa este concepto: El alma en tal estado de separación del cuerpo, se llama *pillan*. Hai pillanes buenos i pillanes malos, como los llaman: los buenos son las almas de los araucanos i los malos, la de sus enemigos, como por ej.: la de los españoles. Afirman, además, que los pillanes pueden repasar el mar i venir a ayudar a sus amigos o compatriotas. De aquí es que cuando ven relampaguear u oyen los truenos de una tempestad

(1) Calepino chileno-hispano, letra P.

sobre los Andes, dicen, figurándose un batalla real, que sus pillanes se baten con los pillanes de los españoles sobre las nubes: el rumor de los nublados es el trotar de los caballos; el frecuente retumbar del trueno, el sonido de los tambores, i el fragor del rayo, el estrépito de la artillería. Si la tempestad ajitada por el austro va hacia la parte que habitan los españoles, se alegran estraordinariamente diciendo que sus pillanes hacen huir a los pillanes españoles, i con gran aplauso los miran gritando: *Inahinm, inahinm, puen, laghemtimn, urequivilmn,* que quiere decir: «Seguidlos, seguidlos, amigos, no tengáis compasión de ellos». Mas si al contrario, la tempestad va del setentrión al mediodía, se contristan, diciendo que sus pillanes van en huída vencidos por los pillanes españoles, i esclaman: «*Eia volumn, puen namuntumn,* es decir, ánimo, amigos, deteneos, esforzaos».

Esta voz *(pillan)* se deriva de pülli o pilli; la alma, denota el espíritu por excelencia».

Tal vez este cronista había formado su opinión de las vagas referencias que acerca de estas materias había formulado otro que le precedió como un siglo, el padre Rosales, al cual pertenecen estas citas: «Sólo invocan al pillan i ni saben si es el demonio ni quien es; más, como se les aparece a los hechiceros i les habla, *les da a entender que es alguno de sus parientes o caciques difuntos, i como a tal* le hablan, sin hacerle adoración».

«I los hechiceros, en todas las invocaciones que hacen, llaman a las almas de los difuntos diciendo: *Pú am;* no al demonio espresamente, que no le conocen, aunque él es el que les habla i les da a entender que es alguno de sus difuntos».

«I lo mismo entienden por el *pillan*, a quien también invocan, porque los volcanes que hai en este reino, que son muchos i echan fuego, humo i azufre, dicen que son algunos de sus caciques difuntos que habitan en aquellos volcanes i arrojan fuego cuando se enojan. I así cuando invocan al *pillan* ni llaman a Dios ni al diablo, *sino a sus caciques difuntos*, que se han convertido en volcanes».

Las frases subrayadas merecen una esplicación. Hasta mediados del siglo XIX, los adivinos entablaban conversación con un objeto cualquiera, colocados en sitios obscuros de la casa o fuera de ella. Como eran hábiles en cambiar las modulaciones de la voz, daban otro tono a las respuestas del objeto interrogado. Veían los cronistas en estas variaciones el habla del demonio, pero los ajentes en realidad contestaban por los espíritus de sus mayores invocados de esta manera. Los oyentes creían, asímismo, que se entendían con sus antepesados.

Se esplica por esto la protección que le pedían antes de entrar en pelea. «Solicitaban tenerlo propicio en los casos arduos, principalmente en la guerra al tiempo de acometer a los enemigos. Vibrando la lanza le llaman a voces, ceremonia que acostumbran no sólo para implorar favor, sino también para espulsar el pavor, i que les dé espíritu de audacia i vigor, lo que no omiten aún en sus juegos de chueca» (1).

Coexistía con la idea de que los fenómenos ígneos eran manifestaciones de *pillan*, la de que las tempestades provenían de choques entre espíritus de araucanos i españoles. «No sucede algún temporal

(1) Molina, *Compendio*, páj. 173.

sobre los Andes o en el mar, que no se imajinen ver en la tormenta una formal batalla entre las almas de sus compatriotas i la de los españoles» (1).

Las trascripciones precedentes dejan de manifiesto el hecho de que los indios asimilaban el nombre de *pillan* al de los araucanos que habitaban la tierra de la segunda existencia, reproducción de la primera. En todos los pueblos en estado de barbarie, aún en los que han alcanzado a la última etapa de su desarrollo, se reproduce en la jerarquía del otro mundo la del gobierno del primero. Por consiguiente, hasta fines del siglo XVIII, primera mitad del XIX, ha dominado entre los indíjenas la creencia de que el cacique de una agrupación al emigrar a la otra tierra i convirtirse en *pillan* se constituía en jefe de los muertos de su sección familiar.

Los indíjenas de ahora no aciertan a esplicar el significado del término. No obstante en la memoria de los ancianos que aún quedaban al principio del siglo que corre, no se había borrado del todo el antíguo concepto. Interrogado un nonajenario de Metrenco, al sur de Temuco, en 1909, acerca de quién era *Pillan*, contestó: «Mis mayores decían que son unos diablos que ayudan a las machis» (2).

Fuera de este concepto que se relaciona con el culto de los antepasados, el indíjena hacía intervenir al *Pillan* en la manifestación de los fenómenos físicos, tales como el trueno, el rayo, las erupciones volcánicas, las lluvias, los ciclones, etc. Los produ-

(1) Gómez de Vidaurre, *Historia de Chile*, páj. 321.

(2) Al autor en sus escursiones de estudio de la raza.

cía como castigos a sus descendientes remisos en las ceremonias obligadas.

Un lexicógrafo moderno de la lengua araucana enumera en este orden los vestijios de esta representación colectiva que todavía quedan en las costumbres, principalmente en las del sur del río Toltén.

«*Pillañ* (o *pillan*), a., cualquier volcán. Un mediodios de cuyo favor depende la productividad de los campos i de los seres animales i que da a conocer su cólera en todos los fenómenos ígneos que tienen relación real o imajinaria con los volcanes, mientras que los indios de la costa le atribuyen más bien las avenidas de los ríos, salidas de mar u otras calamidades; más hai que notar que tal superstición es hoi día sostenida solamente por las *machis* i por los indios viejos, quienes en el *pillañ* ven aún el dios especial de los araucanos. Según el P. Rosales, se llamaba en su tiempo pillanes a todos los guerreros muertos, tanto indios como españoles, a quienes suponía continuar sus guerras en los aires, i era *pillañ* en su orijen el nombre de un antepasado insigne i mui antiguo de los araucanos.

Pillan-bandera, la bandera *pillañ*, de color amarillo, en las que se amarran con hilo azul los corazones victimados. Pillan-domo, la mujer *pillañ* de que cantan las machis i cierta arte de curación de las machis. Pillan-kawellu, caballo *pillañ* de que cantan las machis al reconvalesciente para animarle, diciendo que lo volverá a montar. Pillan-kuchillo, el cuchillo pillañ que empuñará el enfermo otra vez libre del peligro, según le canta la machi; el cuchillo empleado en el sacrificio. Pillan-kufe, vieja que funciona en el *ngillatún*. Pillan-Kütral. (Oímos

también decir: Pillan Ñi kütral), el fuego en que se asa la carne de las víctimas en el ngillatún i en que se queman las partes no comestibles de ellas. También en los rewentunes que se efectúan para la curación de enfermos se hace tal fuego, encima del cual se esparce harina tostada i en la cual se abrasan los pedazos de una gallina destrozada viva. Pillan-lelfün, la pampa donde se realizan los ngillatunes. Pillan-toki, hacha májica que figura en los cuentos araucanos: implorándose al ngnechechen (Dios), éste la hace bajar del cielo, siendo su virtud la de cortar de un sólo golpe los árboles más jigantezcos. Pillan-wentru, hombre que tiene cierta función en los ngillatunes; cierta arte de curación empleada por las machis» (1).

Al lado de la representación del Pillan existía la del mal entre los indios.

El pueblo araucano, como tantos otros de desenvolvimiento incompleto, no ha sido tampoco demoníaco en el sentido cristiano, o lo que da lo mismo, no ha poseído la idea de un ser espiritual con los caracteres del demonio.

Lo que se presenta como base fundamental de las antiguas i modernas representaciones relijiosas de los araucanos, es un dualismo de espíritus buenos i malos. Figuraban en el primer grupo los de sus antecesores i los que concedían beneficios. Se reputaban maléficos los que conspiraban constantemente contra la felicidad i la vida de los hombres.

A estos últimos pertenecían los *huecufe*, espíritus malignos innumerables, fuerza misteriosa que representaba la destrucción i la muerte.

---

(1) Frai Félix J. Augusta, *Diccionario araucano español.*

Los *huecufe* vivían en constante lucha con los espíritus protectores i haciendo todo jénero de males en la tierra araucana: ellos causaban las enfermedades i las muertes, las epidemias de los animales, la peste de los sembrados i todos los contratiempos que de un modo imprevisto sobrevenían al individuo, como el cansancio de la cabalgadura, las caídas, los incendios, etc.

Uno de sus procedimientos más usuales para dañar a los hombres era dispararles una flecha tan pequeña, que no se sentía penetrar en el cuerpo. Los *machis* poseían el secreto de poder estraerlas.

Por estensión daban los indios el mismo nombre a la causa material que producía algún daño, como los líquidos, cuerpos vejetales i animales nocivos, porque a ellos se había incorporado el espíritu de maldición.

Pillan se ha ido borrando de la memoria del indio como individualización de fenómenos múltiples i poderosos. Esta concepción antigua ha sido reemplazada por la del demonio del catolicismo, estendida por los misioneros. Con escepción de los mui entendidos en tradiciones teogónicas o de los que no han esperimentado la influencia de otra relijión, todos contestan, cuando se les pregunta sobre este particular, que el espírtiu tan reverenciado de sus antecesores es ahora el diablo.

Hai que notar que en el estado relijioso contemporáneo del mapuche figura una potestad superior, de naturaleza una i múltiple, que denominan, indistintamente *Ngenemapun* (gobernador de la tierra) i *Ngenechen* (gobernador de los hombres). Prefieren el primer nombre las agrupaciones del norte i el segundo las del sur.

Tiene el don de la ubicuidad, pero reside particularmente en los picos nevados i volcánicos de los Andes i en las altas cumbres del centro i de la costa. Por eso las *machi* en sus invocaciones mencionan los cerros elevados, que conocen con los nombre especiales con que los distinguen.

La circunstancia de fijarse su mansión donde mismo habitaba *Pillan,* induce a creer que la nueva creación ha surjido de epítetos dados a la antigua, con atributos más amplios que le ha impuesto una mentalidad superior.

Interrogados algunos indios de notoria autoridad en el conocimiento de sus tradiciones relijiosas sobre la diferencia entre *Pillan i Ngenechen,* han contestado sin vacilar: «Es el mismo». Esta aserción atestigua que se trata de un espíritu idéntico, que ha cambiado de nombre en épocas diversas (1).

Durante la conquista i con posterioridad no se conocía el Ngenechen; ninguna crónica lo menciona.

En las relijiones primitivas las divinidades se fragmentan o bien se transforman con otros nombres i propiedades.

Para los mapuches que han modificado sus ideas relijiosas con la asimilación de algunas del cristianismo, por la propaganda católica o protestante. *Ngwechen* o *Ngenemapun* es Dios que gobierna el mundo desde el cielo.

De manera que este nuevo nombre incorporado al cuadro de las concepciones relijiosas del indíjena, representa para unos a Dios del cristianismo, aun-

(1) Investigaciones practicadas por el autor en las provincias de Malleco i Cautín.

que menos abstracto, i para otros, un espíritu de gran poder, únicamente de los mapuches.

No se ha alcanzado a formar, por lo tanto, la creencia de varios espíritus subordinados a otro superior o supremo.

La ceremonia con que se implora el favor de los antepasados se llama *ngillatún*, hacer rogativa, derivado de *ngillan*, pedir, rogar o implorar. Ejecutores de los episodios del acto son las *machis*, mujeres iniciadas en los secretos de curar las enfermedades i de las artes májicas. Antes desempeñaban también los hombres este oficio; en la actualidad quedan mui pocos. Servíanle de ayudantes a la *machi* principal algunos individuos encargados de la ejecución de ciertos detalles complementarios. Presidía la ceremonia el jefe de la familia que la mandaba celebrar, en el carácter de cacique i no en el de director relijioso.

Estas invocaciones han debido verificarse también en los lejanos tiempos del totetismo esclusivo; pero en la forma en que han llegado hasta la actualidad, no hai duda de que contengan algunos elementos de las ceremonias análogas que practicaban los peruanos i los aymarás i que pasaron con ellos al norte i centro de Chile. Con anterioridad al *ngillatún*, la ceremonia había tenido el nombre de *pillantún* o invocación a *pillan*.

La ceremonia clásica de los araucanos ha crecido enormemente en importancia por la frecuencia con que se verifica i por ir seguida de festejos obligados. Es una reunión de gran espectáculo para los indíjenas.

Se realiza por acuerdo de un grupo i a veces de varios (1).

El jefe de la familia habla a los suyos más o menos en estos términos cuando cree oportuno celebrar esta reunión: «Vamos a tener una cosa entre todos nosotros; tendremos una fiesta o *ngillatun*. Hace tiempo que no hemos tenido ninguno; por eso, quien sabe, no hemos tenido abundancia de trigo i han muerto animales, nuestros hijos e hijas. Nos juntaremos todos; que se junten también nuestros amigos; saquemos una fiesta grande.

El *ngillatun* será en cinco días más. Vamos a prepararnos bien, con carne, vino i *mudai*».

Solía tener el cacique un juego de chueca para imponer a los amigos de su propósito, o bien lo hacía por medio del *huerquen* o correo.

Desde que se acuerda en la familia el *ngillatun* comienzan los preparativos. Se hace acopio abundante de provisiones i licores. La regla prescribe que los parientes han de contribuir con cuanto les sea posible. Es una fiesta, como las otras, de preparación colectiva. Desde la mañana del día convenido principian a llegar los invitados. Se van reuniendo en el sitio en que se encuentra plantado el *rehue* o en la casa del cacique invitante. Los de lejos vienen a caballo i los de cerca, a pié.

Pronto se encienden las fogatas i sobre las brasas se cruzan los asados.

En esta reunión i en los entierros, los grupos se sitúan separados.

---

(1) Descripción de esta ceremonia escrita en mapuche por el joven Ramón Manquian, de Cholchol, i estudiante del Liceo de Temuco.

El lugar elejido para la ceremonia es un paraje despejado que en cada reducción se reserva para este objeto. En el medio de él suele estar permanentemente la tosca figura indíjena que representa un hombre *(adentu mamúll* o *collón)*.

Al promediar la tarde del día fijado para el *ngillatun*, el cacique i su familia se trasladan al sitio en que se han reunido los asistentes; los saludan uno a uno e inmediatamente el jefe da la orden para que se comience la ceremonia.

La concurrencia se estrecha alrededor del *rehue*, que es un tronco de madera con tramos de escala i gruesas ramas de canelo a los lados i al respaldo.

Una o varias *machis*, al son de sus tambores i acompañadas de algunos individuos que tocan la *püfülca* (silbato araucano) llamado *püfülcatufe*, dan unas cuantas vueltas.

Luego de terminar este acto preliminar o de introducción, la familia dueña del *ngillatun* sirve a los huéspedes comida i licor. Todos se preparan a pernoctar en el mismo sitio de la reunión i en sus inmediaciones. Los caciques alojan en la casa, donde se les prodiga todo jénero de atenciones.

El cacique hace llevar esta misma tarde al *rehue* dos o más corderos que se atan en el árbol sagrado. Si el *ngillatun* es de lluvia, estos animales deben ser negros, si es para pedir bonanza, se elijen blancos; este color simboliza el buen tiempo.

Al amanecer del día siguiente, la concurrencia se pone en movimiento. Rodea el *rehue* i cada familia invitada toma de ordinario su colocación respectiva.

Algunos hombres cortan las orejas a los corderos i los degüellan acto continuo; todo cae en va-

rios platos que se han preparado de antemano. En algunos lugares se prepara al lado del *rehue* para este objeto una artesilla sostenida por cuatro palos.

Con anterioridad han sido designados para ofrecer el sacrificio propiciatorio de los corderos, algunos hombres esperimentados, caciques por lo común, que en el ritual del *ngillatun* se conocen con el nombre de *ngillatufe*. En la antigüedad era de regla que solamente sirviesen de actores los miembros del grupo; los demás asumían el papel de espectadores.

Se arrodillan dando frente al oriente. Mojan las orejas en la sangre i practican una especie de aspersión con ellas i un movimiento como de pasarlas a otro. En efecto, ofrécenlas como un presente i a grandes voces a *Ngenechen*.

Cumplido este detalle, pronuncian la siguiente invocación que suele variar en los términos pero no en la esencia: «Estamos arrodillados, padre; hoi día te rogamos que nuestros hijos no mueran, que produzcan las siembras i tengamos animales. Te rogamos que llueva, hombre venerable *(fücha huentru)* para que crezcan el trigo i el pasto».

Vuélvense en seguida hacia el poniente i repiten la misma invocación.

Los asistentes arrodillados unos, en pié o sentados otros, han seguido también a los invocadores en sus vueltas al este i al occidente. Las *machis* arrojan bocanadas de humo de sus *kitra* (cachimbas) en ambas direcciones.

Cuando estos hombres terminan su petición, se levantan, dan vuelta al canelo rociándolo de sangre con las orejas, después de lo cual vacian al pié

del *rehue* el contenido de los platos, en un hoyo pequeño que se ha cavado.

La sangre en el rito májico es el símbolo de la vida.

Entra entonces en acción la *machi*, si es una, i todas si son varias, número que se regula por la solemnidad de la ceremonia. En el último caso la más antigua preside. Tambor en mano, danza al rededor del canelo. Dos individuos jóvenes llamados *llancañ*, van adelante mirándola de frente i retrocediendo; tocan el pito araucano. Los tres danzan al son de los instrumentos, moviendo la cabeza hacia los lados i con saltos breves i cadenciosos.

Varios tocadores de *püfülca (püfülcatufe)* escoltan a los danzantes i van repitiendo el baile. Cerca del canelo otro indio toca la *trutruca* (instrumento araucano de larga caña con un cuerno en el estremo).

La *machi* vieja canta una imploración a los espíritus protectores, semejante a la que acaban de formular los hombres del sacrificio. Las otras *machis* siguen a la primera i bailan como ella al compás de sus tambores *(cultrun)*. La acción de tocar los instrumentos en las invocaciones se designa con el nombre de *pillantun*. Una o dos filas de concurrentes, hombres i mujeres, danzan también de lado, dando frente al canelo. Tras de éstos se agrupan los espectadores.

Las vueltas provocan el vértigo de la *machi*. A la cuarta, se detiene , abandona el tambor i sube rápidamente los tramos de la escala *(prahue)*; apoya la espalda en las ramas atadas al palo i queda en actitud de éxtasis. Es el momento en que Ngenechen ha penetrado al cuerpo de la *machi*.

Un individuo que ha permanecido en el centro de este escenario, marido o pariente de la *medium*, desempeña el papel de intermediario entre ésta i el cacique, dueño del *ngillatun*, que se halla allí a su lado. Llámase *ngechalmachife* (animador de la *machi)* o *dungu machife* (el que habla a la *machi)*. Pregúntale a la mujer si ha llegado *Ngenechen* i de dónde es.

Responde afirmativamente i enumera algunas alturas conocidas del valle central, de los Andes o cordillera de la costa, como personificaciones de *Ngenechen*. Es este momento en que la *machi* encarna al espíritu bienhechor cuando se verifica en ella una sujestión espontánea de personalidad.

Cada *machi* manifiesta cierta predilección por el nombre de algún cerro o volcán determinado, cuya bondad pondera a sus clientes.

El intermediario formula los deseos de la familia. Se dirije al espíritu incorporado en la *machi;* ésta hace sonar unos cascabeles. Habla, es el espíritu que accede i reprocha su desidia a los mapuches para cumplir con su obligación de celebrar a menudo *ngillatun*.

Cae a continuación la *machi* del árbol con apariencias de agotamiento.

Dos *püfülcatufe* (tocadores de pito) la reciben en la manta para que no se golpee. Repónese un momento, bebe un poco de agua i da otra vuelta al toque de su tambor.

Las otras *machis* repiten sucesivamente en todos sus detalles el acto de la subida al *rehue*. Proviene de este detalle del rito la prolongación de la fiesta.

Con la vuelta final de la *machi* más joven, a media tarde por lo común, concluye la ceremonia en

su aspecto relijioso, porque *Ngenechen* se ha retirado.

A veces el *ngillatun* asume grandes proporciones, porque lo acuerdan i llevan a cabo tres o cuatro grupos, es decir, una zona entera. Entónces toma el nombre de *trahuen* en algunas reducciones.

Suelen variar, por capricho de la *machi* o costumbres rejionales, los detalles del ceremonial, pero no los actos de fondo.

Así, en el sur figuran indios desnudos i pintados, con unas colas de animal o de trapo.

Continúa la fiesta profana, es decir, el consumo del licor i de la comida que aún quedan disponibles.

Al anochecer, los concurrentes se han retirado casi en su totalidad. Los caciques i las *machis* se quedan en la ruca del jefe dueño de la fiesta celebrada. Las últimas, que no cobran remuneración por su presencia en el *ngillatun,* beben en mayor cantidad que los hombres, pues por lo común, se distinguen por su intemperancia. Agasájaselas siempre en primer lugar entre los huéspedes de una casa.

Celébrase esta ceremonia de petición de lluvia en cualquiera estación del año, menos en el verano, dedicado de preferencia a las faenas de la agricultura.

Hasta hace pocos años los indios celebraban un *ngillatun* particular, ordinariamente de una familia para pedir lluvia, a orillas de algún río i en parajes en que las aguas, por la rapidez de la corriente, producía un ruido que se hacía más perceptible en días de especial estado atmosférico. Llamaban este ruido *llaullahuen* (agua que suena) i era augurio de lluvia. Esos parajes les inspiraban un supersticioso temor.

Desde las antigüedades había también unos hacedores de lluvia que se denominaban *ngen huenu.* Me-

diante algunas prácticas májicas, echando en un vaso de madera ciertas yerbas, piedras i agua, conseguían que las nubes se vaciaran sobre la tierra.

Las hachas de piedra tienen todavía en las tribus de Araucanía un valor simbólico: los indios solían llevarlas al *ngillatun* como signo del rayo que hace llover. Por esa relación de simpatía que tanta estensión tiene en los actos del araucano, el hacha podía influir en los cambios atmosféricos que producen la lluvia.

Estas hachas, llamadas de rayo por la población inferior chilena, que las estima i guarda como preservativo, son numerosas en la Araucanía. Los campesinos las utilizan al presente, además, como piedras de afilar.

Tales peticiones no se hacían en épocas fijas como las grandes rogativas, primaverales por lo común.

Los términos de una invocación, con variantes locales, eran éstos:

«Estamos arrodillados, padre, hoi día. Te rogamos ahora que nos perdones; que nuestros hijos no mueran, que vivan.

Te rogamos que llueva, para que produzcan las siembras, para que tengamos animales. «Que llueva, diga Ud. hombre grande cabeza de oro, i Ud. mujer grande; rogamos a las dos grandes i antiguas personas».

Ayúdennos en todas las cosas. Defiéndanos de que no nos hagan ningún mal.

Estamos mirando para arriba; dos veces nos arrodillaremos. «Que no se enfermen los hijos», diga Ud. cuchillo de oro.

En medio del cielo está Ud. Todas las cosas hizo Ud. estamos todos parados (1).

En esta reunión, como en las otras destinadas a implorar el socorro de los espíritus superiores, el baile entra como parte indispensable del ritual.

Es una danza relijiosa que se ejecuta para agradar a los espíritus con la música i con movimientos simbólicos. En el *ngillatun* tiene por objeto, además, despedirlos de un modo que manifieste gratitud i complacencia de los que han recibido su visita.

La ejecución circular *(trincaiprun)* de estos bailes sagrados, es seguramente un procedimiento para provocar el éxtasis de la *machi*.

Las danzas profanas o ejercicios jimnásticos sólo tienen el sentido de manifestar la alegría i el entusiasmo.

¿Para qué pedían agua los indíjenas del sur de Chile, en una sección territorial donde llueve tanto? El culto de la lluvia se practica con un doble fin: de ordinario para pedir el agua i a veces para calmar las tormentas o preservarse de ellas. Además, el territorio araucano, particularmente las rejiones del centro i del oriente, ha pasado por un proceso físico-climatolójico que se ha dejado sentir en la vejetación i en las lluvias.

En tiempos prehispanos los espacios despejados fueron más estensos que en las épocas que siguieron.

Hacia el este del valle central, particularmente en los lugares llamados Huichahue i Hueñivales, ocupados hoi por colonos nacionales, se han desente-

(1) Invocaciones semejantes a ésta se hallan en *Lecturas araucanas* del padre Augusta, i *Costumbres i creencias araucanas*, de E. Robles.

rrado sepulturas mui antiguas debajo de las raíces de robles seculares, que crecieron sin duda sobre estos enterratorios antiquísimos. Tradiciones que los ocupantes de estos terrenos han recojido de los indios, atestiguan que existió ahí una población subandina numerosa, que ocupaba prados estensos cubiertos al presente de bosques. En muchas localidades se ha observado el mismo fenómeno de trasformación.

Las nieves i las lluvias del invierno hacían bajar la fauna de la cordillera a estos prados, donde encontraban abundante alimento. En estaciones secas, los animales no emigraban i los indios se veían privados de los que les suministraba la caza.

En todas las demás rejiones se necesitaba el agua en los años secos para el pasto de los animales domesticados, para los pequeños cultivos i la madurez de los frutos silvestres.

El culto de los muertos consiste casi enteramente en ceremonias, según se deduce de la esposición precedente: los araucanos son más formalistas que los pueblos de relijión organizada.

Las ceremonias no se realizan como actos de culto o muestras de deferencia a los espíritus, sino para pedirles salud i lluvias que incrementen su bienestar material.

Tampoco tenían el alcance de espiación, porque el araucano en sus relaciones con los espíritus se preocupa de su felicidad i de su desgracia, no de saber si él mismo ha sido bueno o malo.

Su moral consiste en hacer lo que hicieron sus mayores i en no perjudicar a los de su grupo. Ha considerado lejítimo matar i sobre todo robar al

enemigo. Hoi lo contiene el temor legal, pero no el relijioso.

Por otra parte, las prescripciones de los espíritus, dictadas por los májicos, se encaminan a pedir el ejercicio de las ceremonias i no a dictar reglas morales de conducta. Los espíritus piensan a este respecto como los hombres.

Fuertemente encerrado en estas ideas, poco le importa lo que piensan los demás; pero, si nunca combate las creencias ajenas, en cambio sostiene de hecho los usos tradicionales referentes al matrimonio, al entierro i las invocaciones.

«De esta irrelijiosidad, dice el jesuíta Molina, proviene la indiferencia con que miran la introducción del cristianismo, el cual es tolerado en todas las provincias que dominan. Los misioneros eran respetados, bien acojidos i tenían plena libertad de ejercitar públicamente su ministerio, pero eran pocos los que se convertían».

La constitución mental del indíjena no se encuentra en condiciones adecuadas, según la historia i la observación moderna, para asimilarse principios abstractos de otras relijiones. Un cambio relijioso requiere previamente una evolución psicolójica en el sujeto. Si no adquiere nuevos caracteres mentales, las consecuencias i la duración de esa mudanza de sentimientos será pasajera.

Las conversiones relijiosas pueden operarse de un modo más o menos repentino en un pueblo ya evolucionado, pero no en el que apenas ha recorrido las primeras etapas del progreso; en éste la mutación será lenta, con avances i retrocesos hasta la realización final de la obra.

Si se examinan con tino los sentimientos relijiosos de un mapuche cristianizado, particularmente si reside en su medio social, pronto se verá que la trasformación es aparente i queda como resultado una mezcla, una confusión de ideas que no interesan al natural.

Un impedimento para la conversión fué en los primeros tiempos de la conquista i de la colonia la conducta de los españoles encomenderos. «No podemos vivir cerca de ellos, decían los indios al misionero de paz, porque nos quitan la vida» (1). El temor i el odio se perpetuaron con la guerra.

---

(1) Losano, citado por el obispo don Hipólito Salas en su libro *El servicio personal de los indíjenas.*

INDICE



INDICE

Pájina

ADVERTENCIA 3

PRIMERA PARTE

LOS ABORÍJENES DEL NORTE DE CHILE 5

CAPITULO I

LOS PESCADORES PRIMITIVOS DE ARICA

El período primordial en la costa.—Las primeras civilizaciones peruanas.—Procedencia de las culturas peruanas.—Períodos de las culturas de Tacna, Arica, Tarapacá i Atacama.—Influencia de la cultura centro-americana en las civilizaciones de Sur América.—Períodos de las poblaciones de Arica al sur.—El hombre primordial de Arica.—Los aboríjenes de Arica en el segundo período.—El tercer período de Tacna, Arica i Pisagua.—El cuarto período con influencia de Tiahuanaco.—Influencia atacameña indíjena i chincha atacameña.—Apéndice sobre la vida de los aboríjenes de Arica, del arqueólogo Max Uhle. 7

Página

Apéndice sobre la vida de los aborijenes de Arica que siguieron al habitante primordial. 21

CAPITULO II

Los pescadores primitivos de Taltal

Los conchales de Taltal.—Las capas arqueolójicas de los conchales.—El material hallado.—Civilización chincha-atacameña hallada en los conchales.—Civilizaciones de otro orijen en la zona de Taltal.—El período de los incas.—Otras estaciones de pescadores primitivos en las costas del sur. 35

CAPITULO III

Los tarapaqueños

Los collas o aymarás ocupan el territorio de Tarapacá i parte de Atacama.—Los puquinas i otros pueblos.—División jeográfica de Tarapacá.—Zonas en que los aymarás se establecieron.—La invasión de los incas.—Rasgos físicos de los tarapaqueños.—Sus industrias y habitaciones. — Los petroglifos. — Arribo de los españoles al desierto.—La travesía de Almagro.—Sistema administrativo español.—Las encomiendas de Tarapacá.—Ocupaciones de los indios.—Progresos agrícolas de los indios al lado de los españoles.—La población indíjena.—Los últimos restos. 53

CAPITULO IV

Los atacameños

El desierto de Atacama.—El habitat de los atacamas o «lican-antai».—Orijen de la raza.—La lengua «cunza».—Organización social.—Las actividades de los ataca-

Pájina

mas: la agricultura, la caza.—La fauna.—La llama i el huanaco en la economía de los atacamas.—El perro.—Las viviendas.—Rasgos físicos.—Las sepulturas.—El traje.—El material arqueolójico.—El arte del tejido.—La alfarería i los cestos.—Otros objetos exhumados.—Los petroglifos.—La conquista de los incas.—El arribo i dominio de los españoles.—La población indíjena.—Los atacameños de la república. 79

CAPITULO V

Los Changos

Los uros de la altiplanicie boliviana.—Sus costumbres, su vasallaje a los aymarás en la costa.—Los uros sobrevivientes.—Somatolojía de los uros.—Uros nómadas i sujetos.—Su distribución en la costa.—Las tribus pescadoras se corren al sur con el nombre de camanchangos.—Noticias de los viajeros D'Orbigny i Frezier.—Informes del esplorador Phillippi.—Los pescadores changos del sur de Guasco hasta Valparaíso.—En las costas de Santiago.—Los changos de más al sur.—El material arqueolójico.—La vida social i mental de estos indios.—La población de pescadores changos se amalgama a la clase popular chilena. 113

CAPITULO VI

Influencia del período inca en Chile

La conquista de los incas en Chile.—Influencias anteriores a los incas.—La infiltración diaguita a Chile.—Circunstancias que favorecieron la implantación de la cultura incaica.—Huellas de idioma quichua en el lenguaje chileno.—Los curacazgos incas.—Nombres quichuas en la toponimia de la rejión subyugada.—Los fuertes incas.—La agricultura peruana.—Obras de rie-

Pájina

go.—Cultivo del maíz i de la papa.—El «hueque».—La metalurjia.—Los ídolos i adornos.—La alfarería incaica en Chile.—La influencia en los caminos i el arte de tejer.—Las habitaciones, las armas.—El licor de maíz, la vajilla de madera, la cestería.—Los petroglifos.—Influencias en el orden intelectual.—Especulaciones relijiosas i de supersticiones.—Causas de la penetración incásica en un corto período.—Efectos posteriores de la influencia. 143

SEGUNDA PARTE

Los Araucanos. 189

CAPITULO VII

Orijen de los araucanos del sur

Opiniones diversas de los cronistas.—Los pescadores antiguos de la costa del Perú.—Se corren hacia el sur.—Restos del hombre primitivo en las costas de Chile.—Habitantes de las costas del territorio araucano avanzan hacia el centro i valles altos de la cordillera.—La población araucana se estiende al este de los Andes.—Teorías de algunos autores sobre invasiones de las tribus pampas al territorio araucano.—Una observación de tiempo contraria a esta hipótesis.—Algunos reparos a los detalles con que se afirma la teoría de la invasión.—Observaciones a la cuestión en su aspecto de fondo.—Clasificación de las jeneraciones araucanas del padre Falkner.—Los indios querandís del Plata no pueden haber pasado a Chile.—Opiniones de escritores arjentinos.—Las de otros autores.—Teoría de la espulsión hacia el sur de los indíjenas que ocupaban primitivamente el territorio araucano.—Antecedentes contrarios a esta hipótesis.—Pretendido orijen de los pehuenches.—Hipótesis sobre una invasión de indios que-

Pájina

randís a la rejión de los lagos.—La craneometría como material de estudio para el orijen.—Los cruzamientos i la craneometría.—Distribución de los araucanos en el territorio 191

CAPITULO VIII

Orijen de los araucanos del norte de Chile

Los calchaquís de la Arjentina i sus relaciones con otras culturas del norte.—Relaciones entre los diaguitas i los araucanos.—La cultura chincha-atacameña.—El dominio de los incas.—Relaciones de diaguitas i araucanos durante la dominación española.—Choques de los conquistadores por la gobernación de Tucumán.—El tráfico durante la colonia de las dos secciones.—En los primeros años del siglo XIX.—Composición de diferentes elementos étnicos de los araucanos del norte. . 247

CAPITULO IX

La organización política

Rastros de la familia materna i del totem que se descubren en las crónicas antiguas.—Transición de las tribus maternas a la filiación paterna.—Huellas que persistieron del totetismo antiguo.—Observaciones a autores chilenos sobre la duración de la institución totémica.—La familia patriarcal.—El totetismo araucano juzgado por un autor arjentino.—Ubicación de las primitivas agrupaciones patriarcales.—Las rancherías antiguas i sus moradores.—El grupo local.—La zona o agregados de grupos.—Denominaciones de los antiguos documentos españoles. — Persistencia de la organización antigua de los grupos simples.—Denominaciones territoriales usadas por los indios.—Personalidad del grupo.—Parentescos agnáticos.—El jefe del grupo.—

Pájina

Trasmisión de la jefatura al primojénito.—La zona tribal.—Su jefe.—La confederación rejional.—Su jefe.—Influencia de los funcionarios españoles en las ideas de administración de los araucanos.—Confederaciones de los últimos tiempos de la Araucanía libre.—Decadencia del cacicazgo 261

CAPITULO X

Organización familiar

La personalidad del padre en la familia.—El sentimiento paterno para los hijos.—El amor filial en la familia araucana.—El sentimiento de la comunidad.—Cambios de residencias por guerra.—Uniformidad de costumbres entre las diversas casas de un grupo i los diversos grupos de una zona.—Diversidad de ocupaciones.—La mujer en la familia.—Concepto araucano sobre la belleza.—El pudor.—La función sexual del hombre.—Costumbres araucanas para estimularla.—Tipos de matrimonios araucanos. — La poligamia. — El celo sexual.—Rol de las hijas i de los ancianos en la familia.—El parentesco araucano.—El saludo.—Nomenclatura de parientes.—La onomástica araucana.—La toponimia 299

CAPITULO XI

Organización Militar

Convocatoria de guerra.—Movilización.—La marcha.—Las armas.—La táctica.—La falta de una organización de comando.—Composición del ejército primitivo.—Desafíos por grupos e individuales.—Vasos de cráneos de españoles.—Muerte de los prisioneros.—Prácticas májicas relacionadas con la guerra.—Ceremonial de

Pájina

la paz.—Adelanto de los araucanos en el arte de la guerra.—El caballo indíjena.—La capacidad militar de los araucanos.—Causas de la prolongación del sostenimiento de los indíjenas: la configuración del terreno. —La organización de las comunidades.—La escasez de las fuerzas españolas.—Las circunstancias políticas i relijiosas de los españoles.—Armas i medios de defensa de los españoles.—Invariabilidad de la táctica española.—La mala calidad de las tropas.—Los indíjenas adelantan en el arte de la guerra i no en organización militar.—La leyenda de las mujeres guerreras.—Los períodos de vida militar araucana. 343

CAPITULO XII

Organización Relijiosa

Confusa mezcla de creencias de los araucanos a la llegada de los españoles.—Restos del totemismo antiguo. —Influencia del culto solar.—La devoción de los antepasados.—Representaciones colectivas a que se ha dado el nombre de alma.—La crisis de la hipótesis sobre el alma múltiple de la escuela animista.—Materialidad del püllü o imajen del individuo espiritual.—Fuerza misteriosa que anima a los objetos.—La representación jenérica de *pillan*.—Concepto de los cronistas.—Huellas del *pillan* en las ceremonias de invocación.—Representación colectiva sobre el *huecufe* o principio del mal.—La representación de *ngenechen* que reemplaza a *pillan*.—La ceremonia *ngillatun* o rogativa.—Invocaciones i danzas de carácter relijioso.—Dificultad de la mente araucana para la asimilación de otras relijiones. 393

ESTABLECIMIENTOS GRAFICOS
BALCELLS & Co

SANTIAGO
CALLE FONTECILLA 260-268